Relatos Selectos

Fiódor Dostoyevski

Ilustrado por
Nicolas Vega Botina

BIBLIOTECA ENTRETRAMAS

Fiódor Dostoyevski

Relatos Selectos

BIBLIOTECA ENTRETRAMAS



Fiódor Dostoyevski

Relatos Selectos

Ilustrado por
Nicolas Vega Botina

BIBLIOTECA
ENTRETRAMAS

Título original: Cuentos
Autor: Fiódor Dostoyevski

BIBLIOTECA ENTRETRAMAS

Ilustraciones: Nicolas Vega Botina
Diseño de portada: Nicolas Vega Botina
Maquetación: Nicolas Vega Botina
Coordinador editorial: Mateo Terán Guerrero
Asesor creativo: Mateo Terán Guerrero

Impresión: Biblioteca Entretramas
Impreso en Pasto, Colombia - Printed in Colombia





© Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro, incluyendo su contenido textual, visual y gráfico, puede ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación o transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo y por escrito de la Biblioteca Entretramas.

Las ilustraciones contenidas en esta obra son propiedad intelectual de sus autores y están protegidas por las leyes internacionales de derechos de autor. Cualquier uso, reproducción o adaptación de este material, total o parcial, sin la autorización expresa del autor, está estrictamente prohibido y será sancionado conforme a la ley.

La Biblioteca Entretramas es una iniciativa sin ánimo de lucro que busca enriquecer culturalmente a la comunidad a través de la difusión de obras de dominio público. Su propósito es promover el acceso a la literatura y al conocimiento, utilizando estas herramientas como medios para la transformación social.

ÍNDICE

NOCHES BLANCAS 13

Primera noche 15
Segunda noche 31
La historia de nastenka 49
Tercera noche 63
Cuarta noche 71

EL COCODRILO 87

PULZONKOV 135

MEMORIAS DEL SUBSUELO 159

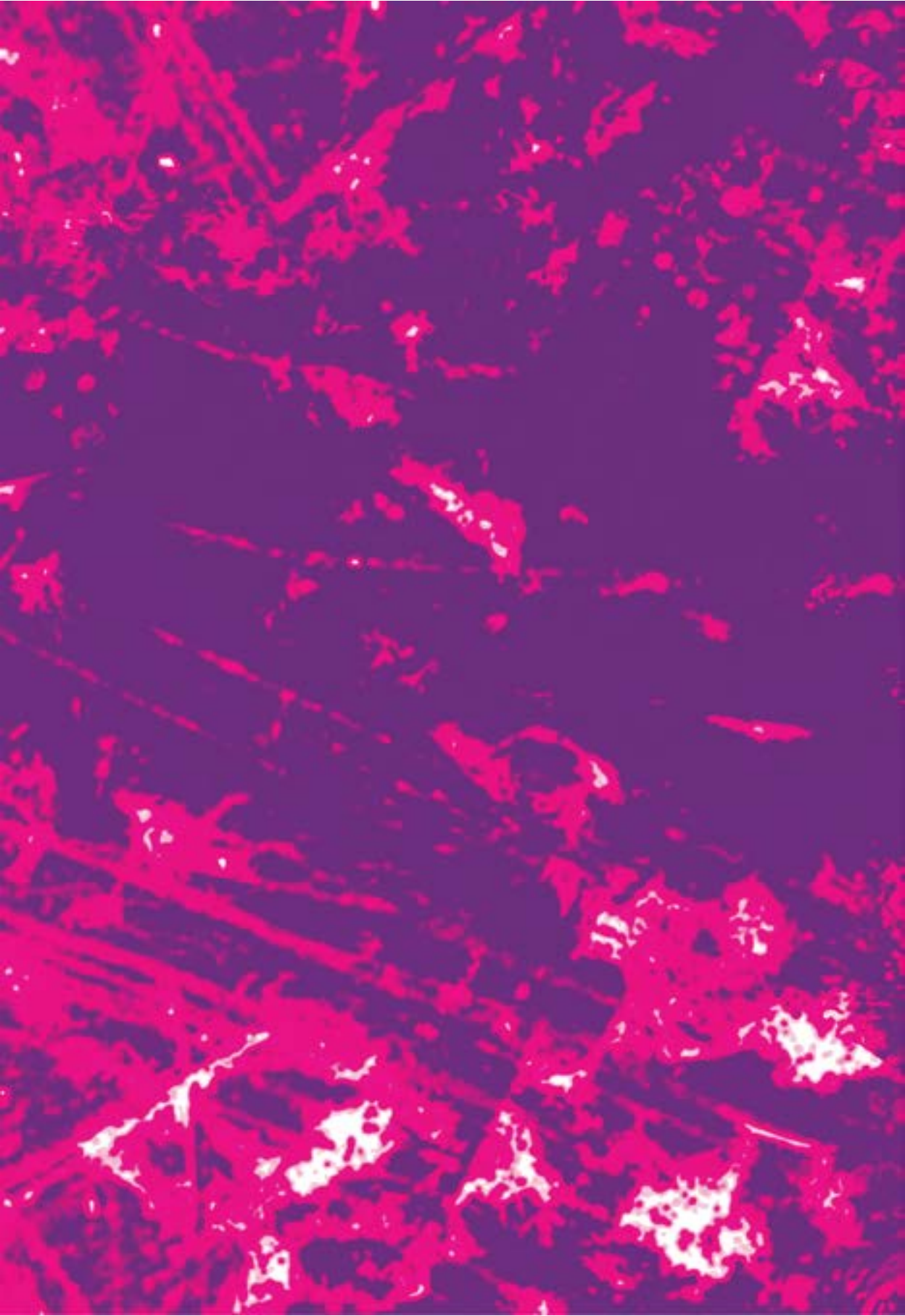
El subterráneo 161
A propósito de la nieve húmeda 201

EL PEQUEÑO HÉROE 293

EL SUEÑO DE UN HOMBRE RIDÍCULO 339

NOCHES BLANCAS





Primera noche

Era una noche maravillosa, una noche como sólo es posible cuando somos jóvenes, querido lector. El cielo estaba tan estrellado, tan brillante, que, al mirarlo, uno no podía dejar de preguntarse si la gente malhumorada y caprichosa podía vivir bajo un cielo así. Esa es una pregunta también juvenil, querido lector, muy juvenil, pero ¡que el Señor la ponga con más frecuencia en tu corazón! … Hablando de gente caprichosa y malhumorada, no puedo evitar recordar mi condición moral durante todo aquel día. Desde primera hora de la mañana me había oprimido un extraño abatimiento. De repente me pareció que estaba solo, que todo el mundo me abandonaba y se alejaba de mí. Por supuesto, cualquiera tiene derecho a preguntar quiénes eran «todos». Aunque llevaba casi ocho años viviendo en Petersburgo, apenas tenía un conocido. Pero, ¿para qué quería yo conocidos? Conocía a todo Petersburgo tal como era; por eso sentí como si todos me abandonaran cuando todo Petersburgo hizo las maletas y se fue a su villa de verano. Sentí miedo de quedarme solo, y durante tres días enteros deambulé por la ciudad profundamente abatido, sin saber qué hacer conmigo mismo. Tanto si paseaba por

la Nevsky, como si iba a los Jardines o paseaba por el terraplén, no había ni una sola cara de las que había estado acostumbrada a encontrar en el mismo momento y lugar durante todo el año. Ellos, por supuesto, no me conocen, pero yo sí los conozco. Los conozco íntimamente, casi he hecho un estudio de sus rostros, y estoy encantado cuando están alegres, y abatido cuando están bajo una nube. Casi he entablado amistad con un anciano con el que me encuentro todos los benditos días, a la misma hora en Fontanka. Tiene un semblante muy serio y pensativo; siempre está susurrando para sí mismo y blandiendo su brazo izquierdo, mientras que en su mano derecha sostiene un largo y nudoso bastón con un pomo de oro. Incluso se fija en mí y se interesa por mí. Si resulta que no estoy a una hora determinada en el mismo lugar de Fontanka, estoy seguro de que se siente decepcionado. Así es que casi nos inclinamos el uno ante el otro, sobre todo cuando ambos estamos de buen humor. El otro día, cuando llevábamos dos días sin vernos y nos encontramos al tercero, nos estábamos tocando los sombreros, pero, al darnos cuenta a tiempo, soltamos las manos y nos cruzamos con una mirada de interés.

Yo también conozco las casas. Cuando voy caminando parece que se adelantan en las calles para mirarme desde cada ventana, y casi para decir: «¡Buenos días! ¿Cómo está usted? Estoy bien, gracias a Dios, y voy a tener un piso nuevo en mayo», o «¿Cómo está usted? Mañana me van a redecorar»; o, «Casi me queman y me he llevado un buen susto», y así sucesivamente. Tengo mis favoritos entre ellos, algunos son amigos queridos; uno de ellos tiene la intención de ser tratado por un arquitecto este verano. Iré todos los días a propósito para ver que la operación no sea un fracaso. ¡Dios no lo quiera! Pero nunca olvidaré un incidente con una casita muy bonita de color rosa claro. Era una casita de ladrillos tan encantadora, me miraba con tanta hospitalidad

y con tanto orgullo a sus desgarbados vecinos, que mi corazón se alegraba cada vez que pasaba por delante de ella. De repente, la semana pasada, iba caminando por la calle, y cuando miré a mi amiga oí un quejumbroso: «¡Me están pintando de amarillo!». ¡Los villanos! ¡Los bárbaros! No habían escatimado nada, ni columnas, ni cornisas, y mi pobre amiguito estaba amarillo como un canario. Casi me dio bilis. Y hasta hoy no he tenido el valor de visitar a mi pobre amigo desfigurado, pintado del color del Imperio Celeste. Así que ahora entiendes, lector, en qué sentido conozco a todo Petersburgo.

Ya he dicho que me sentí preocupado durante tres días enteros antes de adivinar la causa de mi malestar. Y me sentía mal en la calle —ésta se había ido y aquélla se había ido, y qué había sido de la otra— y en casa tampoco me sentía yo mismo. Durante dos tardes me devané los sesos para pensar qué era lo que fallaba en mi rincón; por qué me sentía tan incómodo en él. Y con perplejidad escudriñé mis paredes verdes y mugrientas, mi techo cubierto de una tela de araña, cuyo crecimiento ha fomentado Matrona con tanto éxito. Miré todos mis muebles, examiné cada silla, preguntándome si el problema estaba allí (porque si una silla no está en la misma posición que el día anterior, no soy yo mismo). Miré a la ventana, pero todo fue en vano… ¡No me sentí mejor por ello! Incluso se me ocurrió llamar a la señora Matrona, y le di algunas advertencias paternas sobre la tela de araña y la promiscuidad en general; pero ella se limitó a mirarme asombrada y se fue sin decir una palabra, de modo que la tela de araña sigue cómodamente

colgada en su lugar hasta el día de hoy. Hasta esta mañana no me he dado cuenta de lo que pasaba. ¡Ay! Me están dando esquinazo y se están yendo a sus villas de verano. Perdonen la trivialidad de la expresión, pero no estoy de humor para el lenguaje fino… porque todo lo que había estado en Petersburgo se había ido o se iba de vacaciones; porque todo caballero respetable de apariencia digna que tomaba un taxi se transformaba de inmediato, a mis ojos, en un respetable jefe de familia que, una vez terminadas sus obligaciones diarias, se dirigía al seno de su familia, a la villa de verano; porque todos los transeúntes tenían ahora un aire bastante peculiar que parecía decir a cada uno que se encontraba: «Sólo estamos aquí de momento, señores, y dentro de dos horas nos iremos a la villa de verano». Si una ventana se abría después de que unos delicados dedos, blancos como la nieve, golpearan el cristal, y la cabeza de una bonita muchacha se asomaba, llamando a un vendedor ambulante con macetas de flores, enseguida me imaginé que aquellas flores se compraban no sólo para disfrutar de las flores y de la primavera en los sofocantes alojamientos de la ciudad, sino porque todos se trasladarían muy pronto al campo y podrían llevarse las flores con ellos. Es más, hice tales progresos en mi nuevo y peculiar tipo de investigación que pude distinguir correctamente por el mero aire de cada uno en qué villa de verano vivía. Los habitantes de las islas Kamenny y Aptekarsky o de la carretera de Peterhof se distinguían por la estudiada elegancia de sus modales, sus trajes de verano a la moda y los finos carruajes en los que se dirigían a la ciudad. Los visitantes de Pargolovo y de lugares más lejanos impresionaban a primera vista por

su aire razonable y digno; el viajero de la isla Krestovsky se reconocía por su aspecto de irreprimible alegría. Si por casualidad me encontraba con una larga procesión de carreteros que caminaban perezosamente con las riendas en la mano al lado de carros cargados con montañas regulares de muebles, mesas, sillas, otomanos y sofás y utensilios domésticos de todo tipo, a menudo con una cocinera decrépita sentada encima de todo, guardando la propiedad de su amo como si fuera la niña de sus ojos; o si veía barcos cargados de enseres arrastrándose por el Neva o la Fontanka hacia el río Negro o las islas, los carros y los barcos se multiplicaban por diez, por cien, a mis ojos. Me parecía que todo se movía, que todo iba en caravanas regulares a las villas de verano. Parecía que Petersburgo amenazaba con convertirse en un desierto, de modo que al final me sentí avergonzado, mortificado y triste por no tener ningún lugar al que ir en las vacaciones y ninguna razón para marcharme. Estaba dispuesta a irme con todos los carros, a marcharme con todos los caballeros de aspecto respetable que tomaban un taxi; pero nadie —absolutamente nadie— me invitaba; parecía que se habían olvidado de mí, como si realmente fuera una extraña para ellos.

Di largos paseos, consiguiendo, como de costumbre, olvidar por completo dónde estaba, cuando de repente me encontré a las puertas de la ciudad. Al instante me sentí ligero, y pasé la barrera y caminé entre campos cultivados y prados, inconsciente del cansancio, y sintiendo sólo en todo el cuerpo como si una carga se desprendiera de mi alma. Todos los transeúntes me dirigían miradas tan amis-



tosas que casi parecían saludarme, todos parecían tan contentos por algo. Todos fumaban puros, todos ellos. Y yo me sentí complacido como nunca antes lo había estado. Era como si me hubiera encontrado de repente en Italia, tan fuerte era el efecto de la naturaleza sobre un pueblerino medio enfermo como yo, casi sofocado entre los muros de la ciudad.

Hay algo inexpresablemente conmovedor en la naturaleza de Petersburgo, cuando al acercarse la primavera despliega toda su fuerza, todos los poderes que le ha otorgado el Cielo, cuando se deshoja, se engalana y se cubre de flores… De alguna manera, no puedo evitar recordar a una chica frágil y consumida, a la que a veces se mira con compasión, a veces con amor simpático, a la que a veces simplemente no se le presta atención; aunque de repente, en un instante, se vuelve, como por casualidad, inexplicablemente encantadora y exquisita, e, impresionado y embriagado, uno no puede dejar de preguntarse ¿qué poder hizo que esos ojos tristes y pensativos destellaran con tal fuego? ¿Qué hizo que la sangre acudiera a esas mejillas pálidas y apagadas? ¿Qué bañó de pasión esas suaves facciones? ¿Qué hizo que ese pecho se agitara? ¿Qué ha hecho surgir tan repentinamente la fuerza, la vida y la belleza en el rostro de la pobre muchacha, haciéndola resplandecer con tal sonrisa, encendiendo una risa tan brillante y chispeante? Miras alrededor, buscas a alguien, conjeturas. Pero el momento pasa, y al día siguiente te encuentras, tal vez, con la misma mirada pensativa y preocupada de antes, el mismo rostro pálido, los mismos movimientos mansos y tímidos,

e incluso signos de remordimiento, rastros de una angustia y un pesar mortales por la distracción fugaz… Y te duele que la belleza momentánea se haya desvanecido tan pronto para no volver, que haya brillado sobre ti de forma tan traicionera, tan vana, te duele porque ni siquiera tuviste tiempo de amarla… ¡Y sin embargo mi noche fue mejor que mi día! Así fue como sucedió.

Volví a la ciudad muy tarde, y habían dado las diez cuando me dirigía a mi alojamiento. Mi camino iba por el terraplén del canal, donde a esa hora nunca se encuentra un alma. Es cierto que vivo en una parte muy alejada de la ciudad. Caminé cantando, porque cuando estoy feliz siempre tarareo para mí mismo, como todo hombre feliz que no tiene ningún amigo o conocido con quien compartir su alegría. De repente, tuve una aventura de lo más inesperada.

Apoyada en la barandilla del canal había una mujer con los codos apoyados en la barandilla; aparentemente miraba con gran atención el agua fangosa del canal. Llevaba un encantador sombrero amarillo y un alegre manto negro. «Es una chica, y estoy seguro de que es morena», pensé. No parecía oír mis pasos, y ni siquiera se movió cuando pasé a su lado con la respiración contenida y el corazón palpitante. «Extraño», pensé; «debe estar profundamente absorta en algo», y de repente me detuve como si estuviera petrificado. Oí un sollozo ahogado. Sí. No me equivocaba, la chica estaba llorando, y un minuto después oí un sollozo tras otro. ¡Cielos! Mi corazón se hundió. Y eso que era tímido con las mujeres, ¡pero éste era un momento así! … Me volví, di un paso hacia ella, y sin duda habría pro-

nunciado la palabra «¡Señora!» si no hubiera sabido que esa exclamación se ha pronunciado mil veces en todas las novelas de sociedad rusas. Sólo esa reflexión me detuvo. Pero mientras buscaba una palabra, la muchacha volvió en sí, miró a su alrededor, se sobresaltó, bajó los ojos y se deslizó junto a mí por el terraplén. Yo la seguí de inmediato; pero ella, adivinando esto, dejó el terraplén, cruzó la calle y caminó por la acera. No me atreví a cruzar la calle tras ella. Mi corazón revoloteaba como un pájaro capturado. De repente, una oportunidad vino en mi ayuda.

Por el mismo lado de la acera apareció de repente, no muy lejos de la muchacha, un caballero vestido de noche, de edad digna, aunque de ninguna manera de porte digno; se tambaleaba y se apoyaba cautelosamente en la pared. La muchacha voló recta como una flecha, con la tímida prisa que se ve en todas las muchachas que no quieren que nadie se ofrezca a acompañarlas a casa por la noche, y sin duda el caballero tambaleante no la habría perseguido, si mi buena suerte no le hubiera incitado.

De repente, sin mediar palabra con nadie, el caballero se puso en marcha y voló a toda velocidad en pos de mi desconocida dama. Ella corría como el viento, pero el caballero tambaleante la adelantaba, la alcanzaba. La muchacha lanzó un grito, y… Bendigo mi suerte por el excelente bastón anudado, que en esa ocasión estaba en mi mano derecha. En un instante me encontraba en el otro lado de la calle; en un instante, el caballero intruso había asumido la posición, había captado el argumento irresistible, retrocedió sin decir una palabra, y sólo cuando estábamos muy lejos protes-

tó contra mi acción en un lenguaje bastante vigoroso. Pero sus palabras apenas llegaron a nosotros.

—Dame tu brazo —le dije a la chica—. Y no se atreverá a molestarnos más.

Ella me tomó del brazo sin decir nada, temblando todavía de excitación y terror. ¡Oh, caballero entrometido! ¡Cómo te bendije en ese momento! Le eché una mirada, era muy encantadora y morena, había acertado.

En sus negras pestañas aún brillaba una lágrima, de su reciente terror o de su anterior dolor, no lo sé. Pero ya había un destello de sonrisa en sus labios. Ella también me echó una mirada, se sonrojó levemente y bajó la vista.

—Ya ves; ¿por qué me has echado? Si hubiera estado aquí, no habría pasado nada…

—Pero yo no te conocía; pensé que tú también…

—¿Por qué, me conoces ahora?

—¡Un poco! Aquí, por ejemplo, ¿por qué estás temblando?

—¡Oh, has acertado a la primera! —respondí, encantado de que mi chica tuviera inteligencia; eso nunca está fuera de lugar en compañía de la belleza—. Sí, desde el primer vistazo has adivinado el tipo de hombre con el que tienes que ver. Precisamente; soy tímido con las mujeres, estoy agitado, no lo niego, tanto como lo estabas tú hace un minuto cuando ese caballero te alarmó. Ahora estoy alarmado. Es como un sueño, y nunca adiviné, ni siquiera en mis sueños, que debía hablar con ninguna mujer.

—¿Qué? ¿De verdad?

—Sí; si mi brazo tiembla, es porque nunca ha sido sostenido por una linda manita como la tuya. Soy un completo desconocido para las mujeres; es decir, nunca he estado acostumbrado a ellas. Verás, yo solo… ni siquiera sé cómo hablar con ellas. ¡Aquí, no sé ahora si no he dicho alguna tontería con usted! Dígame con franqueza; le aseguro de antemano que no soy rápido para ofenderme…

—No, nada, nada, todo lo contrario. Y si insistes en que te hable con franqueza, te diré que a las mujeres les gusta esa timidez; y si quieres saber más, a mí también me gusta, y no te echaré hasta que llegue a casa.

—Me harás —dije, sin aliento de placer— perder mi timidez, y entonces adiós a todas mis posibilidades…

—¡Oportunidades! ¿Qué oportunidades de qué? Eso no es tan agradable.

—Le pido perdón, lo siento, ha sido un lapsus; pero cómo se puede esperar que uno en un momento así no tenga deseos…

—De caer bien, ¿eh?

—Bueno, sí; pero, por el amor de Dios, sea amable. Piensa en lo que soy. Tengo veintiséis años y nunca he visto a nadie. ¿Cómo voy a hablar bien, con tacto y al grano? Te parecerá mejor cuando te lo haya contado todo abiertamente… no sé callar cuando mi corazón habla, Bueno, no importa… ¡Créeme, ni una, mujer, nunca, nunca! ¡Ningún conocido de ningún tipo! Y no hago más que soñar todos

los días que por fin conoceré a alguien. Oh, si supieras las veces que me he enamorado de esa manera…

—¿Cómo? ¿Con quién?…

—Pues con nadie, con un ideal, con el que sueño en mis sueños. Me invento romances regulares en mis sueños. ¡Ah, no me conoces! Es cierto que he conocido a dos o tres mujeres, pero ¿qué clase de mujeres eran? Eran todas caseras, que… Pero le haré reír si le digo que varias veces he pensado en hablar, simplemente hablar, con alguna dama aristócrata en la calle, cuando está sola, no hace falta decirlo; hablarle, por supuesto, tímidamente, respetuosamente, apasionadamente; decirle que estoy pereciendo en la soledad, rogarle que no me eche; decirle que no tengo ninguna posibilidad de conocer a ninguna mujer; inculcarle que es un deber positivo para una mujer no rechazar una plegaria tan tímida de un hombre tan poco afortunado como yo. Que, de hecho, todo lo que pido es que me diga dos o tres palabras fraternales con simpatía, que no me rechace a primera vista; que me tome en confianza y escuche lo que digo; que se ría de mí si quiere, que me anime, que me diga dos palabras, sólo dos palabras, ¡aunque no volvamos a vernos después! … Pero usted se ríe; sin embargo, por eso se lo digo…

—No te enfades; sólo me río de que seas tu propio enemigo, y si lo hubieras intentado lo habrías conseguido, tal vez, aunque hubiera sido en la calle; cuanto más sencillo, mejor… Ninguna mujer de buen corazón, a no ser que fuera estúpida o, más aún, que estuviera enfadada por algo en ese momento, se atrevería a despedirte sin esas dos pa-

labras que pides tan tímidamente… ¿Pero qué estoy diciendo? Por supuesto que te tomaría por un loco. Estaba juzgando por mí mismo; sé mucho sobre la vida de otras personas.

—¡Oh, gracias! —grité—; ¡no sabes lo que has hecho por mí ahora!

—¡Me alegro! ¡Me alegro! ¿Pero dígame cómo se enteró de que yo era la clase de mujer con la que… bueno, con la que se considera digna… de la atención y la amistad… de hecho, no una casera como usted dice? ¿Qué te hizo decidirte a acercarte a mí?

—¿Qué me hizo? … Pero estabas sola; ese caballero fue demasiado insolente; es de noche. Debes admitir que era un deber…

—No, no; me refiero a que antes, en el otro lado, sabes que querías subir a mí.

—¿En el otro lado? Realmente no sé cómo responder; tengo miedo de hacerlo… ¿Sabes que hoy he sido feliz? He paseado cantando; he salido al campo; nunca he tenido momentos tan felices. Tú… tal vez fue mi fantasía… Perdona que me refiera a ello; me pareció que llorabas, y yo… no podía soportar oírlo… me hizo doler el corazón… ¡Oh, Dios mío! ¿Seguramente podría estar preocupado por ti? Seguramente no había nada malo en sentir una compasión fraternal por ti… Perdona, he dicho compasión… Bueno, en resumen, seguramente no te ofenderías por mi impulso involuntario de acercarme a ti…

—Basta, ya es suficiente, no hables de eso —dijo la chica,

bajando la mirada, y apretando mi mano—. La culpa es mía por haber hablado de ello; pero me alegro de no haberme equivocado contigo… Pero aquí estoy en casa; debo bajar por esta vuelta, está a dos pasos de aquí… Adiós, gracias…

—¿Seguramente… seguramente no querrás decir… que nunca nos volveremos a ver? … ¿Seguro que esto no es el final?

—Ya ves —dijo la chica, riendo—, al principio sólo querías dos palabras, y ahora sin embargo, no diré nada, tal vez nos encontremos…

—Vendré aquí mañana —dije—. Oh, perdóneme, ya estoy exigiendo…

—Sí, no eres muy paciente… casi insiste.

—¡Escucha, escucha!

La interrumpí.

—Perdóname si te digo algo más… Te digo que no puedo evitar venir aquí mañana, soy un soñador; tengo tan poca vida real que veo momentos como éste ahora, como algo tan raro, que no puedo evitar volver a pasar por esos momentos en mis sueños. Estaré soñando contigo toda la noche, toda una semana, todo un año. Seguro que mañana vendré aquí, justo a este lugar, justo a la misma hora, y seré feliz recordando el día de hoy. Este lugar es ya muy querido para mí. Ya tengo dos o tres lugares así en Petersburgo. Una vez derramé lágrimas por los recuerdos… como tú… Quién sabe, tal vez estabas llorando hace diez minutos por algún recuerdo… Pero, perdóname, me he olvidado de

nuevo; tal vez alguna vez hayas sido particularmente feliz aquí…

—Muy bien —dijo la muchacha—, tal vez venga aquí también mañana, a las diez. Veo que no puedo prohibírtelo… El hecho es que tengo que estar aquí; no te imagines que estoy concertando una cita contigo; te digo de antemano que tengo que estar aquí por mi cuenta. Pero… bueno, se lo digo directamente, no me importa que venga. Para empezar, puede ocurrir algo desagradable como ha ocurrido hoy, pero eso no importa… En resumen, simplemente me gustaría verte… para decirle dos palabras. ¡Sólo que no debes pensar lo peor de mí ahora! No creas que hago citas tan a la ligera… No debería hacerlas si no fuera por eso… ¡Pero que sea mi secreto! Sólo un pacto de antemano…

—¡Un pacto! Habla, dime, cuéntamelo todo de antemano; estoy de acuerdo con todo, estoy dispuesto a todo —grité encantado.

—Respondo por mí mismo, seré obediente, respetuoso…

Me conoces…

—Precisamente porque te conozco te pido que vengas mañana —dijo la chica, riendo—. Te conozco perfectamente. Pero ten en cuenta que vendrás con la condición, en primer lugar (sólo sé buena, haz lo que te pido; ya ves, hablo con franqueza), de que no te enamorarás de mí… Eso es imposible, se lo aseguro. Estoy dispuesto a la amistad; aquí está mi mano… Pero no debes enamorarte de mí, te lo ruego.

—Lo juro —grité, agarrando su mano…

—Calla, no jures, sé que estás a punto de estallar como la pólvora. No pienses mal de mí por decirlo. Si supieras… Yo tampoco tengo a nadie a quien decirle una palabra, a quien pedirle consejo. Por supuesto, uno no busca un consejero en la calle; pero tú eres una excepción. Te conozco como si fuéramos amigos desde hace veinte años… No me engañará, ¿verdad? …

—Ya verás… lo único es que no sé cómo voy a sobrevivir las próximas veinticuatro horas.

—Duerme bien. Buenas noches, y recuerda que ya he confiado en ti. Pero acabas de exclamar tan amablemente: «¡Seguramente uno no puede ser responsable de todos los sentimientos, ni siquiera de la simpatía fraternal! ¿Sabes que eso fue tan bien dicho, que la idea me golpeó de inmediato, que podría confiar en ti?»

—Por el amor de Dios, hazlo; ¿pero sobre qué? ¿De qué se trata?

—Espera hasta mañana. Mientras tanto, que sea un secreto. Tanto mejor para ti; le dará un ligero sabor a romance. Tal vez te lo cuente mañana, y tal vez no… Hablaré contigo un poco más antes; nos conoceremos mejor…

—¡Oh, sí, mañana te lo contaré todo sobre mí! ¿Pero qué ha pasado? Es como si me hubiera ocurrido un milagro… Dios mío, ¿dónde estoy? Vamos, dime, ¿no te alegras de no haberte enfadado y de no haberme alejado en el primer momento, como habría hecho cualquier otra mujer? En dos minutos me has hecho feliz para siempre. Sí, feliz; ¡quién sabe, tal vez, me has reconciliado conmigo mismo,

has resuelto mis dudas! … Tal vez tales momentos me sobrevengan… Pero allí te lo contaré todo mañana, lo sabrás todo, todo…

—Muy bien, estoy de acuerdo; empezarás…

—De acuerdo.

—¡Adiós hasta mañana!

—¡Hasta mañana!

Y nos separamos. Caminé toda la noche; no podía decidirme a volver a casa. Estaba tan feliz… ¡Mañana!

Segunda noche

—¡Bueno, así que has sobrevivido! —dijo ella, apretando mis dos manos.

—Llevo aquí dos horas; no sabes en qué estado he estado todo el día.

—Lo sé, lo sé. Pero a los negocios. ¿Sabes por qué he venido? No para decir tonterías, como hice ayer. Te diré que debemos comportarnos con más sensatez en el futuro. Anoche pensé mucho en ello.

—¿En qué sentido debemos ser más sensatos? Yo estoy dispuesta a cumplir mi parte; pero, en realidad, no me ha ocurrido nada más sensato en mi vida que esto, ahora.

—¿De verdad? En primer lugar, te ruego que no me aprietes tanto las manos; en segundo lugar, debo decirte que hoy he pasado mucho tiempo pensando en ti y sintiendo dudas.

—¿Y cómo terminó?

—¿Cómo terminó? El resultado es que tenemos que empezar de nuevo, porque la conclusión a la que llegué hoy fue que no te conozco en absoluto; que anoche me comporté como un bebé, como una niña pequeña; y, por supuesto, el hecho es que la culpa es de mi corazón blando; es decir, que me canté mis propias alabanzas, como uno siempre hace al final cuando analiza su conducta. Y por lo tanto, para corregir mi error, he decidido averiguar todo sobre usted minuciosamente. Pero como no tengo a nadie de quien pueda averiguar nada, debes contarme todo tú mismo. Bien, ¿qué clase de hombre es usted? Vamos, date prisa, empieza, cuéntame toda tu historia.

—¡Mi historia! —grité alarmado—. ¡Mi historia! ¿Pero quién le ha dicho que tengo una historia? No tengo historia…

—Entonces, ¿cómo has vivido, si no tienes historia? —interrumpió ella, riendo.

—¡Absolutamente sin historia! He vivido, como se dice, guardándome a mí mismo, es decir, completamente solo, completamente solo. ¿Sabes lo que significa estar solo?

—¿Pero cómo de solo? ¿Quieres decir que nunca has visto a nadie?

—Oh no, veo a la gente, por supuesto; pero aun así estoy solo.

—¿Por qué, nunca hablas con nadie?

—Estrictamente hablando, con nadie.

—¿Quién eres entonces? Explícate. Quédate, supongo: lo más probable es que, como yo, tengas una abuela. Ella es ciega y no me deja ir a ninguna parte, de modo que casi he olvidado cómo hablar; y cuando hice algunas travesuras hace dos años, y vio que no había forma de retenerme, me llamó y prendió mi vestido al suyo, y desde entonces nos sentamos así durante días; ella teje una media, aunque es ciega, y yo me siento a su lado, coso o le leo en voz alta; es una costumbre tan extraña, aquí hace dos años que estoy prendida a ella…

—¡Santo cielo! ¡Qué miseria! Pero no, no tengo una abuela así.

—Pues si no la tienes ¿por qué te sientas en casa?…

—Escucha, ¿quieres saber la clase de hombre que soy?

—¡Sí, sí!

—¿En el sentido estricto de la palabra?

—En el sentido más estricto de la palabra.

—¡Muy bien, soy un tipo!

—¡Tipo, tipo! ¿Qué tipo? —gritó la muchacha, riendo, como si no hubiera tenido ocasión de reírse en todo un año—. Sí, es muy divertido hablar contigo. Mira, aquí hay un asiento, sentémonos. No pasa nadie por aquí, nadie nos oirá, y empieza tu historia. Porque no es bueno que me lo cuentes, sé que tienes una historia; sólo que la ocultas. Para empezar, ¿qué es un tipo?

—¿Un tipo? Un tipo es un original, ¡es una persona absur-

da! —dije, contagiado por su risa infantil—. Es un personaje. Escucha; ¿sabes lo que se entiende por un soñador?

—¡Un soñador! En efecto, creo que lo sé. Yo mismo soy un soñador. A veces, cuando me siento junto a la abuela, se me ocurren todo tipo de cosas. Cuando uno empieza a soñar se deja llevar por la fantasía… ¡me casaré con un príncipe chino! Aunque a veces es bueno soñar. Pero, ¡sabe Dios! Sobre todo cuando uno tiene algo en que pensar aparte de los sueños —añadió la muchacha, esta vez con bastante seriedad.

—¡Excelente! Si has estado casada con un emperador chino, me entenderás perfectamente. Vamos, escucha… Pero un momento, aún no sé tu nombre.

—¡Por fin! ¡No has tenido prisa en pensarlo!

—¡Oh, Dios mío! Nunca se me pasó por la cabeza, me sentí muy feliz tal y como estaba…

—Me llamo Nastenka.

—¡Nastenka! ¿Y nada más?

—¡Nada más! ¿Por qué, no es suficiente para ti, persona insaciable?

—¿No es suficiente? Al contrario, es mucho, muy mucho, Nastenka; amable muchacha, si eres Nastenka para mí desde el principio.

—¡Claro que sí! ¿Y bien?

—Bueno, escucha, Nastenka, ahora por esta absurda historia.

Me senté a su lado, adopté una actitud pedantemente seria, y comencé como si leyera de un manuscrito:

—Hay, Nastenka, aunque no lo sepas, rincones extraños en Petersburgo. Parece como si el mismo sol que brilla para todos los petersburgueses no se asomara a esos rincones, sino otro nuevo diferente, destinado expresamente a esos rincones, y que arroja una luz diferente sobre todo. En esos rincones, querida Nastenka, se vive una vida muy diferente, muy distinta a la que nos rodea, pero que tal vez exista en algún reino desconocido, no entre nosotros en nuestro tiempo serio, demasiado serio. Pues bien, esa vida es una mezcla de algo puramente fantástico, fervientemente ideal, con algo (¡ay! Nastenka) dingiosamente prosaico y ordinario, por no decir increíblemente vulgar.

—¡Foo! ¡Cielo santo! ¡Qué prefacio! ¿Qué oigo?

—Escucha, Nastenka. (Me parece que nunca me cansaré de llamarte Nastenka.) Déjame decirte que en estos rincones viven personas extrañas, soñadores. El soñador —si quieres una definición exacta— no es un ser humano, sino una criatura de tipo intermedio. La mayor parte de las veces se instala en algún rincón inaccesible, como si se escondiera de la luz del día; una vez que se desliza en su rincón, se amolda a él como un caracol, o, en todo caso, es en ese aspecto muy parecido a esa notable criatura, que es un animal y una casa a la vez, y que se llama tortuga. ¿Por qué supones que es tan aficionado a sus cuatro paredes, que están invariablemente pintadas de verde, mugrientas, lúgubres y apestando imperdonablemente a humo de tabaco? ¿Por qué cuando este absurdo caballero recibe la visita de

uno de sus pocos conocidos (y termina por deshacerse de todos sus amigos), por qué esta persona absurda lo recibe con tanta vergüenza, cambiando de semblante y abrumada por la confusión, como si acabara de cometer algún crimen dentro de sus cuatro paredes; como si hubiera estado falsificando billetes falsos, o como si estuviera escribiendo versos para enviarlos a un diario con una carta anónima, en la que afirma que el verdadero poeta ha muerto, y que su amigo cree que es su deber sagrado publicar sus cosas? ¿Por qué, dime, Nastenka, por qué la conversación no es fácil entre los dos amigos? ¿Por qué no hay risas? ¿Por qué no sale ninguna palabra viva de la lengua del perplejo recién llegado, que en otras ocasiones puede ser muy aficionado a la risa, a las palabras vivas, a la conversación sobre el bello sexo y a otros temas alegres? ¿Y por qué este amigo, probablemente nuevo y en su primera visita —pues difícilmente habrá una segunda, y el amigo no volverá a venir—, por qué el propio amigo está tan confundido, tan trabado de lengua, a pesar de su ingenio (si es que lo tiene), mientras mira el rostro abatido de su anfitrión, que, a su vez, se encuentra totalmente desamparado y sin fuerzas después de gigantescos pero infructuosos esfuerzos para suavizar las cosas y animar la conversación, para mostrar su conocimiento de la sociedad educada, para hablar, también, del bello sexo, y por tan humilde esfuerzo, para complacer al pobre hombre, que como un pez fuera del agua ha venido a visitarle por error? ¿Por qué el caballero, recordando de pronto algún asunto muy necesario que nunca existió, toma de repente su sombrero y se apresura a marcharse, arrebatando su mano del cálido agarre de su anfitrión, que

se esforzaba por mostrar su pesar y recuperar el puesto perdido? ¿Por qué el amigo se ríe al salir por la puerta y jura no volver a ver a ese bicho raro, a pesar de que el bicho raro es realmente un muy buen tipo, y al mismo tiempo no puede negar a su imaginación la pequeña diversión de comparar el semblante del bicho raro durante su conversación con la expresión de un infeliz gatito capturado a traición, manejado con brusquedad, asustado y sometido a toda clase de indignidades por los niños, hasta que, totalmente cabizbajo, se esconde de ellos bajo una silla en la oscuridad, y allí debe erizarse, escupir y lavarse la cara insultada con ambas patas, y mucho tiempo después mirar con rabia la vida y la naturaleza, e incluso los trozos que el simpático ama de llaves guarda para él de la cena del amo…

—Escucha —interrumpió Nastenka, que me había escuchado todo el tiempo con asombro, abriendo los ojos y la boquita—. Escucha; no sé en absoluto por qué ha sucedido y por qué me haces preguntas tan absurdas; lo único que sé es que esta aventura debe haberte sucedido palabra por palabra.

—Sin duda —respondí, con la cara más grave.

—Bueno, ya que no hay duda, sigue —dijo Nastenka—, porque tengo muchas ganas de saber cómo va a terminar.

—¿Quieres saber, Nastenka, lo que nuestro héroe, es decir, yo —pues el héroe de todo el asunto era mi humilde persona— hizo en su esquina? ¿Quieres saber por qué perdí la cabeza y estuve todo el día alterado por la inesperada visita de un amigo? ¿Quieres saber por qué me sobresalté tanto,

por qué me sonrojé cuando se abrió la puerta de mi habitación, por qué no fui capaz de agasajar a mi visitante y por qué me aplasté bajo el peso de mi propia hospitalidad?

—Pues sí, sí —respondió Nastenka—, esa es la cuestión. Escucha. Lo describes todo espléndidamente, pero ¿no podrías quizás describirlo un poco menos espléndidamente? Hablas como si lo leyeras de un libro.

—Nastenka —le contesté con voz severa y digna, sin poder evitar la risa—, querida Nastenka, sé que describo espléndidamente, pero, discúlpame, no sé de qué otra manera hacerlo. En este momento, querida Nastenka, en este momento soy como el espíritu del rey Salomón cuando, después de permanecer mil años bajo siete sellos en su urna, esos siete sellos fueron por fin retirados. En este momento, Nastenka, cuando nos hemos encontrado por fin después de una separación tan larga —pues te conozco desde hace siglos, Nastenka, porque hace siglos que busco a alguien, y eso es señal de que era a ti a quien buscaba, y estaba ordenado que nos encontráramos ahora— en este momento se han abierto mil válvulas en mi cabeza, y debo dejarme fluir en un río de palabras, o me ahogaré. Así que te ruego que no me interrumpas, Nastenka, sino que escuches humilde y obedientemente, o me callaré.

—¡No, no, no! En absoluto. ¡Continúa! No diré ni una palabra.

—Continuaré. Hay, amiga Nastenka, una hora del día que me gusta mucho. Es la hora en que casi todos los negocios, el trabajo y los deberes han terminado, y todos se apresu-

ran a ir a casa a cenar, a acostarse, a descansar, y en el camino todos reflexionan sobre otros temas más alegres relacionados con sus tardes, sus noches y todo el resto de su tiempo libre. A esa hora nuestro héroe —permíteme, Nastenka, que cuente mi historia en tercera persona, pues uno se siente terriblemente avergonzado de contarla en primera persona— y así, a esa hora, nuestro héroe, que también tenía su trabajo, se paseaba tras los demás. Pero un extraño sentimiento de placer hizo que su rostro, pálido y algo arrugado, se pusiera a trabajar. No miraba con indiferencia el resplandor vespertino que se desvanecía lentamente en el frío cielo de Petersburgo. Cuando digo que miraba, miento: no lo miraba, sino que lo veía como sin darse cuenta, como si estuviera cansado o preocupado por algún otro tema más interesante, de modo que apenas podía dedicar una mirada a algo de su entorno. Estaba contento porque hasta el día siguiente estaba liberado de los asuntos que le resultaban molestos, y feliz como un colegial que sale del aula a sus juegos y travesuras. Míralo, Nastenka; verás enseguida que la emoción de la alegría ya ha hecho efecto en sus débiles nervios y en su fantasía morbosamente excitada. Ves que está pensando en algo… ¿En la cena, te imaginas? ¿En la noche? ¿Qué está mirando así? ¿Acaso a ese caballero de digna apariencia que se inclina tan pintorescamente ante la dama que pasa en un carruaje tirado por caballos que brincan? No, Nastenka; ¡qué son ahora todas esas trivialidades para él! Ahora es rico con su propia vida individual; se ha enriquecido repentinamente, y no es por nada que la puesta de sol que se desvanece derrama sus destellos de despedida tan alegremente ante él, y convoca

un enjambre de impresiones de su corazón calentado. Ahora apenas se fija en el camino, en el que en otras ocasiones le llamarían la atención los más mínimos detalles. Ahora «la diosa de la fantasía» (si has leído a Zhukovsky, querida Nastenka) ya ha hilado con mano fantástica su urdimbre de oro y ha comenzado a tejer sobre ella patrones de maravillosa vida mágica, y quién sabe, tal vez, su mano fantástica lo ha llevado al séptimo cielo de cristal, lejos del excelente pavimento de granito por el que caminaba. Intenta detenerlo ahora, pregúntale de repente dónde está parado ahora, por qué calles va; probablemente no recordará nada, ni a dónde va ni dónde está parado ahora, y sonrojado por la vejación seguramente dirá alguna mentira para salvar las apariencias. Por eso se sobresalta, casi grita, y mira a su alrededor con horror cuando una respetable anciana lo detiene cortésmente en medio de la acera y le pregunta por el camino. Con el ceño fruncido, sigue adelante, sin darse cuenta de que más de un transeúnte sonríe y se gira para mirarle, y de que una niña, apartándose alarmada, se ríe a carcajadas, mirando con los ojos abiertos su amplia sonrisa meditabunda y sus gestos. Pero la fantasía atrapa en su juguetón vuelo a la anciana, a los curiosos transeúntes y al niño que ríe, y a los campesinos que pasan las noches en sus barcazas en Fontanka (nuestro héroe, supongamos, está caminando por la orilla del canal en ese momento), y caprichosamente teje a todos y a todo en el lienzo como una mosca en una tela de araña. Y sólo después de que el tipo raro haya regresado a su confortable guarida con provisiones frescas para que su mente trabaje, se haya sentado y haya terminado su cena, vuelve en sí, cuando la Matrona

que lo atiende —siempre pensativa y deprimida— limpia la mesa y le da su pipa; entonces vuelve en sí y recuerda con sorpresa que ha cenado, aunque no tiene la menor idea de cómo ha sucedido. Se ha hecho de noche en la habitación; su alma está triste y vacía; todo el reino de las fantasías se desmorona a su alrededor, se desmorona sin dejar rastro, sin hacer ruido, se aleja como un sueño, y él mismo no puede recordar lo que estaba soñando. Pero una vaga sensación agita débilmente su corazón y lo hace doler, algún nuevo deseo tienta y excita su fantasía, y evoca imperceptiblemente un enjambre de nuevos fantasmas. La quietud reina en la pequeña habitación; la imaginación es fomentada por la soledad y la ociosidad; está levemente humeante, levemente hirviendo a fuego lento, como el agua con la que la vieja Matrona está preparando su café mientras se mueve tranquilamente en la cocina cercana. Ahora estalla espasmódicamente; y el libro, cogido sin rumbo y al azar, cae de la mano de mi soñador antes de que haya llegado a la tercera página. Su imaginación vuelve a agitarse y a trabajar, y de nuevo un nuevo mundo, una nueva vida fascinante se abre ante él. Un nuevo sueño, una nueva felicidad. Un nuevo torrente de veneno delicado y voluptuoso. ¡Qué es la vida real para él! A sus ojos corrompidos vivimos, tú y yo, Nastenka, tan tórpidamente, lentamente, insípidamente; a sus ojos estamos todos tan insatisfechos con nuestro destino, tan agotados por nuestra vida. Y, en verdad, ved cómo a primera vista todo es frío, taciturno, como si estuviera malhumorado entre nosotros… ¡Pobrecitos! piensa nuestro soñador. ¡Y no es de extrañar que lo piense! Mirad estos mágicos fantasmas, que tan encan-

tadora, tan caprichosamente, tan despreocupada y libremente se agrupan ante él en un cuadro tan mágico y animado, en el que la figura más destacada del primer plano es, naturalmente, él mismo, nuestro soñador, en su preciosa persona. Ved qué variadas aventuras, qué interminable enjambre de sueños extáticos. Tal vez se pregunte qué es lo que está soñando. ¿Por qué preguntar eso? Por qué, de todo… de la suerte del poeta, primero no reconocido, luego coronado de laureles; de la amistad con Hoffmann, de la Noche de San Bartolomé, de Diana Vernon, de hacer de héroe en la toma de Kazán por Iván Vasílievitch, de Clara Mowbray, de Effie Deans, del consejo de los prelados y de Huss ante ellos, de la resurrección de los muertos en «Roberto el Diablo» (¡recuerda la música, huele a cementerio!), de Minna y Brenda, de la batalla de Berezina, de la lectura de un poema en casa de la condesa V. D., de Danton, de Cleopatra ei suoi amanti, de una casita en Kolomna, de una casita propia y al lado de una querida criatura que le escucha a uno en una tarde de invierno, abriendo su boquita y sus ojos como tú me estás escuchando ahora, mi ángel… No, Nastenka, ¿qué hay, qué hay para él, voluptuoso perezoso, en esta vida, que tanto anhelamos tú y yo? Piensa que ésta es una pobre vida lamentable, sin prever que para él también, tal vez, alguna vez puede llegar la hora luctuosa, en la que por un día de esa vida lamentable daría todos sus años de fantasía, y los daría no sólo por la alegría y por la felicidad, sino sin importarle hacer distinciones en esa hora de tristeza, de remordimiento y de pena desenfrenada. Pero hasta ahora no ha llegado esa amenaza: no desea nada, porque es superior a todo deseo, porque lo

tiene todo, porque está saciado, porque es el artista de su propia vida, y la crea para sí mismo cada hora a la medida de su último capricho. Y sabe que este mundo fantástico del país de las hadas se crea tan fácilmente, tan naturalmente. Como si no fuera un engaño. En efecto, ¡está dispuesto a creer en algunos momentos que toda esta vida no es sugerida por el sentimiento, no es un espejismo, no es un delirio de la imaginación, sino que es concreta, real, sustancial! ¿Por qué, Nastenka, por qué en esos momentos uno contiene la respiración? ¿Por qué, por qué brujería, por qué capricho incomprensible, se acelera el pulso, brota una lágrima de los ojos del soñador, mientras sus pálidas y húmedas mejillas brillan, mientras todo su ser está impregnado de una inexpresable sensación de consuelo? ¿Por qué las noches enteras de insomnio transcurren como un relámpago de inagotable alegría y felicidad, y cuando el alba resplandece sonrosada en la ventana y el amanecer inunda la sombría habitación con una luz incierta y fantástica, como en Petersburgo, nuestro soñador, agotado y exhausto, se arroja sobre su cama y se duerme con estremecimientos de deleite en su espíritu morbosamente sobreexcitado, y con un cansado y dulce dolor en su corazón? Sí, Nastenka, ¡uno se engaña a sí mismo y cree inconscientemente que la verdadera pasión agita su alma; cree inconscientemente que hay algo vivo, tangible en sus sueños inmateriales! ¿Y es un engaño? Aquí el amor, por ejemplo, está ligado con toda su insondable alegría, con todas sus torturantes agonías en su seno… ¡Míralo y te convencerás! ¿Creerías, mirándolo, querida Nastenka, que nunca ha conocido a la que ama en sus sueños extáticos? ¿Puede ser

que sólo la haya visto en visiones seductoras, y que esta pasión no haya sido más que un sueño? ¿Seguro que han pasado años juntos de la mano, los dos solos, desprendiéndose de todo el mundo y uniendo cada uno su vida a la del otro? ¿Seguro que cuando llegó la hora de la despedida, ella debió de yacer sollozando y afligida en su pecho, sin importarle la tempestad que se desencadenaba bajo el cielo sombrío, sin importarle el viento que arrancaba y arrastraba las lágrimas de sus negras pestañas? ¿Puede todo eso haber sido un sueño, y ese jardín, abatido, abandonado, desbocado, con sus caminitos cubiertos de musgo, solitario, sombrío, donde solían pasear juntos tan felizmente, donde esperaban, se afligían, se amaban, se querían tanto tiempo, «tanto tiempo y con tanto cariño»?

—¿Y esa extraña casa solariega donde ella pasó tantos años sola y triste con su viejo y taciturno marido, siempre silencioso y espléndido, que los asustaba, mientras tímidos como niños se ocultaban su amor? ¡Qué tormentos sufrieron, qué agonías de terror, qué inocente, qué puro era su amor, y qué (no hace falta decirlo, Nastenka) maliciosa era la gente! Y, ¡buenos cielos! seguramente se encontró con ella después, lejos de sus costas natales, bajo cielos ajenos, en el caluroso sur de la ciudad divinamente eterna, en el deslumbrante esplendor del baile al estruendo de la música, en un palacio (debe ser en un palacio), ahogado en un mar de luces, en el balcón, envuelto en mirto y rosas, donde, reconociéndolo, ella se quita apresuradamente la máscara y susurrando «Soy libre», se arroja temblorosa a sus brazos, y con un grito de éxtasis, aferrándose el uno al

otro, en un instante olvidan su dolor y su despedida y todas sus agonías, y la casa sombría y el viejo y el lúgubre jardín en aquella tierra lejana, y el asiento en el que con un último beso apasionado se arrancó de sus brazos entumecidos por la angustia y la desesperación… Oh, Nastenka, debes admitir que uno se sobresalta, se confunde y se ruboriza como un colegial que acaba de meterse en el bolsillo una manzana robada del jardín del vecino, cuando tu visitante no invitado, un tipo robusto y larguirucho, un alma festiva aficionada a las bromas, abre tu puerta y grita como si nada: «Mi querido muchacho, he llegado en este momento de Pavlovsk». Dios mío, el viejo conde ha muerto, la felicidad indecible está cerca, y llega gente de Pavlovsk\1

Al terminar mi patético llamamiento, me detuve patéticamente. Recordé que tenía un intenso deseo de forzarme a reír, pues ya sentía que un demonio maligno se agitaba dentro de mí, que tenía un nudo en la garganta, que mi barbilla empezaba a crisparse y que mis ojos se humedecían cada vez más.

Esperaba que Nastenka, que me escuchaba abriendo sus inteligentes ojos, rompiera en su risa infantil e irreprimible; y ya me arrepentía de haber llegado tan lejos, de haber descrito innecesariamente lo que desde hacía tiempo se cocía a fuego lento en mi corazón, del que podía hablar como si fuera un relato escrito, porque hacía tiempo que me había juzgado a mí mismo y ahora no podía resistirme a leerlo, a hacer mi confesión, sin esperar que me entendieran; pero, para mi sorpresa, se quedó en silencio, esperando un poco, luego apretó débilmente mi mano y con tímida simpatía

preguntó:

—¿Seguro que no has vivido así toda tu vida?

—Toda mi vida, Nastenka —respondí—; toda mi vida, y me parece que seguiré así hasta el final.

—No, eso no puede ser —dijo ella con inquietud—, eso no debe ser; y así, tal vez, pasaré toda mi vida al lado de la abuela. ¿Sabes que no es nada bueno vivir así?

—¡Lo sé, Nastenka, lo sé! —grité, incapaz de contener mis sentimientos por más tiempo—. ¡Y me doy cuenta ahora, más que nunca, de que he perdido todos mis mejores años! Y ahora lo sé y lo siento más dolorosamente al reconocer que Dios me ha enviado a ti, mi buen ángel, para decírmelo y demostrármelo. Ahora que me siento a tu lado y hablo contigo me resulta extraño pensar en el futuro, pues en el futuro vuelve a haber soledad, vuelve a haber esta vida mohosa e inútil; ¡y qué tendré que soñar cuando he sido tan feliz en la realidad a tu lado! Oh, bendita seas, querida niña, por no haberme repelido al principio, por permitirme decir que durante dos tardes, al menos, he vivido.

—¡Oh, no, no! —gritó Nastenka y las lágrimas brillaron en sus ojos.

—¡No, ya no debe ser así; no debemos separarnos así! ¿Qué son dos tardes?

—¡Oh, Nastenka, Nastenka! ¿Sabes hasta qué punto me has reconciliado conmigo misma? ¿Sabes que ahora no pensaré tan mal de mí misma, como lo he hecho en algunos momentos? ¿Sabes que, tal vez, dejaré de lamentarme por

el crimen y el pecado de mi vida? porque una vida así es un crimen y un pecado. Y no creas que he exagerado nada, por el amor de Dios, no pienses eso, Nastenka, porque a veces me invade tal miseria, tal miseria… Porque en esos momentos empieza a parecerme que soy incapaz de empezar una vida en la vida real, porque me ha parecido que he perdido todo contacto, todo instinto para lo actual, lo real; porque al fin me he maldecido a mí mismo; porque después de mis noches fantásticas tengo momentos de vuelta a la sobriedad, ¡que son horribles! Mientras tanto, oyes el torbellino y el estruendo de la multitud en el vórtice de la vida que te rodea; oyes, ves, a los hombres que viven en la realidad; ves que la vida para ellos no está prohibida, que su vida no flota como un sueño, como una visión; que su vida está siendo eternamente renovada, eternamente joven, y que ni una hora de ella es igual a otra; mientras que la fantasía es tan poco espirituosa, monótona hasta la vulgaridad y se asusta fácilmente, esclava de las sombras, de la idea, esclava de la primera nube que envuelve al sol, y cubre de depresión el verdadero corazón petersburgués tan entregado al sol, y ¡qué es la fantasía en la depresión! Uno siente que esta inagotable fantasía está al fin cansada y desgastada por el continuo ejercicio, porque uno está creciendo en la madurez, superando sus viejos ideales: se están rompiendo en fragmentos, en polvo; si no hay otra vida hay que construir una con los fragmentos. Y mientras tanto el alma anhela y ansía otra cosa. Y en vano el soñador hurga en sus viejos sueños, como si buscara una chispa entre los rescoldos, para avivar su llama, para calentar su frío corazón con el fuego reavivado, y para despertar en él todo lo

que fue tan dulce, lo que tocó su corazón, lo que hizo hervir su sangre, lo que arrancó lágrimas de sus ojos, y lo que tan lujosamente le engañó. ¿Sabes, Nastenka, a qué punto he llegado? Sabes que ahora me veo obligado a celebrar el aniversario de mis propias sensaciones, el aniversario de aquello que una vez fue tan dulce, que nunca existió en la realidad —pues este aniversario se guarda en memoria de aquellos mismos sueños insensatos y sombríos— y a hacerlo porque aquellos sueños insensatos ya no existen, porque no tengo nada con lo que ganarlos; ¡ya sabes que ni siquiera los sueños son gratuitos! ¿Sabes que ahora me encanta recordar y visitar en determinadas fechas los lugares donde una vez fui feliz a mi manera? Me encanta construir mi presente en armonía con el pasado irrevocable, y a menudo deambulo como una sombra, sin rumbo, triste y abatida, por las calles y callejuelas torcidas de Petersburgo. ¡Qué recuerdos son! Recordar, por ejemplo, que aquí hace justo un año, a esta hora, en esta acera, deambulaba tan solo, tan abatido como hoy. Y uno recuerda que entonces sus sueños eran tristes, y aunque el pasado no era mejor, uno siente como si de alguna manera hubiera sido mejor, y que la vida era más pacífica, que uno estaba libre de los negros pensamientos que ahora lo persiguen a uno; que uno estaba libre del roer de la conciencia —el sombrío y hosco roer que ahora no me da descanso ni de día ni de noche—. Y uno se pregunta dónde están sus sueños. Y uno sacude la cabeza y dice ¡qué rápido pasan los años! Y uno se pregunta de nuevo qué ha hecho con sus años. ¿Dónde has enterrado tus mejores días? ¿Has vivido o no? Mira, se dice uno a sí mismo, mira cómo se enfría el mundo.

Pasarán algunos años más, y tras ellos vendrá la sombría soledad; luego vendrá la vejez temblando sobre su muleta, y tras ella la miseria y la desolación. Tu mundo fantástico palidecerá, tus sueños se desvanecerán y morirán y caerán como las hojas amarillas de los árboles… ¡Oh, Nastenka! Sabes que será triste quedarte sola, completamente sola, y no tener ni siquiera nada que lamentar: nada, absolutamente nada… ¡por todo lo que has perdido, todo eso, todo era nada, estúpida, simple nulidad, no ha habido más que sueños!

—Vamos, no trabajes más en mis sentimientos —dijo Nastenka, enjugando una lágrima que resbalaba por su mejilla—. ¡Ahora se acabó! Ahora seremos dos juntos. Pase lo que pase, nunca nos separaremos. Escucha; soy una chica sencilla, no he tenido mucha educación, aunque la abuela me consiguió un maestro, pero en verdad te entiendo, pues todo lo que has descrito lo he vivido yo misma, cuando la abuela me prendió a su vestido. Por supuesto, yo no lo habría descrito tan bien como tú; no soy educada —añadió tímidamente, pues aún sentía una especie de respeto por mi patética elocuencia y mi elevado estilo—, pero me alegro mucho de que hayas sido muy abierta conmigo. Ahora os conozco a fondo, a todos vosotros. ¿Y sabéis qué? Yo también quiero contarte mi historia, sin tapujos, y después de eso debes aconsejarme. Eres un hombre muy inteligente; ¿prometes darme consejos?

—¡Ah, Nastenka! —grité—, aunque nunca he dado consejos, y menos aún consejos sensatos, sin embargo, ahora veo que si seguimos siempre así, serán muy sensatos, y que

cada uno de nosotros dará al otro muchos consejos sensatos. Bueno, mi bonita Nastenka, ¿qué clase de consejo quieres? Dímelo con franqueza; en este momento estoy tan alegre y feliz, tan atrevida y sensata, que no me será difícil encontrar palabras.

—¡No, no! —interrumpió Nastenka, riendo—. ¡No sólo quiero un consejo sensato, quiero un consejo fraternal y cálido, como si me hubieras querido toda la vida!

—¡De acuerdo, Nastenka, de acuerdo! —grité encantado—; y si te hubiera tenido cariño durante veinte años, no podría haberte tenido más cariño que ahora.

—Tu mano —dijo Nastenka.

Aquí está —dije, dándole mi mano.

—Y así, ¡comencemos mi historia!





La historia de Nastenka

La mitad de mi historia ya la conoces, es decir, sabes que tengo una vieja abuela…

—Si la otra mitad es tan breve como esa… —interrumpí, riendo.

—Cállate y escucha. En primer lugar, debes aceptar no interrumpirme, o si no, ¡quizás me meta en un lío! Ven, escucha en silencio.

Tengo una vieja abuela. Llegué a sus manos cuando era una niña, ya que mi padre y mi madre han muerto. Hay que suponer que la abuela fue antes más rica, porque ahora recuerda tiempos mejores. Me enseñó francés y luego me consiguió un profesor. Cuando tenía quince años (y ahora tengo diecisiete) dejamos de tener clases. Fue entonces cuando me metí en una travesura; no te diré lo que hice;

basta con decir que no fue muy importante. Pero la abuela me llamó una mañana y me dijo que, como era ciega, no podía ocuparse de mí; cogió un alfiler y prendió mi vestido al suyo, y dijo que deberíamos sentarnos así el resto de nuestras vidas si, por supuesto, no me convertía en una chica mejor. De hecho, al principio era imposible alejarse de ella: Tenía que trabajar, leer y estudiar todo al lado de la abuela. Una vez intenté engañarla y convencí a Fekla para que se sentara en mi lugar. Fekla es nuestra carnicera, es sorda. Fekla se sentó en mi lugar; la abuela estaba durmiendo en su sillón en ese momento, y yo me fui a ver a un amigo cercano. La cosa terminó en problemas. La abuela se despertó mientras yo estaba fuera e hizo algunas preguntas; pensó que yo seguía sentado tranquilamente en mi sitio. Fekla vio que la abuela le preguntaba algo, pero no podía saber lo que era; se preguntó qué hacer, deshizo el pasador y salió corriendo…

En ese momento Nastenka se detuvo y empezó a reírse. Me reí con ella. Dejó de inmediato.

—Te digo que no te rías de la abuela. Me río porque es divertido… Qué puedo hacer, ya que la abuela es así; pero aun así le tengo cariño en cierto modo. Ah, bueno, esa vez sí que la cogí. Tuve que sentarme en mi sitio de inmediato, y después no me dejaron moverme.

Oh, olvidé decirte que nuestra casa nos pertenece, es decir, a la abuela; es una casita de madera con tres ventanas tan vieja como la propia abuela, con un pequeño piso superior; pues bien, se mudó a nuestro piso superior un nuevo inquilino.

—Entonces, usted tenía un antiguo inquilino —observé con indiferencia.

—Sí, claro —respondió Nastenka—, y uno que sabía contener la lengua mejor que tú. De hecho, casi nunca usaba la lengua. Era un ancianito mudo, ciego, cojo y reseco, de modo que al final no pudo seguir viviendo, murió; entonces tuvimos que buscar un nuevo inquilino, pues no podíamos vivir sin un inquilino; el alquiler, junto con la pensión de la abuela, es casi todo lo que tenemos. Pero el nuevo inquilino, por suerte, era un hombre joven, un forastero que no era de por aquí. Como no regateó el alquiler, la abuela lo aceptó, y sólo después me preguntó: «Dime, Nastenka, cómo es nuestro inquilino: ¿es joven o viejo?» No quise mentir, así que le dije a la abuela que no era exactamente joven y que no era viejo.

—¿Y es de aspecto agradable? —preguntó la abuela.

De nuevo no quise mentir: «Sí, es de aspecto agradable, abuela», dije. Y la abuela dijo: «¡Ah, qué fastidio, qué fastidio! Te lo digo, nieto, para que no te ocupes de él. ¡Qué tiempos estos! Por qué un mísero inquilino como éste, y además debe ser de aspecto agradable; ¡era muy diferente en los viejos tiempos!»

La abuela siempre se lamentaba de los viejos tiempos; antes era más joven, y el sol era más cálido en los viejos tiempos, y la crema no se volvía tan amarga en los viejos tiempos; siempre eran los viejos tiempos. Me sentaba y me callaba y pensaba: ¿por qué me lo sugirió la abuela? ¿Por qué me preguntó si el inquilino era joven y guapo? Pero

eso era todo, lo pensaba, volvía a contar mis puntos, seguía tejiendo mi media y me olvidaba del asunto.

Una mañana, el inquilino vino a vernos; preguntó por una promesa de empapelar sus habitaciones. Una cosa llevó a la otra. La abuela estaba habladora y dijo: «Ve, Nastenka, a mi habitación y tráeme mi contador». Me levanté de un salto; me sonrojé, no sé por qué, y me olvidé de que estaba sentada con un alfiler a la abuela; en lugar de desprenderme del alfiler tranquilamente, para que el inquilino no lo viera, salté de tal manera que la silla de la abuela se movió. Cuando vi que el inquilino lo sabía todo sobre mí, me sonrojé, me quedé quieta como si me hubieran disparado, y de repente empecé a llorar; me sentí tan avergonzada y miserable en ese momento, que no sabía dónde mirar. La abuela gritó: «¿A qué esperas?», y yo seguí peor que nunca. Cuando el inquilino vio, vio que yo estaba avergonzada por su culpa, ¡se inclinó y se fue de inmediato!

Después de eso me sentí dispuesto a morir al menor ruido en el pasillo. «Es el inquilino», pensaba, y me desabrochaba el pasador por si acaso. Pero siempre resultaba no serlo, nunca venía. Pasaron quince días; el inquilino me dijo, a través de Fyokla, que tenía un gran número de libros franceses, y que todos eran buenos libros que yo podía leer, por lo que ¿no le gustaría a la abuela que los leyera para no aburrirme? La abuela estaba de acuerdo con la gratitud, pero no dejaba de preguntar si eran libros morales, pues si los libros eran inmorales, no se podría aprender el mal de ellos.

—¿Y qué debo aprender, abuela? ¿Qué hay escrito en

ellos?

—Ah —dijo ella—, lo que se describe en ellos, es cómo los jóvenes seducen a las muchachas virtuosas; cómo, con la excusa de que quieren casarse con ellas, se las llevan de la casa de sus padres; cómo después abandonan a estas infelices muchachas a su suerte, y perecen de la manera más lamentable. He leído muchos libros —dijo la abuela—, y todo está tan bien descrito que uno se pasa la noche en vela leyéndolos a escondidas. Así que procura no leerlos, Nastenka —dijo—. ¿Qué libros ha enviado?

—Son todos novelas de Walter Scott, abuela.

—¡Las novelas de Walter Scott! Pero quédate, ¿no hay algún truco en esto? Mira, ¿no ha metido una carta de amor entre ellas?

—No, abuela —dije—, no hay ninguna carta de amor.

—Pero mira debajo de la encuadernación; a veces la meten debajo de las encuadernaciones, los muy pillos.

—No, abuela, no hay nada debajo de la encuadernación.

—Bueno, está bien.

Así que empezamos a leer a Walter Scott, y en un mes más o menos habíamos leído casi la mitad. Luego nos envió más y más. También nos envió a Pushkin; de modo que al final no pude seguir sin un libro y dejé de soñar con lo bonito que sería casarme con un príncipe chino.

Así estaban las cosas cuando un día me encontré con nuestro inquilino en la escalera. La abuela me había enviado a

buscar algo. Se detuvo, yo me sonrojé y él se sonrojó; sin embargo, se rió, me dio los buenos días, preguntó por la abuela y dijo: «Bueno, ¿has leído los libros?». Le contesté que sí. ¿Qué es lo que más te ha gustado? Respondí: «Ivanhoe, y Pushkin, el mejor de todos», y así terminó nuestra conversación por aquella vez.

Una semana más tarde volví a encontrarme con él en la escalera. Esa vez la abuela no me había enviado, quería conseguir algo para mí. Eran más de las dos, y el inquilino solía llegar a casa a esa hora. «Buenas tardes», dijo. Yo también dije buenas tardes.

—¿No eres aburrido? —dijo—, sentado todo el día con tu abuela.

Cuando me preguntó eso, me sonrojé, no sé por qué; me sentí avergonzada, y de nuevo me sentí ofendida; supongo que porque otras personas habían empezado a preguntarme sobre eso. Quise irme sin contestar, pero no tuve fuerzas.

—Escucha —dijo—, eres una buena chica. Perdona que te hable así, pero te aseguro que deseo tu bienestar tanto como el de tu abuela. ¿No tienes amigos a los que puedas ir a visitar?

Le dije que no tenía ninguna, que no había tenido más amiga que Mashenka, y que ella se había ido a Pskov.

—Escucha —dijo—, ¿te gustaría ir al teatro conmigo?

—Al teatro. ¿Y la abuela?

—Pero debes ir sin que tu abuela lo sepa —dijo.

—No —dije—, no quiero engañar a la abuela. Adiós.

—Bueno, adiós —respondió, y no dijo nada más.

Sólo después de la cena vino a vernos; se sentó un buen rato a hablar con la abuela; le preguntó si salía alguna vez a algún sitio, si tenía conocidos, y de repente dijo: «He cogido un palco en la ópera para esta noche; dan El barbero de Sevilla. Mis amigos querían ir, pero luego se negaron, así que la entrada ha quedado en mis manos». El barbero de Sevilla —exclamó la abuela—, ¿la misma que se representaba antiguamente?

—Sí, es el mismo barbero —dijo, y me miró.

Vi lo que significaba y me puse colorada, y mi corazón empezó a palpitar de suspenso.

—Seguro que lo conozco —dijo la abuela—; ¡porque yo misma hice el papel de Rosina en los viejos tiempos, en una representación privada!

—Entonces, ¿no te gustaría ir hoy? —dijo el inquilino—. Si no, mi billete se perderá.

—Por supuesto, vayamos —dijo la abuela—; ¿por qué no habríamos de ir? Y mi Nastenka nunca ha ido al teatro.

¡Dios mío, qué alegría! Nos preparamos enseguida, nos pusimos nuestras mejores galas y nos pusimos en marcha. Aunque la abuela era ciega, quería escuchar la música; además, es un alma vieja y bondadosa, lo que más le importaba era divertirme, nunca hubiéramos ido por nuestra cuenta.

No te diré cuál fue mi impresión sobre El barbero de Sevilla; pero durante toda aquella velada nuestro inquilino me miró tan bien, me habló tan bien, que enseguida vi que había querido ponerme a prueba por la mañana cuando me propuso ir con él sola. Bueno, ¡fue una alegría! Me fui a la cama tan orgullosa, tan alegre, mi corazón latía de tal manera que estaba un poco febril, y toda la noche estuve delirando sobre El Barbero de Sevilla.

Esperaba que después de aquello viniera a vernos más y más a menudo, pero no fue así en absoluto. Dejó de venir casi por completo. Sólo venía una vez al mes, y entonces sólo para invitarnos al teatro. Volvimos a ir dos veces. Sólo que a mí no me agradaba en absoluto; veía que simplemente le daba pena porque la abuela me trataba tan mal, y eso era todo. A medida que pasaba el tiempo, me volvía cada vez más inquieta, no podía estar sentada, no podía leer, no podía trabajar; a veces me reía y hacía algo para molestar a la abuela, en otro momento lloraba. Al final adelgacé y estuve a punto de enfermar. La temporada de ópera había terminado, y nuestro inquilino había renunciado a venir a vernos; cada vez que nos encontrábamos —siempre en la misma escalera, por supuesto— se inclinaba tan silenciosamente, tan gravemente, como si no quisiera hablar, y bajaba a la puerta principal, mientras yo seguía de pie en medio de la escalera, tan roja como una cereza, pues toda la sangre se me subía a la cabeza al verlo.

Ahora se acerca el final. Hace apenas un año, en mayo, el inquilino vino a vernos y le dijo a la abuela que había terminado su negocio aquí, y que debía volver a Moscú por

un año. Cuando lo oí, me hundí en una silla medio muerta; la abuela no se dio cuenta de nada; y tras informarnos de que nos dejaba, hizo una reverencia y se marchó.

¿Qué iba a hacer yo? Pensé y pensé y me preocupé y me preocupé, y al final me decidí. Al día siguiente él se iba a ir, y yo me decidí a terminar todo esa noche cuando la abuela se fuera a la cama. Y así sucedió. Recogí toda mi ropa en un paquete —toda la ropa blanca que necesitaba— y con el paquete en la mano, más muerta que viva, subí a casa de nuestro inquilino. Creo que debí permanecer una hora en la escalera. Cuando abrí su puerta, gritó al mirarme. Pensó que era un fantasma y se apresuró a darme agua, pues apenas podía mantenerme en pie. Mi corazón latía tan violentamente que me dolía la cabeza, y no sabía lo que estaba haciendo. Cuando me recuperé, empecé por dejar mi paquete en su cama, me senté a su lado, escondí mi cara entre las manos y me puse a llorar a mares. Creo que él lo entendió todo de inmediato, y me miró con tanta tristeza que mi corazón se desgarró.

—Escucha —empezó—, escucha, Nastenka, no puedo hacer nada; soy un pobre hombre, pues no tengo nada, ni siquiera una litera decente. ¿Cómo podríamos vivir si me casara contigo?

Hablamos mucho tiempo; pero al final me puse bastante frenético, dije que no podía seguir viviendo con la abuela, que debía huir de ella, que no quería estar prendido a ella, y que me iría a Moscú si él quería, porque no podía vivir sin él. La vergüenza y el orgullo y el amor clamaban en mí a la vez, y caí en la cama casi en convulsiones, tenía tanto

miedo de una negativa.

Se sentó durante algunos minutos en silencio, luego se levantó, se acercó a mí y me tomó de la mano.

—Escucha, mi querida y buena Nastenka, escucha; te juro que si alguna vez estoy en condiciones de casarme, tú harás mi felicidad. Te aseguro que ahora eres la única que podría hacerme feliz. Escucha, me voy a Moscú y estaré allí sólo un año; espero establecer mi posición. Cuando vuelva, si todavía me quieres, te juro que seremos felices. Ahora es imposible, no soy capaz, no tengo derecho a prometer nada. Pues bien, te repito que si no es dentro de un año, será sin duda algún tiempo; eso, claro está, si no prefieres a ningún otro, pues no puedo ni me atrevo a obligarte con ninguna clase de promesa.

Eso fue lo que me dijo, y al día siguiente se marchó. Acordamos juntos no decir ni una palabra a la abuela: ése era su deseo. Bueno, mi historia está casi terminada. Sólo ha pasado un año. Ha llegado; ha estado aquí tres días, y, y

—¿Y qué? —grité, impaciente por oír el final.

—¡Y hasta ahora no se ha presentado! —respondió Nastenka, como si se armara de valor—. No hay señales ni sonidos de él.

Aquí se detuvo, hizo una pausa durante un minuto, agachó la cabeza y, cubriéndose la cara con las manos, rompió a sollozar de tal manera que me llegó una punzada al corazón al escucharlos. No había esperado en absoluto un desenlace semejante.

—Nastenka —comencé tímidamente con voz congraciada—, ¡Nastenka! Por el amor de Dios, no llores. ¿Cómo lo sabes? Tal vez no esté aquí todavía…

—Está, está —repitió Nastenka—. Está aquí, y lo sé. Nos pusimos de acuerdo en su momento, aquella noche, antes de que se fuera: cuando dijimos todo lo que te he contado, y nos habíamos puesto de acuerdo, entonces salimos aquí a pasear por este terraplén. Eran las diez; nos sentamos en este asiento. Yo no lloraba entonces; era dulce para mí escuchar lo que él decía… Y me dijo que vendría a vernos en cuanto llegara, y que si no lo rechazaba, se lo contaríamos todo a la abuela. Ahora está aquí, lo sé, y sin embargo no viene.

Y de nuevo se echó a llorar.

—Dios mío, ¿no puedo hacer nada para ayudarte en tu dolor? —grité saltando del asiento con total desesperación—. Dime, Nastenka, ¿no sería posible que yo fuera a verlo?

—¿Sería posible? —preguntó de repente, levantando la cabeza.

—No, claro que no —dije levantando la cabeza—; pero te diré algo, escribe una carta.

—No, eso es imposible, no puedo hacerlo —respondió con decisión, agachando la cabeza y sin mirarme.

—¿Cómo de imposible? ¿Por qué es imposible? —continué, aferrándome a mi idea—. Pero, Nastenka, depende de qué tipo de carta; hay cartas y cartas y… Ah, Nastenka, tengo razón; confía en mí, confía en mí, no te daré un mal

consejo. Todo se puede arreglar. Ya diste el primer paso, ¿por qué no ahora?

—No puedo. No puedo. Parecería como si me forzara sobre él…

—Ah, mi buena Nastenka —dije, apenas pudiendo disimular una sonrisa—; no, no, tienes derecho, de hecho, porque él te hizo una promesa. Además, veo por todo que es un hombre de sentimientos delicados; que se comportó muy bien —proseguí, cada vez más llevado por la lógica de mis propios argumentos y convicciones.

—¿Cómo se comportó? Se comprometió con una promesa: dijo que si se casaba no lo haría con nadie más que contigo; te dio plena libertad para rechazarlo en cualquier momento… En tales circunstancias, puedes dar el primer paso; tienes el derecho; estás en una posición privilegiada; si, por ejemplo, quisieras liberarle de su promesa…

—Escucha; ¿cómo escribirías?

—¿Escribir qué?

—Esta carta.

—Te digo cómo escribiría: «Estimado señor»…

—¿De verdad tengo que empezar así, «Estimado señor»?

—¡Claro que sí! Aunque, después de todo, no sé, me imagino…

—Bueno, bueno, ¿y ahora qué?

—«Estimado señor, debo disculparme por…». Pero, no, no hay necesidad de disculparse; el hecho mismo lo justi-

fica todo. Escriba simplemente:

«Le escribo a usted. Perdone mi impaciencia; pero he sido feliz durante todo un año en la esperanza; ¿tengo la culpa de ser incapaz de soportar un día de duda ahora? Ahora que has venido, tal vez hayas cambiado de opinión. Si es así, esta carta es para decirte que no me arrepiento, ni te culpo. No te culpo porque no tengo poder sobre tu corazón, ¡así es mi destino!

«Usted es un hombre honorable. No sonreirás ni te enfadarás por estas líneas impacientes. Recuerde que están escritas por una pobre muchacha; que está sola; que no tiene a nadie que la dirija, que no tiene a nadie que la aconseje, y que ella misma nunca podría controlar su corazón. Pero perdóneme que una duda haya robado —aunque sea por un instante— a mi corazón. No eres capaz de insultar, ni siquiera con el pensamiento, a quien tanto te amó y tanto te ama».

—¡Sí, sí; eso es exactamente lo que estaba pensando! —exclamó Nastenka, y sus ojos brillaron de alegría—. Oh, has resuelto mis dificultades: ¡Dios te ha enviado a mí! Gracias, gracias.

—¿Para qué? ¿Por qué? ¿Para que Dios me envíe? —respondí, mirando encantado su carita alegre—. Pues sí, también por eso.

—¡Ah, Nastenka! Pues uno agradece a algunas personas por estar vivas al mismo tiempo que uno; ¡yo te agradezco a ti por haberme conocido, por poder recordarte toda mi vida!

—¡Bueno, basta, basta! Pero ahora te digo una cosa, escucha: hicimos un acuerdo entonces de que en cuanto llegara me lo haría saber, dejando una carta a unas buenas personas sencillas de mi conocimiento que no saben nada de esto; o, si fuera imposible escribirme una carta, pues una carta no siempre lo dice todo, estaría aquí a las diez del día que llegara, donde habíamos quedado. Sé que ya ha llegado; pero ahora es el tercer día, y no hay rastro de él ni carta. Me es imposible alejarme de la abuela por la mañana. Dale mañana mi carta a esas amables personas de las que te hablé: se la enviarán, y si hay respuesta se la llevas mañana a las diez.

—¡Pero la carta, la carta! Ya ves, ¡hay que escribir la carta primero! Así que tal vez todo debe ser pasado mañana.

—La carta… —dijo Nastenka, un poco confusa—, la carta… pero…

Pero no terminó. Al principio apartó su carita de mí, sonrojada como una rosa, y de repente sentí en mi mano una carta que evidentemente había sido escrita mucho antes, toda lista y sellada. Una dulce y encantadora reminiscencia familiar flotó en mi mente.

—R, o-Ro; s, i-si; n, a-na —comencé.

—¡Rosina! —tarareamos los dos a la vez; yo casi la abrazaba con deleite, mientras ella se sonrojaba como sólo ella podía sonrojarse, y reía a través de las lágrimas que brillaban como perlas en sus negras pestañas.

—¡Vamos, basta, basta! Adiós —dijo hablando rápidamente—. Aquí está la carta, aquí está la dirección a la que

debes llevarla. ¡Adiós, hasta que nos volvamos a ver! Hasta mañana.

Apretó mis dos manos cálidamente, asintió con la cabeza y voló como una flecha por su calle lateral. Me quedé quieto durante mucho tiempo siguiéndola con la mirada.

—¡Hasta mañana! ¡Hasta mañana! —resonaba en mis oídos mientras ella desaparecía de mi vista.



Tercera noche

Hoy ha sido un día lúgubre y lluvioso, sin un rayo de sol, como la vejez que me espera. Me oprimen pensamientos tan extraños, sensaciones tan sombrías; se agolpan en mi cerebro cuestiones todavía tan oscuras para mí, y parece que no tengo ni poder ni voluntad para resolverlas. ¡No me corresponde a mí resolver todo esto!

Hoy no nos encontraremos. Ayer, cuando nos despedimos, las nubes empezaron a cubrir el cielo y se levantó una niebla. Dije que mañana sería un mal día; ella no contestó, no quería hablar en contra de sus deseos; para ella aquel día era luminoso y claro, ni una nube debía oscurecer su felicidad.

—Si llueve no nos veremos —dijo—, no vendré.

Pensé que no se daría cuenta de la lluvia de hoy, y sin embargo no ha venido.

Ayer fue nuestra tercera entrevista, nuestra tercera noche blanca… Pero, ¡qué bien le sienta a uno la alegría y la felicidad! ¡Qué rebosante de amor está el corazón! Uno parece anhelar derramar todo su corazón; uno quiere que todo sea alegre, que todo sea risa. ¡Y qué contagiosa es esa alegría! Había tal suavidad en sus palabras, tal sentimiento de bondad en su corazón hacia mí ayer… ¡Qué solícita y amistosa fue; con qué ternura trató de infundirme valor! ¡Oh, la coquetería de la felicidad! Mientras yo… lo tomé todo por lo genuino, pensé que ella…

Pero, Dios mío, ¿cómo pude pensarlo? ¿Cómo pude estar tan ciego, cuando todo lo había tomado ya otro, cuando nada era mío; cuando, en realidad, su misma ternura hacia mí, su ansiedad, su amor… sí, su amor por mí, no era otra cosa que alegría ante la idea de ver a otro hombre tan pronto, deseo de incluirme también a mí en su felicidad? Cuando él no vino, cuando esperamos en vano, ella frunció el ceño, se volvió tímida y desanimada. Sus movimientos, sus palabras, ya no eran tan ligeras, tan juguetonas, tan alegres; y, por extraño que parezca, redobló su atención hacia mí, como si deseara instintivamente prodigarme lo que deseaba para sí misma tan ansiosamente, si sus deseos no se cumplían. Mi Nastenka estaba tan abatida, tan consternada, que creo que por fin se dio cuenta de que yo la amaba, y se apenó por mi pobre amor. Así, cuando somos infelices, sentimos más la infelicidad de los demás; el sentimiento no se destruye, sino que se concentra…

Fui a su encuentro con el corazón lleno, y era todo impaciencia. No tenía el presentimiento de que me sintiera

como ahora, de que no todo terminaría felizmente. Ella estaba radiante de placer; esperaba una respuesta. La respuesta era él mismo. Tenía que venir, correr a su llamada. Llegó una hora entera antes que yo. Al principio se reía de todo, se reía de cada palabra que yo decía. Empecé a hablar, pero recayó en el silencio.

—¿Sabes por qué estoy tan contenta —dijo ella—, tan contenta de verte… por qué me gustas tanto hoy?

—¿Y bien? —pregunté, y mi corazón empezó a palpitar.

—Me gustas porque no te has enamorado de mí. Sabes que algunos hombres en tu lugar me habrían molestado y preocupado, habrían suspirado y se habrían sentido miserables, ¡mientras que tú eres tan agradable!

Entonces me retorció la mano con tanta fuerza que casi grité. Se rió.

—¡Dios mío, qué amigo eres! —empezó a decir con gravedad un minuto después—. Dios te envió a mí. ¿Qué habría sido de mí si no hubieras estado conmigo ahora? ¡Qué desinteresado eres! ¡Cuánto te preocupas por mí! Cuando me case seremos grandes amigos, más que hermano y hermana; me importará casi tanto como él…

En aquel momento me sentí terriblemente triste, pero algo parecido a la risa se agitaba en mi alma.

—Estás muy alterada —le dije—; estás asustada; crees que no vendrá.

—¡Oh, querida! —respondió ella—; si fuera menos feliz, creo que lloraría por tu falta de fe, por tus reproches. Sin

embargo, me has hecho pensar y me has dado mucho que pensar; pero ya pensaré más tarde, y ahora reconoceré que tienes razón. Sí, en cierto modo no soy yo mismo; soy todo suspenso, y siento todo como si fuera demasiado ligero. Pero ¡silencio! ya está bien de sentimientos…

En ese momento oímos pasos, y en la oscuridad vimos una figura que se acercaba a nosotros. Ambos nos sobresaltamos; ella casi gritó; yo solté su mano e hice un movimiento como para alejarme. Pero nos equivocamos, no era él.

—¿De qué tienes miedo? ¿Por qué me has soltado la mano? —dijo ella, dándomela de nuevo—. Vamos, ¿qué pasa? Nos reuniremos con él; quiero que vea el cariño que nos tenemos.

—¡Cómo nos queremos! —grité.

—¡Oh, Nastenka, Nastenka —pensé—, cuánto me has dicho en ese dicho! Ese cariño, en ciertos momentos, enfría el corazón y pesa el alma. Tu mano está fría, la mía arde como el fuego. ¡Qué ciega estás, Nastenka!… ¡Oh, qué insoportable es a veces una persona feliz! Pero no podría enfadarme contigo

Al final mi corazón estaba demasiado lleno.

—¡Escucha, Nastenka! —grité—. ¿Sabes cómo me ha ido todo el día?

—¿Por qué, cómo, cómo? ¡Dímelo rápido! ¿Por qué no has dicho nada en todo este tiempo?

—Para empezar, Nastenka, cuando he cumplido todos tus encargos, he dado la carta, he ido a ver a tus buenos ami-

gos, luego… luego he ido a casa y me he acostado.

—¿Eso es todo? —interrumpió ella, riendo.

—Sí, casi todo —respondí conteniéndome, pues ya empezaban a asomar lágrimas tontas en mis ojos—. Me desperté una hora antes de nuestra cita, y sin embargo, como si no hubiera estado dormida. No sé qué me pasó. Vine a contártelo todo, sintiendo como si el tiempo se detuviera, sintiendo como si una sensación, un sentimiento debiera permanecer conmigo desde ese momento para siempre; sintiendo como si un minuto debiera durar toda la eternidad, y como si toda la vida se hubiera detenido para mí… Cuando me desperté, me pareció que algún motivo musical que me era familiar desde hacía mucho tiempo, escuchado en algún lugar del pasado, olvidado y voluptuosamente dulce, había vuelto a mí ahora. Me pareció que había estado clamando en mi corazón toda mi vida, y sólo ahora…

—Oh, Dios mío, Dios mío —interrumpió Nastenka—, ¿qué significa todo eso? No entiendo nada.

—Ah, Nastenka, quería transmitirte de alguna manera esa extraña impresión…

Comencé con una voz lastimera, en la que aún se escondía una esperanza, aunque muy tenue.

—Déjalo. Calla —dijo ella, y en un instante la astuta gata lo había adivinado.

De repente se volvió extraordinariamente habladora, alegre, traviesa; me tomó del brazo, se rió, quiso que yo también me riera, y cada palabra confusa que yo pronunciaba

evocaba de ella una prolongada carcajada sonora… Empecé a enfadarme, había empezado a coquetear de repente.

—¿Sabes —comenzó— que me siento un poco molesto de que no estés enamorado de mí? No se entiende la naturaleza humana. Pero de todos modos, señor inabordable, no puede culparme por ser tan simple; le digo todo, todo, cualquier pensamiento tonto que se me ocurra.

—¡Escucha! Son las once, creo —dije mientras sonaba el lento tañido de una campana en una torre lejana.

Ella se detuvo de repente, dejó de reír y comenzó a contar.

—Sí, son las once —dijo al fin con voz tímida e insegura.

Me arrepentí enseguida de haberla asustado, haciéndola contar los golpes, y me maldije por mi impulso rencoroso; me daba pena y no sabía cómo expiar lo que había hecho.

Empecé a consolarla, buscando razones para que no viniera, esgrimiendo diversos argumentos, pruebas. Nadie podía ser más fácil de engañar que ella en aquel momento; y, en efecto, cualquier persona en un momento así escucha con gusto cualquier consuelo, sea el que sea, y se alegra mucho si se puede encontrar una sombra de excusa.

—Y, en efecto, es una cosa absurda —comencé, poniéndome a tono con mi tarea y admirando la extraordinaria claridad de mi argumento—; porque, él no ha podido venir; me has embrollado y confundido, Nastenka, de modo que yo también he perdido la cuenta del tiempo… Sólo piensa: difícilmente puede haber recibido la carta; supón que no puede venir, supón que va a contestar la carta, no podría

venir antes de mañana. Iré a por ella en cuanto amanezca mañana y te lo haré saber enseguida. Piensa que hay miles de posibilidades; tal vez no estaba en casa cuando llegó la carta, y puede que no la haya leído ni siquiera ahora. Puede pasar cualquier cosa, ya sabes.

—¡Sí, sí! —dijo Nastenka—. No había pensado en eso. Claro que puede pasar cualquier cosa… —continuó en un tono que no ofrecía ninguna oposición, aunque en él se oía algún otro pensamiento lejano como una molesta discordia—. Te digo lo que debes hacer —dijo—, ve lo más temprano posible mañana por la mañana, y si consigues algo házmelo saber de inmediato. Sabes dónde vivo, ¿verdad?

Y empezó a repetirme su dirección.

Entonces se volvió de repente tan tierna, tan solícita conmigo. Parecía escuchar atentamente lo que le decía; pero cuando le hacía alguna pregunta se quedaba callada, confundida, y volvía la cabeza hacia otro lado. La miré a los ojos: sí, estaba llorando.

—¿Cómo puedes? ¿Cómo puedes? ¡Oh, qué bebé eres! ¡Qué infantilismo! Ven, ven.

Trató de sonreír, de calmarse, pero su barbilla temblaba y su pecho seguía agitado.

—Estaba pensando en ti —dijo después de un minuto de silencio.

—Eres tan amable que sería una piedra si no lo sintiera. ¿Sabes lo que se me ha ocurrido ahora? Os estaba comparando a los dos. ¿Por qué él no es tú? ¿Por qué no es como

tú? No es tan bueno como tú, aunque le quiero más que a ti.

No respondí. Parecía esperar que dijera algo.

—Por supuesto, puede ser que aún no lo entienda del todo. Sabes que siempre le tuve miedo; siempre fue tan serio, tan orgulloso. Claro que sé que es sólo que parece así, sé que hay más ternura en su corazón que en el mío… Recuerdo cómo me miró cuando entré en él —¿te acuerdas?— con mi fardo; pero, sin embargo, le respeto demasiado, ¿y no demuestra eso que no somos iguales?

—No, Nastenka, no —respondí— demuestra que le quieres más que a nada en el mundo, y mucho más que a ti misma.

—Sí, suponiendo que sea así —respondió Nastenka ingenuamente.

—¿Pero sabes lo que me llama la atención ahora? Sólo que ahora no hablo de él, sino que hablo en general; todo esto me vino a la mente hace algún tiempo. Dime, ¿cómo es que no podemos ser todos juntos como hermanos? ¿Por qué incluso los mejores hombres parecen ocultar siempre algo a los demás y guardarse algo? ¿Por qué no se dice directamente lo que hay en el corazón, cuando se sabe que no se habla en vano? Así, cada uno parece más duro de lo que realmente es, como si todos tuvieran miedo de ser injustos con sus sentimientos, por ser demasiado rápidos en expresarlos.

—Oh, Nastenka, lo que dices es cierto; pero hay muchas razones para ello —interrumpí reprimiendo mis propios sentimientos en ese momento más que nunca.

—¡No, no! —respondió ella con profundo sentimiento—. ¡Aquí tú, por ejemplo, no eres como los demás! Realmente no sé cómo decirte lo que siento; pero me parece que tú, por ejemplo… en este momento… me parece que estás sacrificando algo por mí —añadió tímidamente, con una mirada fugaz hacia mí—. Perdona que te lo diga, soy una chica sencilla, ya sabes. He visto muy poco de la vida, y realmente a veces no sé cómo decir las cosas —añadió con una voz que temblaba con algún sentimiento oculto, mientras trataba de sonreír—; pero sólo quería decirte que estoy agradecida, que lo siento todo demasiado… ¡Oh, que Dios te dé felicidad por ello! Lo que me contaste sobre tu soñador no es cierto ahora, es decir, no es cierto en tu caso. Te estás recuperando, eres un hombre bastante diferente de lo que describiste. Si alguna vez te enamoras de alguien, ¡que Dios te dé felicidad con ella! No le desearé nada a ella, pues será feliz contigo. Lo sé, yo mismo soy una mujer, así que debes creerme cuando te lo digo.

Dejó de hablar y me apretó la mano con cariño. Yo tampoco podía hablar sin emoción. Pasaron algunos minutos.

—Sí, está claro que no vendrá esta noche —dijo al fin levantando la cabeza—. Es tarde.

—Vendrá mañana —dije en el tono más firme y convincente.

—Sí —añadió ella sin mostrar ningún signo de su anterior depresión.

—Ahora veo por mí misma que no podrá venir hasta mañana. Bueno, adiós, hasta mañana. Si llueve, tal vez no

venga. Pero pasado mañana vendré. Vendré con toda seguridad, pase lo que pase; asegúrate de estar aquí, quiero verte, te lo contaré todo.

Y luego, cuando nos separamos, me dio la mano y dijo, mirándome con franqueza: «Siempre estaremos juntos, ¿no?»

¡Oh, Nastenka, Nastenka! ¡Si supieras lo solo que me siento ahora! En cuanto dieron las nueve, no pude quedarme en casa, me puse mis cosas y salí a pesar del tiempo. Estaba allí, sentada en nuestro asiento. Fui a su calle, pero me sentí avergonzada, y me volví sin mirar sus ventanas, cuando estaba a dos pasos de su puerta. Volví a casa más deprimida que nunca. ¡Qué día tan húmedo y triste! Si hubiera estado bien, habría paseado toda la noche…

Pero mañana, mañana. Mañana me lo contará todo. Sin embargo, la carta no ha llegado hoy. Pero eso era de esperar. Ya están juntos…

Cuarta noche

¡Dios mío, cómo ha terminado todo! ¡En qué ha terminado todo! Llegué a las nueve. Ella ya estaba allí. Me di cuenta de que estaba muy lejos; estaba de pie como la primera vez, con los codos apoyados en la barandilla, y no me oyó llegar hasta ella.

—¡Nastenka! —la llamé, reprimiendo con esfuerzo mi agitación.

Ella se volvió rápidamente hacia mí.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Y bien? Date prisa.

La miré con perplejidad.

—Bueno, ¿dónde está la carta? ¿Has traído la carta? —repitió agarrándose a la barandilla.

—No, no hay carta —dije al fin—. ¿No ha ido a verte todavía?

Se puso terriblemente pálida y me miró durante mucho tiempo sin moverse. Había destruido su última esperanza.

—Bueno, que Dios esté con él —dijo al fin con voz quebrada—; que Dios esté con él si me deja así.

Bajó los ojos, luego trató de mirarme y no pudo. Durante varios minutos estuvo luchando con su emoción. De repente se apartó, apoyó los codos en la barandilla y rompió a llorar.

—¡Oh, no, no!

Empecé, pero al mirarla no tuve valor para seguir, y ¿qué iba a decirle?

—No intentes consolarme —dijo ella—; no hables de él; no me digas que vendrá, que no me ha desechado tan cruel e inhumanamente como lo ha hecho. ¿Para qué… para qué? ¿Puede haber algo en mi carta, en esa carta desafortunada?

En ese momento los sollozos ahogaron su voz; mi corazón se desgarró al mirarla.

—¡Oh, qué inhumanamente cruel es! —comenzó de nuevo—. ¡Y ni una línea, ni una línea! Al menos podría haber escrito que no me quiere, que me rechaza, pero ¡ni una línea en tres días! ¡Qué fácil es para él herir, insultar a una pobre e indefensa muchacha, cuya única culpa es que le ama! ¡Oh, lo que he sufrido durante estos tres días! ¡Ah, querida! ¡Cuando pienso que fui la primera en acudir a él, que me humillé ante él, que lloré, que le supliqué un poco

de amor!… ¡y después! Escucha —dijo, volviéndose hacia mí, y sus ojos negros relampaguearon—, ¡no es así! No puede ser así; no es natural. O te equivocas tú o me equivoco yo; ¿acaso no ha recibido la carta? ¿Tal vez no sabe nada de ella? ¿Cómo podría alguien —juzgue usted, dígame, por el amor de Dios— explicármelo, no puedo entenderlo; cómo podría alguien comportarse con una grosería tan bárbara como se ha comportado conmigo? ¡Ni una palabra! Por qué, la criatura más baja de la tierra es tratada con más compasión. Tal vez haya oído algo, tal vez alguien le haya dicho algo sobre mí —gritó, volviéndose hacia mí inquisitivamente:—, ¿Qué opinas?

—Escucha, Nastenka, mañana iré a verle en tu nombre.

—¿Sí?

—Le interrogaré sobre todo; le contaré todo.

—¿Sí, sí?

—Escribe una carta. No digas que no, Nastenka, no digas que no. Le haré respetar tu acción, se enterará de todo, y si…

—No, amigo mío, no —interrumpió ella—. ¡Suficiente! Ni una palabra más, ni una línea más de mí, ¡basta! No le conozco; ya no le quiero. Voy a… olvidarlo.

No pudo continuar.

—¡Cálmate, cálmate! Siéntate aquí, Nastenka —le dije, haciéndola sentar en el asiento.

—Estoy tranquila. No te preocupes. No es nada. Son sólo

lágrimas, pronto se secarán. ¿Por qué, te imaginas que me voy a eliminar, que me voy a tirar al río?

Mi corazón estaba lleno: Intenté hablar, pero no pude.

—Escucha —dijo ella tomando mi mano—. Dime: tú no te habrías comportado así, ¿verdad? ¿No habrías abandonado a una chica que había acudido a ti por sí misma, no le habrías lanzado a la cara una burla desvergonzada a su débil y tonto corazón? ¿Te habrías ocupado de ella? Te habrías dado cuenta de que estaba sola, de que no sabía cuidar de sí misma, de que no podía guardarse de amarte, de que no era su culpa, de que no había hecho nada… ¡Oh, querido, oh, querido!

—¡Nastenka! —grité por fin, incapaz de controlar mi emoción.

—¡Nastenka, me torturas! ¡Me hieres el corazón, me estás matando, Nastenka! ¡No puedo callar! Debo hablar por fin, dar voz a lo que surge en mi corazón.

Al decir esto me levanté del asiento. Ella me cogió la mano y me miró sorprendida.

—¿Qué te pasa? —dijo por fin.

—Escúchame —dije con decisión—. Escúchame, Nastenka. Lo que voy a decirte ahora es una tontería, un imposible, una estupidez. Sé que esto no puede ser, pero no puedo callar. Por lo que estás sufriendo ahora, te ruego de antemano que me perdones.

—¿Qué es? ¿Qué es? —dijo ella secándose las lágrimas y mirándome atentamente, mientras una extraña curiosidad

brillaba en sus ojos asombrados—. ¿Qué pasa?

—¡Es imposible, pero te quiero, Nastenka! ¡Ahí está! Ahora todo está dicho —dije con un gesto de la mano—. Ahora verás si puedes seguir hablándome como lo hiciste hace un momento, si puedes escuchar lo que te voy a decir…

—Bueno, ¿entonces qué?

Me interrumpió Nastenka.

—¿Y qué? Sabía que me querías hace tiempo, sólo que siempre pensé que simplemente te gustaba mucho… ¡Oh, querido, oh, querido!

—Al principio era simplemente gusto, Nastenka, pero ahora, ¡ahora! Estoy en la misma situación que tú cuando fuiste a él con tu fardo. En una posición peor que la tuya, Nastenka, porque a él no le importaba nadie más que tú.

—¡Qué me estás diciendo! No te entiendo en absoluto. Pero dime, para qué es esto; no quiero decir para qué, sino por qué estás… tan de repente… Oh, querida, ¡estoy diciendo tonterías! Pero tú…

Y Nastenka se interrumpió confundida. Sus mejillas se encendieron y bajó los ojos.

—¿Qué hay que hacer, Nastenka, qué tengo que hacer? La culpa es mía. He abusado de tu… Pero no, no, yo no tengo la culpa, Nastenka; lo siento, lo sé, porque mi corazón me dice que tengo razón, porque no puedo herirte de ninguna manera, no puedo herirte. Fui tu amiga, pero sigo siendo tu amiga, no he traicionado ninguna confianza. Aquí caen mis lágrimas, Nastenka. Deja que fluyan, deja que fluyan;

no hacen daño a nadie. Se secarán, Nastenka.

—Siéntate, siéntate —dijo ella, haciéndome sentar en el asiento—. ¡Oh, Dios mío!

—No, Nastenka, no me sentaré; no puedo quedarme aquí más tiempo, no puedes volver a verme; te lo contaré todo y me iré. Sólo quiero decirte que nunca hubieras descubierto que te amaba. Debería haber guardado mi secreto. No te habría preocupado en ese momento con mi egoísmo. ¡No! Pero no pude resistirlo ahora; tú mismo lo dijiste, es tu culpa, tu culpa y no la mía. No puedes alejarme de ti…

—¡No, no, yo no te alejo, no! —dijo Nastenka, disimulando como podía su confusión, pobre niña.

—¿No me alejas? ¡No! Pero yo misma quería huir de ti. Me iré, pero antes te lo contaré todo, porque cuando llorabas aquí no podía quedarme impasible, cuando llorabas, cuando te torturabas por estar —por estar—, hablaré de ello, Nastenka, por estar abandonada, por tu amor rechazado, sentía que en mi corazón había tanto amor por ti, Nastenka, ¡tanto amor! Y me parecía tan amargo no poder ayudarte con mi amor, que mi corazón se rompía y yo… ¡No podía callar, tenía que hablar, Nastenka, tenía que hablar!

—¡Sí, sí! cuéntame, háblame —dijo Nastenka con un gesto indescriptible—. Quizá te parezca extraño que te hable así, pero… ¡habla! ¡Después te lo contaré! Te lo contaré todo.

—¡Lo sientes por mí, Nastenka, simplemente lo sientes por mí, mi querida amiguita! Lo que se hace no puede ser reparado. Lo que se dice no se puede retirar. ¿No es así? Bueno, ahora lo sabes. Ese es el punto de partida. Muy bien. Ahora

está bien, sólo escucha. Cuando estabas sentada llorando pensé (¡oh, déjame decirte lo que estaba pensando!), pensé, que (por supuesto no puede ser, Nastenka), pensé que tú… Pensé que usted, de alguna manera… aparte de mí, había dejado de amarlo. Entonces… pensé que ayer y anteayer, Nastenka… entonces yo… ciertamente habría conseguido que me amaras; ya sabes, tú misma dijiste, Nastenka, que casi me amabas. Bueno, ¿y ahora qué? Bueno, eso es casi todo lo que quería decirte; lo único que queda por decir es cómo sería si me amaras, sólo eso, ¡nada más! Escucha, amigo mío —pues de cualquier manera eres mi amigo—, soy, por supuesto, un pobre y humilde hombre, sin mayor importancia; pero no se trata de eso (parece que no soy capaz de decir lo que quiero decir, Nastenka, estoy tan confuso), sólo que te amaría, te amaría tanto, que aunque siguieras amándolo, aunque siguieras amando al hombre que no conozco, nunca sentirías que mi amor fuera una carga para ti. Sólo sentirías cada minuto que a tu lado latía un corazón agradecido, agradecido, un corazón cálido dispuesto a tu amor… ¡Oh Nastenka, Nastenka! ¿Qué me has hecho?

—No llores; no quiero que llores —dijo Nastenka levantándose rápidamente del asiento—. Vamos, levántate, ven conmigo, no llores, no llores —dijo ella, secándose las lágrimas con el pañuelo—; vayamos ahora; tal vez te diga algo… Si me ha abandonado ahora, si me ha olvidado, aunque todavía le quiero (no quiero engañarte)… pero escucha, respóndeme. Si te amara, por ejemplo, es decir, si sólo… ¡Oh, amigo mío, amigo mío! Pensar, pensar cómo te herí, cuando me reí de tu amor, cuando te alabé por no

enamorarte de mí. ¡Oh, querido! ¿Cómo es que no previ esto, cómo es que no previ esto, cómo pude ser tan estúpido? Pero… Bueno, ya me he decidido, te lo diré.

—Mira, Nastenka, ¿sabes qué? Me iré, eso es lo que haré. Simplemente te estoy atormentando. Aquí estás arrepentida por haberte reído de mí, y no te tendré… además de tu pena… Por supuesto que es mi culpa, Nastenka, pero ¡adiós!

—Quédate, escúchame: ¿puedes esperar?

—¿Para qué? ¿Cómo?

—Le quiero; pero lo superaré, debo superarlo, no puedo dejar de superarlo; lo estoy superando, siento que… ¿Quién sabe? Tal vez todo termine hoy, porque le odio, porque se ha reído de mí, mientras tú has llorado aquí conmigo, porque no me has repelido como él, porque me amas mientras él nunca me ha amado, porque de hecho, yo también te amo… Sí, te amo. Te amo como tú me amas a mí; te lo he dicho antes, tú misma lo has oído: te amo porque eres mejor que él, porque eres más noble que él, porque, porque él…

La emoción de la pobre muchacha era tan violenta que no pudo decir más; apoyó su cabeza en mi hombro, luego en mi pecho, y lloró amargamente. La consolé, la persuadí, pero no podía dejar de llorar; seguía apretando mi mano, y diciendo entre sus sollozos: «¡Espera, espera, todo terminará en un minuto! Quiero decirte… no debes pensar que estas lágrimas… no es nada, es debilidad, espera a que se acabe»… Por fin dejó de llorar, se secó los ojos y volvimos

a caminar. Yo quería hablar, pero ella seguía rogándome que esperara. Estábamos en silencio… Por fin se armó de valor y empezó a hablar.

—Es así —comenzó con una voz débil y temblorosa, en la que, sin embargo, había una nota que atravesó mi corazón con una dulce punzada—; no creas que soy tan ligera e inconstante, no creas que puedo olvidar y cambiar tan rápidamente. Le he amado durante todo un año, y juro por Dios que nunca, ni siquiera en pensamiento, le he sido infiel… Me ha despreciado, se ha reído de mí; ¡que Dios le perdone! Pero me ha insultado y ha herido mi corazón. I… No le quiero, pues sólo puedo amar a lo que es magnánimo, a lo que me comprende, a lo que es generoso; pues yo misma soy así y él no es digno de mí; pues ya está bien de él. Lo ha hecho mejor que si hubiera engañado mis expectativas más tarde, y me hubiera mostrado después lo que era… Bueno, ¡se acabó! Pero, ¿quién sabe, mi querido amigo —continuó apretando mi mano—, quién sabe, tal vez todo mi amor fue un sentimiento equivocado, un engaño; tal vez empezó en la picardía, en la tontería, porque fui mantenida tan estrictamente por la abuela? Tal vez debería amar a otro hombre, no a él, a un hombre diferente, que se apiadara de mí y… y… Pero no hablemos más de eso —interrumpió Nastenka, sin aliento por la emoción—, sólo quería decirte… Quería decirte que si, aunque lo amo (no, lo amaba), si, a pesar de ello, sigues diciendo… Si sientes que tu amor es tan grande que puede por fin expulsar de mi corazón mi viejo sentimiento-si te apiadas de mí-si no quieres dejarme sola a mi suerte, sin esperanza, sin con-

suelo-si estás dispuesta a amarme siempre como ahora-te juro que la gratitud… que mi amor será por fin digno de tu amor… ¿Tomarás mi mano?

—¡Nastenka! —grité sin aliento por los sollozos—. ¡Nastenka, oh Nastenka!

—¡Basta, basta! Bueno, ya es suficiente —dijo ella, apenas capaz de controlarse—. ¡Bueno, ya está todo dicho, no es así! ¿No es así? Tú eres feliz, yo también soy feliz. Ni una palabra más, espera; ahórrate… habla de otra cosa, por Dios.

—¡Sí, Nastenka, sí! Basta con eso, ahora soy feliz. Yo… Sí, Nastenka, sí, hablemos de otras cosas, apresurémonos a hablar. ¡Sí! Estoy lista.

Y no sabíamos qué decir: reíamos, llorábamos, decíamos miles de cosas sin sentido e incoherentes; en un momento caminábamos por la acera, y de repente dábamos media vuelta y cruzábamos la calle; luego nos deteníamos y volvíamos de nuevo al terraplén; éramos como niños.

—Ahora vivo solo, Nastenka —comencé—, ¡pero mañana! Claro que sabes, Nastenka, que soy pobre, sólo tengo mil doscientos rublos, pero eso no importa.

—Claro que no, y la abuela tiene su pensión, así que no será una carga. Debemos llevar a la abuela.

—Por supuesto que debemos llevar a la abuela. Pero está Matrona.

—¡Sí, y también tenemos a Fyokla!

—Matrona es una buena mujer, pero tiene un defecto: no tiene imaginación, Nastenka, absolutamente ninguna; pero eso no importa.

—Está bien; pueden vivir juntas; sólo que mañana debes mudarte con nosotros.

—¿A ustedes? ¿Cómo es eso? Está bien, estoy listo.

—Sí, alquila una habitación con nosotros. Tenemos un piso superior, está vacío. Teníamos una anciana alojada allí, pero se ha ido; y sé que a la abuela le gustaría tener un hombre joven. Le dije: «¿Por qué un joven?». Y ella respondió: «Oh, porque soy vieja; pero no te imagines, Nastenka, que lo quiero como marido para ti». Así que supuse que era con esa idea.

—¡Oh, Nastenka!

Y los dos nos reímos.

—Venga, ya está bien, ya está bien. Pero, ¿dónde vives? Lo he olvidado.

—Por ahí, cerca del puente X, en los edificios de Barannikov.

—¿Es esa casa grande?

—Sí, esa casa grande.

—Oh, lo sé, una bonita casa; sólo que sabes que es mejor que la dejes y vengas con nosotros lo antes posible.

—Mañana, Nastenka, mañana; debo un poco por mi alquiler allí, pero eso no importa. Pronto tendré mi sueldo.

—Y sabes que tal vez daré clases; aprenderé algo yo misma y luego daré clases.

—¡Capital! Y pronto tendré una bonificación.

—Así que mañana serás mi inquilino.

—E iremos a ver El Barbero de Sevilla, pues pronto lo van a dar de nuevo.

—Sí, iremos —dijo Nastenka—, pero mejor ver otra cosa y no El Barbero de Sevilla.

—Muy bien, otra cosa. Por supuesto que será mejor, no pensé…

Mientras hablábamos así, caminábamos en una especie de delirio, una especie de embriaguez, como si no supiéramos lo que nos estaba pasando. En un momento nos detuvimos y hablamos largo rato en el mismo lugar; luego volvimos a seguir, y Dios sabe adónde fuimos; y otra vez lágrimas y otra vez risas. De repente, Nastenka quería ir a casa, y yo no me atrevía a detenerla, sino que quería acompañarla a la casa; nos poníamos en marcha, y en un cuarto de hora nos encontrábamos en el terraplén junto a nuestro asiento. Entonces ella suspiraba, y las lágrimas volvían a asomar a sus ojos; yo me enfriaba de consternación… Pero ella me apretaba la mano y me obligaba a caminar, a hablar, a charlar como antes.

—Ya es hora de que vuelva a casa; creo que debe ser muy tarde —dijo por fin Nastenka—. Debemos dejar de ser infantiles.

—Sí, Nastenka, sólo que esta noche no voy a dormir; no

voy a ir a casa.

—Yo tampoco creo que vaya a dormir; sólo acompáñame a casa.

—¡Yo creo que sí!

—Sólo que esta vez sí debemos llegar a la casa.

—Debemos, debemos.

—¿Honor brillante? Porque sabes que uno debe ir a casa alguna vez.

—El honor es brillante —respondí riendo.

—Bueno, ¡vamos!

—¡Venga! Mira el cielo, Nastenka. ¡Mira! Mañana será un día precioso; ¡qué cielo tan azul, qué luna! Mira; esa nube amarilla lo está cubriendo ahora, ¡mira, mira! No, ya ha pasado. Mira, mira.

Pero Nastenka no miró la nube; se quedó muda como si estuviera convertida en piedra; un minuto después se acurrucó tímidamente cerca de mí. Su mano temblaba en la mía; la miré. Ella se apretó aún más contra mí.

En ese momento pasó junto a nosotros un joven. Se detuvo de repente, nos miró atentamente y volvió a dar unos pasos. Mi corazón empezó a palpitar.

—¿Quién es, Nastenka? —dije en voz baja.

—Es él —respondió ella en un susurro, acurrucándose junto a mí, aún más estrechamente, aún más temblorosamente…

Apenas podía mantenerme en pie.

—¡Nastenka, Nastenka! ¡Eres tú!

Oí una voz detrás de nosotros y en el mismo momento el joven dio varios pasos hacia nosotros.

Dios mío, ¡cómo gritó! ¡Cómo se puso en marcha! ¡Cómo se arrancó de mis brazos y corrió a su encuentro! Me quedé mirándolos, totalmente abatido. Pero apenas le había dado la mano, apenas se había arrojado a sus brazos, cuando se volvió hacia mí, estaba de nuevo a mi lado en un instante, y antes de que yo supiera dónde estaba me echó los dos brazos al cuello y me dio un cálido y tierno beso. Luego, sin decirme una palabra, se precipitó de nuevo hacia él, le cogió de la mano y lo atrajo tras ella.

Me quedé mucho tiempo mirando tras ellos. Por fin los dos desaparecieron de mi vista.

Mi noche terminó con la mañana. Era un día húmedo. La lluvia caía y golpeaba desconsoladamente el cristal de mi ventana; la habitación estaba oscura y el exterior gris. Me dolía la cabeza y estaba mareado; la fiebre se apoderaba de mis miembros.

—Hay una carta para usted, señor; la ha traído el cartero —dijo Matrona inclinándose sobre mí.

—¿Una carta? ¿De quién? —grité saltando de mi silla.

—No lo sé, señor, mejor mire; tal vez esté escrito allí de quién es.

Rompí el sello. ¡Era de ella!

¡Oh, perdóname, perdóname! Te ruego de rodillas que me perdones. Te engañé a ti y a mí misma. Fue un sueño, un espejismo… Hoy me duele el corazón por ti; ¡perdóname, perdóname!

No me culpes, pues no he cambiado para ti en lo más mínimo. Te dije que te amaría, ahora te amo, más que amarte. ¡Oh, Dios mío! ¡Si pudiera amaros a los dos a la vez! Oh, si sólo fueras él.

[«Oh, si sólo fueras tú», resonó en mi mente. Recordé tus palabras, Nastenka].

¡Dios sabe lo que haría por ti ahora! Sé que estás triste y abatido. Te he herido, pero ya sabes que cuando una ama el mal se olvida pronto. Y tú me amas.

¡Gracias, sí, gracias por ese amor! Porque vivirá en mi memoria como un dulce sueño que perdura mucho tiempo después de despertar; porque recordaré para siempre ese instante en que me abriste tu corazón como un hermano y aceptaste tan generosamente el regalo de mi corazón destrozado para cuidarlo, cuidarlo y curarlo… Si me perdonas, tu recuerdo será exaltado por un sentimiento de gratitud eterna que nunca se borrará de mi alma… Atesoraré ese recuerdo: Seré fiel a él, no lo traicionaré, no traicionaré mi corazón: es demasiado constante. Ayer volvió tan rápido a quien siempre le ha pertenecido.

Nos encontraremos, vendrás a nosotros, no nos dejarás, serás para siempre un amigo, un hermano para mí. Y cuando me veas me darás tu mano… ¿sí? Me la darás, me has perdonado, ¿verdad? ¿Me quieres como antes?

¡Oh, ámame, no me abandones, porque te quiero tanto en este momento, porque soy digna de tu amor, porque lo mereceré… querida! La próxima semana me casaré con él. Ha vuelto enamorado, nunca me ha olvidado. No te enfadarás si escribo sobre él. Pero quiero ir a verte con él; te gustará, ¿verdad?

Perdóname, recuerda y ama a tu NASTENKA.

Leí aquella carta una y otra vez durante mucho tiempo; las lágrimas afloraron a mis ojos. Por fin se me cayó de las manos y oculté mi rostro.

—¡Cariño! Digo, querida… —comenzó diciendo Matrona.

—¿Qué pasa, Matrona?

—He quitado todas las telarañas del techo; puedes celebrar una boda o dar una fiesta.

Miré a Matrona. Seguía siendo una anciana joven y cordial, pero no sé por qué de repente me la imaginé con los ojos sin brillo, la cara arrugada, encorvada, decrépita… No sé por qué de repente me imaginé mi habitación envejecida como Matrona. Las paredes y los suelos parecían descoloridos, todo parecía sucio; las telas de araña eran más gruesas que nunca. No sé por qué, pero cuando miré por la ventana me pareció que la casa de enfrente también había envejecido y se había ensuciado, que el estuco de las columnas se estaba desprendiendo y desmoronando, que las cornisas estaban agrietadas y ennegrecidas, y que las paredes, de un vivo amarillo intenso, estaban manchadas.

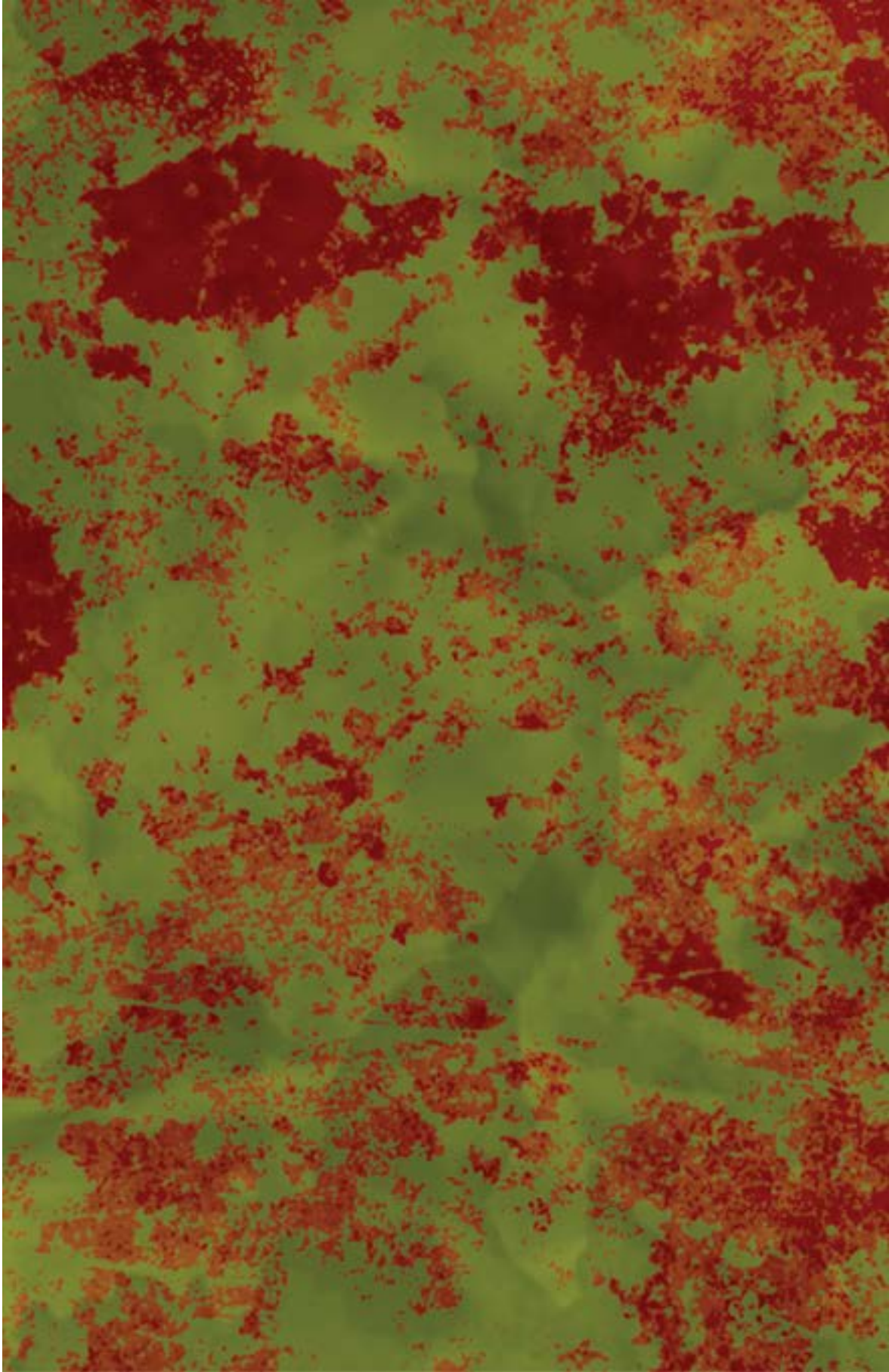
O bien los rayos de sol que por un momento se asomaban entre las nubes volvían a ocultarse tras un velo de lluvia, y todo se había vuelto a ensuciar ante mis ojos; o tal vez todo el panorama de mi futuro se presentaba ante mí tan triste y prohibitivo, y me veía tal y como era ahora, dentro de quince años, más viejo, en la misma habitación, igual de solitario, con la misma Matrona no más inteligente durante esos quince años.

Pero, ¡imaginar que te guardo rencor, Nastenka! Que arroje una nube oscura sobre tu felicidad serena y sin problemas; que con mis amargos reproches provoque angustia en tu corazón, que lo envenene con secretos remordimientos y lo obligue a palpitar con angustia en el momento de la dicha; que aplaste una sola de esas tiernas flores que has enroscado en tus oscuros mechones cuando vas con él al altar… ¡Oh, nunca, nunca! Que tu cielo esté despejado, que tu dulce sonrisa sea brillante y sin sobresaltos, y que seas bendecida por ese momento de dichosa felicidad que diste a otro corazón solitario y agradecido.

¡Dios mío, todo un momento de felicidad! ¿Es eso demasiado poco para toda la vida de un hombre?

EL COCODRILO





I

El 13 de enero del presente año, 1865, a las doce y media del día, Elena Ivanovna, la esposa de mi culto amigo Iván Matvéitch, quien es colega en el mismo departamento y podría decirse que es un pariente lejano mío, también, expresó el deseo de ver el cocodrilo que ahora se exhibe a un precio fijo en la Arcada. Como Iván Matvéitch ya tenía en su bolsillo su billete para un viaje al extranjero (no tanto por el bien de su salud como por el de su mente), y por lo tanto estaba libre de sus deberes oficiales y no tenía nada que hacer esa mañana, no ofreció objeción alguna al deseo irresistible de su esposa, sino que él mismo estaba positivamente ansioso por la curiosidad.

—¡Una idea magnífica! —dijo con la mayor satisfacción—. ¡Vamos a ver el cocodrilo! En vísperas de visitar Europa, es conveniente familiarizarnos en el lugar con sus habitantes autóctonos.

Y con estas palabras, tomando del brazo a su esposa, se puso en marcha con ella de inmediato hacia la Arcada. Me uní a ellos, como suelo hacer, siendo un amigo íntimo de la familia. Nunca he visto a Iván Matvéitch de mejor hu-

mor que aquella memorable mañana… ¡cuán cierto es que no conocemos de antemano el destino que nos espera! Al entrar en la Arcada, quedó inmediatamente admirado por el esplendor del edificio, y cuando llegamos a la tienda en la que se exhibía el monstruo recién llegado a Petersburgo, se ofreció a pagar el cuarto de rublo por mí al dueño del cocodrilo, algo que nunca había sucedido antes. Al entrar en una pequeña habitación, observamos que además del cocodrilo, había en ella loros de la especie conocida como cacatúa, y también un grupo de monos en una vitrina especial en un rincón. Cerca de la entrada, a lo largo de la pared izquierda, había un gran tanque de estaño que parecía una bañera cubierta con una rejilla de hierro delgada, lleno de agua a una profundidad de dos pulgadas. En este estanque poco profundo se mantenía un enorme cocodrilo, que yacía como un tronco absolutamente inmóvil y aparentemente privado de todas sus facultades por nuestro clima húmedo, tan inhóspito para los visitantes extranjeros. Este monstruo al principio no despertó un interés especial en ninguno de nosotros.

—Así que este es el cocodrilo —dijo Elena Ivanovna, con una patética cadencia de arrepentimiento—. Pensé que era… algo diferente.

Probablemente pensaba que estaba hecho de diamantes. El dueño del cocodrilo, un alemán, salió y nos miró con un aire de extraordinario orgullo.

—Tiene derecho a estarlo —me susurró Iván Matvéitch—, sabe que es el único hombre en Rusia que exhibe un cocodrilo.

Esta observación bastante absurda la atribuyo también al extremadamente buen humor que había invadido a Iván Matvéitch, quien en otras ocasiones era de disposición bastante envidiosa.

—Me parece que su cocodrilo no está vivo —dijo Elena Ivanovna, irritada por la estolidez irrespuesta del propietario, y dirigiéndose a él con una sonrisa encantadora para suavizar su rudeza, una maniobra tan típicamente femenina.

—Oh, no, señora —respondió el hombre en ruso entrecortado; e inmediatamente moviendo la rejilla medio fuera del tanque, tocó la cabeza del monstruo con un palo.

Entonces el traicionero monstruo, para demostrar que estaba vivo, agitó débilmente sus patas y cola, levantó su hocico y emitió algo parecido a un resoplido prolongado.

—Vamos, no te enojes, Karlchen —dijo el alemán cariñosamente, complacido en su vanidad.

—¡Qué horrible es ese cocodrilo! Estoy realmente asustada —piaba Elena Ivanovna, aún más coqueta—. Sé que ahora soñaré con él.

—Pero no te morderá si sueñas con él —replicó el alemán galantemente, y fue el primero en reírse de su propia broma, pero ninguno de nosotros respondió.

—Vamos, Semión Semiónitch —dijo Elena Ivanovna, dirigiéndose a mí exclusivamente—, vayamos a ver a los monos. Me encantan los monos; son tan encantadores… y el cocodrilo es horrible.

—Oh, no tengas miedo, querida —llamó Iván Matvéitch detrás de nosotros, mostrando galantemente su valentía masculina a su esposa—. Este somnoliento habitante de los reinos de los faraones no nos hará daño.

Y se quedó junto al tanque. Es más, se quitó el guante y comenzó a hacerle cosquillas al cocodrilo en la nariz con él, deseando, como dijo después, inducirlo a resoplar. El propietario mostró su cortesía hacia una dama siguiendo a Elena Ivanovna hasta la vitrina de los monos.

Así que todo iba bien y nada podía haber sido previsto. Elena Ivanovna estaba bastante juguetona en sus éxtasis sobre los monos y parecía completamente absorta en ellos. Con gritos de deleite, se volvía continuamente hacia mí, como decidida a no notar al propietario, y se reía a carcajadas de la semejanza que encontraba entre estos monos y sus amigos y conocidos íntimos. Yo también estaba divertido, porque la semejanza era inconfundible. El alemán no sabía si reír o no, y al final se vio reducido a fruncir el ceño. Y fue en ese momento cuando un terrible, diría incluso antinatural, grito hizo vibrar la habitación. Sin saber qué pensar, por el primer momento me quedé quieto, paralizado por el horror, pero al notar que Elena Ivanovna también gritaba, me volví rápidamente y… ¡qué vi! Vi —¡oh, cielos!— vi al desafortunado Iván Matvéitch en las terribles fauces del cocodrilo, sujetado por la cintura, levantado horizontalmente en el aire y pateando desesperadamente. Luego… un momento, y no quedó rastro de él. Pero debo describirlo en detalle, porque estuve todo el tiempo inmóvil, y tuve tiempo de observar todo el proceso que tenía lugar ante mí

con una atención e interés como nunca antes había sentido. «¿Qué», pensé en ese momento crítico, «qué si todo eso me hubiera pasado a mí en lugar de a Iván Matvéitch? ¡Qué desagradable habría sido para mí!»

Pero volvamos a mi historia. El cocodrilo comenzó por girar al desafortunado Iván Matvéitch en sus terribles fauces para poder tragarlo primero por las piernas; luego levantando a Iván Matvéitch, que seguía tratando de saltar y aferrándose a los bordes del tanque, lo succionaba de nuevo hasta la cintura. Luego lo levantaba de nuevo, lo tragaba, y así una y otra vez. De esta manera, Iván Matvéitch estaba desapareciendo visiblemente ante nuestros ojos. Finalmente, con un último trago, el cocodrilo tragó a mi culto amigo por completo, esta vez sin dejar rastro de él. Desde el exterior del cocodrilo, podíamos ver las protuberancias de la figura de Iván Matvéitch mientras descendía por el interior del monstruo. Estuve a punto de gritar de nuevo cuando el destino nos jugó otra traicionera jugarreta. El cocodrilo hizo un tremendo esfuerzo, probablemente oprimido por la magnitud del objeto que había tragado, abrió una vez más sus terribles fauces, y con un último hipo dejó que la cabeza de Iván Matvéitch apareciera por un segundo, con una expresión de desesperación en su rostro. En ese breve instante, las gafas cayeron de su nariz al fondo del tanque. Parecía como si ese rostro desesperado solo hubiera aparecido para echar un último vistazo a los objetos a su alrededor, para despedirse por última vez de todos los placeres terrenales. Pero no tuvo tiempo de llevar a cabo su intención; el cocodrilo hizo otro esfuerzo, dio un trago

y al instante desapareció de nuevo, esta vez para siempre. Esta aparición y desaparición de una cabeza humana aún viva fue tan horrible, pero al mismo tiempo —ya sea por su rapidez e inesperado o por la caída de las gafas— hubo algo tan cómico en ello que de repente, inesperadamente, estallé en carcajadas. Pero controlándome y dándome cuenta de que reír en tal momento no era lo adecuado para un viejo amigo de la familia, me volví de inmediato hacia Elena Ivanovna y dije con aire comprensivo:

—¡Ahora se acabó todo para nuestro amigo Iván Matvéitch!

No puedo siquiera intentar describir cuán violenta fue la agitación de Elena Ivanovna durante todo el proceso. Después del primer grito, pareció clavada en el lugar y miró la catástrofe con aparente indiferencia, aunque sus ojos parecían salirse de su cabeza; luego, de repente, se lanzó en un llanto desgarrador, pero le agarré las manos. En ese instante, el propietario, que al principio también había quedado petrificado por el horror, de repente juntó las manos y gritó, mirando hacia arriba:

—¡Oh, mi cocodrilo! ¡Oh, mein allerliebster Karlchen! ¡Mutter, Mutter, Mutter!

Una puerta en la parte trasera de la habitación se abrió ante este grito, y la Mutter, una mujer mayor de mejillas rosadas pero desaliñada, con una cofia, hizo su aparición y se precipitó con un grito hacia su alemán.

Siguió un perfecto caos. Elena Ivanovna seguía gritando la misma frase, como si estuviera enloquecida: «¡Desué-

llelo! ¡Desuéllelo!» al parecer rogándoles —probablemente en un momento de olvido— que desuellaran a alguien por algo. El propietario y la Mutter no prestaron la más mínima atención a ninguno de nosotros; ambos berreaban como terneros sobre el cocodrilo.

—¡Él se lo hizo a sí mismo! ¡Él mismo se reventará en seguida, porque se tragó a un ganz oficial! —gritó el propietario.

—Unser Karlchen, unser allerliebster Karlchen wird sterben —aullaba su esposa.

—¡Estamos desamparados y sin pan! —coreaba el propietario.

—¡Desuéllelo! ¡Desuéllelo! ¡Desuéllelo! —clamaba Elena Ivanovna, aferrándose al abrigo del alemán.

—Él molestó al cocodrilo. ¿Por qué su hombre molestó al cocodrilo? —gritó el alemán, apartándola de él—. Si Karlchen se revienta, entonces pague, das war mein Sohn, das war mein einziger Sohn.

Debo admitir que me sentí intensamente indignado al ver tal egoísmo en el alemán y la frialdad de su desaliñada Mutter; al mismo tiempo, el reiterado grito de «¡Desuéllelo! ¡Desuéllelo!» de Elena Ivanovna me preocupaba aún más y al final absorbió toda mi atención, alarmándome positivamente. Debo decir de inmediato que entendí completamente mal esta extraña exclamación: me pareció que Elena Ivanovna había perdido momentáneamente la razón, pero aun así, deseando vengar la pérdida de su amado Iván Matvéitch, estaba exigiendo como compensación

que el cocodrilo fuera severamente azotado, mientras que ella quería decir algo completamente diferente. Mirando hacia la puerta, no sin vergüenza, comencé a rogarle a Elena Ivanovna que se calmara, y sobre todo que no usara la chocante palabra «desuéllelo». Porque tal deseo reaccionario aquí, en medio de la Arcada y de la sociedad más culta, a pocos pasos del salón donde en ese mismo momento el señor Lavrov estaba quizás dando una conferencia pública, no solo era imposible sino impensable, y en cualquier momento podría acarrearnos los abucheos de la cultura y las caricaturas del señor Stepanov. Para mi horror, inmediatamente me demostraron que mis sospechas alarmadas eran correctas: la cortina que dividía la sala del cocodrilo de la pequeña entrada donde se recogían los cuartos de rublo se partió de repente, y en la abertura apareció una figura con bigote y barba, llevando una gorra, con la parte superior de su cuerpo inclinada hacia adelante, aunque los pies se mantenían escrupulosamente más allá del umbral de la sala del cocodrilo para evitar la necesidad de pagar el dinero de entrada.

—Tal deseo reaccionario, señora —dijo el extraño, tratando de evitar caerse hacia nuestra dirección y mantenerse de pie fuera de la habitación—, no le hace honor a su desarrollo, y está condicionado por la falta de fósforo en su cerebro. Será prontamente expuesta a la vergüenza en la Crónica del Progreso y en nuestras revistas satíricas…

Pero no pudo completar sus comentarios; el propietario volviendo en sí, y viendo con horror que un hombre estaba hablando en la sala del cocodrilo sin haber pagado la

entrada, corrió furiosamente hacia el extraño progresista y lo echó con un golpe de cada puño. Por un momento, ambos desaparecieron de nuestra vista detrás de una cortina, y solo entonces comprendí que todo el alboroto era por nada. Elena Ivanovna resultó completamente inocente; como ya he mencionado, no tenía idea alguna de someter al cocodrilo a un castigo corporal degradante, y simplemente había expresado el deseo de que lo abrieran y liberaran a su marido de su interior.

—¡¿Qué?! ¡¿Desea que mi cocodrilo muera?! —gritó el propietario, volviendo a entrar corriendo—. ¡No! ¡Deje que su marido muera primero, antes que mi cocodrilo!… ¡Mein Vater exhibió cocodrilo, mein Grossvater exhibió cocodrilo, mein Sohn exhibirá cocodrilo, y yo exhibiré cocodrilo! ¡Todos exhibirán cocodrilo! Soy conocido en toda Europa, y usted no es conocida en toda Europa, ¡y debe pagarme una multa!

—Ja, ja —intervino la vindicativa mujer alemana—, no la dejaremos ir. ¡Multa, porque Karlchen está reventado!

—Y, de hecho, es inútil desollar a la criatura —añadí con calma, ansioso por llevarme a Elena Ivanovna a casa lo más rápido posible—, ya que nuestro querido Iván Matvéitch probablemente ya esté surcando el éter.

—Querida —de repente escuchamos, para nuestro intenso asombro, la voz de Iván Matvéitch—. Querida, mi consejo es que se dirijan directamente a la oficina del superintendente, ya que sin la ayuda de la policía el alemán nunca entrará en razón.

Estas palabras, pronunciadas con firmeza y aplomo, y expresando una presencia de ánimo excepcional, por el primer minuto nos asombraron tanto que no podíamos creer lo que oíamos. Pero, por supuesto, corrimos de inmediato al tanque del cocodrilo, y con igual reverencia e incredulidad escuchamos al infeliz cautivo. Su voz estaba amortiguada, delgada e incluso chillona, como si viniera de una distancia considerable. Recordaba a una persona jocosa que, cubriéndose la boca con una almohada, grita desde una habitación contigua, tratando de imitar el sonido de dos campesinos llamándose el uno al otro en una llanura desierta o a través de un amplio barranco, una actuación que una vez tuve el placer de escuchar en casa de un amigo en Navidad.

—¡Iván Matvéitch, querido, entonces estás vivo! —balbuceó Elena Ivanovna.

—Vivo y bien —respondió Iván Matvéitch— y, gracias al Todopoderoso, tragado sin ningún daño. Solo me preocupa la opinión que mis superiores puedan tener del incidente; porque después de obtener un permiso para ir al extranjero, he terminado en el interior de un cocodrilo, lo cual no parece muy inteligente.

—Pero, querido, no te preocupes por parecer inteligente; primero debemos de alguna manera sacarte de donde estás —interrumpió Elena Ivanovna.

—¡Sacarlo! —gritó el propietario—. No permitiré que excaven mi cocodrilo. Ahora vendrá mucho más público, y pediré cincuenta kopeks y Karlchen dejará de reventarse.

—¡Gott sei dank! —intervino su esposa.

—Tienen razón —observó Iván Matvéitch tranquilamente—; los principios de la economía son lo primero.

—¡Querido! Volaré de inmediato a las autoridades y presentaré una queja, porque siento que no podemos resolver este lío por nosotros mismos.

—Yo también lo creo —observó Iván Matvéitch—; pero en nuestra era de crisis industrial no es fácil abrir el vientre de un cocodrilo sin compensación económica, y mientras tanto, surge la inevitable pregunta: ¿Qué pedirá el alemán por su cocodrilo? Y con ella otra: ¿Cómo se pagará? Porque, como sabes, no tengo medios…

—Quizás con tu salario… —observé tímidamente, pero el propietario me interrumpió de inmediato.

—¡No venderé el cocodrilo; lo venderé por tres mil! ¡Lo venderé por cuatro mil! Ahora vendrá mucho más público. ¡Lo venderé por cinco mil!

De hecho, se daba unos aires insufribles. La codicia y una avaricia repugnante brillaban alegremente en sus ojos.

—¡Me voy! —grité indignado.

—¡Y yo! ¡Yo también! Iré a ver a Andrey Osipitch en persona. Lo ablandaré con mis lágrimas —gimoteó Elena Ivanovna.

—No hagas eso, querida —se apresuró a interponer Iván Matvéitch. Hacía tiempo que sentía celos de Andrey Osipitch por su esposa, y sabía que a ella le encantaría ir a

llorar ante un caballero refinado, pues las lágrimas le sentaban bien—. Y tampoco te lo aconsejo a ti, amigo mío —añadió, dirigiéndose a mí—. No sirve de nada lanzarse de cabeza de esa manera; no se sabe a dónde puede llevarnos. Es mucho mejor que hoy vayas a ver a Timofey Semyonitch, como si fueras a hacer una visita ordinaria; es un hombre anticuado y de ningún modo brillante, pero es digno de confianza, y lo que más importa, es honrado. Dale mis saludos y describe las circunstancias del caso. Y ya que le debo siete rublos de nuestra última partida de cartas, aprovecha para pagarle; eso ablandará al viejo severo. En cualquier caso, su consejo puede servirnos de guía. Y mientras tanto, lleva a Elena Ivanovna a casa… Cálmate, querida —continuó, dirigiéndose a ella—. Estoy cansado de estos gritos y disputas femeninas, y me gustaría tomar una siesta. Aquí está suave y cálido, aunque apenas he tenido tiempo de mirar a mi alrededor en este refugio inesperado.

—¿Mirar a tu alrededor? ¿Por qué, hay luz ahí dentro? —gritó Elena Ivanovna en un tono de alivio.

—Estoy rodeado de una noche impenetrable —respondió el pobre cautivo—; pero puedo sentir y, por así decirlo, echar un vistazo a mi alrededor con las manos… Adiós; tranquilízate y no te niegues recreación y diversión. ¡Hasta mañana! Y tú, Semyon Semyonitch, ven a verme por la tarde, y como eres olvidadizo y puedes olvidarlo, haz un nudo en tu pañuelo.

Confieso que me alegraba irme, pues estaba agotado y algo aburrido. Apresurándome a ofrecer mi brazo a la descon-

solada Elena Ivanovna, cuyos encantos solo se veían realzados por su agitación, la llevé rápidamente fuera de la sala del cocodrilo.

—La tarifa será otro cuarto de rublo por la tarde —nos llamó el propietario.

—¡Oh, Dios, qué codiciosos son! —dijo Elena Ivanovna, mirándose en cada espejo de las paredes de la Arcada, y evidentemente consciente de que se veía más bonita de lo habitual.

—Los principios de la economía —respondí con cierta emoción, orgulloso de que los transeúntes vieran a la dama en mi brazo.

—Los principios de la economía —dijo ella en un tono lastimero—. No entendí en absoluto lo que Iván Matvéitch dijo sobre esos horribles principios económicos hace un momento.

—Te lo explicaré —respondí, y comencé de inmediato a contarle los efectos beneficiosos de la introducción de capital extranjero en nuestro país, sobre lo cual había leído un artículo en las Noticias de Petersburgo y en La Voz esa misma mañana.

—Qué extraño —me interrumpió, después de escuchar un rato—. Pero déjalo ya, hombre horrible. Qué tonterías estás diciendo… Dime, ¿me veo morada?

—¡Te ves perfecta, y no morada! —observé, aprovechando la oportunidad para hacerle un cumplido.

—¡Hombre travieso! —dijo complacida—. Pobre Iván

Matvéitch —añadió un minuto después, inclinando la cabeza coquetamente—. Realmente lo siento por él. ¡Oh, Dios! —exclamó de repente—, ¿cómo va a cenar… y… y… qué hará… si necesita algo?

—Una pregunta imprevista —respondí, perplejo a mi vez. A decir verdad, no se me había ocurrido, ¡cuánto más prácticas son las mujeres que los hombres para resolver los problemas de la vida diaria!

—¡Pobre querido! Cómo pudo meterse en tal lío… nada para entretenerlo, y en la oscuridad… Qué fastidio que no tengo una fotografía de él… Y ahora soy una especie de viuda —añadió, con una sonrisa seductora, evidentemente interesada en su nueva posición—. ¡Hm!… Aunque lo siento por él.

Fue, en resumen, la expresión del dolor muy natural e inteligible de una joven e interesante esposa por la pérdida de su marido. Finalmente, la llevé a casa, la tranquilicé, y después de cenar con ella y beber una taza de café aromático, me dirigí a las seis en punto a casa de Timofey Semyonitch, calculando que a esa hora todas las personas casadas y de hábitos establecidos estarían sentadas o acostadas en casa.

Habiendo escrito este primer capítulo en un estilo apropiado al incidente narrado, tengo la intención de proceder en un lenguaje más natural, aunque menos elevado, y ruego advertir al lector de este hecho.

II

El venerable Timofey Semyonitch me recibió con cierta nerviosidad, como si estuviera algo avergonzado. Me llevó a su pequeño estudio y cerró la puerta con cuidado, «para que los niños no nos molesten», añadió con evidente inquietud. Allí me hizo sentarme en una silla junto a la mesa de escribir, se sentó él mismo en un sillón, envolvió con él las faldas de su viejo batín acolchado y asumió un aire oficial e incluso severo, preparado para cualquier cosa, aunque no era mi jefe ni el de Iván Matvéitch, y hasta entonces había sido considerado un colega e incluso un amigo.

—Antes que nada —dijo—, tenga en cuenta que no soy una persona con autoridad, sino solo un funcionario subordinado como tú y como Iván Matvéitch… No tengo nada que ver con esto y no tengo la intención de involucrarme en el asunto.

Me sorprendió descubrir que aparentemente ya sabía todo al respecto. A pesar de eso, le conté toda la historia en de-

talle. Hablé con verdadera emoción, pues en ese momento estaba cumpliendo con las obligaciones de un verdadero amigo. Él escuchó sin especial sorpresa, pero con evidentes signos de sospecha.

—Imagínate —dijo—, siempre creí que esto seguramente le sucedería a él.

—¿Por qué, Timofey Semyonitch? Es un incidente muy inusual en sí mismo…

—Lo admito. Pero toda la carrera de Iván Matvéitch en el servicio llevaba a este final. Era volátil, presumido en realidad. Siempre se trataba de «progreso» y de ideas de todo tipo, ¡y esto es lo que el progreso lleva a la gente!

—Pero esto es un incidente muy inusual y no puede servir como una regla general para todos los progresistas.

—Sí, sí puede. Verás, es el efecto del exceso de educación, te lo aseguro. Porque el exceso de educación lleva a la gente a meter sus narices en todo tipo de lugares, especialmente donde no los invitan. Aunque tal vez tú sepas mejor —añadió, como ofendido—. Soy un hombre viejo y no tengo mucha educación. Comencé como hijo de soldado, y este año ha sido el jubileo de mi servicio.

—Oh, no, Timofey Semyonitch, para nada. Al contrario, Iván Matvéitch está ansioso por tu consejo; está deseoso de tu guía. Lo implora, por así decirlo, con lágrimas.

—Por así decirlo, con lágrimas. ¡Hm! Esas son lágrimas de cocodrilo y no se puede creer del todo en ellas. Dime, ¿qué le impulsó a querer ir al extranjero? ¿Y cómo pudo

permitírselo? ¡No tiene medios privados!

—Ahorró el dinero de su último bono —respondí lastimeramente—. Solo quería ir por tres meses… a Suiza… a la tierra de Guillermo Tell.

—¿Guillermo Tell? ¡Hm!

—Quería recibir la primavera en Nápoles, ver los museos, las costumbres, los animales…

—¡Hm! ¡Los animales! Creo que fue simplemente por orgullo. ¿Qué animales? ¡Animales, de verdad! ¿No tenemos suficientes animales? Tenemos museos, zoológicos, camellos. ¡Hay osos muy cerca de Petersburgo! Y aquí se ha metido él mismo en un cocodrilo…

—¡Vamos, Timofey Semyonitch! El hombre está en problemas, el hombre acude a ti como a un amigo, como a un pariente mayor, suplica consejo, ¡y tú lo reprochas! Ten piedad al menos de la desafortunada Elena Ivanovna.

—¿Hablas de su esposa? Una encantadora damita —dijo Timofey Semyonitch, visiblemente suavizado y tomando una pizca de rapé con gusto—. Particularmente atractiva. Y tan rellenita, siempre inclinando su linda cabecita… Muy agradable. Andrey Osipitch hablaba de ella el otro día.

—¿Hablaba de ella?

—Sí, y en términos muy halagadores. Qué busto, dijo, qué ojos, qué cabello… Una golosina, dijo, no una dama, y luego se rió. Es todavía un hombre joven, por supuesto —Timofey Semyonitch se sonó la nariz con fuerza —. Y sin embargo, a pesar de ser joven, qué carrera está haciendo

para sí mismo.

—Eso es algo completamente diferente, Timofey Semyonitch.

—Por supuesto, por supuesto.

—Entonces, ¿qué dices, Timofey Semyonitch?

—Bueno, ¿qué puedo hacer?

—Dar consejo, guía, como hombre de experiencia, como pariente. ¿Qué debemos hacer? ¿Qué pasos debemos tomar? ¿Ir a las autoridades y…?

—¿A las autoridades? Claro que no —respondió apresuradamente Timofey Semyonitch—. Si me pides consejo, es mejor, ante todo, mantener el asunto en silencio y actuar, por así decirlo, como una persona privada. Es un incidente sospechoso, completamente inaudito. Inaudito, sobre todo; no hay precedentes para ello, y está lejos de ser digno… Y por eso, la discreción ante todo… Que se quede allí un rato. Debemos esperar y ver…

—Pero, ¿cómo podemos esperar y ver, Timofey Semyonitch? ¿Y si se asfixia allí?

—¿Por qué debería? Creo que me dijiste que se había acomodado bastante bien allí.

Le conté toda la historia nuevamente. Timofey Semyonitch reflexionó.

—¡Hm! —dijo, girando su tabaquera en las manos—. En mi opinión, realmente es bueno que se quede allí un poco, en lugar de ir al extranjero. Que reflexione a su antojo. Por

supuesto, no debe asfixiarse, por lo que debe tomar medidas para preservar su salud, evitando la tos, por ejemplo, y así sucesivamente… Y en cuanto al alemán, es mi opinión personal que está en su derecho, y más aún que la otra parte, porque fue la otra parte quien se metió en su cocodrilo sin pedir permiso, y no él quien se metió en el cocodrilo de Iván Matvéitch sin pedir permiso, aunque, hasta donde recuerdo, este último no tiene cocodrilo. Y un cocodrilo es propiedad privada, por lo que es imposible abrirlo sin compensación.

—Para salvar una vida humana, Timofey Semyonitch.

—Oh, bueno, eso es asunto de la policía. Debes ir a ellos.

—Pero Iván Matvéitch puede ser necesario en el departamento. Pueden pedir por él.

—¿Iván Matvéitch necesario? ¡Ja-ja! Además, está de permiso, así que podemos ignorarlo; que inspeccione los países de Europa. Será un asunto diferente si no se presenta cuando termine su permiso. Entonces preguntaremos por él y haremos averiguaciones.

—¡Tres meses! ¡Timofey Semyonitch, por piedad!

—Es su propia culpa. Nadie lo metió allí a la fuerza. A este ritmo, tendríamos que conseguir una niñera para que lo cuide a expensas del gobierno, y eso no está permitido en los reglamentos. Pero el punto principal es que el cocodrilo es propiedad privada, por lo que los principios de la economía se aplican en esta cuestión. Y los principios de la economía son fundamentales. Justo la otra noche, en casa de Luka Andreitch, Ignaty Prokofyitch decía lo mismo. ¿Co-

noces a Ignaty Prokofyitch? Un capitalista, un gran empresario, y habla con mucha fluidez. «Necesitamos desarrollo industrial», dijo; «hay muy poco desarrollo entre nosotros. Debemos crearlo. Debemos crear capital, así que debemos crear una clase media, la llamada burguesía. Y como no tenemos capital, debemos atraerlo del extranjero. Primero, debemos facilitar que las compañías extranjeras compren tierras en Rusia, como se hace ahora en el extranjero. La propiedad comunal de la tierra es veneno, es ruina». Y, ya sabes, hablaba con tanto fervor; bueno, eso está bien para él, un hombre rico, y no en el servicio. «Con el sistema comunal», dijo, «no habrá mejora en el desarrollo industrial ni en la agricultura. Las compañías extranjeras», dijo, «deben, en la medida de lo posible, comprar toda nuestra tierra en grandes lotes, y luego dividirla, dividirla, dividirla en las partes más pequeñas posibles», y, ¿sabes? Pronunció las palabras «dividirla» con tanta determinación, «y luego venderla como propiedad privada. O mejor dicho, no venderla, sino simplemente arrendarla. Cuando», dijo, «toda la tierra esté en manos de compañías extranjeras, podrán fijar cualquier renta que deseen. Y así el campesino trabajará tres veces más por su pan diario y podrá ser desalojado a voluntad. Para que lo sienta, será sumiso e industrioso, y trabajará tres veces más por el mismo salario. Pero tal como está, con la comuna, ¿qué le importa? Sabe que no morirá de hambre, así que es perezoso y borracho. Y mientras tanto, el dinero será atraído a Rusia, se creará capital y surgirá la burguesía. El periódico político y literario inglés, The Times, en un artículo el otro día sobre nuestras finanzas, afirmó que la razón por la cual nuestra situación finan-

ciera es tan insatisfactoria es que no tenemos clase media, no hay grandes fortunas, ni un proletariado complaciente». Ignaty Prokofyitch habla bien. Es un orador. Quiere presentar un informe sobre el tema a las autoridades, y luego publicarlo en las Noticias. Eso es algo muy diferente a los versos de Iván Matvéitch…

—Pero, ¿qué hay de Iván Matvéitch? —intervine, después de dejar que el anciano divagara.

A Timofey Semyonitch a veces le gustaba hablar y demostrar que no estaba atrasado en los tiempos, sino que conocía bien las cosas.

—¿Qué hay de Iván Matvéitch? Pues bien, a eso voy. Aquí estamos, ansiosos por atraer capital extranjero al país, y solo piensa: tan pronto como el capital de un extranjero, que ha sido atraído a Petersburgo, se ha duplicado gracias a Iván Matvéitch, en lugar de proteger al capitalista extranjero, proponemos abrir el vientre de su capital original, el cocodrilo. ¿Es consistente? En mi opinión, Iván Matvéitch, como verdadero hijo de su patria, debería alegrarse y sentirse orgulloso de que gracias a él el valor de un cocodrilo extranjero se haya duplicado y posiblemente incluso triplicado. Eso es precisamente lo que se necesita para atraer capital. Si un hombre tiene éxito, fíjate, otro vendrá con un cocodrilo, y un tercero traerá dos o tres a la vez, y el capital crecerá a su alrededor; ahí tienes una burguesía. Hay que fomentarlo.

—¡Por Dios, Timofey Semyonitch! —grité—. Estás exigiendo casi un sacrificio sobrenatural del pobre Iván Ma-

tvéitch.

—Yo no exijo nada, y te ruego, ante todo, como ya he dicho, que recuerdes que no soy una persona con autoridad y, por lo tanto, no puedo exigir nada a nadie. Hablo como un hijo de la patria, es decir, no como el Hijo de la Patria, sino como un hijo de la patria. Además, ¿qué lo poseía para meterse en el cocodrilo? Un hombre respetable, un hombre de buen rango en el servicio, legalmente casado, ¡y luego comportarse así! ¿Es consistente?

—Pero fue un accidente.

—¿Quién sabe? ¿Y de dónde saldrá el dinero para compensar al propietario?

—Quizás de su salario, Timofey Semyonitch.

—¿Sería suficiente?

—No, no lo sería, Timofey Semyonitch —respondí con tristeza—. Al principio, el propietario estaba alarmado de que el cocodrilo reventara, pero tan pronto como estuvo seguro de que todo estaba bien, comenzó a fanfarronear y se alegró al pensar que podría duplicar el precio de entrada.

—¡Triplicar y cuadruplicar tal vez! El público simplemente se precipitará al lugar ahora, y los dueños de cocodrilos son gente astuta. Además, aún no es Cuaresma, y la gente está ávida de diversiones, así que digo de nuevo, lo más importante es que Iván Matvéitch mantenga su incógnito, que no se apresure. Que todos sepan, tal vez, que está en el cocodrilo, pero no dejemos que se informe oficialmente. Iván Matvéitch está en circunstancias particularmente fa-

vorables para eso, ya que se supone que está en el extranjero. Se dirá que está en el cocodrilo, y nosotros nos negaremos a creerlo. Así es como se puede manejar. Lo más importante es que espere; y ¿por qué debería apresurarse?

—Bueno, pero si…

—No te preocupes, tiene una buena constitución…

—Bueno, ¿y después, cuando haya esperado?

—Bueno, no te ocultaré que el caso es excepcional en el más alto grado. No se sabe qué pensar de él, y lo peor es que no hay precedente. Si tuviéramos un precedente, podríamos tener algo en qué basarnos. Pero tal como está, ¿qué se puede decir? Sin duda, llevará tiempo resolverlo.

Un pensamiento feliz iluminó mi mente.

—¿No podemos arreglar —dije— que si está destinado a permanecer en las entrañas del monstruo y es la voluntad de la Providencia que permanezca vivo, que envíe una petición para ser considerado aún en servicio?

—Hm… Posiblemente como de permiso y sin salario…

—¿Pero no podría ser con salario?

—¿En qué fundamentos?

—Como enviado en una comisión especial.

—¿Qué comisión y dónde?

—Pues, en las entrañas, las entrañas del cocodrilo… Por así decirlo, para la exploración, para la investigación de los hechos en el lugar. Sería, por supuesto, una novedad, pero

eso es progresista y al mismo tiempo mostraría celo por la ilustración.

Timofey Semyonitch reflexionó un poco.

—Enviar a un funcionario especial —dijo al fin— al interior de un cocodrilo para llevar a cabo una investigación especial es, en mi opinión personal, un absurdo. No está en los reglamentos. ¿Y qué tipo de investigación especial podría haber allí?

—El estudio científico de la naturaleza en el lugar, en el sujeto vivo. Las ciencias naturales están de moda hoy en día, la botánica… Podría vivir allí y reportar sus observaciones… Por ejemplo, sobre la digestión o simplemente los hábitos. Para acumular datos.

—Quieres decir como estadísticas. Bueno, no soy una gran autoridad en ese tema, de hecho, no soy filósofo en absoluto. Dices «datos», estamos abrumados con datos como están las cosas, y no sabemos qué hacer con ellos. Además, las estadísticas son un peligro.

—¿De qué manera?

—Son un peligro. Además, admitirás que reportará datos, por así decirlo, tumbado como un tronco. Y, ¿puede uno cumplir con sus deberes oficiales tumbado como un tronco? Eso sería otra novedad y una peligrosa; y de nuevo, no hay precedentes para ello. Si tuviéramos algún tipo de precedente para ello, entonces, a mi parecer, se le podría haber dado el trabajo.

—Pero no se han traído cocodrilos vivos hasta ahora, Ti-

mofey Semyonitch.

—Hm… sí —reflexionó nuevamente—. Tu objeción es justa, si lo prefieres, y podría servir como base para llevar el asunto más allá; pero considera de nuevo, que si con la llegada de cocodrilos vivos los funcionarios del gobierno comienzan a desaparecer, y luego, basándose en que están cálidos y cómodos allí, esperan recibir la sanción oficial para su posición, y luego se relajan allí… debes admitir que sería un mal ejemplo. Tendríamos a todos tratando de ir por el mismo camino para obtener un salario sin hacer nada.

—Haz lo mejor que puedas por él, Timofey Semyonitch. Por cierto, Iván Matvéitch me pidió que te entregara siete rublos que te había perdido en el juego de cartas.

—Ah, los perdió el otro día en casa de Nikifor Nikiforitch. Lo recuerdo. Y qué alegre y divertido estaba… ¡y ahora!

El anciano estaba genuinamente conmovido.

—¡Intercede por él, Timofey Semyonitch!

—Haré lo mejor que pueda. Hablaré en mi propio nombre, como una persona privada, como si estuviera pidiendo información. Y mientras tanto, averigua indirectamente, de manera no oficial, cuánto estaría dispuesto a aceptar el propietario por su cocodrilo.

Timofey Semyonitch estaba visiblemente más amistoso.

—Ciertamente —respondí—. Y volveré enseguida para informarte.

—Y su esposa… ¿está sola ahora? ¿Está deprimida?

—Deberías visitarla, Timofey Semyonitch.

—Lo haré. Pensé en hacerlo antes; es una buena oportunidad… Y ¿qué demonios le llevó a ir a ver el cocodrilo? Aunque, de hecho, me gustaría verlo yo mismo.

—Ve a ver al pobre hombre, Timofey Semyonitch.

—Lo haré. Por supuesto, no quiero darle esperanzas al hacerlo. Iré como una persona privada… Bueno, adiós, voy de nuevo a casa de Nikifor Nikiforitch; ¿estarás allí?

—No, voy a ver al pobre prisionero.

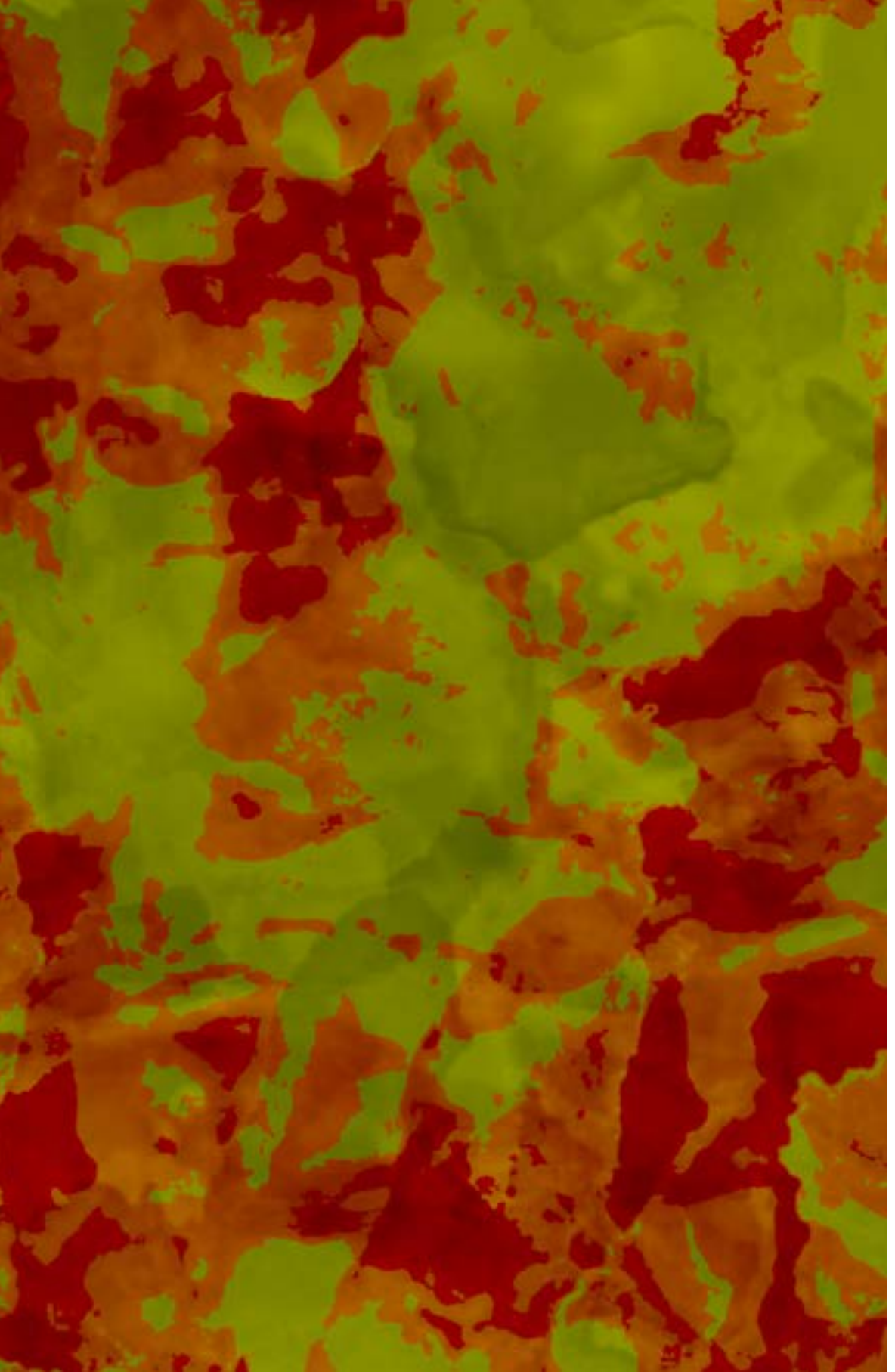
—¡Sí, ahora es un prisionero!… ¡Ah, eso es lo que pasa por la imprudencia!

Me despedí del anciano. Las ideas de todo tipo vagaban por mi mente. Timofey Semyonitch era un hombre bondadoso y muy honesto, pero al dejarlo, me sentí complacido al pensar que había celebrado su quincuagésimo año de servicio, y que los Timofey Semyonitchs son ahora una rareza entre nosotros. Volé de inmediato, por supuesto, a la Arcada para contarle a Iván Matvéitch todas las novedades. Y, de hecho, sentía curiosidad por saber cómo se las arreglaba dentro del cocodrilo y cómo era posible vivir en un cocodrilo. Y, en efecto, ¿era posible vivir en un cocodrilo en absoluto? A veces, realmente me parecía como si todo fuera un sueño extravagante y monstruoso, especialmente porque una criatura monstruosa era la figura principal en él.

Y, sin embargo, no era un sueño, sino un hecho real e in-

dudable. ¿Estaría contando la historia si no lo fuera? Pero continuemos.





III

Era tarde, alrededor de las nueve, cuando llegué a la Arcada, y tuve que entrar en la sala del cocodrilo por la puerta trasera, ya que el alemán había cerrado la tienda más temprano de lo habitual esa noche. Ahora, en la intimidad de su hogar, caminaba con un viejo frac grasiento, pero parecía tres veces más complacido que por la mañana. Evidentemente, ya no tenía aprensiones, y el público había venido «mucho más». La Mutter salió más tarde, evidentemente para vigilarme. El alemán y la Mutter susurraban frecuentemente entre ellos. Aunque la tienda estaba cerrada, me cobró un cuarto de rublo. ¡Qué exactitud innecesaria!

—Pagarás cada vez; el público pagará un rublo, y tú pagarás un cuarto; porque eres el buen amigo de tu buen amigo; y yo respeto a un amigo…

—¿Estás vivo, estás vivo, mi culto amigo? —grité, al acercarme al cocodrilo, esperando que mis palabras llegaran a Iván Matvéitch desde la distancia y halagaran su vanidad.

—Vivo y bien —respondió, como si estuviera muy lejos o debajo de la cama, aunque yo estaba parado justo al lado de él—. Vivo y bien; pero de eso hablaremos más tarde… ¿Cómo van las cosas?

Como si no oyera la pregunta, estaba a punto de empezar a preguntarle con simpatía cómo estaba, cómo era estar en el cocodrilo y qué había dentro de un cocodrilo. Tanto la amistad como la cortesía común exigían esto. Pero con fastidiosa irritación, me interrumpió.

—¿Cómo van las cosas? —gritó, con una voz chillona y en esta ocasión particularmente repugnante, dirigiéndose a mí perentoriamente como de costumbre.

Le describí toda mi conversación con Timofey Semyonitch con el más mínimo detalle. Mientras contaba mi historia, traté de mostrar mi resentimiento en mi voz.

—El anciano tiene razón —pronunció Iván Matvéitch con su habitual brusquedad en su conversación conmigo—. Me gustan las personas prácticas, y no soporto a los sentimentales blandengues. Sin embargo, estoy dispuesto a admitir que tu idea sobre una comisión especial no es del todo absurda. Ciertamente tengo mucho que informar, tanto desde un punto de vista científico como ético. Pero ahora todo esto ha tomado un nuevo y inesperado aspecto, y no vale la pena preocuparse por un simple salario. Escucha atentamente. ¿Estás sentado?

—No, estoy de pie.

—Siéntate en el suelo si no hay otra cosa, y escucha atentamente.

Resentido, tomé una silla y la coloqué en el suelo con un golpe, en mi enojo.

—Escucha —comenzó dictatorialmente—. El público vino hoy en masa. No había lugar en la tarde, y la policía tuvo que venir para mantener el orden. A las ocho, es decir, más temprano de lo habitual, el propietario consideró necesario cerrar la tienda y terminar la exhibición para contar el dinero recaudado y prepararse para mañana de manera más conveniente. Así que sé que mañana habrá una verdadera feria. Por lo tanto, podemos suponer que todas las personas más cultas de la capital, las damas de la mejor sociedad, los embajadores extranjeros, los abogados más destacados y demás, estarán presentes. Además, la gente fluirá aquí desde las provincias más remotas de nuestro vasto e interesante imperio. El resultado es que soy el centro de atención, y aunque oculto a la vista, soy eminente. Enseñaré a la multitud ociosa. Enseñado por la experiencia, seré un ejemplo de grandeza y resignación ante el destino. Seré, por así decirlo, un púlpito desde el cual instruir a la humanidad. Los simples detalles biológicos que puedo proporcionar sobre el monstruo en el que habito son de un valor incalculable. Y así, lejos de lamentar lo sucedido, confío en la carrera más brillante.

—¿No te resultará aburrido? —pregunté sarcásticamente.

Lo que más me irritaba era la extrema pomposidad de su lenguaje. No obstante, todo aquello me desconcertaba un poco. «¿Qué demonios puede encontrar este frívolo cabeza hueca para estar tan engreído?», murmuré para mí mismo. «Debería estar llorando en lugar de estar engreído».

—¡No! —respondió él a mi observación con brusquedad—, porque estoy lleno de grandes ideas, solo ahora puedo meditar a mi antojo sobre la mejora de la condición de la humanidad. La verdad y la luz saldrán ahora del cocodrilo. Sin duda desarrollaré una nueva teoría económica propia y estaré orgulloso de ella, cosa que hasta ahora mis deberes oficiales y las distracciones triviales me han impedido hacer. Refutaré todo y seré un nuevo Fourier. Por cierto, ¿le diste los siete rublos a Timofey Semyonitch?

—Sí, de mi propio bolsillo —respondí, tratando de enfatizar ese hecho en mi voz.

—Lo arreglaremos —respondió con altanería—. Confío en que me aumenten el salario, porque ¿quién debería recibir un aumento si no yo? Ahora soy de la máxima utilidad. Pero vayamos al grano. ¿Mi esposa?

—Supongo que te refieres a Elena Ivanovna.

—¿Mi esposa? —gritó, esta vez con un chillido positivo.

¡No había ayuda posible! Humildemente, aunque rechinando los dientes, le conté cómo había dejado a Elena Ivanovna. Ni siquiera me dejó terminar.

—Tengo planes especiales respecto a ella —empezó con impaciencia—. Si yo soy celebrado aquí, quiero que ella sea celebrada allí. Sabios, poetas, filósofos, mineralogistas extranjeros, estadistas, después de conversar por la mañana conmigo, visitarán su salón por la noche. A partir de la próxima semana, ella debe tener una «recepción» todas las noches. Con mi salario duplicado, tendremos los medios para entretener, y como la diversión no debe ir más allá del

té y los lacayos contratados, eso está resuelto. Tanto aquí como allí hablarán de mí. Durante mucho tiempo he deseado ser el tema de conversación, pero no podía lograrlo, atado por mi humilde posición y bajo rango en el servicio. Y ahora todo esto se ha logrado con un simple trago por parte del cocodrilo. Cada palabra mía será escuchada, cada declaración será pensada, repetida, impresa. ¡Y les enseñaré lo que valgo! Al fin entenderán qué habilidades han permitido desaparecer en las entrañas de un monstruo. «Este hombre podría haber sido Ministro de Relaciones Exteriores o podría haber gobernado un reino», dirán algunos. «Y ese hombre no gobernó un reino», dirán otros. ¿En qué soy inferior a un Garnier-Pagesishky o como se llamen? Mi esposa debe ser una digna segunda: yo tengo cerebro, ella tiene belleza y encanto. «Ella es hermosa, y por eso es su esposa», dirán algunos. «Ella es hermosa porque es su esposa», enmendarán otros. Para estar lista para cualquier cosa, que Elena Ivanovna compre mañana la Enciclopedia editada por Andrey Kraevsky, para que pueda conversar sobre cualquier tema. Sobre todo, que se asegure de leer el editorial político en las Noticias de Petersburgo, comparándolo todos los días con La Voz. Me imagino que el propietario consentirá en llevarme a veces con el cocodrilo al brillante salón de mi esposa. Estaré en un tanque en medio del magnífico salón, y destellaré con ingeniosidades que prepararé por la mañana. A los estadistas les impartiré mis proyectos; al poeta le hablaré en verso; con las damas podré ser divertido y encantador sin impropiedad, ya que no representaré un peligro para la paz mental de sus maridos. A todos los demás les serviré de ejemplo de resignación

ante el destino y la voluntad de la Providencia. Haré de mi esposa una brillante dama literaria; la presentaré y la explicaré al público; como mi esposa, debe estar llena de las más sorprendentes virtudes; y si tienen razón en llamar a Andrey Alexandrovitch nuestro Alfred de Musset ruso, tendrán aún más razón en llamarla nuestra Yevgenia Tour rusa.

Debo confesar que, aunque estas tonterías desmesuradas eran bastante habituales en el estilo de Iván Matvéitch, sí me ocurrió que estaba febril y delirando. Era el mismo Iván Matvéitch de siempre, pero magnificado veinte veces.

—Amigo mío —le pregunté—, ¿esperas vivir mucho tiempo? Dime, en realidad, ¿estás bien? ¿Cómo comes, cómo duermes, cómo respiras? Soy tu amigo, y debes admitir que el incidente es de lo más antinatural y, por lo tanto, mi curiosidad es de lo más natural.

—Curiosidad ociosa y nada más —pronunció sentenciosamente—, pero quedarás satisfecho. Preguntas cómo me las arreglo en las entrañas del monstruo. Para empezar, el cocodrilo, para mi diversión, resulta estar perfectamente vacío. Su interior consiste en una especie de enorme saco vacío hecho de gutapercha, como los productos elásticos que se venden en la calle Gorohovy, en la Morskaya, y, si no me equivoco, en la avenida Voznesensky. De lo contrario, si lo piensas, ¿cómo podría encontrar espacio?

—¿Es posible? —grité, con una sorpresa comprensible—. ¿Puede estar el cocodrilo perfectamente vacío?

—Perfectamente —mantuvo Iván Matvéitch con firmeza

e impresionante seriedad—. Y con toda probabilidad, está construido así por las leyes de la Naturaleza. El cocodrilo no posee nada más que mandíbulas equipadas con dientes afilados, y además de las mandíbulas, una cola de considerable longitud, eso es todo, propiamente dicho. La parte media entre estos dos extremos es un espacio vacío encerrado por algo de la naturaleza de la gutapercha, probablemente realmente gutapercha.

—¿Pero las costillas, el estómago, los intestinos, el hígado, el corazón? —interrumpí bastante enojado.

—No hay nada, absolutamente nada de todo eso, y probablemente nunca lo ha habido. Todo eso es la fantasía ociosa de viajeros frívolos. Así como uno infla un cojín de aire, yo ahora, con mi persona, estoy inflando el cocodrilo. Es increíblemente elástico. De hecho, podrías, como amigo de la familia, entrar conmigo si fueras lo suficientemente generoso y abnegado, y aún con tu presencia aquí, quedaría espacio de sobra. Incluso pienso que, en última instancia, podría enviar a buscar a Elena Ivanovna. Sin embargo, esta formación vacía y hueca del cocodrilo está en consonancia con las enseñanzas de la ciencia natural. Si, por ejemplo, uno tuviera que construir un nuevo cocodrilo, naturalmente se presentaría la pregunta. ¿Cuál es la característica fundamental del cocodrilo? La respuesta es clara: tragar seres humanos. ¿Cómo se puede asegurar, al construir el cocodrilo, que trague personas? La respuesta es aún más clara: construyéndolo hueco. La física estableció hace tiempo que la naturaleza aborrece el vacío. Por lo tanto, el interior del cocodrilo debe ser hueco para que pueda aborrecer el

vacío y, en consecuencia, tragarse y llenarse con cualquier cosa que encuentre. Y esa es la única razón racional por la que todos los cocodrilos tragan personas. No es lo mismo en la constitución del hombre: cuanto más vacío está la cabeza de un hombre, por ejemplo, menos siente la sed de llenarla, y esa es la única excepción a la regla general. Todo esto es tan claro como el día para mí ahora. Lo he deducido por mi propia observación y experiencia, estando, por así decirlo, en las mismas entrañas de la Naturaleza, en su retorta, escuchando el latido de su pulso. Incluso la etimología me respalda, porque la misma palabra cocodrilo significa voracidad. Cocodrilo —crocodillo— es evidentemente una palabra italiana, que data quizás de los faraones egipcios, y evidentemente derivada del verbo francés croquer, que significa comer, devorar, en general, absorber alimento. Todas estas observaciones pienso presentarlas en mi primera conferencia en el salón de Elena Ivanovna cuando me lleven allí en el tanque.

—Amigo mío, ¿no deberías al menos tomar algún purgante? —grité involuntariamente.

—¡Está en fiebre, fiebre, está febril! —repetí para mis adentros alarmado.

—¡Tonterías! —respondió con desprecio—. Además, en mi posición actual sería muy inconveniente. Sin embargo, sabía que seguro hablarías de tomar medicinas.

—Pero, amigo mío, ¿cómo… cómo tomas alimentos ahora? ¿Has cenado hoy?

—No, pero no tengo hambre, y lo más probable es que

nunca vuelva a comer. Y eso también es bastante natural; llenando todo el interior del cocodrilo, le hago sentir siempre lleno. Ahora no necesitará ser alimentado durante algunos años. Por otro lado, al nutrirse de mí, naturalmente me impartirá todos los jugos vitales de su cuerpo; es lo mismo que con algunas coquetas consumadas que se embuten ellas mismas y toda su persona durante la noche en filetes crudos, y luego, después de su baño matutino, están frescas, flexibles, lozanas y fascinantes. De esa manera, al nutrir al cocodrilo, yo mismo obtengo alimento de él, por lo tanto, nos nutrimos mutuamente. Pero como es difícil incluso para un cocodrilo digerir a un hombre como yo, sin duda debe ser consciente de un cierto peso en su estómago —un órgano que, sin embargo, no posee— y por eso, para evitar causar sufrimiento a la criatura, no me doy vuelta a menudo, y aunque podría hacerlo, no lo hago por motivos humanitarios. Este es el único inconveniente de mi posición actual, y en un sentido alegórico Timofey Semyonitch tenía razón al decir que estaba tumbado como un tronco. Pero probaré que incluso tumbado como un tronco —es más, solo tumbado como un tronco— uno puede revolucionar la suerte de la humanidad. Todas las grandes ideas y movimientos de nuestros periódicos y revistas evidentemente han sido obra de hombres que estaban tumbados como troncos; por eso los llaman divorciados de las realidades de la vida, ¡pero qué importa que digan eso! Estoy construyendo ahora un sistema completo propio, y no creerías lo fácil que es. Solo tienes que meterte en un rincón apartado o en un cocodrilo, cerrar los ojos y de inmediato idearás un milenio perfecto para la humanidad. Cuando te

fuiste esta tarde, me puse a trabajar de inmediato y ya he inventado tres sistemas, ahora estoy preparando el cuarto. Es cierto que al principio uno debe refutar todo lo anterior, pero desde el cocodrilo es tan fácil refutarlo; además, todo se vuelve más claro visto desde dentro del cocodrilo… Hay algunos inconvenientes, aunque pequeños, en mi posición; aquí es algo húmedo y está cubierto con una especie de baba; además, hay un olor a goma, como el olor de mis viejas galochas. Eso es todo, no hay otros inconvenientes.

—Iván Matvéitch —interrumpí—, todo esto es un milagro en el que apenas puedo creer. ¿Y puedes, puedes tener la intención de no cenar nunca más?

—¡Qué tonterías triviales te preocupan, criatura irreflexiva y frívola! Te hablo de grandes ideas, y tú… Entiende que estoy suficientemente nutrido por las grandes ideas que iluminan la oscuridad en la que estoy envuelto. Sin embargo, el bondadoso propietario ha decidido, después de consultar con la amable Mutter, que cada mañana insertarán en las mandíbulas del monstruo un tubo de metal doblado, algo parecido a una pipa de silbato, por medio del cual podré absorber café o caldo con pan empapado en él. El tubo ya ha sido encargado en el vecindario, pero creo que esto es un lujo superfluo. Espero vivir al menos mil años, si es cierto que los cocodrilos viven tanto tiempo, lo cual, por cierto —qué bueno que se me ocurrió— deberías investigar en algún libro de historia natural mañana y decírmelo, porque puede que me haya equivocado y lo haya confundido con algún monstruo excavado. Solo hay una reflexión que me preocupa: como estoy vestido con ropa

de tela y llevo botas, el cocodrilo obviamente no puede digerirme. Además, estoy vivo, y así estoy oponiéndome al proceso de digestión con toda mi fuerza de voluntad; porque puedes entender que no deseo ser convertido en lo que toda la comida se convierte, pues eso sería demasiado humillante para mí. Pero hay una cosa que temo: en mil años, la tela de mi abrigo, desafortunadamente de fabricación rusa, puede deteriorarse, y entonces, al quedar sin ropa, podría, quizás, a pesar de mi indignación, empezar a ser digerido; y aunque de día nada me induciría a permitirlo, por la noche, en mi sueño, cuando la voluntad de un hombre lo abandona, podría verme atrapado por el humillante destino de una papa, un panqueque o una ternera. Tal idea me enfurece. Esto por sí solo es un argumento para la revisión del arancel y el fomento de la importación de tela inglesa, que es más fuerte y, por lo tanto, resistirá más tiempo a la naturaleza cuando uno es tragado por un cocodrilo. A la primera oportunidad transmitiré esta idea a algún estadista y al mismo tiempo a los escritores políticos de nuestros diarios de Petersburgo. Que lo publiquen en el extranjero. Confío en que esta no será la única idea que tomen de mí. Preveo que todas las mañanas una multitud regular de ellos, provistos de cuartos de rublo de la oficina editorial, se agolparán alrededor mío para captar mis ideas sobre los telegramas del día anterior. En resumen, el futuro se me presenta bajo la luz más rosada.

—¡Fiebre, fiebre! —susurré para mí mismo.

—Amigo mío, ¿y la libertad? —pregunté, deseando conocer a fondo sus opiniones—. Estás, por así decirlo, en

prisión, mientras que todo hombre tiene derecho al disfrute de la libertad.

—Eres un tonto —respondió—. Los salvajes aman la independencia, los sabios aman el orden; y si no hay orden…

—¡Iván Matvéitch, por favor!

—¡Cierra la boca y escucha! —chilló, molesto por mi interrupción—. Nunca ha volado mi espíritu como ahora. En mi estrecho refugio solo hay una cosa que temo: las críticas literarias de las revistas y el silbido de nuestros periódicos satíricos. Temo que los visitantes irreflexivos, las personas estúpidas y envidiosas y los nihilistas en general, puedan ridiculizarme. Pero tomaré medidas. Estoy esperando con impaciencia la respuesta del público mañana, y especialmente la opinión de los periódicos. Debes contarme sobre los periódicos mañana.

—Muy bien; mañana traeré un montón de periódicos conmigo.

—Mañana es demasiado pronto para esperar informes en los periódicos, pues se necesitarán cuatro días para que se anuncie. Pero a partir de hoy ven a verme todas las noches por la entrada trasera a través del patio. Tengo la intención de emplearte como mi secretario. Leerás los periódicos y revistas para mí, y yo te dictaré mis ideas y te daré encargos. Ten especial cuidado de no olvidar los telegramas extranjeros. Que todos los telegramas europeos estén aquí todos los días. Pero basta; lo más probable es que ya estés soñoliento. Vete a casa y no pienses en lo que dije hace un momento sobre las críticas: no les temo, porque los críti-

cos mismos están en una posición crítica. Solo hay que ser sabio y virtuoso y uno seguramente llegará a un pedestal. Si no como Sócrates, entonces como Diógenes, o quizás ambos juntos, ese es mi futuro rol entre la humanidad.

Tan frívola y jactanciosamente se apresuraba a expresarse Iván Matvéitch ante mí, como mujeres febriles y de voluntad débil que, según nos dice el proverbio, no pueden guardar un secreto. Todo lo que me contó sobre el cocodrilo me parecía sumamente sospechoso. ¿Cómo era posible que el cocodrilo estuviera absolutamente vacío? No me importaría apostar que estaba fanfarroneando por vanidad y en parte para humillarme. Es cierto que estaba enfermo y uno debe ser indulgente con los enfermos; pero debo confesar francamente, nunca pude soportar a Iván Matvéitch. He estado tratando toda mi vida, desde niño, de escapar de su tutela y no he podido. Miles de veces he tenido la tentación de romper con él por completo, y cada vez me he sentido atraído hacia él de nuevo, como si todavía esperara probarle algo o vengarme de él. ¡Qué cosa tan extraña, la amistad! Puedo afirmar positivamente que nueve décimas partes de mi amistad por él estaban hechas de malicia. Sin embargo, en esta ocasión nos despedimos con sentimientos genuinos.

—¡Tu amigo es un hombre muy inteligente! —me dijo el alemán en un susurro mientras se movía para acompañarme a la salida; había estado escuchando atentamente toda nuestra conversación.

—A propósito —dije—, ya que lo pienso: ¿cuánto pedirías por tu cocodrilo en caso de que alguien quisiera comprar-

lo?

Iván Matvéitch, que oyó la pregunta, esperaba con curiosidad la respuesta; era evidente que no quería que el alemán pidiera demasiado poco; de todos modos, se aclaró la garganta de una manera peculiar al escuchar mi pregunta.

Al principio, el alemán no quería escuchar, estaba positivamente enfadado.

—¡Nadie se atreverá a comprar mi cocodrilo! —gritó furioso, y se puso rojo como una langosta hervida—. ¡No quiero vender el cocodrilo! No vendería el cocodrilo ni por un millón de táleros. Hoy he recaudado ciento treinta táleros del público, y mañana recaudaré diez mil, y luego cien mil cada día. No lo venderé.

Iván Matvéitch se rió satisfecho. Controlándome, porque sentí que era mi deber hacia mi amigo, insinué fríamente y razonablemente al loco alemán que sus cálculos no eran del todo correctos, que si gana cien mil todos los días, todo Petersburgo lo habrá visitado en cuatro días, y entonces no quedará nadie para traerle rublos, que la vida y la muerte están en manos de Dios, que el cocodrilo puede reventar o Iván Matvéitch puede enfermarse y morir, y así sucesivamente.

El alemán se puso pensativo.

—Le conseguiré gotas de la farmacia —dijo, después de reflexionar— y salvaré a tu amigo para que no muera.

—Las gotas están muy bien —respondí—, pero considera también que el asunto puede llegar a los tribunales. La

esposa de Iván Matvéitch puede exigir la restitución de su legítimo esposo. Tú estás pensando en hacerte rico, pero ¿piensas darle una pensión a Elena Ivanovna?

—No, no tengo intención —dijo el alemán con firme decisión.

—No, no tenemos intención —dijo la Mutter, con una malicia positiva.

—Entonces, ¿no sería mejor para ti aceptar algo ahora, de inmediato, una suma segura y sólida aunque moderada, que dejar las cosas al azar? Debo decirte que estoy inquiriendo simplemente por curiosidad.

El alemán llevó a la Mutter a un rincón para consultar con ella, donde había una caja con el mono más grande y feo de su colección.

—¡Bueno, ya verás! —dijo Iván Matvéitch.

En cuanto a mí, en ese momento estaba ardiendo con el deseo, primero, de darle una paliza al alemán, luego, de darle una aún más fuerte a la Mutter, y, tercero, de darle la paliza más fuerte de todas a Iván Matvéitch por su ilimitada vanidad. Pero todo esto palideció ante la respuesta del avaro alemán.

Después de consultar con la Mutter, pidió por su cocodrilo cincuenta mil rublos en bonos del último préstamo ruso con cupón de lotería adjunto, una casa de ladrillo en la calle Gorohovy con una farmacia adjunta, y además el rango de coronel ruso.

—¡Lo ves! —gritó triunfante Iván Matvéitch—. ¡Te lo

dije! Aparte de este último deseo insensato de obtener el rango de coronel, tiene toda la razón, pues comprende perfectamente el valor actual del monstruo que está exhibiendo. ¡El principio económico ante todo!

—¡Por Dios! —grité furioso al alemán—. ¿Pero para qué deberías ser hecho coronel? ¿Qué hazaña has realizado? ¿Qué servicio has prestado? ¿De qué manera has ganado gloria militar? ¡Estás realmente loco!

—¡Loco! —gritó el alemán, ofendido—. ¡No, una persona muy sensata, pero tú muy estúpido! ¡Me he merecido un coronel por haber mostrado un cocodrilo y en él un hofrath vivo sentado! ¡Y un ruso no puede mostrar un cocodrilo y un hofrath vivo en él sentado! ¡Yo extremadamente inteligente hombre y deseo mucho ser coronel!

—¡Bueno, adiós entonces, Iván Matvéitch! —grité, temblando de furia, y salí de la sala del cocodrilo casi corriendo.

Sentí que en un minuto más no podría haber respondido por mí mismo. Las expectativas antinaturales de estos dos cabezas huecas eran insostenibles. El aire frío me refrescó y moderó un poco mi indignación. Finalmente, después de escupir vigorosamente quince veces a cada lado, tomé un coche de alquiler, llegué a casa, me desvestí y me arrojé a la cama. Lo que más me molestaba era haberme convertido en su secretario. ¡Ahora iba a morir de aburrimiento allí cada noche, cumpliendo con el deber de un verdadero amigo! Estaba dispuesto a golpearme por ello, y de hecho, después de apagar la vela y subir las sábanas, me di varios

golpes en la cabeza y en varias partes del cuerpo. Eso me alivió un poco, y al fin me quedé dormido bastante bien, de hecho, pues estaba muy cansado. Toda la noche no soñé más que con monos, pero hacia la mañana soñé con Elena Ivanovna.

IV

Los monos con los que soñé, supongo, porque estaban encerrados en la vitrina del alemán; pero Elena Ivanovna era una historia diferente.

Debo decir de inmediato que amaba a la dama, pero me apresuro, de inmediato, a hacer una aclaración. La amaba como a una hija, ni más ni menos. Lo sé porque a menudo sentía un deseo irresistible de besar su cabecita o su mejilla rosada. Y aunque nunca llevé a cabo esta inclinación, no habría rechazado besar incluso sus labios. Y no solo sus labios, sino también sus dientes, que siempre brillaban tan encantadoramente como dos hileras de perlas bonitas y bien alineadas cuando reía. Reía extraordinariamente a menudo. Iván Matvéitch en momentos demostrativos solía llamarla su «absurda adoración» —un nombre extremadamente feliz y apropiado—. Era una auténtica golosina, y eso era todo lo que se podía decir de ella. Por lo tanto, estoy completamente desconcertado para entender qué llevó a Iván Matvéitch a imaginar a su esposa como una Yevgenia Tour rusa. De todos modos, mi sueño, con la excepción de los monos, me dejó una impresión muy agradable, y repasando todos los incidentes del día anterior mientras

tomaba mi taza de té matutina, resolví ir a ver a Elena Ivanovna de inmediato camino a la oficina, lo cual, de hecho, estaba obligado a hacer como amigo de la familia.

En un pequeño cuartito al lado del dormitorio —el llamado pequeño salón, aunque su gran salón también era pequeño— Elena Ivanovna estaba sentada, con una bata de mañana semi-transparente, en un pequeño y elegante sofá frente a una mesita de té, bebiendo café de una tacita en la que mojaba una galleta diminuta. Estaba encantadoramente hermosa, pero al mismo tiempo me pareció estar algo pensativa.

—¡Ah, eres tú, hombre travieso! —dijo, saludándome con una sonrisa distraída—. Siéntate, cabeza hueca, toma un poco de café. Bueno, ¿qué estuviste haciendo ayer? ¿Fuiste al baile de máscaras?

—¿Y tú? Sabes que no voy. Además, ayer estuve visitando a nuestro cautivo… —Suspiré y asumí una expresión piadosa mientras tomaba el café.

—¿A quién?… ¿Qué cautivo?… ¡Ah, sí! ¡Pobre hombre! Bueno, ¿cómo está? ¿Aburrido? Sabes… quería preguntarte… Supongo que ahora puedo pedir el divorcio, ¿verdad?

—¡¿Un divorcio?! —grité indignado y casi derramé el café—. «Es ese tipo moreno», pensé amargamente.

Había un cierto caballero moreno con pequeños bigotes que estaba relacionado con la arquitectura y que venía demasiado a menudo a verlos, y era extremadamente hábil en divertir a Elena Ivanovna. Debo confesar que lo odiaba y no cabía duda de que había logrado ver a Elena Ivanovna

ayer, ya sea en el baile de máscaras o incluso aquí, y llenarle la cabeza de todo tipo de tonterías.

—Verás —se apresuró a decir Elena Ivanovna, como si recitara una lección que había aprendido—, si él va a quedarse en el cocodrilo, tal vez no volver nunca en su vida, mientras yo espero por él aquí. Un marido debería vivir en casa, no en un cocodrilo…

—Pero esto fue un incidente imprevisto —comencé, con una agitación muy comprensible.

—¡Oh, no me hables, no quiero escucharte, no quiero escucharte! —gritó, de repente poniéndose bastante enfadada—. ¡Siempre estás en mi contra, desgraciado! ¡No hay nada que hacer contigo, nunca me das ningún consejo! ¡Otras personas me dicen que puedo divorciarme porque Iván Matvéitch no recibirá su salario ahora!

—¡Elena Ivanovna! ¿Es a ti a quien oigo? —exclamé patéticamente—. ¿Qué villano podría haber puesto tal idea en tu cabeza? Y el divorcio por un motivo tan trivial como un salario es completamente imposible. Y el pobre Iván Matvéitch, el pobre Iván Matvéitch está, por así decirlo, ardiendo de amor por ti incluso en las entrañas del monstruo. Es más, se está derritiendo de amor como un terrón de azúcar. Ayer, mientras tú te divertías en el baile de máscaras, él decía que en último recurso podría llamarte como su legítima esposa para que te unieras a él en las entrañas del monstruo, especialmente porque parece que el cocodrilo es extremadamente espacioso, capaz no solo de acomodar a dos sino incluso a tres personas…

Y entonces le conté toda esa interesante parte de mi conversación de la noche anterior con Iván Matvéitch.

—¿Qué, qué? —gritó sorprendida—. ¿Quieres que yo también me meta en el monstruo para estar con Iván Matvéitch? ¡Qué idea! ¿Y cómo voy a entrar allí, con mi sombrero y crinolina? ¡Dios mío, qué tontería! ¿Y cómo me vería mientras me meto allí, y muy probablemente habría alguien allí para verme? ¡Es absurdo! ¿Y qué tendría para comer allí? Y… y… y ¿qué haría allí cuando…? ¡Oh, Dios mío, qué pensarán después…? ¿Y qué tendría para entretenerme allí…? ¿Dices que hay un olor a gutapercha? ¿Y qué haría si nos peleáramos, tendríamos que seguir quedándonos allí uno al lado del otro? ¡Puaj, qué horrible!

—Estoy de acuerdo, estoy de acuerdo con todos esos argumentos, mi dulce Elena Ivanovna —interrumpí, esforzándome por expresarme con ese entusiasmo natural que siempre supera a un hombre cuando siente que la verdad está de su lado—. Pero hay una cosa que no has apreciado en todo esto, no has comprendido que él no puede vivir sin ti si te está invitando allí; eso es una prueba de amor, amor apasionado, fiel, ardiente… ¡Has pensado muy poco en su amor, querida Elena Ivanovna!

—¡No quiero, no quiero, no quiero oír nada al respecto! —dijo, apartándome con su linda manita con uñas rosadas que acababan de ser lavadas y pulidas—. ¡Hombre horrible! ¡Me harás llorar! Métete tú mismo, si te gusta la perspectiva. Eres su amigo, métete y hazle compañía, y pasa tu vida discutiendo alguna ciencia aburrida…

—Te equivocas al reírte de esta sugerencia —reprendí a la mujer frívola con dignidad—. Iván Matvéitch ya me ha invitado de por sí. Tú, por supuesto, estás llamada allí por deber; para mí, sería un acto de generosidad. Pero cuando Iván Matvéitch me describió anoche la elasticidad del cocodrilo, insinuó muy claramente que habría espacio no solo para ustedes dos, sino también para mí como amigo de la familia, especialmente si deseaba unirme a ustedes, y por lo tanto…

—¿Cómo así, los tres? —gritó Elena Ivanovna, mirándome sorprendida —. ¿Cómo, vamos a estar los tres allí juntos? ¡Ja-ja-ja! ¡Qué tontos son ambos! ¡Ja-ja-ja! ¡Seguramente te pellizcaré todo el tiempo, desgraciado! ¡Jaja-ja! ¡Ja-ja-ja!

Y recostándose en el sofá, rió hasta llorar. Todo esto, las lágrimas y la risa, eran tan fascinantes que no pude resistir correr ansiosamente a besar su mano, a lo cual no se opuso, aunque me pellizcó ligeramente las orejas como señal de reconciliación.

Luego, ambos nos animamos mucho, y le describí en detalle todos los planes de Iván Matvéitch. La idea de sus recepciones nocturnas y su salón le agradó mucho.

—Solo que necesitaría muchos vestidos nuevos —observó— y por eso Iván Matvéitch debe enviarme la mayor parte de su salario lo antes posible. Solo que… solo que no sé sobre eso —añadió pensativamente—. ¿Cómo se le puede traer aquí en el tanque? Eso es muy absurdo. No quiero que mi marido sea llevado en un tanque. Me senti-

ría muy avergonzada de que mis visitantes lo vieran… No quiero eso, no, no quiero.

—A propósito, ya que lo pienso, ¿estuvo Timofey Semyonitch aquí ayer?

—Oh, sí, vino a consolarme, y ¿sabes? Jugamos a las cartas todo el tiempo. Jugó por dulces, y si yo perdía, tenía que besarme las manos. ¡Qué sinvergüenza es! Y fíjate, casi vino al baile de máscaras conmigo, ¡de verdad!

—¡Se dejó llevar por sus sentimientos! —observé—. Y ¿quién no lo haría contigo, encantadora?

—¡Oh, sigue con tus cumplidos! Espera, te daré un pellizco como regalo de despedida. He aprendido a pellizcar terriblemente bien últimamente. Bueno, ¿qué dices a eso? A propósito, ¿dices que Iván Matvéitch habló varias veces de mí ayer?

—No, no exactamente… Debo decir que ahora piensa más en el destino de la humanidad, y quiere…

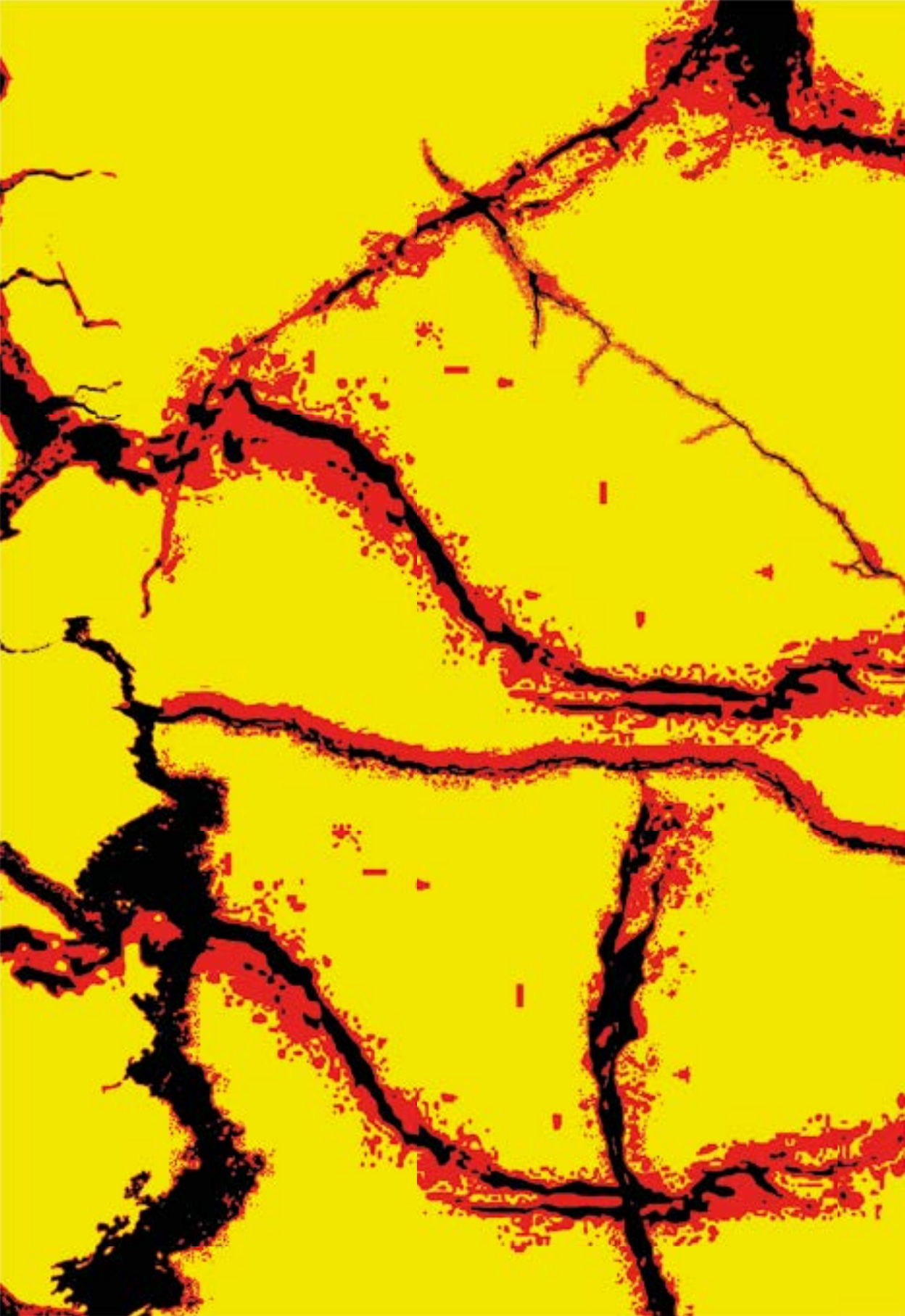
—¡Oh, déjalo! ¡No sigas! Estoy segura de que es terriblemente aburrido. Iré a verlo algún día. Seguramente iré mañana. Solo que no hoy; me duele la cabeza y, además, habrá mucha gente allí hoy… Dirán, «Esa es su esposa», y me sentiré avergonzada… Adiós. Tú estarás… allí esta noche, ¿verdad?

—Para verlo, sí. Me pidió que fuera a llevarle los periódicos.

—Eso es genial. Ve y léeles. Pero no vengas a verme hoy. No me siento bien, y tal vez vaya a ver a alguien. Adiós,

PULZONKUO





Comencé a examinar al hombre detenidamente. Incluso en su exterior había algo tan peculiar que obligaba a uno, por muy lejanos que estuvieran sus pensamientos, a fijar la vista en él y estallar en la carcajada más irreprimible. Eso fue lo que me pasó a mí. Debo observar que los ojos del hombrecillo eran tan móviles, o tal vez él era tan sensible al magnetismo de cada mirada fija en él, que casi por instinto adivinaba que estaba siendo observado, se giraba inmediatamente hacia el observador y analizaba ansiosamente su expresión. Su continua movilidad, sus giros y revueltas, le hacían parecer sorprendentemente como una muñeca bailarina. ¡Era extraño! Parecía temer las burlas, a pesar de que casi se ganaba la vida siendo un bufón para todo el mundo, y se exponía a cada golpe en un sentido moral y hasta físico, a juzgar por la compañía en la que se encontraba. Los bufones voluntarios ni siquiera son dignos de lástima. Pero noté de inmediato que esta extraña criatura, este hombre ridículo, no era en absoluto un bufón de profesión. Todavía había algo caballeroso en él. Su propia inquietud, su continua aprensión sobre

sí mismo, eran en realidad un testimonio a su favor. Me pareció que su deseo de ser servicial se debía más a la bondad de corazón que a consideraciones mercenarias. Permitía que se rieran de él a carcajadas y de la manera más indecorosa, en su cara, pero al mismo tiempo —y estoy listo para jurarlo— su corazón le dolía y se sentía herido al pensar que sus oyentes eran tan brutalmente groseros como para ser capaces de reírse, no de algo dicho o hecho, sino de él, de todo su ser, de su corazón, de su cabeza, de su apariencia, de todo su cuerpo, carne y sangre. Estoy convencido de que en ese momento sentía toda la estupidez de su posición; pero la protesta moría en su corazón de inmediato, aunque invariablemente resurgía de nuevo de la manera más heroica. Estoy convencido de que todo esto se debía a nada más que a un corazón bondadoso, y no al temor de la incomodidad de ser expulsado y no poder pedir dinero prestado a alguien. Este caballero estaba siempre pidiendo dinero prestado, es decir, pedía limosna en esa forma, cuando después de hacer el tonto y entretenerlos a su costa se sentía en cierto sentido con derecho a pedirles dinero prestado. Pero, ¡cielos! ¡qué negocio era pedir prestado! ¡Y con qué rostro pedía el préstamo! No podría haber imaginado que en un espacio tan pequeño como la cara arrugada y angular de ese hombrecito pudiera encontrarse, al mismo tiempo, tantas muecas diferentes, para tonos de sentimiento tan extraños, variadamente característicos, tan absolutamente matadores. Todo estaba allí: la vergüenza y una asunción de insolencia, y la molestia por el repentino enrojecimiento de su rostro, y la ira y el miedo al fracaso, y la súplica de ser perdonado por haberse atrevido a molestar, y un sentido de su propia dignidad, y un sentido aún mayor de su propia abyección, todo esto pasaba por su rostro como un rayo. Durante seis años enteros había luchado en el mundo de Dios de esta manera, y hasta ahora no había sido capaz de adoptar una actitud adecuada en el interesante momento de pedir dinero prestado. No hace falta decir que nunca pudo volverse insensible y completamente abyecto. ¡Su corazón era demasiado sensible, demasiado apasionado! Diré más, de hecho: en mi opinión, era uno de los hombres más honestos y honorables del mundo, pero con una

pequeña debilidad: estar dispuesto a hacer cualquier cosa abyecta a petición de cualquiera, bondadosamente y desinteresadamente, simplemente para complacer a un semejante. En resumen, era lo que se llama un «trapo» en el sentido más completo de la palabra. Lo más absurdo era que estaba vestido como cualquier otra persona, ni peor ni mejor, ordenadamente, incluso con cierta elaboración, y en realidad tenía pretensiones de respetabilidad y dignidad personal. Esta igualdad externa e interna desigualdad, su inquietud sobre sí mismo y al mismo tiempo su continua autodepreciación, todo esto era sorprendentemente incongruente y provocaba risa y lástima. Si hubiera estado convencido en su corazón (y a pesar de su experiencia le sucedía a veces creer esto) de que su audiencia eran las personas más bondadosas del mundo, que simplemente se reían de algo divertido, y no del sacrificio de su dignidad personal, habría quitado su abrigo con gusto, lo habría puesto del revés y habría caminado por las calles con esa vestimenta para la diversión de otros y su propio deleite. Pero la igualdad nunca la podría alcanzar de ninguna manera. Otro rasgo: el extraño sujeto era orgulloso, e incluso, por momentos y cuando no era demasiado arriesgado, generoso. Valía la pena ver y oír cómo a veces, sin escatimarse a sí mismo, por lo tanto con valentía, casi con heroísmo, se deshacía de uno de sus patrones que lo había enfurecido hasta la locura. Pero eso era en momentos… En resumen, era un mártir en el sentido más completo de la palabra, pero el más inútil y por lo tanto el más cómico mártir.

Había una discusión general entre los invitados. De repente, vi a nuestro peculiar amigo saltar sobre su silla y gritar con todas sus fuerzas, ansioso por captar la atención exclusiva de la compañía.

—Escuchen —me susurró el anfitrión—. A veces cuenta las historias más curiosas… ¿Le interesa?

Asentí y me apretujé en el grupo. La vista de un caballero

bien vestido saltando sobre su silla y gritando a todo pulmón, de hecho, atrajo la atención de todos. Muchos que no conocían al extraño sujeto se miraron unos a otros perplejos, los demás estallaron en carcajadas.

—¡Conocí a Fedosey Nikolaitch! ¡Debería conocer a Fedosey Nikolaitch mejor que nadie! —gritó el extraño sujeto desde su elevación—. Señores, permítanme contarles algo. ¡Puedo contarles una buena historia sobre Fedosey Nikolaitchi! ¡Conozco una historia, exquisita!

—Cuéntala, Osip Mihalitch, cuéntala.

—Cuéntala.

—Escuchen.

—Escuchen, escuchen.

—Empiezo; pero, señores, esta es una historia peculiar…

—Muy bien, muy bien.

—Es una historia cómica.

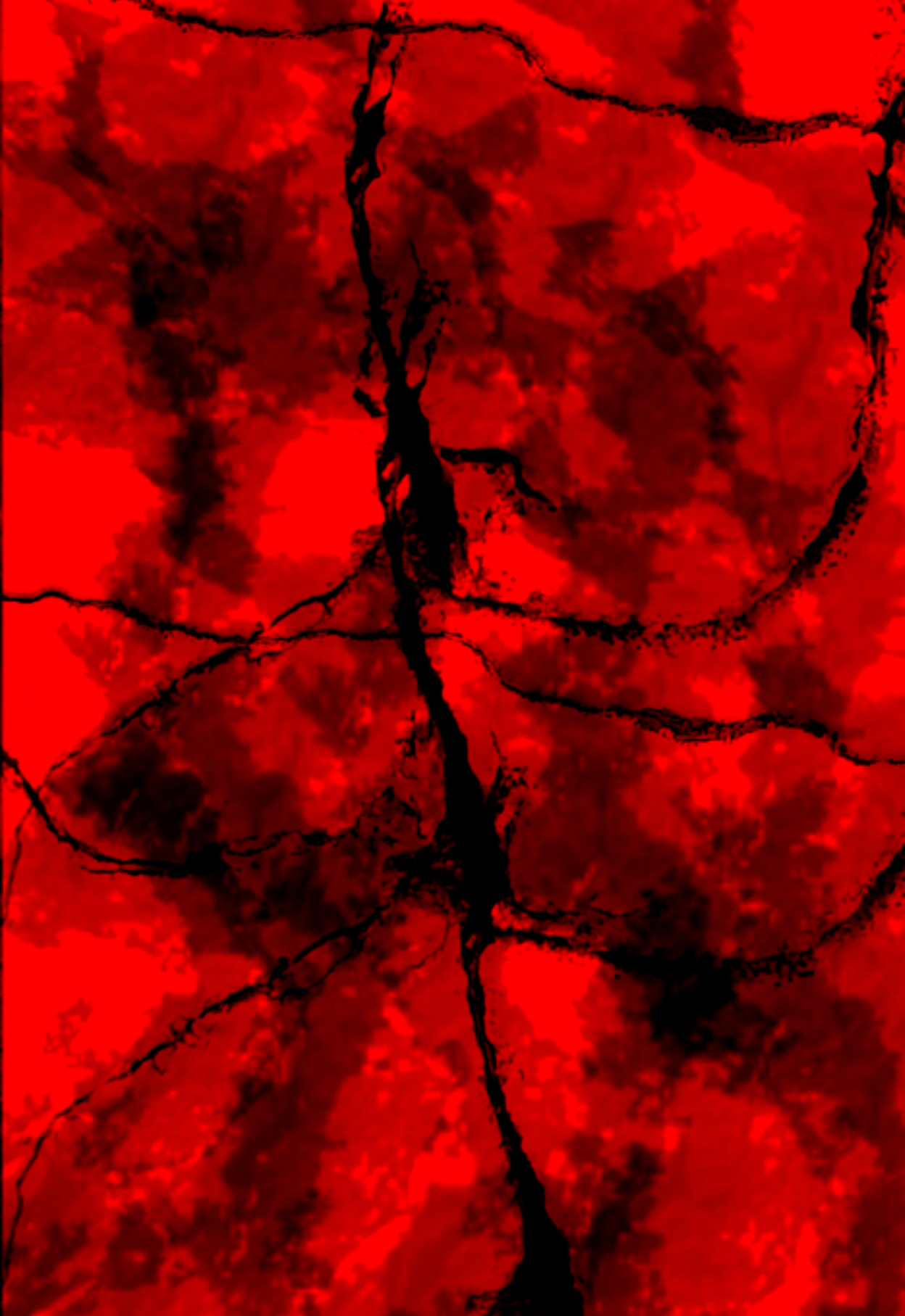
—Muy bien, excelente, espléndido. ¡Continúa!

—Es un episodio en la vida privada de su humilde…

—Pero, ¿por qué se molesta en anunciar que es cómica?

—¡Y hasta algo trágica!





—¿Eh???

—En resumen, la historia que les resultará placentero escuchar ahora, señores, la historia, por la cual he venido a una compañía tan interesante y provechosa…

—¡Nada de juegos de palabras!

—Esta historia.

—En resumen, la historia, apresúrate y termina la introducción. La historia, que tiene su valor —pronunció un joven rubio con bigote en voz ronca, metiendo la mano en el bolsillo de su abrigo y, como por casualidad, sacando una cartera en lugar de su pañuelo.

—La historia, mis queridos señores, después de la cual me gustaría ver a muchos de ustedes en mi lugar. Y, finalmente, la historia, por la cual no me he casado.

—¡Casado! ¡Una esposa! ¡Polzunkov intentó casarse!

—Confieso que me gustaría ver a la señora Polzunkov.

—Permítanme preguntar el nombre de la que habría sido la señora Polzunkov —dijo un joven, abriéndose paso hasta el cuentacuentos.

—Y así para el primer capítulo, señores. Fue hace justo seis años, en primavera, el treinta y uno de marzo; anoten la fecha, señores, en la víspera…

—¡Del primero de abril! —gritó un joven con rizos.

—Son extraordinariamente rápidos para adivinar. Era de noche. El crepúsculo se cernía sobre la ciudad de distrito N., la luna estaba a punto de asomar… todo en el estilo

apropiado, de hecho. Así que en el crepúsculo avanzado yo también salí furtivamente de mi pobre alojamiento, después de despedirme de mi restringida abuela, ahora fallecida. Disculpen, señores, por usar tal expresión moderna, que escuché por última vez de Fedosey Nikolaitch. Pero mi abuela era realmente restringida: era ciega, muda, sorda, estúpida, todo lo que quieran… Confieso que estaba temblando, preparado para grandes hazañas; mi corazón latía como el de un gatito cuando alguna mano huesuda lo atrapa por el cuello del cuello.

—Disculpe, Monsieur Polzunkov.

—¿Qué quiere?

—Cuéntelo más simplemente; ¡no se esfuerce demasiado, por favor!

—Está bien —dijo Osip Mihalitch, un poco desconcertado—. Entré en la casa de Fedosey Nikolaitch (la casa que había comprado). Fedosey Nikolaitch, como saben, no es un simple colega, sino el jefe completo de un departamento. Me anunciaron y enseguida me llevaron al estudio. Aún puedo verlo; la habitación estaba oscura, casi oscura, pero no trajeron velas. He aquí que entra Fedosey Nikolaitch. Allí nos quedamos él y yo en la oscuridad…

—¿Qué le pasó? —preguntó un oficial.

—¿Qué suponen? —preguntó Polzunkov, girándose prontamente, con el rostro convulsivamente agitado, hacia el joven de los rizos—. Bueno, señores, ocurrió una circunstancia extraña, aunque en realidad no había nada extraño en ella: era lo que se llama un asunto cotidiano: simple-

mente saqué de mi bolsillo un rollo de papel… y él un rollo de papel.

—¿Notas de papel?

—Notas de papel; y las intercambiamos.

—Apuesto a que hay un sabor a soborno en eso —observó un joven respetablemente vestido, de pelo corto.

—¡Soborno!

Polzunkov lo interrumpió.

—Si ustedes, cuando les toque servir en las provincias, no calientan sus manos en el hogar de su país… Como dijo un autor: «Incluso el humo de nuestra tierra natal es dulce para nosotros». Ella es nuestra Madre, señores, nuestra Madre Rusia; somos sus hijos, y así la chupamos.

Hubo una explosión de risas.

—Pero ¿creen ustedes, señores, que yo nunca he aceptado sobornos? —dijo Polzunkov, mirando desconfiadamente a toda la compañía.

Una prolongada carcajada homérica ahogó las palabras de Polzunkov.

—Realmente es así, señores…

Pero aquí se detuvo, todavía mirando a todos con una extraña expresión en su rostro; tal vez, ¿quién sabe?, en ese momento le vino a la mente que era más honesto que muchos de toda esa honorable compañía… De todos modos, la seria expresión de su rostro no desapareció hasta que la risa general se hubo acabado completamente.

—Y así —comenzó Polzunkov de nuevo cuando todo se calmó—, aunque nunca acepté sobornos, esa vez transgredí; puse en mi bolsillo un soborno… de un sobornador… es decir, había ciertos papeles en mis manos que, si hubiera querido enviarlos a cierta persona, le habría ido mal a Fedosey Nikolaitch.

—¿Entonces él los compró de ti?

—Lo hizo.

—¿Pagó mucho?

—Dio tanto como muchos hombres hoy en día venderían su conciencia por completo, con todas sus variaciones… si solo pudieran obtener algo a cambio. Pero sentí como si me hubieran escaldado cuando metí el dinero en mi bolsillo. Realmente no entiendo qué me pasa siempre, señores, pero estaba más muerto que vivo, mis labios temblaban y mis piernas temblaban; bueno, yo tenía la culpa, la culpa, toda la culpa. Estaba completamente abrumado por la conciencia; estaba listo para pedir perdón a Fedosey Nikolaitch.

—Bueno, ¿qué hizo él? ¿Te perdonó?

—Pero no le pedí perdón… Solo quiero decir que así me sentía. Luego tengo un corazón sensible, ya saben. Vi que me miraba directamente a los ojos. «¿No tienes temor de Dios, Osip Mihailitch?», me dijo. Bueno, ¿qué podía hacer? Por un sentimiento de decoro incliné la cabeza y levanté las manos. «¿De qué manera», dije, «no tengo temor de Dios, Fedosey Nikolaitch?» Pero solo dije eso por un sentimiento de decoro… Estaba listo para hundirme en la tierra. «Después de ser durante tanto tiempo amigo de

nuestra familia, después de ser, puedo decir, como un hijo, y quién sabe qué tenía reservado el Cielo para nosotros, Osip Mihailitch, y de repente informar contra mí, ¡pensar en eso ahora!… ¿Qué debo pensar de la humanidad después de eso, Osip Mihailitch?» Sí, señores, ¡me dio una lección! «Vamos», dijo, «dime qué debo pensar de la humanidad después de eso, Osip Mihailitch.» «¿Qué debe pensar?» pensé; y saben, tenía un nudo en la garganta, y mi voz temblaba, y conociendo mi odiosa debilidad, agarré mi sombrero. «¿A dónde vas, Osip Mihailitch? Seguramente en la víspera de tal día no puedes guardar rencor contra mí. ¿Qué mal te he hecho?…» «Fedosey Nikolaitch», dije, «Fedosey Nikolaitch…» De hecho, me derretí, señores, me derretí como un bastón de azúcar. Y el rollo de billetes que estaba en mi bolsillo, también parecía gritar: «¡Bribón ingrato, ladrón maldito!» Parecía pesar una tonelada… (¡si tan solo hubiera pesado una tonelada!). «Veo», dice Fedosey Nikolaitch, «veo tu arrepentimiento… ya sabes, mañana…» «El día de Santa María de Egipto…» «Bueno, no llores», dijo Fedosey Nikolaitch, «eso es suficiente: has errado, y te arrepientes. ¡Ven conmigo! Tal vez pueda lograr devolverte al camino correcto», dice… «tal vez, mis modestos Penates» (sí, «Penates», recuerdo que usó esa expresión, el pillo) «calentarán», dice, «tu endurecido… no diré endurecido, pero errante corazón…» Me tomó del brazo, señores, y me llevó a su círculo familiar. Un escalofrío frío recorrió mi espalda; ¡me estremecí! Pensé con qué ojos me presentaré, deben saber, señores… eh, ¿qué diré? Había surgido aquí una posición delicada.

—¿No Madame Polzunkov?

—Marya Fedosyevna, solo que no estaba destinada, ya saben, a llevar el nombre que ustedes le han dado; no alcanzó ese honor. Fedosey Nikolaitch tenía razón, ven, cuando dijo que casi me veían como un hijo en la casa; así había sido, de hecho, seis meses antes, cuando todavía vivía un cierto retirado junker llamado Mihailo Maximitch Dvigailov. Pero por voluntad de Dios murió, y dejó para después la resolución de sus asuntos hasta que la muerte resolvió sus negocios por él.

—¡Uf!

—Bueno, no importa, señores, perdónenme, fue un desliz de lengua. Es un mal juego de palabras, pero no importa que sea malo, lo que pasó fue mucho peor, cuando me quedé, por así decirlo, sin nada en perspectiva más que una bala en el cerebro, porque ese junker, aunque no me admitía en su casa (vivía con gran estilo, pues siempre había sabido acomodar su nido), sin embargo, quizás con razón, creía que yo era su hijo.

—¡Ajá!

—Sí, ¡así era! Así que empezaron a darme la espalda en casa de Fedosey Nikolaitch. Noté cosas, me mantuve callado; pero de repente, desafortunadamente para mí (o quizás afortunadamente), un oficial de caballería entró galopando en nuestra pequeña ciudad como nieve sobre nuestras cabezas. Su negocio, comprar caballos para el ejército, era ligero y activo, al estilo de la caballería, pero se instaló sólidamente en casa de Fedosey Nikolaitch, ¡como si estu-

viera sitiándola! Abordé el tema de forma indirecta, como es mi desagradable costumbre; dije una cosa y otra, preguntándole qué había hecho para ser tratado así, diciendo que era casi como un hijo para él, y cuándo podría esperar que se comportara más como un padre… Bueno, él comenzó a responderme. Y cuando comienza a hablar, te espera un verdadero épico en doce cantos, y todo lo que puedes hacer es escuchar, relamer tus labios y levantar las manos en deleite. Y ni una jota de sentido, al menos no se puede entender el sentido. Te quedas desconcertado como un tonto, te mete en una niebla, se retuerce como una anguila y se escapa de ti. Es un don especial, un verdadero don, es suficiente para asustar a la gente incluso si no les concierne. Intenté una cosa y otra, y fui de aquí para allá. Le llevé canciones a la dama y le presenté dulces y pensé en cosas ingeniosas para decirle. Intenté suspirar y gemir. «Me duele el corazón», dije, «me duele de amor». Y recurrí a lágrimas y explicaciones secretas. El hombre es tonto, ya saben… Nunca me recordé a mí mismo que tenía treinta años… ¡ni por asomo! Probé todas mis artes. No funcionó. Fue un fracaso, y no gané más que burlas y mofas. Estaba indignado, me ahogaba de ira. Me escurrí y no puse un pie en la casa. Pensé y pensé y decidí denunciarlo. Bueno, por supuesto, era una cosa mezquina, tenía la intención de traicionar a un amigo, lo admito. Tenía montones de material y material espléndido, un gran caso. ¡Me trajo mil quinientos rublos cuando lo cambié y mi informe sobre él por billetes de banco!

—¡Ah, así que esa era la coima!

—Sí, señor, esa era la coima, y era un sobornador el que tenía que pagarla, ¡y no hice mal, se lo puedo asegurar! Bueno, ahora continuaré: él me llevó, si recuerdan amablemente, más muerto que vivo a la habitación donde estaban tomando té. Todos me recibieron, como si estuvieran ofendidos, es decir, no exactamente ofendidos, pero heridos, tan heridos que era simplemente… Parecían destrozados, absolutamente destrozados, y al mismo tiempo había un aspecto de dignidad apropiada en sus rostros, una gravedad en su expresión, algo paternal, parental… el hijo pródigo había vuelto a ellos, ¡a eso había llegado! Me hicieron sentarme a tomar té, pero no había necesidad de hacerlo: sentía como si un samovar hirviera en mi pecho y mis pies estuvieran helados. Estaba humillado, acobardado. Marya Fominishna, su esposa, me habló familiarmente desde la primera palabra.

«¿Cómo es que has adelgazado tanto, muchacho?»

«No me he sentido muy bien, Marya Fominishna», dije. Mi mísera voz temblaba.

—Y entonces, de repente —debe haber estado esperando la oportunidad para lanzarme una indirecta, la vieja serpiente— ella dijo:

«Supongo que tu conciencia se sentía incómoda, Osip Mihalitch, ¡querido! ¡Nuestra hospitalidad paterna era un reproche para ti! Has sido castigado por las lágrimas que he derramado.»

—Sí, sobre mi palabra, realmente dijo eso, tuvo la conciencia de decirlo. Eso no era nada para ella, ¡era un terror!

No hacía nada más que sentarse allí y servir té. Pero si estuvieras en el mercado, cariño, pensé que gritarías más fuerte que cualquier pescadera allí… Así era ella. Y entonces, para mi desgracia, entró la hija, Marya Fedosyevna, en toda su inocencia, un poco pálida y con los ojos rojos como si hubiera estado llorando. Quedé abrumado en el acto como un tonto. Pero resultó después que las lágrimas eran un tributo al oficial de caballería. Él había partido a casa y se había ido para siempre; ya saben, era hora de que se fuera; puedo mencionar el hecho aquí; no es que precisamente se le hubiera acabado el permiso, pero ya ven… Solo más tarde los amorosos padres comprendieron la situación y descubrieron todo lo que había pasado… ¿Qué podían hacer? Guardaron su problema en secreto: ¡un añadido a la familia!

—Bueno, no pude evitarlo, tan pronto como la miré, estaba perdido; eché un vistazo a mi sombrero, quería levantarme e irme. Pero no había posibilidad de eso, se llevaron mi sombrero… Debo confesar, pensé en irme sin él. «¡Vaya!» pensé, pero no, cerraron las puertas con pestillo. Siguieron bromas amistosas, guiños, coqueteos. Me superó la vergüenza, dije algo estúpido, hablé tonterías, sobre el amor. Mi encantadora se sentó al piano y con un aire de sentimiento herido cantó la canción sobre el húsar que se apoyaba en la espada, eso me acabó.

«Bueno», dijo Fedosey Nikolaitch, «todo está olvidado, ¡ven a mis brazos!»

—Caí tal como estaba, con mi rostro en su chaleco.

«¡Mi benefactor! ¡Eres un padre para mí!», dije. Y derramé ríos de lágrimas calientes. Señor, ten piedad de nosotros, ¡qué alboroto hubo! Él lloró, su buena dama lloró, Mashenka lloró… había allí una criatura de cabellos rubios, ella también lloró… Eso no fue suficiente: los niños más pequeños salieron de todos los rincones (el Señor había llenado su aljaba) y ellos también aullaron… Tales lágrimas, tal emoción, ¡tal alegría! Encontraron a su pródigo, fue como el regreso de un soldado a su hogar. Luego siguieron refrigerios, jugamos a las prendas y a «Tengo un dolor», «¿Dónde está?», «En mi corazón», «¿Quién te lo dio?» Mi encantadora se sonrojó. El viejo y yo tomamos algo de ponche; me ganaron y me convencieron completamente.

—Regresé a casa de mi abuela con la cabeza dando vueltas. Me reí todo el camino a casa; durante dos horas completas caminé de un lado a otro en nuestra pequeña habitación. Desperté a mi vieja abuela y le conté mi felicidad.

«Pero, ¿te dio dinero, el bribón?»

«Lo hizo, abuela, lo hizo, querida: la suerte nos ha llegado de golpe: solo tenemos que abrir la mano y tomarla.»

—Desperté a Sofron.

«Sofron», dije, «quítame las botas.»

—Sofron me quitó las botas.

«Vamos, Sofron, felicítame ahora, ¡dame un beso! Voy a casarme, muchacho, voy a casarme. Mañana puedes emborracharte, puedes divertirte, querido alma, tu amo se va

a casar».

—Mi corazón estaba lleno de bromas y risas. Estaba empezando a quedarme dormido, pero algo me hizo levantarme de nuevo. Me senté pensativo: mañana es primero de abril, un día brillante y juguetón: ¿qué debería hacer? Y se me ocurrió algo. ¿Saben, señores? Me levanté de la cama, encendí una vela y me senté en el escritorio tal como estaba. Estaba en un frenesí de excitación, completamente llevado por la emoción; ustedes saben, señores, ¿cómo es cuando un hombre está completamente llevado por la emoción? Me revolcaba alegremente en el lodo, queridos amigos. Ya ven cómo soy; me quitan algo, y les doy algo más también y digo, «Tomen eso también.» Me golpean en la mejilla y en mi alegría les ofrezco toda mi espalda. Luego intentan atraerme como a un perro con un bollo, y los abrazo con mis tontas patas y los beso con todo mi corazón y alma. ¿Ven lo que estoy haciendo ahora, señores? Ustedes se están riendo y susurrando: ¡lo veo! Después de contarles toda mi historia, comenzarán a ridiculizarme, a atacarme, pero aún así sigo hablando y hablando y hablando. ¿Y quién me lo dice? ¿Quién me obliga a hacerlo? ¿Quién está detrás de mí susurrándome, «Habla, habla y cuéntales»? Y sin embargo, hablo, sigo contando, trato de agradarles como si fueran mis hermanos, todos mis amigos más queridos… ¡Ech!

La risa que había surgido gradualmente por todos lados finalmente ahogó por completo la voz del orador, que realmente parecía estar en una especie de éxtasis. Hizo una pausa, durante varios minutos sus ojos vagaron por la com-

pañía, luego de repente, como si fuera arrastrado por un torbellino, agitó la mano, se echó a reír él mismo, como si realmente encontrara su posición divertida, y volvió a contar su historia.

—Casi no dormí en toda la noche, señores. Estuve escribiendo toda la noche: ya ven, se me ocurrió una travesura. Ech, señores, solo pensar en ello me avergüenza. No habría sido tan malo si todo se hubiera hecho de noche —podría haber estado borracho, haber cometido un error, haber sido tonto y haber hablado tonterías: ¡pero no fue así! Me desperté por la mañana tan pronto como amaneció, no había dormido más de una o dos horas, y seguía pensando lo mismo. Me vestí, me lavé, me rizé y pomadé el cabello, me puse mi nuevo frac y fui directo a pasar el día festivo con Fedosey Nikolaitch, y guardé la broma que había escrito en mi sombrero. Él me recibió de nuevo con los brazos abiertos y me invitó de nuevo a su chaleco paternal. Pero adopté un aire de dignidad. Tenía en mente la broma que había pensado la noche anterior. Di un paso atrás.

«No, Fedosey Nikolaitch, pero ¿podría leer esta carta?», y se la di junto con mi informe diario. ¿Y saben qué había en ella? Bueno, «por tales y tales razones, el mencionado Osip Mihalitch solicita ser dado de baja», y bajo mi petición firmé mi rango completo. ¡Solo piensen qué ocurrencia! ¡Buen Señor, fue lo más inteligente que se me ocurrió! Como hoy era primero de abril, estaba fingiendo, por el bien de una broma, que mi resentimiento no había terminado, que había cambiado de opinión en la noche y estaba gruñón, y más ofendido que nunca, como diciendo, «Mi

querido benefactor, no quiero saber nada de ti ni de tu hija tampoco. Ayer puse el dinero en mi bolsillo, así que estoy seguro, aquí está mi petición de transferencia para ser dado de baja. No quiero servir bajo un jefe como Fedosey Nikolaitch. Quiero ir a una oficina diferente y luego, tal vez, informaré.» Pretendí ser un granuja completo, quería asustarlos. ¿Y qué manera de asustarlos, verdad? ¿Una cosa bonita, señores, verdad? Ya ven, mi corazón se había ablandado hacia ellos desde el día anterior, así que pensé que haría una pequeña broma a la familia, que molestaría el corazón paternal de Fedosey Nikolaitch.

—Tan pronto como tomó mi carta y la abrió, vi que su rostro cambiaba por completo.

«¿Qué significa esto, Osip Mihalitch?».

—Y como un tontito dije—

«¡Primero de abril! ¡Feliz día, Fedosey Nikolaitch!» justo como un tonto colegial que se esconde detrás del sillón de su abuela y luego grita «¡oof!» en su oído de repente a todo volumen, pretendiendo asustarla. Sí… sí, me avergüenza hablar de ello, ¡señores! No, no les contaré.

—¡Tonterías! ¿Qué pasó después?

—¡Tonterías, tonterías! ¡Cuéntanos! Sí, por favor —se escuchó por todos lados.

—¡Hubo un alboroto y un jaleo, mis queridos amigos! ¡Tales exclamaciones de sorpresa! Y «¡tú travieso, tú pícaro!» y qué susto les di, y todo tan dulce que me sentí avergonzado y me pregunté cómo un lugar tan sagrado podía ser

profanado por un pecador como yo.

«Bueno, hijo mío», chilló la mamá, «me diste tal susto que todavía me tiemblan las piernas, apenas puedo sostenerme en pie. Corrí a Masha como si estuviera loca: "Mashenka", le dije, "¿qué será de nosotros? ¡Mira cómo resultó ser tu amigo!" y fui injusta contigo, querido. Debes perdonar a una mujer mayor como yo, ¡me dejé engañar! Bueno, pensé, cuando llegó a casa anoche, llegó tarde, empezó a pensar y tal vez imaginó que lo llamamos a propósito, ayer, que queríamos atraparlo. ¡Me helé al pensarlo! Déjalo, Mashenka, no me guiñes el ojo, Osip Mihalitch no es un extraño. Soy tu madre, no voy a decir nada malo. Gracias a Dios, no tengo veinte, sino cuarenta y cinco.»

—Bueno, señores, casi me desplomé a sus pies en el acto. De nuevo hubo lágrimas, de nuevo hubo besos. Comenzaron las bromas. Fedosey Nikolaitch, también, pensó que nos haría bromas de primero de abril. Nos contó que el pájaro de fuego había volado con una carta en su pico de diamantes. Intentó engañarnos también, ¿no nos reímos? ¿no nos conmovimos? ¡Fiu! Me da vergüenza hablar de ello.

—Bueno, mis buenos amigos, el final no está lejos ahora. Pasó un día, dos, tres, una semana; estaba comprometido oficialmente con ella. ¡Claro que sí! Los anillos de boda fueron encargados, se fijó el día, solo que no querían hacerlo público por un tiempo, querían esperar a que terminara la visita del Inspector. Estaba impaciente por la llegada del Inspector, mi felicidad dependía de él. Tenía prisa por que terminara su visita. Y en la excitación y alegría, Fedosey Nikolaitch me dejó todo el trabajo: redactar las

cuentas, hacer los informes, revisar los libros, equilibrar los totales. Encontré todo en terrible desorden, todo había sido descuidado, había confusiones e irregularidades por todas partes. Bueno, pensé, ¡debo hacerlo lo mejor posible por mi futuro suegro! Y él estaba enfermo todo el tiempo, parecía empeorar día a día. Y, de hecho, yo mismo me volví flaco como un rastrillo, temía desmoronarme. Sin embargo, terminé el trabajo magníficamente. Puse en orden las cosas a tiempo.

—De repente me enviaron a buscar. Corrí a toda prisa, ¿qué podía ser? Vi a mi Fedosey Nikolaitch, la cabeza vendada con un compresa de vinagre, frunciendo el ceño, suspirando y gimiendo.

«Mi querido muchacho, mi hijo», dijo, «si muero, ¿a quién te dejaré, a ti y a mis queridos?»

—Su esposa entró arrastrándose con todos sus hijos; Mashenka estaba llorando y yo también sollocé.

«Oh no», dijo él. «Dios tendrá misericordia, no visitará mis transgresiones en ustedes.»

—Luego los despidió a todos, me dijo que cerrara la puerta detrás de ellos, y nos quedamos solos, cara a cara.

«Tengo un favor que pedirte.»

«¿Qué favor?»

«Bueno, querido, ni siquiera en mi lecho de muerte tengo descanso. Necesito dinero.»

«¿Cómo es eso?» Me puse rojo como un tomate, apenas

MEMORIAS DEL SUBSUELO





PARTE I
El subterráneo

Soy un hombre enfermo… Soy un hombre rencoroso. Soy un hombre poco atractivo. Creo que mi hígado está enfermo. Sin embargo, no sé nada en absoluto sobre mi enfermedad, y no sé con certeza lo que me aflige. No consulto a un médico por ello, y nunca lo he hecho, aunque tengo respeto por la medicina y los médicos. Además, soy extremadamente supersticioso, lo suficiente como para respetar la medicina, de todos modos (soy lo suficientemente educado como para no ser supersticioso, pero soy supersticioso). No, me niego a consultar a un médico por despecho. Eso probablemente no lo entenderá. Sin embargo, lo entiendo. Por supuesto, no puedo explicar a quién mortifico precisamente en este caso con mi despecho: Soy perfectamente consciente de que no puedo «pagar» a los médicos por no consultarles; sé mejor que nadie que con todo esto sólo me perjudico a mí mismo y a nadie más. Pero aun así, si no consulto a un médico es por despecho. Mi hígado está mal, ¡pues que empeore!

Llevo mucho tiempo así, veinte años. Ahora tengo cuarenta años. Solía estar en el servicio gubernamental, pero ya no lo estoy. Fui un funcionario rencoroso. Era maleducado y me gustaba serlo. No aceptaba sobornos, ya ves, así que estaba obligado a encontrar una recompensa en eso, al menos. (Una pobre broma, pero no la tacharé. La escribí pensando que sonaría muy ingeniosa; pero ahora que me he visto que sólo quería presumir de forma despreciable, ¡no la tacharé a propósito!)

Cuando los peticionarios venían a pedir información a la mesa en la que me sentaba, solía rechinar los dientes ante ellos, y sentía un intenso placer cuando conseguía hacer infeliz a alguien. Casi lo conseguía. En su mayoría eran personas tímidas, por supuesto, eran peticionarios. Pero entre los altaneros había un oficial en particular que no podía soportar. No quería ser humilde y hacía sonar su espada de una manera repugnante. Me peleé con él durante dieciocho meses por esa espada. Al final le gané. Dejó de hacerla sonar. Pero eso ocurrió en mi juventud.

¿Pero saben, caballeros, cuál era el punto principal de mi despecho? Pues bien, todo el punto, el verdadero aguijón del mismo radicaba en el hecho de que continuamente, incluso en el momento del más agudo rencor, yo era interiormente consciente, con vergüenza, de que no sólo no era un rencoroso, sino que ni siquiera era un hombre amargado, que no hacía más que asustar a los gorriones al azar y divertirme con ello. Puede que eche espuma por la boca, pero tráeme una muñeca para jugar, dame una taza de té con azúcar y quizá me apacigüe. Puede que incluso

me emocione de verdad, aunque probablemente después rechine los dientes y me quede despierto por la noche con vergüenza durante meses. Ese era mi camino.

Mentí cuando dije hace un momento que era un funcionario rencoroso. Mentía por despecho. Simplemente me divertía con los peticionarios y con el funcionario, y en realidad nunca pude ser rencoroso. Era consciente en todo momento de muchos, muchísimos elementos absolutamente opuestos a eso. Sentía que esos elementos opuestos pululaban en mí. Sabía que habían estado pululando en mí durante toda mi vida y anhelando alguna salida de mí, pero no los dejaba, no los dejaba, no los dejaba salir a propósito. Me atormentaban hasta avergonzarme: me llevaban a convulsiones y me enfermaban, al fin, ¡cómo me enfermaban! Ahora bien, ¿no se imaginan, señores, que estoy expresando remordimiento por algo, que les estoy pidiendo perdón por algo? Estoy seguro de que están pensando que… Sin embargo, les aseguro que no me importa si lo hacen…

No sólo no podía convertirme en rencoroso, sino que no sabía cómo convertirme en nada; ni rencoroso ni bondadoso, ni un bribón ni un hombre honesto, ni un héroe ni un insecto. Ahora, estoy viviendo mi vida en mi rincón, burlándome de mí mismo con el rencoroso e inútil consuelo de que un hombre inteligente no puede llegar a ser nada en serio, y sólo el tonto llega a ser algo. Sí, un hombre en el siglo XIX debe y moralmente debe ser preeminentemente una criatura sin carácter; un hombre de carácter, un hombre activo es preeminentemente una criatura limitada. Esa es mi convicción desde hace cuarenta años. Ahora tengo

cuarenta años, y ustedes saben que cuarenta años es toda una vida; saben que es una vejez extrema. Vivir más de cuarenta años es de mala educación, es vulgar, inmoral. ¿Quién vive más allá de los cuarenta años? Responde a eso, sincera y honestamente te diré quiénes lo hacen: tontos y despreciables. Se lo digo en la cara a todos los ancianos, a todos esos venerables ancianos, a todos esos plateados y reverendos ancianos. Se lo digo en la cara a todo el mundo. Tengo derecho a decirlo, porque yo mismo seguiré viviendo hasta los sesenta. ¡Hasta los setenta! Hasta los ochenta… Quédate, déjame respirar…

Imaginan sin duda, caballeros, que quiero divertirles. En eso también se equivocan. No soy en absoluto una persona tan divertida como se imaginan, o como pueden imaginarse; sin embargo, irritados por toda esta palabrería (y siento que están irritados) creen conveniente preguntarme quién soy; entonces mi respuesta es que soy un asesor colegiado. Estuve en el servicio para poder tener algo que comer (y únicamente por esa razón), y cuando el año pasado un pariente lejano me dejó seis mil rublos en su testamento me retiré inmediatamente del servicio y me instalé en mi rincón. Antes vivía en este rincón, pero ahora me he instalado en él. Mi habitación es una miserable y horrible en las afueras de la ciudad. Mi criada es una vieja campesina, malhumorada por la estupidez, y, además, siempre hay un olor desagradable en ella. Me han dicho que el clima de Petersburgo es malo para mí, y que con mis escasos medios es muy caro vivir en Petersburgo. Todo eso lo sé mejor que todos esos sabios y experimentados consejeros y

monitores… Pero me quedo en Petersburgo; ¡no me voy a ir de Petersburgo! No me voy a ir porque… ¡eh! No importa en absoluto si me voy o no me voy. ¿Pero de qué puede hablar un hombre decente con más placer? Respuesta: de sí mismo.

Pues bien, hablaré de mí mismo.

II

Quiero decirles ahora, señores, tanto si les interesa oírlo como si no, por qué no he podido ni siquiera convertirme en un insecto. Les digo solemnemente que he intentado muchas veces convertirme en un insecto. Pero ni siquiera estuve a la altura de eso. Les juro, señores, que ser demasiado consciente es una enfermedad, una verdadera enfermedad de fondo. Para las necesidades cotidianas del hombre, habría bastado con tener la conciencia humana ordinaria, es decir, la mitad o la cuarta parte de la que le corresponde a un hombre cultivado de nuestro infeliz siglo XIX, especialmente a uno que tiene la fatal mala suerte de habitar Petersburgo, la ciudad más teórica e intencional de todo el globo terrestre. (Hay ciudades intencionales y no intencionales.) Hubiera bastado, por ejemplo, con tener la conciencia por la que viven todas las llamadas personas directas y los hombres de acción. Apuesto a que pensáis que escribo todo esto desde la afectación, para ser ingenioso a costa de los hombres de acción; y lo que es más, que desde la afectación mal educada, estoy haciendo sonar una espada como mi oficial. Pero, señores, ¿quién puede enorgulle-

cerse de sus enfermedades e incluso pavonearse de ellas?

Aunque, después de todo, todo el mundo lo hace; la gente se enorgullece de sus enfermedades, y yo lo hago, tal vez, más que nadie. No lo discutiremos; mi afirmación era absurda. Pero, sin embargo, estoy firmemente convencido de que gran parte de la conciencia, todo tipo de conciencia, de hecho, es una enfermedad. Me atengo a eso. Dejemos eso también por un minuto. Dígame esto: ¿por qué sucede que en los mismos, sí, en los mismos momentos en que soy más capaz de sentir todo el refinamiento de todo lo que es «sublime y bello», como solían decir en una época, me sucedería, como si fuera un designio, no sólo sentir sino hacer cosas tan feas, tales que…? En fin, acciones que todos, tal vez, cometen; pero que, como a propósito, se me ocurrían a mí en el momento en que era más consciente de que no debían cometerse. Cuanto más consciente era de la bondad y de todo lo que era «sublime y bello», más profundamente me hundía en mi fango y más dispuesto estaba a hundirme en él por completo. Pero el punto principal era que todo esto no era, por así decirlo, accidental en mí, sino como si estuviera obligado a ser así. Era como si se tratara de mi condición más normal, y no de una enfermedad o depravación en lo más mínimo, de modo que al final pasó todo deseo en mí de luchar contra esta depravación. Terminó por mi casi creer (tal vez realmente creer) que esto era tal vez mi condición normal. Pero al principio, en el comienzo, ¡qué agonías soporté en esa lucha! No creía que fuera lo mismo con otras personas, y toda mi vida oculté este hecho sobre mí como un secreto. Me avergonzaba (incluso ahora,

tal vez, me avergüence): Llegué a sentir una especie de secreto goce anormal, despreciable, al volver a casa, a mi rincón, en alguna repugnante noche de Petersburgo, con la aguda conciencia de que aquel día había vuelto a cometer una acción repugnante, de que lo hecho no podía deshacerse nunca, y en secreto, interiormente, royendo, royendo a mí mismo por ello, desgarrándome y consumiéndome hasta que al fin la amargura se convirtió en una especie de vergonzosa dulzura maldita, y por fin, ¡en un positivo goce real! Sí, en disfrute, en disfrute. Insisto en ello. He hablado de esto porque sigo queriendo saber a ciencia cierta si otras personas sienten tal goce… Me explico: el goce provenía de la conciencia demasiado intensa de la propia degradación; provenía de sentir uno mismo que había llegado a la última barrera, que era horrible, pero que no podía ser de otra manera; que no había escapatoria para ti; que nunca podrías convertirte en un hombre diferente; que aunque te quedaran tiempo y fe para cambiar en algo diferente lo más probable es que no quisieras cambiar; o si lo quisieras, incluso entonces no harías nada; porque quizás en realidad no había nada en lo que pudieras cambiar.

Y lo peor de todo era, y la raíz de todo, que todo estaba de acuerdo con las leyes fundamentales normales de la conciencia sobreaguda, y con la inercia que era el resultado directo de esas leyes, y que en consecuencia uno no sólo era incapaz de cambiar sino que no podía hacer absolutamente nada. De ello se desprende, como resultado de la conciencia aguda, que uno no tiene la culpa de ser un canalla; como si eso fuera un consuelo para el canalla una vez

que se ha dado cuenta de que realmente es un canalla. Pero basta… He dicho muchas tonterías, pero ¿qué he explicado? ¿Cómo se puede explicar el disfrute en esto? Pero lo explicaré. ¡Llegaré al fondo del asunto! Por eso he tomado mi pluma…

Yo, por ejemplo, tengo mucho amour propre. Soy tan desconfiado y propenso a ofenderse como un jorobado o un enano. Pero, a decir verdad, a veces he tenido momentos en los que si hubiera recibido una bofetada en la cara, tal vez me habría alegrado de ello. Digo, en serio, que probablemente habría sido capaz de descubrir incluso en eso un tipo peculiar de disfrute, el disfrute, por supuesto, de la desesperación; pero en la desesperación hay los más intensos disfrutes, especialmente cuando uno es muy agudamente consciente de la desesperanza de su posición. Y cuando uno recibe una bofetada en la cara, entonces la conciencia de haber sido hecho papilla lo abruma positivamente. Lo peor de todo es que, se mire por donde se mire, sigue resultando que yo siempre fui el más culpable de todo. Y lo que es más humillante de todo, la culpa no es mía sino, por así decirlo, de las leyes de la naturaleza. En primer lugar, tener la culpa porque soy más inteligente que cualquiera de las personas que me rodean. (Siempre me he considerado más inteligente que cualquiera de las personas que me rodean, y a veces, ¿crees que me avergüenzo de ello? En cualquier caso, toda mi vida he desviado la mirada y nunca he podido mirar a la gente directamente a la cara). La culpa, en fin, porque aunque hubiera tenido magnanimidad, sólo habría tenido más sufrimiento por la sensación de su in-

utilidad. Ciertamente, nunca habría podido hacer nada por ser magnánimo: ni perdonar, porque mi agresor me habría abofeteado tal vez por las leyes de la naturaleza, y uno no puede perdonar las leyes de la naturaleza; ni olvidar, porque aunque se debiera a las leyes de la naturaleza, es insultante igualmente. Por último, aunque hubiera querido ser todo menos magnánimo, y hubiera deseado, por el contrario, vengarme de mi agresor, no hubiera podido vengarme de nadie por nada, porque ciertamente nunca me hubiera decidido a hacer nada, aunque hubiera podido. ¿Por qué no debería haberme decidido? Sobre esto en particular quiero decir unas palabras.

III

Con las personas que saben vengarse y defenderse en general, ¿cómo se hace? Pues bien, cuando están poseídos, supongamos, por el sentimiento de venganza, entonces por el momento no queda nada más que ese sentimiento en todo su ser. Un caballero así simplemente se lanza directamente hacia su objetivo como un toro enfurecido con los cuernos hacia abajo, y nada más que un muro lo detendrá. (Por cierto: frente a la pared, tales caballeros —es decir, las personas «directas» y los hombres de acción— están realmente desconcertados. Para ellos, un muro no es una evasión, como para nosotros, los que pensamos y, en consecuencia, no hacemos nada; no es una excusa para apartarse, excusa de la que siempre nos alegramos, aunque nosotros mismos apenas creamos en ella, por regla general.

No, ellos no se sienten sorprendidos con toda sinceridad. El muro tiene para ellos algo de tranquilizador, de calmante moral, de definitivo; quizá incluso algo de misterioso… pero del muro más adelante).

Pues bien, una persona tan directa la considero como el verdadero hombre normal, tal como su tierna madre naturaleza deseaba verla cuando la trajo graciosamente a la tierra. Envidio a un hombre así hasta ponerme verde. Es estúpido. No lo discuto, pero quizá el hombre normal deba ser estúpido, ¿cómo lo sabes? Tal vez es muy hermoso, de hecho. Y estoy más persuadido de esa sospecha, si se puede llamar así, por el hecho de que si se toma, por ejemplo, la antítesis del hombre normal, es decir, el hombre de conciencia aguda, que ha salido, por supuesto, no del regazo de la naturaleza sino de una réplica (esto es casi misticismo, señores, pero sospecho que esto también), este hombre hecho de una réplica a veces está tan desconcertado en presencia de su antítesis que con toda su conciencia exagerada piensa genuinamente en sí mismo como un ratón y no como un hombre. Puede ser un ratón de conciencia aguda, pero es un ratón, mientras que el otro es un hombre, y por lo tanto, etcétera, etcétera. Y lo peor de todo es que él mismo, su propio ser, se considera un ratón; nadie le pide que lo haga; y ese es un punto importante. Ahora veamos a este ratón en acción. Supongamos, por ejemplo, que también se siente insultado (y casi siempre se siente insultado) y quiere vengarse también. Puede incluso haber en él una mayor acumulación de rencor que en el hombre de la naturaleza y de la verdad. El deseo vil y desagradable de desahogar ese

rencor contra su agresor le hace vibrar tal vez con más asco que al hombre de la naturaleza y la verdad. Porque, por su estupidez innata, este último considera su venganza como justicia pura y simple; mientras que, como consecuencia de su aguda conciencia, el ratón no cree en la justicia de la misma. Para llegar por fin al hecho mismo, al acto mismo de la venganza. Aparte de la única maldad fundamental, el desafortunado ratón consigue crear a su alrededor tantas otras maldades en forma de dudas y preguntas, añade a la única pregunta tantas cuestiones no resueltas que inevitablemente se produce a su alrededor una especie de brebaje fatal, un lío apestoso, hecho de sus dudas, emociones y del desprecio que le escupen los hombres directos de la acción que se sitúan solemnemente a su alrededor como jueces y árbitros, riéndose de él hasta que les duele el costado sano. Por supuesto, lo único que le queda es descartar todo eso con un movimiento de su pata y, con una sonrisa de supuesto desprecio en la que ni siquiera él mismo cree, arrastrarse ignominiosamente a su madriguera. Allí, en su desagradable y apestoso hogar subterráneo, nuestro insultado, aplastado y ridiculizado ratón se sumerge rápidamente en un frío, maligno y, sobre todo, eterno rencor. Durante cuarenta años recordará su lesión hasta los detalles más pequeños e ignominiosos, y cada vez añadirá, por sí mismo, detalles aún más ignominiosos, burlándose y atormentándose con su propia imaginación. Ella misma se avergonzará de sus imaginaciones, pero sin embargo lo recordará todo, repasará una y otra vez cada detalle, inventará cosas inauditas contra sí misma, pretendiendo que esas cosas puedan suceder, y no perdonará nada. Tal vez




@Libraryscapes

comience a vengarse también, pero, por así decirlo, poco a poco, de forma trivial, desde detrás de la estufa, de incógnito, sin creer ni en su propio derecho a la venganza, ni en el éxito de su venganza, sabiendo que de todos sus esfuerzos de venganza sufrirá cien veces más que aquel de quien se venga, mientras que él, me atrevo a decir, ni siquiera se rascará. En su lecho de muerte lo recordará todo de nuevo, con los intereses acumulados a lo largo de todos los años y…

Pero es justo en esa fría y abominable mitad desesperación, mitad creencia, en ese enterrarse vivo por pena en los infiernos durante cuarenta años, en esa desesperanza agudamente reconocida y sin embargo parcialmente dudosa de la propia posición, en ese infierno de deseos insatisfechos vueltos hacia dentro, en esa fiebre de oscilaciones, de resoluciones decididas para siempre y arrepentidas de nuevo un minuto después, donde reside el sabor de ese extraño goce del que he hablado. Es tan sutil, tan difícil de analizar, que las personas un poco limitadas, o incluso simplemente las personas de nervios fuertes, no entenderán ni un átomo de él. «Posiblemente», añadirá usted por su cuenta con una sonrisa, «tampoco lo entenderán las personas que nunca han recibido una bofetada en la cara», y de ese modo me insinuará amablemente que yo también, quizás, he tenido la experiencia de una bofetada en la cara en mi vida, y por eso hablo como alguien que sabe. Apuesto a que lo están pensando. Pero tranquilícense, señores, yo no he recibido una bofetada, aunque me es absolutamente indiferente lo que puedan pensar al respecto. Posiblemente, incluso me

arrepiento de haber dado tan pocas bofetadas en mi vida. Pero basta… no se hable más de ese tema que tanto le interesa.

Continuaré con calma en lo que se refiere a las personas de nervios fuertes que no comprenden cierto refinamiento del disfrute. Aunque en ciertas circunstancias estos señores braman más fuerte como toros, aunque esto, supongamos, les da el mayor crédito, sin embargo, como ya he dicho, enfrentados a lo imposible se aquietan enseguida. Lo imposible significa el muro de piedra. ¿Qué muro de piedra? Por supuesto, las leyes de la naturaleza, las deducciones de la ciencia natural, las matemáticas. En cuanto te demuestran, por ejemplo, que desciendes de un mono, no sirve de nada fruncir el ceño, lo aceptas como un hecho. Cuando te demuestran que, en realidad, una gota de tu propia grasa debe ser más valiosa para ti que cien mil de tus congéneres, y que esta conclusión es la solución final de todas las llamadas virtudes y deberes y de todos esos prejuicios y fantasías, entonces no tienes más que aceptarlo, no hay ayuda para ello, porque el doble de dos es una ley de las matemáticas. Intenta refutarlo.

—Te gritarán, es inútil protestar: ¡el doble de dos es cuatro! La naturaleza no te pide permiso, no tiene nada que ver con tus deseos, y tanto si te gustan sus leyes como si te disgustan, estás obligado a aceptarla tal como es, y en consecuencia todas sus conclusiones. Un muro, como ves, es un muro… y así sucesivamente.

Cielos misericordiosos, pero ¿qué me importan las leyes de la naturaleza y la aritmética, cuando, por alguna razón,

me disgustan esas leyes y el hecho de que dos veces dos son cuatro? Por supuesto que no puedo atravesar el muro golpeando mi cabeza contra él si realmente no tengo la fuerza para derribarlo, pero no voy a reconciliarme con él simplemente porque es un muro de piedra y no tengo la fuerza.

Como si tal muro de piedra fuera realmente un consuelo, y realmente contuviera alguna palabra de conciliación, simplemente porque es tan cierto como que dos veces dos son cuatro. Oh, ¡absurdo de los absurdos! Cuánto mejor es entenderlo todo, reconocerlo todo, todas las imposibilidades y el muro de piedra; no reconciliarse con una de esas imposibilidades y muros de piedra si te repugna reconciliarte con ella; por el camino de las combinaciones más inevitables y lógicas para llegar a las conclusiones más repugnantes sobre el tema eterno, que incluso por el muro de piedra eres tú mismo de alguna manera culpable, aunque de nuevo es tan claro como el día que no tienes la culpa en lo más mínimo, y por lo tanto rechinar los dientes en la impotencia silenciosa para hundirse en la inercia de lujo, rumiando el hecho de que no hay nadie incluso para que te sientas vengativo, que no tienes, y tal vez nunca tendrás, un objeto para tu rencor, que es un juego de manos, un poco de malabarismo, un truco de tahúr, que es simplemente un lío, sin saber qué y sin saber quién, pero a pesar de todas estas incertidumbres y malabarismos, todavía hay un dolor en ti, y cuanto más no sabes, peor es el dolor.

IV

—¡Ja, ja, ja! Lo siguiente que encontrarás es el disfrute en el dolor de muelas —gritas, con una carcajada.

—Bueno, hasta en el dolor de muelas hay disfrute —respondo.

Tuve dolor de muelas durante un mes entero y sé que lo hay. En ese caso, por supuesto, la gente no es rencorosa en silencio, sino que gime; pero no son gemidos cándidos, son gemidos malignos, y la malignidad es todo el punto. El goce del que sufre encuentra su expresión en esos gemidos; si no sintiera goce en ellos no gemiría. Es un buen ejemplo, señores, y lo desarrollaré. Esos gemidos expresan, en primer lugar, toda la falta de objetivo de vuestro dolor, que es tan humillante para vuestra conciencia; todo el sistema legal de la naturaleza sobre el que escupís con desdén, por supuesto, pero del que sufrís igualmente mientras ella no lo hace. Expresan la conciencia de que no tienes ningún enemigo al que castigar, sino que tienes dolor; la conciencia de que, a pesar de todos los Wagenheims posibles, estás en completa esclavitud de tus dientes; que si alguien lo desea, tus dientes dejarán de doler, y si no lo hace, seguirán doliendo otros tres meses; y que, finalmente, si sigues siendo contumaz y sigues protestando, lo único que te queda para tu propia gratificación es golpearte o golpear tu pared con el puño tan fuerte como puedas, y absolutamente nada más. Pues bien, estos insultos mortales, estas burlas por parte de alguien desconocido, terminan por fin en un dis-

frute que a veces alcanza el más alto grado de voluptuosidad. Les pido, señores, que escuchen a veces los gemidos de un hombre culto del siglo XIX que sufre de dolor de muelas, al segundo o tercer día del ataque, cuando empieza a gemir, no como gemía el primer día, es decir, no simplemente porque le duela la muela, no como un campesino cualquiera, sino como un hombre afectado por el progreso y la civilización europea, un hombre que está

—divorciado del suelo y de los elementos nacionales — como se dice ahora.

Sus gemidos se vuelven desagradables, asquerosamente malignos, y se prolongan durante días y noches enteras. Y, por supuesto, él mismo sabe que no se hace ningún bien con sus gemidos; sabe mejor que nadie que no hace más que lacerarse y atormentarse a sí mismo y a los demás para nada; sabe que incluso el público ante el que se esfuerza, y toda su familia, le escuchan con repugnancia, no ponen un ha'porto de fe en él, y comprenden interiormente que podría gemir de otra manera, más sencillamente, sin trinos ni florituras, y que no hace más que divertirse así por mal humor, por malignidad. Pues bien, en todos estos reconocimientos y disgustos es donde reside un placer voluptuoso. Como si dijera:

—Os estoy preocupando, os estoy lacerando el corazón, os estoy quitando el sueño a todos los de la casa. Pues bien, permaneced despiertos, vosotros también sentís cada minuto que me duele la muela. Ahora no soy un héroe para vosotros, como intenté parecer antes, sino simplemente una persona desagradable, un impostor. ¡Bueno, que así

sea, entonces! Me alegro mucho de que hayas visto a través de mí. Es desagradable para ti escuchar mis despreciables gemidos: bueno, que sea desagradable; aquí te dejaré una floritura más desagradable en un minuto…

¿No lo entienden aún, señores? No, parece que nuestro desarrollo y nuestra conciencia deben ir más allá para comprender todos los entresijos de este placer. ¿Se ríen? Encantado. Mis bromas, señores, son, por supuesto, de mal gusto, espasmódicas, envueltas, carentes de autoestima. Pero, por supuesto, eso es porque no me respeto a mí mismo. ¿Puede un hombre con percepción respetarse a sí mismo?

V

Vamos, ¿es posible que un hombre que intenta encontrar el disfrute en el propio sentimiento de su degradación tenga una chispa de respeto por sí mismo? No digo esto ahora por ningún tipo de remordimiento empalagoso. Y, de hecho, nunca podría soportar decir: «Perdóname, papá, no lo volveré a hacer», no porque sea incapaz de decirlo; al contrario, quizás sólo porque he sido demasiado capaz de hacerlo, y de qué manera, además. Como si fuera un diseño, solía meterme en problemas en casos en los que no tenía ninguna culpa. Eso era lo más desagradable. Al mismo tiempo me sentía realmente conmovido y arrepentido, solía derramar lágrimas y, por supuesto, me engañaba a mí mismo, aunque no actuaba en lo más mínimo y había un sentimiento enfermizo en mi corazón en ese momento…

Por eso no se podía culpar ni siquiera a las leyes de la naturaleza, aunque las leyes de la naturaleza me han ofendido continuamente durante toda mi vida más que nada. Es repugnante recordarlo todo, pero ya entonces era repugnante. Por supuesto, un minuto más tarde me daba cuenta con ira de que todo era una mentira, una mentira repugnante, una mentira afectada, es decir, toda esta penitencia, esta emoción, estos votos de reforma. Preguntaréis por qué me preocupaba con tales payasadas: responded, porque era muy aburrido sentarse con las manos cruzadas, y entonces uno empezaba a hacer cabriolas. Eso es realmente. Obsérvense con más atención, señores, y entonces comprenderán que es así. Me inventé aventuras y me inventé una vida, para al menos vivir de alguna manera. Cuántas veces me ha sucedido, por ejemplo, ofenderme simplemente a propósito, por nada; y uno mismo sabe, por supuesto, que no se ofende por nada; que lo está poniendo, pero, sin embargo, llega al final a sentirse realmente ofendido. Toda mi vida he tenido el impulso de gastar tales bromas, de modo que al final no he podido controlarlo en mí mismo. En otra ocasión, dos veces, de hecho, me esforcé por estar enamorado. Yo también sufrí, señores, se lo aseguro. En el fondo de mi corazón no había ninguna fe en mi sufrimiento, sólo una leve conmoción de burla, pero sin embargo sufrí, y de la manera real y ortodoxa; estaba celoso, fuera de mí… y todo era por el hastío, señores, todo por el hastío; la inercia me venció. Ustedes saben que el fruto directo y legítimo de la conciencia es la inercia, es decir, el sentarse conscientemente con las manos dobladas. Ya me he referido a esto. Repito, repito con énfasis: todas las personas «directas» y los

hombres de acción son activos sólo porque son estúpidos y limitados. ¿Cómo se explica eso? Os lo diré: como consecuencia de su limitación, toman las causas inmediatas y secundarias por las primarias, y así se persuaden más rápida y fácilmente que otras personas de que han encontrado un fundamento infalible para su actividad, y su mente está tranquila, y sabéis que eso es lo principal. Para empezar a actuar, sabes, primero debes tener tu mente completamente tranquila y no dejar ningún rastro de duda en ella. ¿Por qué? ¿Cómo puedo, por ejemplo, tranquilizar mi mente? ¿Dónde están las causas primarias sobre las que debo construir? ¿Dónde están mis cimientos? ¿De dónde he de sacarlos? Me ejercito en la reflexión y, por consiguiente, cada causa primaria atrae tras de sí otra aún más primaria, y así hasta el infinito. Esta es la esencia de todo tipo de conciencia y reflexión. Debe ser un caso de las leyes de la naturaleza de nuevo. ¿Cuál es el resultado al final? Pues lo mismo. Recuerda que acabo de hablar de la venganza. (Estoy seguro de que no lo has asimilado.) He dicho que un hombre se venga porque ve la justicia en ello. Por lo tanto, ha encontrado una causa primaria, es decir, la justicia. Y así está tranquilo por todos lados, y en consecuencia lleva a cabo su venganza con calma y éxito, estando persuadido de que está haciendo una cosa justa y honesta. Pero yo no veo ninguna justicia en ello, tampoco encuentro ninguna clase de virtud en ello, y en consecuencia, si intento vengarme, es sólo por despecho. El rencor, por supuesto, podría superar todo, todas mis dudas, y así podría servir con bastante éxito en lugar de una causa primaria, precisamente porque no es una causa. Pero qué se puede hacer si ni siquiera tengo

rencor (ya empecé con eso, sabes). Como consecuencia, de nuevo, de esas malditas leyes de la conciencia, la ira en mí está sujeta a la desintegración química. Te fijas en ella, el objeto vuela en el aire, tus razones se evaporan, el criminal no se encuentra, el agravio se convierte no en un agravio sino en un fantasma, algo así como el dolor de muelas, del que nadie tiene la culpa, y en consecuencia sólo queda de nuevo la misma salida, es decir, golpear la pared tan fuerte como puedas. Así que lo abandonas con un movimiento de la mano porque no has encontrado una causa fundamental. Y prueba a dejarte llevar por tus sentimientos, a ciegas, sin reflexión, sin causa primaria, repeliendo la conciencia al menos durante un tiempo; odia o ama, aunque sea para no quedarte con las manos cruzadas. Pasado mañana, como muy tarde, empezarás a despreciarte por haberte engañado a sabiendas. Resultado: una burbuja de jabón y la inercia. Oh, señores, saben, quizás me considero un hombre inteligente, sólo porque toda mi vida no he sido capaz ni de empezar ni de terminar nada. Es cierto que soy un parlanchín, un inofensivo parlanchín vejatorio, como todos nosotros. Pero ¿qué hacer si la vocación directa y única de todo hombre inteligente es el balbuceo, es decir, el vertido intencionado de agua a través de un colador?

VI

¡Oh, si no hubiera hecho nada simplemente por pereza! Cielos, cómo me habría respetado entonces. Me habría respetado porque al menos habría sido capaz de ser perezoso;

al menos habría habido una cualidad, por así decirlo, positiva en mí, en la que podría haberme creído. Pregunta: ¿Qué es? Respuesta: Un perezoso; ¡qué agradable habría sido oír eso de uno mismo! Significaría que estaba positivamente definido, significaría que había algo que decir sobre mí. «Perezoso»: es una vocación, una carrera. No bromees, es así. Entonces sería miembro del mejor club por derecho, y encontraría mi ocupación en respetarme continuamente. Conocí a un caballero que se enorgullecía toda su vida de ser un conocedor de Lafitte. Consideraba esto como su virtud positiva, y nunca dudó de sí mismo. Murió, no simplemente con una conciencia tranquila, sino triunfante, y además tenía mucha razón. Entonces debería haber elegido una carrera para mí, debería haber sido un perezoso y un glotón, no uno simple, sino, por ejemplo, uno con simpatías por todo lo sublime y bello. ¿Qué le parece eso? Hace tiempo que tengo visiones de ello. Ese «sublime y bello» pesa mucho en mi mente a los cuarenta años. Pero eso es a los cuarenta años; entonces… ¡oh, entonces habría sido diferente! Habría encontrado para mí una forma de actividad acorde con ella, para ser exactos, bebiendo a la salud de todo lo «sublime y bello». Tendría que haber aprovechado cada oportunidad para dejar caer una lágrima en mi vaso y luego vaciarlo a todo lo que es «sublime y bello». Debería entonces haber convertido todo en lo sublime y lo bello; en la basura más desagradable e incuestionable, debería haber buscado lo sublime y lo bello. Debería haber exudado lágrimas como una esponja húmeda. Un artista, por ejemplo, pinta un cuadro digno de Gay. De inmediato brindo a la salud del artista que pintó

el cuadro digno de Gay, porque amo todo lo que es «sublime y bello». Un autor ha escrito Como quieras: al instante brindo a la salud de «quien quieras» porque amo todo lo que es «sublime y bello».

Debería reclamar respeto por hacerlo. Debería perseguir a quien no me muestre respeto. Debería vivir a gusto, debería morir con dignidad, ¡porque es encantador, perfectamente encantador! Y qué buen vientre redondo debería haber crecido, qué barbilla de trébol debería haber establecido, qué nariz de rubí debería haber coloreado para mí, para que todo el mundo dijera, mirándome: «¡Aquí hay un activo! Aquí hay algo real y sólido». Y, digan lo que quieran, es muy agradable escuchar tales comentarios sobre uno mismo en esta época negativa.

VII

Pero todo esto son sueños dorados. Oh, decidme, ¿quién fue el primero en anunciar, quién fue el primero en proclamar, que el hombre sólo hace cosas desagradables porque no conoce sus propios intereses; y que si se iluminara, si se le abrieran los ojos a sus verdaderos intereses normales, el hombre dejaría enseguida de hacer cosas desagradables, se volvería enseguida bueno y noble porque, estando iluminado y comprendiendo su verdadero provecho, vería su propio provecho en el bien y no en otra cosa, y todos sabemos que ningún hombre puede, conscientemente, actuar contra sus propios intereses, en consecuencia, por así decirlo, por necesidad, comenzaría a hacer el bien? ¡Oh, el

niño! ¡Oh, el niño puro e inocente! ¿Por qué, en primer lugar, cuando en todos estos miles de años ha habido un momento en que el hombre ha actuado sólo por su propio interés? ¿Qué hacer con los millones de hechos que atestiguan que los hombres, conscientemente, es decir, comprendiendo plenamente sus verdaderos intereses, los han dejado en un segundo plano y se han precipitado por otro camino, al encuentro del peligro y de la amenaza, sin que nadie ni nada les haya obligado a ello, sino que, por así decirlo, simplemente les ha disgustado el camino trillado, y se han obstinado, voluntariamente, en emprender otro camino difícil y absurdo, buscándolo casi en la oscuridad? Así que, supongo, esta obstinación y perversidad les resultó más agradable que cualquier ventaja… ¡Ventaja! ¿Qué es una ventaja? ¿Y os encargaréis de definir con perfecta exactitud en qué consiste la ventaja del hombre? Y si resulta que la ventaja del hombre, a veces, no sólo puede, sino que incluso debe, consistir en que desee en ciertos casos lo que es perjudicial para él y no ventajoso. Y si es así, si puede haber tal caso, todo el principio cae en el polvo. ¿Qué piensan ustedes? ¿Hay tales casos? Ríanse ustedes; ríanse, señores, pero respóndanme solamente: ¿se han calculado con perfecta certeza las ventajas del hombre? ¿No hay algunas que no sólo no han sido incluidas, sino que no pueden ser incluidas bajo ninguna clasificación? Verán, ustedes, caballeros, han tomado, hasta donde yo sé, todo su registro de ventajas humanas de los promedios de las cifras estadísticas y de las fórmulas político-económicas. Sus ventajas son la prosperidad, la riqueza, la libertad, la paz, etc., etc. De modo que el hombre que, por ejemplo, se opu-

siera abiertamente y a sabiendas a toda esa lista sería, según su pensamiento, y de hecho también el mío, por supuesto, un oscurantista o un loco absoluto: ¿no es así? Pero, sabes, esto es lo que sorprende: ¿por qué sucede que todos estos estadísticos, sabios y amantes de la humanidad, cuando hacen el recuento de las ventajas humanas, invariablemente dejan fuera una? Ni siquiera la toman en cuenta en la forma en que debe ser tomada, y todo el cálculo depende de eso. No sería un asunto mayor, simplemente tendrían que tomarla, esta ventaja, y añadirla a la lista. Pero el problema es que esta extraña ventaja no entra en ninguna clasificación y no tiene cabida en ninguna lista. Tengo un amigo, por ejemplo… Caballeros, pero por supuesto que también es su amigo; y de hecho no hay nadie, nadie para quien no sea un amigo. Cuando se prepara para cualquier empresa, este caballero le explica inmediatamente, con elegancia y claridad, cómo debe actuar exactamente de acuerdo con las leyes de la razón y la verdad. Es más, le hablará con emoción y pasión de los verdaderos intereses normales del hombre; con ironía reprenderá a los tontos miopes que no comprenden sus propios intereses, ni el verdadero significado de la virtud; y, al cabo de un cuarto de hora, sin ninguna provocación exterior repentina, sino simplemente por algo que es más fuerte en su interior que todos sus intereses, se irá por otro camino, es decir, actuará en oposición directa a lo que acaba de decir sobre sí mismo, en oposición a las leyes de la razón, en oposición a su propio beneficio, de hecho en oposición a todo… Les advierto que mi amigo es una personalidad compuesta y por lo tanto es difícil culparlo como individuo. El hecho es,

señores, que parece que realmente debe existir algo que es más querido por casi todos los hombres que sus mayores ventajas, o (para no ser ilógico) hay una ventaja más ventajosa (la misma que se omitió de la que hablamos hace un momento) que es más importante y más ventajosa que todas las demás ventajas, por la cual un hombre si es necesario está dispuesto a actuar en oposición a todas las leyes; es decir, en oposición a la razón, al honor, a la paz, a la prosperidad, en fin, en oposición a todas esas cosas excelentes y útiles, con tal de conseguir esa ventaja fundamental, la más ventajosa, que le es más querida que todas. «Sí, pero es una ventaja de todos modos», replicará usted. Pero perdonadme, voy a aclarar el punto, y no se trata de un juego de palabras. Lo que importa es que esta ventaja es notable por el hecho mismo de que rompe todas nuestras clasificaciones, y destroza continuamente todos los sistemas construidos por los amantes de la humanidad en beneficio de ésta. De hecho, lo trastorna todo. Pero antes de mencionarles esta ventaja, quiero comprometerme personalmente, y por lo tanto declaro audazmente que todos estos bellos sistemas, todas estas teorías para explicar a la humanidad sus verdaderos intereses normales, con el fin de que, esforzándose inevitablemente por perseguir estos intereses, se conviertan a la vez en buenos y nobles, son, en mi opinión, hasta ahora, meros ejercicios lógicos. Sí, ejercicios lógicos. Mantener esta teoría de la regeneración de la humanidad por medio de la persecución de sus propios intereses es, en mi opinión, casi la misma cosa… que afirmar, por ejemplo, siguiendo a Buckle, que a través de la civilización la humanidad se vuelve más suave y, en consecuencia,

menos sanguinaria y menos apta para la guerra. Lógicamente parece desprenderse de sus argumentos. Pero el hombre tiene tal predilección por los sistemas y las deducciones abstractas que está dispuesto a distorsionar la verdad intencionadamente, está dispuesto a negar la evidencia de sus sentidos sólo para justificar su lógica. Tomo este ejemplo porque es el más evidente. Sólo miren a su alrededor: la sangre se derrama a raudales, y de la manera más alegre, como si fuera champán. Tome todo el siglo XIX en el que vivió Buckle. Toma a Napoleón el Grande y también al actual. Tomad América del Norte, la eterna unión. Tome la farsa de Schleswig-Holstein… ¿Y qué es lo que la civilización ablanda en nosotros? La única ganancia de la civilización para la humanidad es la mayor capacidad de variedad de sensaciones, y absolutamente nada más. Y a través del desarrollo de esta multiplicidad de sensaciones el hombre puede llegar a encontrar placer en el derramamiento de sangre. De hecho, esto ya le ha ocurrido. ¿Se han dado cuenta de que son los caballeros más civilizados los que han sido los más sutiles asesinos, a los que los Attilas y los Stenka Razins no podrían hacer sombra, y si no son tan conspicuos como los Attilas y los Stenka Razins es simplemente porque se encuentran tan a menudo, son tan ordinarios y se han vuelto tan familiares para nosotros. En cualquier caso, la civilización ha hecho a la humanidad, si no más sanguinaria, al menos más vilmente, más repugnantemente sanguinaria. Antiguamente veía la justicia en el derramamiento de sangre y con su conciencia en paz exterminaba a los que consideraba adecuados. Ahora pensamos que el derramamiento de sangre es abominable y, sin em-

bargo, nos dedicamos a esta abominación, y con más energía que nunca. ¿Qué es peor? Decididlo vosotros mismos. Dicen que a Cleopatra (para disculpar un ejemplo de la historia romana) le gustaba clavar alfileres de oro en los pechos de sus esclavas y que obtenía satisfacción de sus gritos y retorcimientos. Diréis que eso fue en los tiempos comparativamente bárbaros; que estos tiempos son también bárbaros, porque también, comparativamente hablando, se clavan alfileres incluso ahora; que aunque el hombre ha aprendido ahora a ver con más claridad que en las épocas bárbaras, todavía está lejos de haber aprendido a actuar como dictarían la razón y la ciencia. Pero, sin embargo, estáis plenamente convencidos de que estará seguro de aprender cuando se deshaga de ciertos viejos malos hábitos, y cuando el sentido común y la ciencia hayan reeducado completamente la naturaleza humana y la hayan orientado en una dirección normal. Estáis seguros de que entonces el hombre dejará de cometer errores intencionados y, por así decirlo, se verá obligado a no querer poner su voluntad en contra de sus intereses normales. Eso no es todo; entonces, decís, la ciencia misma enseñará al hombre (aunque para mí es un lujo superfluo) que nunca ha tenido realmente ningún capricho o voluntad propia, y que él mismo es algo de la naturaleza de una tecla de piano o de la parada de un órgano, y que hay, además, cosas llamadas leyes de la naturaleza; de modo que todo lo que hace no se hace por su voluntad, sino que se hace por sí mismo, por las leyes de la naturaleza. Por lo tanto, sólo tenemos que descubrir estas leyes de la naturaleza, y el hombre ya no tendrá que responder por sus acciones y la vida se volverá

extremadamente fácil para él. Todas las acciones humanas serán entonces, por supuesto, tabuladas según estas leyes, matemáticamente, como tablas de logaritmos hasta 108.000, y anotadas en un índice; o, mejor aún, se publicarían ciertas obras edificantes de la naturaleza de los léxicos enciclopédicos, en las que todo estará tan claramente calculado y explicado que no habrá más incidentes ni aventuras en el mundo. Entonces —todo esto es lo que usted dice— se establecerán nuevas relaciones económicas, todas listas y elaboradas con exactitud matemática, de modo que toda posible pregunta se desvanecerá en un abrir y cerrar de ojos, sencillamente porque se le dará toda posible respuesta. Entonces se construirá el «Palacio de Cristal». Entonces… De hecho, esos serán días felices. Por supuesto, no hay garantía (este es mi comentario) de que no será, por ejemplo, espantosamente aburrido entonces (porque qué tendrá uno que hacer cuando todo estará calculado y tabulado), pero por otro lado todo será extraordinariamente racional. Por supuesto, el aburrimiento puede llevarte a cualquier cosa. Es que el aburrimiento lo pone a uno a clavar alfileres de oro en la gente, pero todo eso no importaría. Lo malo (este es mi comentario de nuevo) es que me atrevo a decir que la gente estará agradecida por los alfileres de oro entonces. El hombre es estúpido, lo sabes, fenomenalmente estúpido; o más bien no es nada estúpido, pero es tan desagradecido que no podrías encontrar otro como él en toda la creación. A mí, por ejemplo, no me extrañaría lo más mínimo que de repente, a propósito de nada, en medio de la prosperidad general se levantara un caballero de semblante innoble, o más bien reaccionario e irónico, y,

poniendo los brazos en alto, nos dijera a todos: «Digo, caballero, ¿no sería mejor dar una patada a todo el espectáculo y dispersar el racionalismo a los vientos, simplemente para mandar estos logaritmos al diablo, y permitirnos vivir una vez más a nuestra dulce y tonta voluntad?» Eso tampoco importaría, pero lo que sí es molesto es que seguro que encontraría adeptos: tal es la naturaleza del hombre. Y todo ello por la razón más insensata, que, se diría, apenas merece la pena mencionar: es decir, que el hombre, en todas partes y en todos los tiempos, sea quien sea, ha preferido actuar como ha elegido y no en absoluto como le dictaban su razón y su ventaja. Y uno puede elegir lo que es contrario a sus propios intereses, y a veces debe hacerlo positivamente (esa es mi idea). La propia elección libre y sin trabas, el propio capricho, por muy salvaje que sea, la propia fantasía, que a veces llega al frenesí, es precisamente esa «ventaja más ventajosa» que hemos pasado por alto, que no entra en ninguna clasificación y contra la que todos los sistemas y teorías se hacen continuamente añicos. ¿Y cómo saben estos sabios que el hombre quiere una elección normal, virtuosa? ¿Qué les ha hecho concebir que el hombre debe querer una elección racionalmente ventajosa? Lo que el hombre quiere es simplemente una elección independiente, cueste lo que cueste esa independencia y lleve a donde lleve. Y elección, por supuesto, sólo el diablo sabe qué elección.

VIII

—¡Ja, ja, ja! Pero usted sabe que no existe la elección en la realidad, diga lo que quiera —interpondrá con una risita—. La ciencia ha conseguido analizar tanto al hombre que ya sabemos que la elección y lo que se llama libertad de voluntad no es otra cosa que…

Quietos, señores, yo mismo iba a empezar con eso, lo confieso, estaba bastante asustado. Iba a decir que el diablo sólo sabe de qué depende la elección, y que tal vez eso era algo muy bueno, pero recordé la enseñanza de la ciencia… y me recompuse. Y aquí has empezado con ello. En efecto, si algún día se descubre realmente una fórmula para todos nuestros deseos y caprichos —es decir, una explicación de qué dependen, por qué leyes surgen, cómo se desarrollan, a qué aspiran en un caso y en otro y así sucesivamente, es decir, una verdadera fórmula matemática— entonces, lo más probable es que el hombre deje de sentir deseo de inmediato, es más, estará seguro de ello. Porque ¿quién querría elegir por norma? Además, de inmediato se transformará de ser humano en un órgano-parada o algo por el estilo; porque ¿qué es un hombre sin deseos, sin libre albedrío y sin elección, sino una parada en un órgano? ¿Qué opinas? Calculemos las posibilidades: ¿puede suceder algo así o no?

—¡Hombre! —decides—. Nuestra elección suele ser errónea desde una falsa visión de nuestra ventaja. A veces elegimos un sinsentido absoluto porque en nuestra necedad vemos en ese sinsentido el medio más fácil para conseguir una supuesta ventaja. Pero cuando todo eso se explique y se elabore sobre el papel (lo cual es perfectamente posible,

pues es despreciable y sin sentido suponer que algunas leyes de la naturaleza el hombre nunca las entenderá), entonces ciertamente los llamados deseos ya no existirán. Porque si un deseo entrara en conflicto con la razón, entonces razonaremos y no desearemos, porque será imposible retener la razón para ser insensatos en nuestros deseos, y de ese modo actuar a sabiendas contra la razón y el deseo para perjudicarnos a nosotros mismos. Y como toda elección y razonamiento pueden ser realmente calculados —porque algún día se descubrirán las leyes de nuestro llamado libre albedrío—, así, bromas aparte, puede que algún día se construya algo así como una tabla con ellas, de modo que realmente elegiremos de acuerdo con ella. Si, por ejemplo, algún día calculan y me demuestran que le hice la nariz larga a alguien porque no podía evitar hacérsela larga y que tenía que hacerlo de esa manera concreta, ¿qué libertad me queda, sobre todo si soy un hombre culto y me he licenciado en alguna parte? Entonces debería poder calcular toda mi vida durante treinta años de antemano. En resumen, si esto se pudiera arreglar no nos quedaría nada por hacer; de todos modos, tendríamos que entenderlo. Y, de hecho, deberíamos repetirnos incansablemente que en tal o cual momento y en tales o cuales circunstancias la naturaleza no nos pide permiso; que tenemos que tomarla tal como es y no moldearla a nuestro antojo, y si realmente aspiramos a fórmulas y tablas de reglas, y bueno, incluso… a la réplica química, no hay ayuda para ello, debemos aceptar la réplica también, o bien será aceptada sin nuestro consentimiento…

Sí, pero aquí me detengo. Señores, deben disculparme por ser demasiado filosófico; ¡es el resultado de cuarenta años bajo tierra! Permítanme dar rienda suelta a mi fantasía. Verán, señores, la razón es algo excelente, eso no se discute, pero la razón no es más que la razón y sólo satisface el lado racional de la naturaleza del hombre, mientras que la voluntad es una manifestación de toda la vida, es decir, de toda la vida humana incluyendo la razón y todos los impulsos. Y aunque nuestra vida, en esta manifestación de la misma, a menudo carece de valor, sin embargo es vida y no una simple extracción de raíces cuadradas. Aquí yo, por ejemplo, quiero naturalmente vivir, para satisfacer todas mis capacidades de vida, y no simplemente mi capacidad de raciocinio, es decir, no simplemente una vigésima parte de mi capacidad de vida. ¿Qué sabe la razón? La razón sólo sabe lo que ha logrado aprender (algunas cosas, tal vez, no las aprenderá nunca; esto es un pobre consuelo, pero ¿por qué no decirlo con franqueza?) y la naturaleza humana actúa como un todo, con todo lo que hay en ella, consciente o inconscientemente, y, aunque vaya mal, vive. Sospecho, señores, que me miran con compasión; me dicen de nuevo que un hombre ilustrado y desarrollado, tal, en fin, como será el hombre futuro, no puede desear conscientemente nada desventajoso para sí mismo, que eso se puede demostrar matemáticamente. Estoy totalmente de acuerdo en que sí, por medio de las matemáticas. Pero repito por centésima vez que hay un caso, uno solo, en que el hombre puede desear conscientemente, a propósito, lo que es perjudicial para sí mismo, lo que es estúpido, muy estúpido, simplemente para tener derecho a desear para sí mismo incluso

lo que es muy estúpido y no estar obligado a desear sólo lo que es sensato. Por supuesto, esta cosa muy estúpida, este capricho nuestro, puede ser en realidad, señores, más ventajoso para nosotros que cualquier otra cosa en la tierra, especialmente en ciertos casos. Y, en particular, puede ser más ventajosa que cualquier otra ventaja, incluso cuando nos hace un daño evidente y contradice las conclusiones más sólidas de nuestra razón respecto a nuestra ventaja, pues en cualquier circunstancia preserva para nosotros lo que es más precioso y más importante, es decir, nuestra personalidad, nuestra individualidad. Algunos sostienen que esto es realmente lo más precioso para la humanidad; la elección puede, por supuesto, si lo desea, estar de acuerdo con la razón; y especialmente si no se abusa de ella, sino que se mantiene dentro de los límites. Es provechosa y a veces incluso loable. Pero muy a menudo, e incluso la mayoría de las veces, la elección se opone total y obstinadamente a la razón… y… y… ¿sabéis que eso también es provechoso, a veces incluso loable? Señores, supongamos que el hombre no es estúpido. (De hecho, uno no puede negarse a suponer eso, aunque sólo sea por la única consideración de que, si el hombre es estúpido, entonces ¿quién es sabio?) Pero si no es estúpido, ¡es monstruosamente ingrato! Fenomenalmente ingrato. De hecho, creo que la mejor definición del hombre es el bípedo desagradecido. Pero eso no es todo, ese no es su peor defecto; su peor defecto es su perpetua oblicuidad moral, perpetua —desde los días del Diluvio hasta el período de Schleswig— Holstein. Oblicuidad moral y, en consecuencia, falta de sentido común; pues hace tiempo que se acepta que la falta de sentido común

no se debe a otra causa que la oblicuidad moral. Póngalo a prueba y eche un vistazo a la historia de la humanidad. ¿Qué veréis? ¿Es un gran espectáculo? Grandioso, si quieres. Tome el Coloso de Rodas, por ejemplo, eso vale algo. Con razón, el señor Anaevsky atestigua de él que algunos dicen que es obra de la mano del hombre, mientras que otros sostienen que ha sido creado por la propia naturaleza. ¿Es multicolor? Puede ser que también sea de muchos colores: si uno toma los uniformes de gala, militares y civiles, de todos los pueblos en todas las épocas, sólo eso vale la pena, y si toma los uniformes sin vestir, nunca llegará al final; ningún historiador estaría a la altura del trabajo. ¿Es monótono? Puede que también sea monótono: es luchar y luchar; ahora están luchando, lucharon primero y lucharon después; admitirás que es casi demasiado monótono. En resumen, se puede decir cualquier cosa sobre la historia del mundo, cualquier cosa que pueda entrar en la imaginación más desordenada. Lo único que no se puede decir es que es racional. La propia palabra se atasca en la garganta. Y, en efecto, esto es lo extraño que ocurre continuamente: continuamente aparecen en la vida personas morales y racionales, sabios y amantes de la humanidad que se proponen vivir toda su vida lo más moral y racionalmente posible, ser, por así decirlo, una luz para sus vecinos, simplemente para mostrarles que es posible vivir moral y racionalmente en este mundo. Y sin embargo, todos sabemos que esas mismas personas, tarde o temprano, han sido falsas para sí mismas, jugando algún extraño truco, a menudo de lo más indecoroso. Ahora os pregunto: ¿qué se puede esperar del hombre, puesto que es un ser dotado de extrañas cualida-

des? Derramad sobre él todas las bendiciones terrenales, ahogadlo en un mar de felicidad, de modo que no se vean más que burbujas de dicha en la superficie; dadle prosperidad económica, de modo que no tenga otra cosa que hacer que dormir, comer pasteles y ocuparse de la continuación de su especie, e incluso entonces, por pura ingratitud, por puro despecho, el hombre os jugaría alguna mala pasada. Incluso arriesgaría sus pasteles y desearía deliberadamente la basura más fatal, el absurdo más antieconómico, simplemente para introducir en todo este buen sentido positivo su fatal elemento fantástico. Son justamente sus sueños fantásticos, su vulgar locura lo que deseará conservar, simplemente para demostrarse a sí mismo —como si eso fuera tan necesario— que los hombres siguen siendo hombres y no las teclas de un piano, que las leyes de la naturaleza amenazan con controlar tan completamente que pronto no se podrá desear más que por el calendario. Y eso no es todo: incluso si el hombre no fuera realmente más que una tecla de piano, incluso si esto se le demostrara por la ciencia natural y las matemáticas, incluso entonces no se volvería razonable, sino que haría a propósito algo perverso por simple ingratitud, simplemente para ganar su punto. Y si no encuentra los medios, inventará la destrucción y el caos, inventará sufrimientos de todo tipo, ¡sólo para ganar su punto! Lanzará una maldición sobre el mundo, y como sólo el hombre puede maldecir (es su privilegio, la principal distinción entre él y los demás animales), puede que sólo con su maldición consiga su objetivo, es decir, convencerse de que es un hombre y no una tecla de piano. Si dices que todo esto también puede ser calculado y tabulado

—el caos y la oscuridad y las maldiciones—, de modo que la mera posibilidad de calcularlo todo de antemano lo detendría todo, y la razón se reafirmaría, ¡entonces el hombre se volvería loco a propósito para librarse de la razón y ganar su punto! Yo creo en ello, respondo por ello, pues todo el trabajo del hombre no parece consistir en otra cosa que en demostrarse a sí mismo cada minuto que es un hombre y no una tecla de piano. Puede ser a costa de su piel, puede ser por canibalismo. Y siendo esto así, ¿puede uno evitar la tentación de alegrarse de que aún no haya salido, y de que el deseo siga dependiendo de algo que no conocemos?

Me gritarán (esto es, si se dignan hacerlo) que nadie está tocando mi libre albedrío, que lo único que les preocupa es que mi voluntad coincida por sí misma, por su propia voluntad, con mis propios intereses normales, con las leyes de la naturaleza y la aritmética. Cielos, señores, ¿qué clase de libre albedrío queda cuando llegamos a la tabulación y la aritmética, cuando todo será un caso de dos veces dos son cuatro? Dos veces dos son cuatro sin mi voluntad. ¡Como si el libre albedrío significara eso!

IX

Señores, estoy bromeando, y yo mismo sé que mis bromas no son brillantes, pero ustedes saben que uno puede tomar todo como una broma. Estoy, tal vez, bromeando a contrapelo. Señores, me atormentan las preguntas; contéstenlas por mí. Ustedes, por ejemplo, quieren curar a los hombres de sus viejos hábitos y reformar su voluntad de acuerdo

con la ciencia y el buen sentido. ¿Pero cómo sabéis, no sólo que es posible, sino también que es deseable reformar al hombre de esa manera? ¿Y qué os lleva a la conclusión de que las inclinaciones del hombre necesitan ser reformadas? En resumen, ¿cómo sabes que esa reforma será un beneficio para el hombre? Y para ir a la raíz del asunto, ¿por qué estás tan positivamente convencido de que no actuar en contra de sus verdaderos intereses normales garantizados por las conclusiones de la razón y la aritmética es ciertamente siempre ventajoso para el hombre y debe ser siempre una ley para la humanidad? Hasta ahora, usted sabe, esto es sólo su suposición. Puede ser la ley de la lógica,

PARTE II

A propósito de la nieve húmeda

Cuando de la subyugación del oscuro error
Mis palabras de apasionada exhortación
han liberado tu espíritu desfallecido;
y retorciéndote en tu aflicción
Recordaste con maldición
El vicio que te había envuelto:
Y cuando tu conciencia adormilada, se inquieta
Por la llama torturadora del recuerdo,
revelaste el espantoso escenario
de la corriente de tu vida antes de que yo llegara:
Cuando de repente te vi enfermar,
Y llorando, ocultar tu rostro angustiado,
Revuelto, enloquecido, horrorizado,
ante los recuerdos de la sucia desgracia.

pero no la ley de la humanidad. ¿Creen, señores, que estoy loco? Permítanme que me defienda. Estoy de acuerdo en que el hombre es un animal preeminentemente creativo, predestinado a esforzarse conscientemente por un objeto y a dedicarse a la ingeniería, es decir, a hacer incesante y eternamente nuevos caminos, dondequiera que éstos conduzcan. Pero la razón por la que a veces quiere salirse por la tangente puede ser simplemente que está predestinado a hacer el camino, y tal vez, también, que por muy estúpido que sea el hombre práctico «directo», a veces se le ocurrirá el pensamiento de que el camino casi siempre lleva a alguna parte, y que el destino al que conduce es menos importante que el proceso de hacerlo, y que lo principal es evitar que el niño bien conducido desprecie la ingeniería, y así dé paso a la fatal ociosidad, que, como todos sabemos, es la madre de todos los vicios. Al hombre le gusta hacer caminos y crear, eso es un hecho indiscutible. Pero, ¿por qué tiene también un amor tan apasionado por la destrucción y el caos? Díganme eso. Pero sobre este punto quiero decir yo mismo un par de palabras. ¿No será que ama el caos y la destrucción (no se puede discutir que a veces los ama) porque tiene un miedo instintivo de alcanzar su objetivo y completar el edificio que está construyendo? Quién sabe, tal vez sólo ame ese edificio a distancia, y no esté enamorado de él de cerca; tal vez sólo ame construirlo y no quiera vivir en él, sino que lo dejará, cuando esté terminado, para el uso de los animales domésticos, como las hormigas, las ovejas, etc. Las hormigas tienen un gusto muy diferente. Tienen un maravilloso edificio de ese modelo que perdura para siempre: el hormiguero.

Con el hormiguero comenzó la respetable raza de las hormigas y con el hormiguero probablemente terminará, lo que da el mayor crédito a su perseverancia y buen sentido. Pero el hombre es una criatura frívola e incongruente, y tal vez, como un jugador de ajedrez, ama el proceso del juego, no el final del mismo. Y quién sabe (no se puede decir con certeza), tal vez la única meta en la tierra a la que aspira la humanidad esté en este proceso incesante de alcanzar, es decir, en la vida misma, y no en la cosa a alcanzar, que siempre debe ser expresada como una fórmula, tan positiva como que dos veces dos son cuatro, y tal positividad no es la vida, señores, sino que es el principio de la muerte. En fin, el hombre siempre ha tenido miedo de esta certeza matemática, y yo lo tengo ahora. Es cierto que el hombre no hace más que buscar esa certeza matemática, atraviesa océanos, sacrifica su vida en la búsqueda, pero tener éxito, encontrarla realmente, le da miedo, os lo aseguro. Siente que cuando la haya encontrado no tendrá nada que buscar. Cuando los obreros han terminado su trabajo, al menos reciben su paga, van a la taberna, luego son llevados a la estación de policía, y allí hay ocupación durante una semana. ¿Pero a dónde puede ir el hombre? De todos modos, se puede observar una cierta torpeza en él cuando ha alcanzado tales objetos. Le encanta el proceso de alcanzarlos, pero no le gusta mucho haberlos alcanzado, y eso, por supuesto, es muy absurdo. De hecho, el hombre es una criatura cómica; parece haber una especie de broma en todo ello. Pero la certeza matemática es, después de todo, algo insufrible. Dos veces dos son cuatro me parece simplemente una insolencia. Dos veces dos son cuatro es un

coxcomb que se queda con los brazos en alto impidiendo el paso y escupiendo. Admito que dos veces dos son cuatro es una cosa excelente, pero si hemos de dar a cada cosa lo que le corresponde, dos veces dos son cinco es a veces una cosa muy encantadora también.

¿Y por qué estás tan firmemente, tan triunfalmente, convencido de que sólo lo normal y lo positivo —en otras palabras, sólo lo que conduce al bienestar— es para la ventaja del hombre? ¿No se equivoca la razón en cuanto a la ventaja? ¿Acaso el hombre no ama algo más que el bienestar? ¿Acaso le gusta tanto el sufrimiento? ¿Acaso el sufrimiento es para él un beneficio tan grande como el bienestar? El hombre está a veces extraordinariamente, apasionadamente, enamorado del sufrimiento, y eso es un hecho. No hay necesidad de apelar a la historia universal para demostrarlo; sólo pregúntese a sí mismo, si es usted un hombre y ha vivido. En cuanto a mi opinión personal, preocuparse sólo por el bienestar me parece positivamente mal educado. Tanto si es bueno como si es malo, a veces también es muy agradable destrozar cosas. No me importa ni el sufrimiento ni el bienestar. Estoy a favor de… mi capricho, y de que se me garantice cuando sea necesario. El sufrimiento estaría fuera de lugar en los vodeviles, por ejemplo; lo sé. En el «Palacio de Cristal» es impensable; el sufrimiento significa la duda, la negación, y ¿de qué serviría un «palacio de cristal» si pudiera haber alguna duda al respecto? Y sin embargo, creo que el hombre nunca renunciará al verdadero sufrimiento, es decir, a la destrucción y al caos. Porque el sufrimiento es el único origen de la conciencia. Aunque al

principio dije que la conciencia es la mayor desgracia para el hombre, sé que el hombre la aprecia y no renunciaría a ella por ninguna satisfacción. La conciencia, por ejemplo, es infinitamente superior al doble de dos hace cuatro. Una vez que se tiene la certeza matemática no queda nada por hacer ni por entender. No quedará más que embotellar tus cinco sentidos y sumergirte en la contemplación. Mientras que si te aferras a la conciencia, aunque se obtenga el mismo resultado, al menos podrás flagelarte a veces, y eso, en todo caso, te animará. Por reaccionario que sea, el castigo corporal es mejor que nada.

X

Usted cree en un palacio de cristal que nunca podrá ser destruido, un palacio en el que no se podrá sacar la lengua ni hacer una nariz larga a escondidas. Y tal vez sea precisamente por eso por lo que tengo miedo de este edificio, que es de cristal y que nunca puede ser destruido y que no se puede sacar la lengua ante él ni siquiera a escondidas.

Verás, si no fuera un palacio, sino un gallinero, podría meterme en él para no mojarme, y sin embargo no llamaría palacio al gallinero por gratitud a él por mantenerme seco. Te ríes y dices que en tales circunstancias un gallinero es tan bueno como una mansión. Sí, respondo, si uno tuviera que vivir simplemente para mantenerse alejado de la lluvia.

Pero, ¿qué se puede hacer si se me ha metido en la cabeza que ese no es el único objeto de la vida, y que si hay que vivir es mejor hacerlo en una mansión? Esa es mi elección, mi deseo. Sólo lo erradicarás cuando hayas cambiado mi preferencia. Pues bien, cámbiala, sedúceme con otra cosa, dame otro ideal. Pero mientras tanto no aceptaré un gallinero como mansión. El palacio de cristal puede ser un sueño ocioso, puede ser que sea inconsistente con las leyes de la naturaleza y que lo haya inventado sólo por mi propia estupidez, por los anticuados hábitos irracionales de mi generación. Pero, ¿qué me importa que sea incoherente? Eso no importa, ya que existe en mis deseos, o mejor dicho, existe mientras existan mis deseos. ¿Quizás te ríes de nuevo? Ríete; soportaré cualquier burla antes que fingir que estoy satisfecho cuando tengo hambre. Sé, de todos modos, que no me dejaré amedrentar con un compromiso, con un cero recurrente, simplemente porque es coherente con las leyes de la naturaleza y existe realmente. No aceptaré como corona de mis deseos un bloque de edificios con viviendas para los pobres en un contrato de arrendamiento de mil años, y tal vez con un cartel de un dentista colgando. Destruye mis deseos, erradica mis ideales, muéstrame algo mejor, y te seguiré. Usted dirá, tal vez, que no vale la pena; pero en ese caso puedo darle la misma respuesta. Estamos discutiendo las cosas seriamente; pero si no se digna a prestarme su atención, dejaré de conocerle. Puedo retirarme a mi agujero subterráneo.

Pero mientras esté vivo y tenga deseos, preferiría que se me marchitara la mano antes de poner un solo ladrillo en

semejante edificio. No me recuerdes que acabo de rechazar el palacio de cristal por la única razón de que uno no puede sacarle la lengua. No he dicho porque me guste mucho sacar la lengua. Tal vez lo que me molestó fue que, de todos sus edificios, no ha habido ninguno en el que no se pueda sacar la lengua. Al contrario, dejaría que me cortaran la lengua por gratitud si las cosas pudieran arreglarse de tal manera que perdiera todo deseo de sacarla. No es mi culpa que las cosas no se puedan arreglar así, y que uno tenga que conformarse con los bemoles del modelo. Entonces, ¿por qué estoy hecho con tales deseos? ¿Puedo haber sido construido simplemente para llegar a la conclusión de que toda mi construcción es un engaño? ¿Puede ser éste todo mi propósito? No lo creo.

Pero sabes qué: estoy convencido de que nosotros, los subterráneos, debemos mantenernos en un bordillo. Aunque estemos cuarenta años bajo tierra sin hablar, cuando salimos a la luz del día y nos escapamos hablamos y hablamos y hablamos…

XI

En resumen, señores, ¡es mejor no hacer nada! ¡Mejor la inercia consciente! Y así, ¡viva el underground! Aunque he dicho que envidio al hombre normal hasta la última gota de mi bilis, no me gustaría estar en su lugar tal como está ahora (aunque no dejaré de envidiarlo). No, no; de todos modos la vida subterránea es más ventajosa. Allí, en todo caso, uno puede… ¡Oh, pero incluso ahora estoy min-

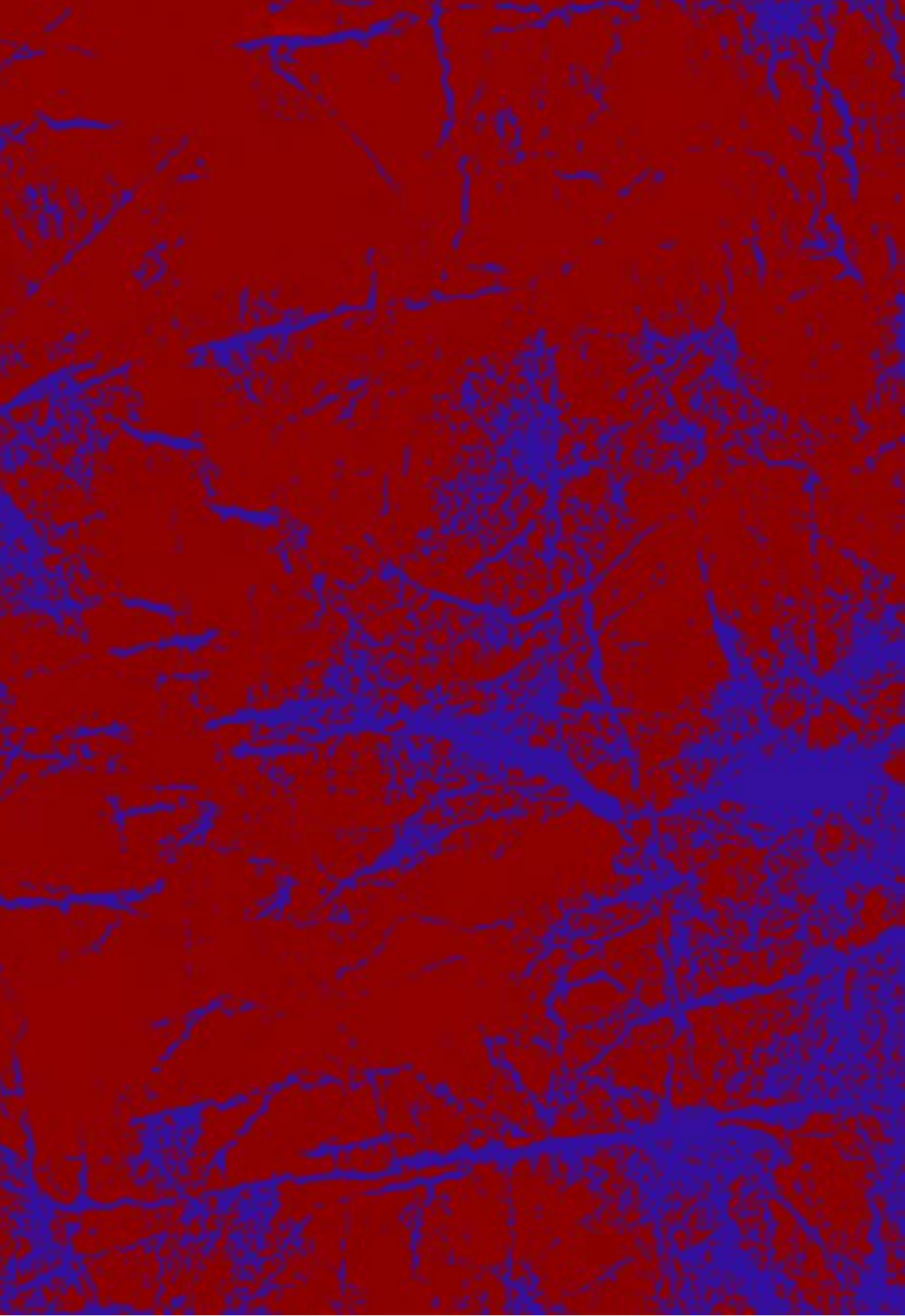
tiendo! Miento porque yo mismo sé que lo mejor no es el subsuelo, sino algo diferente, muy diferente, de lo que estoy sediento, pero que no puedo encontrar. ¡Maldita sea la clandestinidad!

Les diré otra cosa que sería mejor, y es que yo mismo creyera en algo de lo que acabo de escribir. Les juro, señores, que no hay ni una sola cosa, ni una sola palabra de lo que he escrito que crea realmente. Es decir, lo creo, tal vez, pero al mismo tiempo siento y sospecho que estoy mintiendo como un zapatero.

—Entonces, ¿por qué has escrito todo esto? —me dirás—. ¡Debería ponerte bajo tierra durante cuarenta años sin nada que hacer y luego ir a buscarte a tu sótano, para saber a qué punto has llegado! ¿Cómo se puede dejar a un hombre sin nada que hacer durante cuarenta años?

—¿No es eso vergonzoso, no es eso humillante? —dirán ustedes, tal vez, moviendo despectivamente la cabeza—. Tenéis sed de vida y tratáis de resolver los problemas de la vida mediante una maraña lógica. Y qué persistentes, qué insolentes son vuestras andanadas, y al mismo tiempo ¡qué susto os lleváis! Dices tonterías y te complaces en ellas; dices cosas impúdicas y estás continuamente alarmado y disculpándote por ellas. Declaras que no tienes miedo de nada y al mismo tiempo intentas congraciarte en nuestra buena opinión. Declaras que te rechinan los dientes y al mismo tiempo tratas de ser ingenioso para divertirnos. Sabe que sus ocurrencias no son ingeniosas, pero evidentemente está satisfecho de su valor literario. Tal vez haya sufrido de verdad, pero no respeta su propio sufrimiento. Puede que





tenga sinceridad, pero no tiene modestia; por la más insignificante vanidad expone su sinceridad a la publicidad y a la ignominia. Sin duda quieres decir algo, pero ocultas tu última palabra por miedo, porque no tienes la resolución de pronunciarla, y sólo tienes un cobarde descaro. Te jactas de tener conciencia, pero no estás seguro de tu fundamento, pues aunque tu mente funciona, tu corazón está oscurecido y corrupto, y no puedes tener una conciencia plena y genuina sin un corazón puro. ¡Y qué entrometido eres, cómo insistes y haces muecas! Mentiras, mentiras, mentiras.

Por supuesto que yo mismo he inventado todas las cosas que dices. Eso también es de la clandestinidad. Llevo cuarenta años escuchándote a través de una grieta bajo el suelo. Las he inventado yo mismo, no había otra cosa que pudiera inventar. No es de extrañar que me lo haya aprendido de memoria y que haya tomado una forma literaria…

Pero, ¿realmente puedes ser tan crédulo como para pensar que voy a imprimir todo esto y dártelo a leer también? Y otro problema: ¿por qué les llamo «señores», por qué me dirijo a ustedes como si fueran realmente mis lectores? Confesiones como las que pretendo hacer nunca se imprimen ni se dan a leer a otras personas. De todos modos, no soy lo suficientemente fuerte para eso, y no veo por qué debería serlo. Pero ya ves que se me ha ocurrido una fantasía y quiero realizarla a toda costa. Me explico.

Todo hombre tiene recuerdos que no quiere contar a todo el mundo, sino sólo a sus amigos. Tiene otros asuntos en su mente que no revelaría ni siquiera a sus amigos, sino sólo a sí mismo, y eso en secreto. Pero hay otras cosas que

un hombre teme contarse incluso a sí mismo, y todo hombre decente tiene un número de tales cosas almacenadas en su mente. Cuanto más decente es, mayor es el número de esas cosas en su mente. De todos modos, últimamente me he propuesto recordar algunas de mis primeras aventuras. Hasta ahora siempre las había evitado, incluso con cierto desasosiego. Ahora, cuando no sólo las recuerdo, sino que me he decidido a escribir un relato de ellas, quiero probar el experimento de si se puede, incluso con uno mismo, ser perfectamente abierto y no asustarse ante toda la verdad. Observaré, entre paréntesis, que Heine dice que una verdadera autobiografía es casi una imposibilidad, y que el hombre está obligado a mentir sobre sí mismo. Considera que Rousseau ciertamente mintió sobre sí mismo en sus confesiones, e incluso mintió intencionadamente, por vanidad. Estoy convencido de que Heine tiene razón; comprendo perfectamente que a veces uno pueda, por pura vanidad, atribuirse crímenes regulares, y de hecho puedo concebir muy bien ese tipo de vanidad. Pero Heine juzgaba a personas que hacían sus confesiones al público. Yo sólo escribo para mí, y quiero declarar de una vez por todas que si escribo como si me dirigiera a los lectores, es simplemente porque me resulta más fácil escribir de esa forma. Es una forma, una forma vacía: nunca tendré lectores. Ya lo he dejado claro…

No quiero que ninguna restricción me impida redactar mis notas. No intentaré ningún sistema o método. Apuntaré las cosas tal y como las recuerdo.

Pero aquí, tal vez, alguien se dé cuenta de la palabra y me

pregunte: si realmente no cuentas con lectores, ¿por qué haces tales pactos contigo mismo —y también sobre el papel—, es decir, que no intentarás ningún sistema o método, que apuntarás las cosas según las recuerdes, etc., etc.? ¿Por qué das explicaciones? ¿Por qué te disculpas?

Bueno, ahí está, respondo.

Pero hay toda una psicología en todo esto. Tal vez es simplemente que soy un cobarde. Y quizás es que me imagino a propósito un público delante de mí para poder ser más digno mientras escribo. Quizá haya miles de razones. Una vez más, ¿cuál es mi objetivo al escribir? Si no es en beneficio del público, ¿por qué no debería simplemente recordar estos incidentes en mi propia mente sin ponerlos por escrito?

Así es; pero, sin embargo, es más imponente sobre el papel. Hay algo más impresionante en ello; podré criticarme mejor y mejorar mi estilo. Además, tal vez obtenga un alivio real al escribir. Hoy, por ejemplo, estoy particularmente oprimido por un recuerdo de un pasado lejano. Volvió a mi mente de forma vívida hace unos días, y ha permanecido persiguiéndome como una melodía molesta de la que uno no puede deshacerse. Y, sin embargo, debo deshacerme de él de alguna manera. Tengo cientos de recuerdos de este tipo, pero a veces alguno sobresale de entre los cien y me oprime. Por alguna razón creo que si lo escribo me libraré de él. ¿Por qué no intentarlo?

Además, me aburro y nunca tengo nada que hacer. Escribir será una especie de trabajo. Dicen que el trabajo hace al

hombre bondadoso y honesto. Bueno, aquí hay una oportunidad para mí, de todos modos.

Hoy está cayendo nieve, amarilla y sucia. También cayó ayer, y hace unos días. Creo que es la nieve húmeda la que me ha recordado aquel incidente del que ahora no puedo desprenderme. Y así, que sea una historia a propósito de la nieve que cae.

Por aquel entonces yo sólo tenía veinticuatro años. Mi vida era ya entonces sombría, mal regulada y tan solitaria como la de un salvaje. No me hacía amigo de nadie, evitaba hablar y me enterraba cada vez más en mi agujero. Cuando trabajaba en la oficina, nunca miraba a nadie, y era perfectamente consciente de que mis compañeros me miraban, no sólo como un tipo raro, sino que incluso me miraban —siempre lo creí— con una especie de aversión. A veces me preguntaba por qué nadie, excepto yo, se imaginaba que le miraban con aversión. Uno de los empleados tenía una cara muy repulsiva y llena de viruelas, que tenía un aspecto verdaderamente villano. Creo que no me habría atrevido a mirar a nadie con un rostro tan desagradable. Otro tenía un uniforme viejo tan sucio que había un olor desagradable en su proximidad. Sin embargo, ninguno de estos caballeros mostraba la más mínima conciencia de sí mismo, ni de su ropa, ni de su aspecto, ni de su carácter. Ninguno de ellos se imaginó nunca que les miraban con repulsión; si lo hubieran imaginado no les habría importado, siempre que sus superiores no les miraran de esa manera. Ahora tengo claro que, debido a mi ilimitada vanidad y al alto nivel que me imponía, a menudo me miraba a mí mismo con un furioso

descontento, que rayaba en el aborrecimiento, y por eso atribuía interiormente el mismo sentimiento a todo el mundo. Odiaba mi cara, por ejemplo: Me parecía repugnante, e incluso sospechaba que había algo vil en mi expresión, por lo que cada día, cuando me presentaba en la oficina, trataba de comportarme con la mayor independencia posible, y de asumir una expresión elevada, para que no se sospechara que era abyecto. «Mi cara puede ser fea», pensaba, «pero que sea altiva, expresiva y, sobre todo, extremadamente inteligente». Pero estaba positiva y dolorosamente seguro de que era imposible que mi semblante expresara jamás esas cualidades. Y lo peor de todo es que me parecía que tenía un aspecto estúpido, y me habría dado por satisfecho si hubiera podido parecer inteligente. De hecho, incluso habría soportado tener un aspecto ruin si, al mismo tiempo, mi rostro hubiera podido parecer sorprendentemente inteligente.

Por supuesto, odiaba a todos mis compañeros y los despreciaba a todos, pero al mismo tiempo les tenía miedo. De hecho, a veces pensaba más en ellos que en mí mismo. De alguna manera, ocurría que alternaba entre despreciarlos y considerarlos superiores a mí. Un hombre culto y decente no puede ser vanidoso sin fijarse un listón terriblemente alto, y sin despreciarse y casi odiarse a sí mismo en ciertos momentos. Pero tanto si los despreciaba como si los creía superiores, bajaba los ojos casi siempre que me encontraba con alguien. Incluso hacía experimentos sobre si podía enfrentarme a que tal o cual me mirara, y siempre era el primero en bajar los ojos. Esto me preocupaba hasta la

distracción. También tenía un miedo enfermizo a hacer el ridículo, y por eso sentía una pasión servil por lo convencional en todo lo externo. Me encantaba caer en la rutina común, y tenía un terror incondicional a cualquier tipo de excentricidad en mí. Pero, ¿cómo podía estar a la altura? Yo era morbosamente sensible, como debe serlo un hombre de nuestra época. Todos eran estúpidos, y tan parecidos entre sí como tantas ovejas. Tal vez yo era el único en la oficina que se imaginaba que era un cobarde y un esclavo, y me lo imaginaba sólo porque estaba más desarrollado. Pero no era sólo que me lo imaginaba, sino que realmente era así. Era un cobarde y un esclavo. Digo esto sin la menor vergüenza. Todo hombre decente de nuestra época debe ser un cobarde y un esclavo. Esa es su condición normal. Estoy firmemente convencido de ello. Está hecho y construido para ese mismo fin. Y no sólo en este momento, debido a algunas circunstancias casuales, sino siempre, en todo momento, un hombre decente está obligado a ser un cobarde y un esclavo. Es la ley de la naturaleza para todas las personas decentes en toda la tierra. Si a alguno de ellos se le ocurre ser valiente en algo, no tiene por qué consolarse ni dejarse llevar por ello; igual mostraría la pluma blanca ante otra cosa. Así es como termina invariable e inevitablemente. Sólo los burros y las mulas son valientes, y ellos sólo hasta que son empujados a la pared. No vale la pena prestarles atención porque realmente no tienen ninguna importancia.

Otra circunstancia, también, me preocupaba en aquellos días: que no había nadie como yo y que yo no era como

los demás. «Yo estoy solo y ellos son todos», pensaba y reflexionaba.

De ello se desprende que todavía era un jovencito.

A veces ocurría todo lo contrario. A veces era repugnante ir a la oficina; las cosas llegaban a tal punto que a menudo llegaba a casa enfermo. Pero de pronto, a propósito de nada, venía una fase de escepticismo e indiferencia (todo me sucedía por fases), y me reía de mi intolerancia y fastidiosidad, me reprochaba ser romántico. En un momento dado no quería hablar con nadie, mientras que en otras ocasiones no sólo hablaba, sino que llegaba a contemplar la posibilidad de entablar amistad con ellos. Toda mi fastidiosidad se desvanecía de repente, sin ton ni son. Quién sabe, tal vez nunca la había tenido realmente, y simplemente se había visto afectada, y había salido de los libros. Aún no he decidido esa cuestión. Una vez me hice bastante amigo de ellos, visité sus casas, jugué a la preferencia, bebí vodka, hablé de promociones… Pero aquí permítanme hacer una digresión.

Nosotros, los rusos, hablando en general, nunca hemos tenido esos tontos «románticos» trascendentales —alemanes, y más aún franceses— en los que nada produce efecto; si hubiera un terremoto, si toda Francia pereciera en las barricadas, seguirían siendo los mismos, ni siquiera tendrían la decencia de afectar un cambio, sino que seguirían cantando sus canciones trascendentales hasta la hora de su muerte, porque son tontos. Nosotros, en Rusia, no tenemos tontos; eso es bien sabido. Eso es lo que nos distingue de las tierras extranjeras. En consecuencia, estas naturalezas

trascendentales no se encuentran entre nosotros en su forma pura. La idea de que lo son se debe a nuestros periodistas y críticos «realistas» de entonces, siempre pendientes de los Kostanzhoglos y los Tíos Pyotr Ivanitch y aceptándolos tontamente como nuestro ideal; han calumniado a nuestros románticos, tomándolos por el mismo tipo trascendental que en Alemania o Francia. Por el contrario, las características de nuestros «románticos» son absoluta y directamente opuestas al tipo trascendental europeo, y no se les puede aplicar ninguna norma europea. (Permítaseme hacer uso de esta palabra «romántica» —una palabra anticuada y muy respetada, que ha prestado un buen servicio y es conocida por todos—). Las características de nuestro romántico son comprenderlo todo, verlo todo y verlo a menudo incomparablemente más claro de lo que lo ven nuestras mentes más realistas; negarse a aceptar a nadie ni a nada, pero al mismo tiempo no despreciar nada; ceder, ceder, de la política; para no perder nunca de vista un objeto práctico útil (como las habitaciones libres de alquiler a expensas del gobierno, las pensiones, las condecoraciones), para no perder de vista ese objeto a través de todos los entusiasmos y los volúmenes de poemas líricos, y al mismo tiempo para conservar «lo sublime y lo bello» inviolados dentro de ellos hasta la hora de su muerte, y para conservarse también, incidentalmente, como alguna joya preciosa envuelta en lana de algodón aunque sólo sea en beneficio de «lo sublime y lo bello». Nuestro «romántico» es un hombre de gran envergadura y el mayor pícaro de todos nuestros pícaros, os lo aseguro… Se lo aseguro por experiencia, efectivamente. Por supuesto, si es inteligente.

¡Pero qué estoy diciendo! El romántico es siempre inteligente, y sólo quería observar que aunque hemos tenido románticos tontos no cuentan, y sólo lo fueron porque en la flor de su juventud degeneraron en alemanes, y para conservar más cómodamente su preciada joya, se instalaron en algún lugar de las afueras, preferentemente en Weimar o en la Selva Negra.

Yo, por ejemplo, despreciaba sinceramente mi trabajo oficial y no abusaba abiertamente de él por el simple hecho de dedicarme a él y recibir un sueldo por ello. De todos modos, tomen nota, no abusé abiertamente de él. Nuestro romántico preferiría perder la cabeza —cosa que, sin embargo, ocurre muy raramente— antes que abusar abiertamente, a no ser que tuviera otra carrera a la vista; y nunca se le echa. A lo sumo, lo llevarían al manicomio como «el Rey de España» si se volviera muy loco. Pero en Rusia sólo se vuelven locas las personas delgadas y justas. Innumerables «románticos» alcanzan más tarde un rango considerable en el servicio. Su polifacetismo es notable. ¡Y qué facultad tienen para las sensaciones más contradictorias! Este pensamiento me reconfortó ya en aquellos días, y ahora soy de la misma opinión. Por eso hay entre nosotros tantas «naturalezas anchas» que nunca pierden su ideal ni siquiera en las profundidades de la degradación; y aunque nunca mueven un dedo por su ideal, aunque sean ladrones y truhanes de mala muerte, sin embargo, abrigan con lágrimas su primer ideal y son extraordinariamente honestos de corazón. Sí, sólo entre nosotros el pícaro más incorregible puede ser absoluta y noblemente honesto de

corazón sin dejar de ser pícaro en lo más mínimo. Repito, nuestros románticos, con frecuencia, se convierten en bribones tan consumados (uso el término «bribones» cariñosamente), de repente muestran tal sentido de la realidad y conocimiento práctico que sus desconcertados superiores y el público en general sólo pueden eyacular de asombro.

Su multiplicidad es realmente asombrosa, y Dios sabe en qué puede convertirse más adelante, y qué nos depara el futuro. ¡No es un material pobre! No digo esto desde ningún patriotismo tonto o jactancioso. Pero estoy seguro de que, una vez más, se imaginan que estoy bromeando. O tal vez sea todo lo contrario y estén convencidos de que realmente lo pienso. En cualquier caso, señores, acogeré ambas opiniones como un honor y un favor especial. Y perdonen mi digresión.

Por supuesto, no mantuve relaciones amistosas con mis camaradas y pronto estuve en desacuerdo con ellos, y en mi juventud e inexperiencia incluso renuncié a inclinarme ante ellos, como si hubiera cortado toda relación. Eso, sin embargo, sólo me ocurrió una vez. Por regla general, siempre estuve solo.

En primer lugar, pasaba la mayor parte del tiempo en casa, leyendo. Intentaba sofocar todo lo que bullía continuamente en mi interior por medio de impresiones externas. Y el único medio externo que tenía era la lectura. La lectura, por supuesto, era una gran ayuda: me excitaba, me daba placer y dolor. Pero a veces me aburría terriblemente. Uno anhelaba el movimiento a pesar de todo, y me sumergía de golpe en vicios oscuros, subterráneos y repugnantes de

la clase más insignificante. Mis miserables pasiones eran agudas, punzantes, por mi continua y enfermiza irritabilidad tenía impulsos histéricos, con lágrimas y convulsiones. No tenía otro recurso que la lectura, es decir, no había nada en mi entorno que pudiera respetar y que me atrajera. También me abrumaba la depresión; tenía un ansia histérica de incongruencia y de contraste, por lo que me aficioné al vicio. No he dicho todo esto para justificarme… Pero, ¡no! Estoy mintiendo. Sí quería justificarme. Hago esa pequeña observación en mi propio beneficio, señores. No quiero mentir. Me juré a mí mismo que no lo haría.

Y así, furtivamente, tímidamente, en la soledad, por la noche, me entregaba al vicio sucio, con un sentimiento de vergüenza que nunca me abandonaba, ni siquiera en los momentos más repugnantes, y que en esos momentos casi me hacía maldecir. Ya entonces tenía mi mundo subterráneo en mi alma. Tenía un miedo atroz a que me vieran, a que me encontraran, a que me reconocieran. Visitaba varios lugares oscuros.

Una noche, al pasar por una taberna, vi a través de una ventana iluminada a unos caballeros que se peleaban con tacos de billar, y vi a uno de ellos arrojado por la ventana. En otras ocasiones me habría sentido muy disgustado, pero en aquel momento estaba de tal modo que envidié al caballero arrojado por la ventana, y lo envidié tanto que incluso entré en la taberna y en la sala de billar. «Quizá», pensé, «yo también me pelee y me tiren por la ventana».

No estaba borracho, pero ¿qué puede hacer uno? La depresión lleva a un hombre a tal grado de histeria. Pero no pasó

nada. Parecía que ni siquiera estaba a la altura de que me arrojaran por la ventana y me fui sin tener mi pelea.

Un oficial me puso en mi lugar desde el primer momento.

Yo estaba de pie junto a la mesa de billar y, con mi ignorancia, bloqueando el paso, y él quiso pasar; me cogió por los hombros y, sin una palabra —sin advertencia ni explicación—, me movió de donde estaba a otro lugar y pasó como si no se hubiera fijado en mí. Podía perdonar los golpes, pero no podía perdonar que me moviera sin fijarse en mí.

Sólo el diablo sabe lo que habría dado por una verdadera pelea normal, más decente, más literaria, por así decirlo. Me habían tratado como a una mosca. Este oficial medía más de un metro ochenta, mientras que yo era un tipo enjuto. Pero la pelea estaba en mis manos. Sólo tenía que protestar y seguramente me habrían tirado por la ventana. Pero cambié de opinión y preferí emprender una resentida retirada.

Salí de la taberna directamente a casa, confundido y turbado, y a la noche siguiente volví a salir con las mismas intenciones lascivas, aún más furtivamente, abyectamente y miserablemente que antes, por así decirlo, con lágrimas en los ojos; pero aun así volví a salir. Sin embargo, no creas que fue una cobardía: el hielo me hizo escabullirme del oficial; nunca he sido un cobarde de corazón, aunque siempre he sido un cobarde en acción. No se apresure a reírse; le aseguro que puedo explicarlo todo.

¡Oh, si ese oficial hubiera sido de los que consienten en

batirse en duelo! Pero no, era uno de esos caballeros (¡por desgracia, hace tiempo que se han extinguido!) que prefieren luchar con tacos o, como el teniente Pirogov de Gogol, apelar a la policía. No se batían en duelo y, en cualquier caso, habrían considerado que un duelo con un civil como yo era un procedimiento absolutamente indecoroso, y consideraban el duelo como algo imposible, algo librepensador y francés. Pero estaban muy dispuestos a intimidar, especialmente cuando medían más de un metro ochenta.

No me escabullí por cobardía, sino por una vanidad sin límites. No tenía miedo de su metro ochenta, ni de que me dieran una buena paliza y me tiraran por la ventana; debería haber tenido suficiente valor físico, se lo aseguro; pero no tenía valor moral. Lo que temía era que todos los presentes, desde el insolente marcador hasta el más bajo oficinista apestoso y lleno de granos con cuello grasiento, se burlaran de mí y no entendieran cuando comenzara a protestar y a dirigirme a ellos en lenguaje literario. Porque del punto de honor —no del honor, sino del punto de honor (point d'honneur)— no se puede hablar entre nosotros sino en lenguaje literario. No se puede aludir al «punto de honor» en el lenguaje ordinario. Estaba plenamente convencido (¡el sentido de la realidad, a pesar de todo mi romanticismo!) de que todos se partirían de risa, y de que el oficial no se limitaría a golpearme, es decir, sin insultarme, sino que ciertamente me pincharía en la espalda con su rodilla, me daría una patada alrededor de la mesa de billar, y sólo entonces quizá se apiadaría y me dejaría caer por la ventana.

Por supuesto, este incidente trivial no podía terminar así conmigo. Después me encontré a menudo con aquel oficial en la calle y me fijé en él con mucha atención. No estoy muy seguro de si me reconoció, imagino que no; juzgo por ciertas señales. Pero yo le miraba con rencor y odio y así siguió… ¡durante varios años! Mi resentimiento se hizo aún más profundo con los años. Al principio empecé a hacer averiguaciones furtivas sobre este oficial. Me resultaba difícil hacerlo, pues no conocía a nadie. Pero un día oí a alguien gritar su apellido en la calle mientras lo seguía a distancia, como si estuviera atado a él, y así me enteré de su apellido. En otra ocasión le seguí hasta su piso y, por diez kopeks, me enteré por el portero de dónde vivía, en qué piso, si vivía solo o acompañado, etc.; en fin, todo lo que se podía saber de un portero. Una mañana, aunque nunca había probado la pluma, se me ocurrió escribir una sátira de este oficial en forma de novela que desenmascarara su villanía. Escribí la novela con gusto. Al principio alteré su apellido para que fuera fácilmente reconocible, pero al pensarlo mejor lo cambié y envié la historia a los «otetchestvenniya zapiski». Pero en aquella época no estaban de moda esos ataques y mi historia no se publicó. Eso fue una gran molestia para mí.

A veces me sentía positivamente ahogado por el resentimiento. Finalmente, decidí retar a mi enemigo a un duelo. Le escribí una carta espléndida y encantadora, en la que le imploraba que se disculpara conmigo y le insinuaba claramente que se batiría en duelo en caso de que se negara. La carta estaba tan compuesta que si el oficial hubiera tenido

la menor comprensión de lo sublime y lo bello, sin duda se habría lanzado a mi cuello y me habría ofrecido su amistad. «Y ¡qué bueno habría sido eso! Cómo nos hubiéramos llevado bien». «Él podría haberme protegido con su rango superior, mientras que yo podría haber mejorado su mente con mi cultura, y, bueno… mis ideas, y todo tipo de cosas podrían haber sucedido». Sólo que esto fue dos años después de su insulto a mí, y mi desafío habría sido un anacronismo ridículo, a pesar de todo el ingenio de mi carta para disfrazar y explicar el anacronismo. Pero, gracias a Dios (hasta el día de hoy doy gracias al Todopoderoso con lágrimas en los ojos) no le envié la carta. Un escalofrío me recorre la espalda cuando pienso en lo que podría haber ocurrido si la hubiera enviado. Y, de repente, me he vengado de la manera más sencilla, ¡con un golpe de genio! De repente se me ocurrió una idea brillante. A veces, durante las vacaciones, solía pasear por la soleada orilla de la Nevsky a eso de las cuatro de la tarde. Aunque no era un paseo sino una serie de innumerables miserias, humillaciones y resentimientos; pero sin duda era justo lo que quería. Me retorcía de la manera más indecorosa, como una anguila, apartándome continuamente para dejar paso a los generales, a los oficiales de la guardia y a los húsares, o a las damas. En esos minutos solía sentir una punzada convulsiva en el corazón, y sentía calor en toda la espalda con sólo pensar en la miseria de mi atuendo, en la miseria y abyección de mi pequeña figura escurridiza. Era un martirio regular, una humillación continua e intolerable ante el pensamiento, que pasaba a ser una sensación incesante y directa, de que yo era una simple mosca a los ojos de todo

este mundo, una mosca repugnante y asquerosa —más inteligente, más desarrollada, más refinada en sentimientos que cualquiera de ellos, por supuesto—, pero una mosca que continuamente se abría paso entre todos, insultada y herida por todos. Por qué me infligí esta tortura, por qué fui a la Nevsky, no lo sé. Simplemente me sentía atraído allí en cada oportunidad posible.

Ya entonces empecé a experimentar el placer del que hablé en el primer capítulo. Después de mi aventura con el oficial me sentí aún más atraída que antes: era en la Nevsky donde me encontraba con él con más frecuencia, allí podía admirarlo. También él iba allí sobre todo en los días de fiesta, también él se apartaba de su camino por los generales y las personas de alto rango, y también él se retorcía entre ellos como una anguila; pero a la gente, como yo, o incluso mejor vestida que yo, simplemente la pasaba por encima; se dirigía directamente hacia ellos como si no hubiera nada más que espacio vacío ante él, y nunca, bajo ninguna circunstancia, se apartaba. Yo me regodeaba en mi resentimiento observándolo y… siempre le abría paso con resentimiento. Me exasperaba que incluso en la calle no pudiera estar en igualdad de condiciones con él.

—¿Por qué tienes que ser invariablemente el primero en apartarte? —me preguntaba con rabia histérica, despertándome a veces a las tres de la mañana—. ¿Por qué eres tú y no él? No hay ningún reglamento al respecto; no hay ninguna ley escrita. Deja que el paso sea equitativo, como suele ser cuando se encuentran personas refinadas; él se mueve a medias y tú a medias; pasáis con respeto mutuo.

Pero eso nunca ocurría, y yo siempre me apartaba, mientras que él ni siquiera se daba cuenta de que le cedía el paso. Y he aquí que se me ocurrió una brillante idea. «¿Qué pasa», pensé, «si me encuentro con él y no me muevo a un lado? ¿Y si no me muevo a un lado a propósito, aunque golpee contra él? ¿Cómo sería eso?». Esta audaz idea se apoderó de mí de tal manera que no me dio ninguna paz. Soñaba con ella continuamente, horriblemente, y me dirigía con más frecuencia a la Nevsky para imaginarme más vívidamente cómo debía hacerlo cuando lo hiciera. Estaba encantado. Esta intención me parecía cada vez más práctica y posible.

—Por supuesto que no lo empujaré de verdad —pensé, ya con más buen humor en mi alegría—. Simplemente no me apartaré, correré contra él, no muy violentamente, sino simplemente arrimando el hombro, tanto como la decencia lo permita. Empujaré contra él tanto como él empuje contra mí.

Por fin me decidí por completo. Pero mis preparativos me llevaron mucho tiempo. Para empezar, cuando llevara a cabo mi plan tendría que tener un aspecto bastante más decente, por lo que tuve que pensar en mi atuendo.

—En caso de emergencia, si, por ejemplo, se produjera algún tipo de escándalo público (y el público allí es de lo más recóndito: la Condesa se pasea por allí; el Príncipe D. se pasea por allí; todo el mundo literario está allí), debo estar bien vestido; eso inspira respeto y por sí mismo nos pone en pie de igualdad a los ojos de la sociedad.

Con este objeto pedí parte de mi sueldo por adelantado, y compré en casa de Tchurkin un par de guantes negros y un sombrero decente. Los guantes negros me parecieron más dignos y bon ton que los de color limón que había contemplado al principio.

—El color es demasiado llamativo, parece que uno quiere llamar la atención

y no cogí los de color limón. Había preparado con mucha antelación una buena camisa, con tachuelas blancas de hueso; mi abrigo era lo único que me retenía. El abrigo en sí mismo era muy bueno, me mantenía caliente; pero era acolchado y tenía un cuello de mapache que era el colmo de la vulgaridad. Tenía que cambiar el cuello con cualquier sacrificio, y tener uno de castor como el de un oficial. Para ello, empecé a visitar el Gostiny Dvor y, tras varios intentos, di con un trozo de castor alemán barato. Aunque estos castores alemanes pronto se ponen raquíticos y tienen un aspecto miserable, al principio se ven muy bien, y yo sólo lo necesitaba para la ocasión. Pregunté el precio; aun así, era demasiado caro. Después de pensarlo detenidamente, decidí vender mi collar de mapache. El resto del dinero —una suma considerable para mí— decidí pedírselo prestado a Anton Antonitch Syetotchkin, mi superior inmediato, una persona discreta, aunque grave y juiciosa. Nunca prestaba dinero a nadie, pero yo, al entrar en el servicio, había sido especialmente recomendado a él por un importante personaje que me había conseguido la plaza. Estaba terriblemente preocupado. Pedirle prestado a Anton Antonitch me parecía monstruoso y vergonzoso. No dor-

mí durante dos o tres noches. En efecto, no dormí bien en aquel momento, tenía fiebre; tenía un vago hundimiento en el corazón o bien un repentino palpitar, palpitar, palpitar. Anton Antonitch se sorprendió al principio, luego frunció el ceño, después reflexionó, y al fin y al cabo me prestó el dinero, recibiendo de mí una autorización por escrito para descontar de mi sueldo, quince días después, la suma que me había prestado.

De este modo, todo estaba por fin listo. El apuesto castor sustituyó al malvado mapache, y yo empecé a trabajar poco a poco. Nunca habría servido actuar de improviso, al azar; el plan debía llevarse a cabo hábilmente, por grados. Pero debo confesar que, después de muchos esfuerzos, empecé a desesperar: simplemente no podíamos encontrarnos. Hice todos los preparativos, estaba muy decidido —parecía que íbamos a encontrarnos directamente—, y antes de saber lo que estaba haciendo me había apartado de nuevo para él y había pasado sin notar mi presencia. Incluso recé mientras me acercaba a él para que Dios me concediera determinación. Una vez me decidí a fondo, pero acabó tropezando y cayendo a sus pies porque en el último instante, cuando estaba a quince centímetros de él, me falló el valor. Él, muy tranquilamente, pasó por encima de mí, mientras yo volaba hacia un lado como una pelota. Aquella noche volví a estar enferma, con fiebre y delirios.

Y, de repente, todo terminó muy felizmente. La noche anterior había tomado la decisión de no llevar a cabo mi plan fatal y abandonarlo todo, y con ese objeto me dirigí por última vez a la Nevsky, para ver cómo lo abandonaba todo.

De repente, a tres pasos de mi enemigo, me decidí inesperadamente; cerré los ojos y corrimos a toda velocidad, hombro con hombro, el uno contra el otro. No me moví ni un centímetro y le pasé en perfecta igualdad de condiciones. Ni siquiera miró a su alrededor y fingió no darse cuenta; pero sólo estaba fingiendo, estoy convencido de ello. Estoy convencido de ello, hasta el día de hoy. Por supuesto, yo me llevé la peor parte; él era más fuerte, pero eso no era lo importante. La cuestión era que yo había alcanzado mi objetivo, había mantenido mi dignidad, no había cedido ni un paso y me había puesto públicamente en igualdad de condiciones sociales con él. Volví a casa con la sensación de haberme vengado de todo. Estaba encantado. Estaba triunfante y cantaba arias italianas. Por supuesto, no les describiré lo que me ocurrió tres días después; si han leído mi primer capítulo pueden adivinarlo por sí mismos. El oficial fue trasladado después; no lo he visto desde hace catorce años. ¿Qué hace ahora el querido compañero? ¿A quién se acerca?

II

Pero el período de mi disipación terminaba y siempre me sentía muy mal después. Le seguía el remordimiento; intentaba ahuyentarlo; me sentía demasiado mal. Sin embargo, poco a poco me fui acostumbrando a eso también. Me acostumbré a todo, o más bien me resigné voluntariamente a soportarlo. Pero tenía un medio de escape que lo reconciliaba todo: encontrar refugio en «lo sublime y lo bello»,

en los sueños, por supuesto. Yo era un soñador terrible, soñaba durante tres meses seguidos, metido en mi rincón, y pueden creerme que en esos momentos no tenía ningún parecido con el caballero que, en la perturbación de su corazón de pollo, se puso un cuello de castor alemán en su gran abrigo. De repente me convertí en un héroe. No habría admitido a mi teniente de dos metros aunque me hubiera llamado. Ni siquiera podía imaginarlo ante mí entonces. Cuáles eran mis sueños y cómo podía satisfacerme con ellos: es difícil decirlo ahora, pero en aquel momento me satisfacían. Aunque, de hecho, incluso ahora, estoy en cierta medida satisfecho con ellos. Los sueños eran particularmente dulces y vívidos después de un período de disipación; venían con remordimientos y con lágrimas, con maldiciones y transportes. Hubo momentos de tan positiva embriaguez, de tanta felicidad, que no hubo en mí el menor rastro de ironía, en mi honor. Tenía fe, esperanza y amor. En esos momentos creía ciegamente que por algún milagro, por alguna circunstancia externa, todo esto se abriría de repente, se expandiría; que de repente un panorama de actividad adecuada —beneficiosa, buena y, sobre todo, preparada (qué tipo de actividad no tenía ni idea, pero lo importante era que estuviera toda preparada para mí)— se alzaría ante mí y yo saldría a la luz del día, casi montando un caballo blanco y coronado de laurel. No podía concebir para mí otra cosa que no fuera el primer lugar, y por esa misma razón me contentaba con ocupar el más bajo en la realidad. O ser un héroe o arrastrarse por el barro, no había nada entre medias. Esa era mi ruina, pues cuando estaba en el fango me consolaba con el pensamiento de que otras

veces era un héroe, y el héroe era un manto para el fango: para un hombre ordinario era vergonzoso ensuciarse, pero un héroe era demasiado elevado para ensuciarse del todo, y así podía ensuciarse. Cabe señalar que estos ataques de lo «sublime y lo bello» me visitaron incluso durante el período de disipación y justo en los momentos en que tocaba fondo. Venían en rachas separadas, como si me recordaran a sí mismos, pero no desterraban la disipación con su aparición. Por el contrario, parecían añadirle un toque de sabor por contraste, y sólo estaban lo suficientemente presentes como para servir de salsa apetitosa. Esa salsa estaba hecha de contradicciones y sufrimientos, de agonizantes análisis internos, y todas estas punzadas y pinchazos daban cierto picante, incluso un significado a mi disipación; de hecho, respondían completamente al propósito de una salsa apetitosa. Había una cierta profundidad de significado en ello. Y difícilmente podría haberme resignado al libertinaje simple, vulgar y directo de un oficinista y haber soportado toda la inmundicia de éste. ¿Qué podría haberme seducido entonces y haberme arrastrado por la noche a la calle? No, yo tenía una manera elevada de salir de todo eso.

Y qué amor, oh Señor, qué amor sentí a veces en esos sueños míos, en esos «vuelos hacia lo sublime y lo bello»; aunque era un amor fantástico, aunque nunca se aplicaba a nada humano en la realidad, sin embargo había tanto de este amor que uno no sentía después ni siquiera el impulso de aplicarlo en la realidad; eso habría sido superfluo. Todo, sin embargo, pasó satisfactoriamente por una transición perezosa y fascinante a la esfera del arte, es decir,

a las bellas formas de vida, que yacen listas, en gran parte robadas a los poetas y novelistas y adaptadas a toda clase de necesidades y usos. Yo, por ejemplo, triunfaba sobre todos; todos, por supuesto, estaban hechos polvo y cenizas, y se veían obligados a reconocer espontáneamente mi superioridad, y yo los perdonaba a todos. Fui un poeta y un gran caballero, me enamoré; me hice con innumerables millones y los dediqué inmediatamente a la humanidad, y al mismo tiempo confesé ante todo el pueblo mis vergüenzas, que, por supuesto, no eran simplemente vergonzosas, sino que tenían mucho de «sublime y bello», algo al estilo de Manfred. Todos me besarían y llorarían (qué idiotas serían si no lo hicieran), mientras yo debería ir descalzo y hambriento predicando nuevas ideas y luchando como un Austerlitz victorioso contra los oscurantistas. Entonces la banda tocaría una marcha, se declararía una amnistía, el Papa aceptaría retirarse de Roma a Brasil; luego habría un baile para toda Italia en Villa Borghese, a orillas del lago de Como, trasladado para ello a las cercanías de Roma; luego vendría una escena en los arbustos, y así sucesivamente, como si no lo supieras todo… Usted dirá que es vulgar y despreciable sacar todo esto a la luz pública, después de todas las lágrimas y transportes que yo mismo he confesado. ¿Pero por qué es despreciable? ¿Se imaginan que me avergüenzo de todo ello, y que fue más estúpido que nada en su vida, señores? Y puedo asegurarles que algunas de estas fantasías no estaban en absoluto mal compuestas… No todo ocurrió a orillas del lago de Como. Y sin embargo, tiene usted razón, es realmente vulgar y despreciable. Y lo más despreciable de todo es que ahora intento justificarme

ante usted. Y aún más despreciable que eso es que ahora haga este comentario. Pero ya está bien, o no tendrá fin; cada paso será más despreciable que el anterior…

Nunca pude soportar más de tres meses de sueño sin sentir un deseo irresistible de sumergirme en la sociedad. Sumergirse en la sociedad significaba visitar a mi superior en la oficina, Anton Antonitch Syetotchkin. Era el único conocido permanente que he tenido en mi vida, y yo mismo me sorprendo ahora del hecho. Pero sólo fui a verle cuando esa fase se apoderó de mí, y cuando mis sueños habían llegado a tal punto de felicidad que se hizo imprescindible abrazar de inmediato a mis semejantes y a toda la humanidad; y para ello necesitaba, al menos, un ser humano, realmente existente. Sin embargo, tenía que visitar a Anton Antonitch el martes, su día de trabajo, por lo que siempre tenía que programar mi apasionado deseo de abrazar a la humanidad para que cayera en martes.

Este Anton Antonitch vivía en el cuarto piso de una casa de Cinco Esquinas, en cuatro habitaciones bajas, una más pequeña que la otra, de aspecto particularmente frugal y cetrino. Tenía dos hijas y su tía, que solía servir el té. De las hijas, una tenía trece años y la otra catorce, ambas tenían la nariz respingona, y a mí me daban mucho miedo porque siempre estaban cuchicheando y riéndose juntas. El señor de la casa solía sentarse en su estudio, en un sofá de cuero frente a la mesa, con algún caballero de cabeza gris, generalmente un colega de nuestra oficina o de algún otro departamento. Nunca vi allí más de dos o tres visitantes, siempre los mismos. Hablaban de los impuestos

especiales, de los asuntos del Senado, de los sueldos, de los ascensos, de Su Excelencia y de los mejores medios para complacerle, etc. Tuve la paciencia de sentarme como un tonto al lado de esta gente durante cuatro horas seguidas, escuchándoles sin saber qué decirles ni aventurarme a decir una palabra. Me quedé estupefacto, varias veces me sentí transpirar, me invadió una especie de parálisis; pero esto fue agradable y bueno para mí. Al volver a casa aplazé por un tiempo mi deseo de abrazar a toda la humanidad.

Sin embargo, tenía una especie de conocido, Simonov, que era un antiguo compañero de escuela. En efecto, tenía varios compañeros de escuela en Petersburgo, pero no me relacionaba con ellos e incluso había dejado de saludarles por la calle. Creo que me había trasladado al departamento en el que estaba simplemente para evitar su compañía y cortar toda relación con mi odiosa infancia. Maldita sea esa escuela y todos esos terribles años de servidumbre penal. En resumen, me separé de mis compañeros de escuela tan pronto como salí al mundo. Quedaban dos o tres a los que saludaba en la calle. Uno de ellos era Simonov, que no se había distinguido en absoluto en la escuela, era de carácter tranquilo y ecuánime; pero descubrí en él cierta independencia de carácter e incluso honestidad. Ni siquiera supongo que fuera especialmente estúpido. En una ocasión había pasado con él algunos momentos bastante conmovedores, pero éstos no habían durado mucho y de alguna manera se habían nublado de repente. Evidentemente, se sentía incómodo ante estas reminiscencias, y me imagino que siempre temía que yo pudiera retomar el mismo tono.

Yo sospechaba que sentía aversión por mí, pero aun así seguí yendo a verle, sin estar muy segura de ello.

Y así, en una ocasión, incapaz de soportar mi soledad y sabiendo que como era jueves la puerta de Anton Antonitch estaría cerrada, pensé en Simonov. Subiendo a su cuarto piso pensaba que yo le caía mal a ese hombre y que era un error ir a verlo. Pero como siempre ocurría que tales reflexiones me impulsaban, como a propósito, a ponerme en una posición falsa, entré. Hacía casi un año que no veía a Simonov.

III

Encontré con él a dos de mis antiguos compañeros de escuela. Parecían estar discutiendo un asunto importante. Todos ellos apenas se fijaron en mi entrada, lo cual era extraño, pues hacía años que no me encontraba con ellos. Evidentemente, me veían como algo parecido a una mosca común. No me habían tratado así ni siquiera en la escuela, aunque todos me odiaban. Sabía, por supuesto, que ahora debían despreciarme por mi falta de éxito en el servicio y por haberme dejado caer tan bajo, yendo mal vestido y demás, lo que les parecía una señal de mi incapacidad e insignificancia. Pero yo no esperaba semejante desprecio. Simonov se sorprendió positivamente de mi aparición. Incluso en los viejos tiempos siempre había parecido sorprendido por mi llegada. Todo esto me desconcertó: Me senté, sintiéndome bastante miserable, y comencé a escuchar lo que decían.

Estaban enfrascados en una cálida y seria conversación sobre una cena de despedida que querían organizar para el día siguiente para un camarada suyo llamado Zverkov, un oficial del ejército, que se iba a una provincia lejana. Este Zverkov también había estado todo el tiempo en la escuela conmigo. Empecé a odiarlo sobre todo en los cursos superiores. En los cursos inferiores había sido simplemente un chico bonito y juguetón que gustaba a todo el mundo. Sin embargo, yo lo odiaba incluso en los cursos inferiores, sólo porque era un chico bonito y juguetón. Siempre se le dieron mal las clases y fue empeorando a medida que avanzaba; sin embargo, salió con un buen certificado, ya que tenía poderosos intereses. Durante su último año en la escuela entró en una finca de doscientos siervos, y como casi todos éramos pobres adoptó un tono fanfarrón entre nosotros. Era vulgar en extremo, pero al mismo tiempo era un tipo bondadoso, incluso en su fanfarronería. A pesar de las superficiales, fantásticas y falsas nociones de honor y dignidad, todos, salvo muy pocos, nos arrastrábamos ante Zverkov, y tanto más cuanto más se pavoneaba. Y no se arrastraron por ningún motivo interesado, sino simplemente porque había sido favorecido por los dones de la naturaleza. Además, era, por así decirlo, una idea aceptada entre nosotros que Zverkov era un especialista en lo que respecta al tacto y las gracias sociales. Este último hecho me enfurecía especialmente. Odiaba el tono abrupto y seguro de sí mismo de su voz, su admiración por sus propias ocurrencias, que a menudo eran terriblemente estúpidas, aunque él era audaz en su lenguaje; odiaba su cara bonita, pero estúpida (por la que, sin embargo, habría cambiado gusto-

samente mi inteligencia), y los modales militares libres y desenfadados de moda en los «cuarenta». Odiaba la forma en que solía hablar de sus futuras conquistas de (mujeres que no se atrevía a comenzar su ataque a las mujeres hasta que tenía las charreteras de un oficial, y las esperaba con impaciencia), y se jactaba de los duelos que libraría constantemente. Recuerdo cómo yo, invariablemente tan taciturno, me fijé de repente en Zverkov, cuando un día, hablando en un momento de ocio con sus compañeros de escuela de sus futuras relaciones con el bello sexo, y volviéndose tan deportivo como un cachorro al sol, declaró de inmediato que no dejaría a una sola aldeana en su finca sin ser vista, que ése era su droit de seigneur, y que si los campesinos se atrevían a protestar los mandaría azotar a todos y les duplicaría el impuesto, a los bribones barbudos. Nuestra chusma servil aplaudió, pero yo le ataqué, no por compasión hacia las niñas y sus padres, sino simplemente porque aplaudían a semejante insecto. En aquella ocasión me llevé la mejor parte, pero aunque Zverkov era estúpido, era vivaz e insolente, por lo que se rió, y de tal manera que mi victoria no fue realmente completa; la risa estuvo de su parte. Más tarde, en varias ocasiones se aprovechó de mí, pero sin malicia, en broma, de forma casual. Yo guardaba un silencio airado y despectivo y no le respondía. Cuando salimos de la escuela, se me insinuó; no lo rechacé, pues me sentí halagada, pero nos separamos pronto y con toda naturalidad. Después me enteré de su éxito en el cuartel como teniente y de la vida rápida que llevaba. Luego llegaron otros rumores sobre sus éxitos en el servicio. Para entonces había empezado a cortarme por la calle, y sos-

peché que temía comprometerse saludando a un personaje tan insignificante como yo. Le vi una vez en el teatro, en la tercera fila de palcos. Para entonces llevaba tirantes. Se retorcía y daba vueltas, congraciándose con las hijas de un antiguo general. En tres años había decaído considerablemente, aunque seguía siendo bastante guapo y hábil. Se podía ver que a los treinta años sería corpulento. Así pues, mis compañeros de escuela iban a ofrecer una cena a este Zverkov con motivo de su partida. Habían seguido su ritmo durante esos tres años, aunque en privado no se consideraban en pie de igualdad con él, estoy convencido de ello. De los dos visitantes de Simonov, uno era Ferfitchkin, un alemán rusificado —un tipo pequeño con cara de mono, un cabeza de chorlito que siempre se burlaba de todo el mundo, un enemigo muy acérrimo mío desde nuestros días en las formas inferiores—, un tipo vulgar, insolente y fanfarrón, que aparentaba un sentimiento muy sensible de honor personal, aunque, por supuesto, era un miserable cobarde en el fondo. Era uno de esos adoradores de Zverkov que se arreglaban con éste por motivos interesados, y a menudo le pedían dinero prestado. El otro visitante de Simonov, Trudolyubov, era una persona nada notable: un joven alto, militar, de rostro frío, bastante honesto, aunque adoraba el éxito de todo tipo y sólo era capaz de pensar en el ascenso. Era una especie de pariente lejano de Zverkov, y esto, aunque parezca una tontería, le daba cierta importancia entre nosotros. Siempre me consideró sin importancia; su comportamiento conmigo, aunque no del todo cortés, era tolerable.

—Bueno, con siete rublos cada uno —dijo Trudolyubov—, veintiún rublos entre los tres, deberíamos poder conseguir una buena cena. Zverkov, por supuesto, no pagará.

—Claro que no, ya que le invitamos —decidió Simonov.

—¿Te imaginas —interrumpió Ferfitchkin acalorado y engreído, como un insolente lacayo que presume de las condecoraciones de su amo el general—, te imaginas que Zverkov nos dejará pagar solo? Aceptará por delicadeza, pero pedirá media docena de botellas de champán.

—¿Queremos media docena para los cuatro? —observó Trudolyubov, fijándose sólo en la media docena.

—Entonces, nosotros tres, con Zverkov como cuarto, veintiún rublos, en el Hotel de París, mañana a las cinco —concluyó finalmente Simonov, a quien se le había pedido que hiciera los arreglos.

—¿Cómo veintiún rublos? —pregunté con cierta agitación, mostrándome ofendido—; si me cuentas no serán veintiún, sino veintiocho rublos.

Me pareció que invitarme tan repentina e inesperadamente sería positivamente elegante, y que todos se conquistarían de inmediato y me mirarían con respeto.

—¿También quieres unirte? —observó Simonov, sin apariencia de placer, pareciendo evitar mirarme.

Me conocía a la perfección.

Me enfurecía que me conociera tan a fondo.

—¿Por qué no? Yo también soy un antiguo compañero

suyo, creo, y debo admitir que me duele que me haya dejado de lado —dije, hirviendo de nuevo.

—¿Y dónde íbamos a encontrarte? —dijo Ferfitchkin con aspereza.

—Nunca te llevaste bien con Zverkov —añadió Trudolyubov, frunciendo el ceño.

Pero yo ya me había agarrado a la idea y no quería renunciar a ella. «Me parece que nadie tiene derecho a formarse una opinión al respecto», repliqué con voz temblorosa, como si hubiera ocurrido algo tremendo. «Tal vez esa sea justamente mi razón para desearlo ahora, que no siempre he estado en buenos términos con él».

—Oh, no se puede hacer de ti… con estos refinamientos —se burló Trudolyubov.

—Anotaremos tu nombre —decidió Simonov, dirigiéndose a mí—. Mañana a las cinco en el Hotel de París.

—¿Y el dinero? —comenzó Ferfitchkin en voz baja, indicándome a Simonov, pero se interrumpió, pues incluso Simonov estaba avergonzado.

—Eso servirá —dijo Trudolyubov, levantándose—. Si tanto quiere venir, que lo haga.

—Pero es una cosa privada, entre nosotros, los amigos —dijo Ferfitchkin, con tono de enfado, mientras él también recogía su sombrero—. No es una reunión oficial.

—No queremos en absoluto, tal vez…

Se fueron. Ferfitchkin no me saludó de ninguna manera al

salir, Trudolyubov apenas asintió. Simonov, con el que me quedé en el tête-à-tête, estaba en un estado de vejación y perplejidad, y me miró de forma extraña. No se sentó ni me pidió que lo hiciera.

—H'm… sí… mañana, entonces. ¿Va a pagar su suscripción ahora? Sólo lo pregunto para saberlo —murmuró avergonzado.

Me sonrojé, y al hacerlo recordé que le debía a Simonov quince rublos desde hacía mucho tiempo, cosa que, de hecho, nunca había olvidado, aunque no los había pagado.

—Comprenderás, Simonov, que no podía tener ni idea cuando llegué aquí… Estoy muy disgustado por haberme olvidado…

—Está bien, está bien, eso no importa. Puedes pagar mañana después de la cena. Simplemente quería saber… Por favor, no…

Se interrumpió y empezó a pasearse por la habitación aún más enfadado. Mientras caminaba, empezó a golpear con los tacones. «¿Te estoy reteniendo?» pregunté, tras dos minutos de silencio. «Dijo, arrancando, que, a decir verdad, sí. Tengo que ir a ver a alguien… no muy lejos de aquí», añadió con voz de disculpa, algo avergonzado.

—Dios mío, ¿por qué no lo has dicho? —exclamé, agarrándome la gorra, con un aire asombrosamente libre y despreocupado, que era lo último que debía esperar de mí.

—Está cerca… no está a dos pasos —repitió Simonov, acompañándome hasta la puerta principal con un aire quis-

quilloso que no le convenía en absoluto.

—Así que a las cinco, puntualmente, mañana —llamó bajando las escaleras tras de mí.

Estaba muy contento de librarse de mí. Estaba furioso.

—¿Qué me ha poseído, qué me ha poseído para forzarles? —me pregunté, rechinando los dientes mientras avanzaba por la calle—, ¡por un canalla, un cerdo como ese Zverkov! Por supuesto que es mejor que no vaya; por supuesto, debo chasquear los dedos ante ellos. No estoy obligado de ninguna manera. Enviaré a Simonov una nota por correo de mañana…

Pero lo que me enfurecía era que sabía con certeza que debía ir, que debía hacer el propósito de ir; y cuanto más falta de tacto, cuanto más indecoroso fuera mi ir, más ciertamente iría.

Y había un obstáculo para ir: No tenía dinero. Todo lo que tenía era nueve rublos, de los cuales tenía que dar siete a mi criado, Apollon, para su salario mensual. Eso era todo lo que le pagaba: tenía que mantenerse a sí mismo.

No pagarle era imposible, teniendo en cuenta su carácter. Pero de ese tipo, de esa plaga mía, hablaré en otra ocasión.

Sin embargo, sabía que debía ir y no debía pagarle su salario. Aquella noche tuve los sueños más horribles. No es de extrañar; durante toda la noche me habían oprimido los recuerdos de mis miserables días en la escuela, y no podía quitármelos de encima. Me enviaron a la escuela unos parientes lejanos, de los que dependía y de los que no he

vuelto a saber nada; me enviaron allí como un muchacho desamparado y silencioso, ya aplastado por sus reproches, ya turbado por la duda, y mirando con salvaje desconfianza a todo el mundo. Mis compañeros de escuela me recibieron con burlas rencorosas y despiadadas porque yo no era como ninguno de ellos. Pero yo no podía soportar sus burlas; no podía ceder ante ellos con la innoble presteza con que se entregaban unos a otros. Los odié desde el primer momento, y me encerré con todos en un orgullo tímido, herido y desproporcionado. Su grosería me repugnaba. Se reían cínicamente de mi cara, de mi torpe figura; y sin embargo, qué caras más estúpidas tenían ellos mismos. En nuestra escuela las caras de los chicos parecían degenerar y volverse más estúpidas. ¡Cuántos chicos guapos vinieron a nosotros! En pocos años se volvían repulsivos. Incluso a los dieciséis años me asombraba morosamente; ya entonces me impresionaba la mezquindad de sus pensamientos, la estupidez de sus aficiones, sus juegos, sus conversaciones. No comprendían cosas tan esenciales, no se interesaban por temas tan llamativos e impresionantes, que no podía evitar considerarlos inferiores a mí. No fue la vanidad herida la que me impulsó a ello, y por el amor de Dios no me impongan sus manidas observaciones, repetidas hasta la náusea, de que «yo sólo era un soñador», mientras que ellos incluso entonces tenían una comprensión de la vida. No entendían nada, no tenían idea de la vida real, y juro que eso era lo que más me indignaba con ellos. Por el contrario, la realidad más evidente y llamativa la aceptaban con fantástica estupidez e incluso en aquella época estaban acostumbrados a respetar el éxito. De todo lo que era

justo, pero oprimido y despreciado, se reían despiadada y vergonzosamente. Tomaban el rango por la inteligencia; incluso a los dieciséis años ya hablaban de un puesto de trabajo cómodo. Por supuesto, gran parte de ello se debía a su estupidez, a los malos ejemplos con los que siempre habían estado rodeados en su infancia y niñez. Eran monstruosamente depravados. Por supuesto, gran parte de eso también era superficial y una suposición de cinismo; por supuesto, había destellos de juventud y frescura incluso en su depravación; pero incluso esa frescura no era atractiva, y se manifestaba en una cierta desenfreno. Los odiaba horriblemente, aunque quizás yo era peor que cualquiera de ellos. Ellos me correspondían de la misma manera, y no ocultaban su aversión por mí. Pero para entonces no deseaba su afecto: al contrario, anhelaba continuamente su humillación. Para escapar de sus burlas, empecé a hacer a propósito todos los progresos posibles en mis estudios y me abrí paso hasta la cima. Esto les impresionó. Además, todos empezaron a darse cuenta de que yo ya había leído libros que ninguno de ellos podía leer, y que entendía cosas (que no formaban parte de nuestro plan de estudios) de las que ellos ni siquiera habían oído hablar. Se burlaron de forma salvaje y sarcástica, pero quedaron moralmente impresionados, sobre todo cuando los profesores empezaron a fijarse en mí por esos motivos. Las burlas cesaron, pero la hostilidad se mantuvo, y las relaciones frías y tensas se hicieron permanentes entre nosotros. Al final no pude soportarlo: con los años se desarrolló en mí un ansia de sociedad, de amigos. Intenté establecer relaciones amistosas con algunos de mis compañeros de escuela, pero de una

manera u otra mi intimidad con ellos era siempre tensa y pronto se acababa por sí misma. Una vez, en efecto, tuve un amigo. Pero yo era ya un tirano de corazón; quería ejercer sobre él un dominio ilimitado; trataba de inculcarle el desprecio por su entorno; le exigía una ruptura despectiva y total con ese entorno. Lo asusté con mi afecto apasionado; lo reduje a las lágrimas, a la histeria. Era un alma sencilla y devota; pero cuando se dedicó a mí por completo empecé a odiarlo inmediatamente y a repelerlo, como si todo lo que necesitara de él fuera para obtener una victoria sobre él, para subyugarlo y nada más. Pero no podía subyugarlos a todos; mi amigo tampoco era en absoluto como ellos, era, de hecho, una rara excepción. Lo primero que hice al salir de la escuela fue renunciar al trabajo especial para el que había sido destinado, a fin de romper todos los lazos, maldecir mi pasado y sacudir el polvo de mis pies… Y ¡sabe Dios por qué, después de todo eso, debía ir caminando a Simonov!

A la mañana siguiente, temprano, me desperté y salté de la cama con entusiasmo, como si todo estuviera a punto de suceder de inmediato. Pero creía que se avecinaba un cambio radical en mi vida, que llegaría inevitablemente aquel día. Debido a su rareza, tal vez, cualquier acontecimiento externo, por trivial que fuera, siempre me hacía sentir que algún cambio radical en mi vida estaba próximo. Sin embargo, fui a la oficina como de costumbre, pero me escabullí a casa dos horas antes para prepararme. Lo bueno, pensé, es no ser el primero en llegar, o pensarán que estoy exagerando al venir. Pero había miles de esos grandes pun-

tos que considerar, y todos me agitaban y abrumaban. Pulí mis botas por segunda vez con mis propias manos; nada en el mundo habría inducido a Apolón a limpiarlas dos veces al día, pues consideraba que era más de lo que sus obligaciones le exigían. Robé los cepillos para limpiarlas del pasillo, teniendo cuidado de que no lo detectara, por temor a su desprecio. Luego examiné minuciosamente mi ropa y pensé que todo parecía viejo, desgastado y raído. Me había dejado llevar por la desidia. Mi uniforme, tal vez, estaba ordenado, pero no podía salir a cenar con mi uniforme. Lo peor era que en la rodilla de mi pantalón había una gran mancha amarilla. Tenía el presentimiento de que esa mancha me privaría de las nueve décimas partes de mi dignidad personal. Sabía, además, que era muy pobre pensar así. «Pero no es el momento de pensar: ahora me toca lo real», pensé, y mi corazón se hundió. También sabía, perfectamente, incluso entonces, que estaba exagerando monstruosamente los hechos. Pero, ¿cómo podía evitarlo? No podía controlarme y ya estaba temblando de fiebre. Me imaginaba con desesperación la frialdad y el desprecio con que me recibiría ese «canalla» de Zverkov; con qué desprecio insípido e invencible me miraría el cabeza de chorlito Trudolyubov; con qué grosería impúdica se reiría de mí el insecto Ferfitchkin para ganarse el favor de Zverkov; con qué intensidad lo asimilaría Simonov, y cómo me despreciaría por la abyección de mi vanidad y mi falta de espíritu, y, lo peor de todo, lo mezquino, lo poco literario, lo vulgar. Por supuesto, lo mejor sería no ir. Pero eso era lo más imposible de todo: si me siento impelido a hacer algo, parece que estoy obligado a hacerlo. Me habría burlado

de mí mismo siempre: «¡Así que te burlaste, te burlaste, te burlaste de verdad!» Por el contrario, anhelaba apasionadamente demostrar a toda esa «chusma» que no era en absoluto una criatura sin espíritu como me parecía a mí mismo. Es más, incluso en el paroxismo más agudo de esta fiebre cobarde, soñaba con llevar la delantera, con dominarlos, con arrastrarlos, con hacer que me quisieran, aunque sólo fuera por mi «elevación de pensamiento y mi inconfundible ingenio». Abandonarían a Zverkov, él se sentaría a un lado, silencioso y avergonzado, mientras yo lo aplastaría. Entonces, tal vez, nos reconciliaríamos y brindaríamos por nuestra eterna amistad; pero lo más amargo y humillante para mí era que ya entonces sabía, sabía plenamente y con certeza, que no necesitaba nada de todo esto realmente, que no quería realmente aplastar, someter, atraerlos, y que no me importaba una paja realmente el resultado, aunque lo consiguiera. Oh, ¡cómo rezaba para que el día pasara rápidamente! Con una angustia indecible, me dirigí a la ventana, abrí el cristal móvil y miré hacia fuera, a la oscuridad turbadora de la nieve húmeda que caía densamente. Por fin, mi pequeño y miserable reloj marcó las cinco. Me agarré el sombrero y, tratando de no mirar a Apollon, que llevaba todo el día esperando su sueldo del mes, pero que en su necedad no quería ser el primero en hablar de ello, me colé entre él y la puerta y, saltando a un trineo de alta gama, en el que gasté mi último medio rublo, me dirigí con gran estilo al Hôtel de Paris.

IV

La víspera estaba seguro de que sería el primero en llegar. Pero no se trataba de ser el primero en llegar. No sólo no estaban allí, sino que tuve dificultades para encontrar nuestra habitación. La mesa no estaba puesta. ¿Qué significaba eso? Después de muchas preguntas, conseguí que los camareros me dijeran que la cena se había pedido no para las cinco, sino para las seis. Esto se confirmó también en el buffet. Me daba mucha vergüenza seguir preguntando. Sólo eran las cinco y veinticinco minutos. Si habían cambiado la hora de la cena, al menos deberían habérmelo hecho saber, para eso está el correo, y no haberme puesto en una posición absurda ante mis propios ojos y… e incluso ante los camareros. Me senté; el criado empezó a poner la mesa; me sentí aún más humillado cuando él estuvo presente. Hacia las seis trajeron velas, aunque había lámparas encendidas en la sala. Sin embargo, al camarero no se le había ocurrido traerlas de inmediato cuando yo llegué. En la sala contigua, dos personas de aspecto sombrío y enfadado cenaban en silencio en dos mesas diferentes. Había mucho ruido, incluso gritos, en una habitación más alejada; se oían las risas de una multitud de personas y pequeños gritos desagradables en francés: había señoras en la cena. De hecho, era repugnante. Pocas veces pasé momentos más desagradables, hasta el punto de que cuando llegaron todos juntos puntualmente a las seis me alegré mucho de verlos, como si fueran mis libertadores, e incluso olvidé que me correspondía mostrar resentimiento. entró a la cabeza de ellos; evidentemente era el espíritu dirigente. Él y todos ellos se reían; pero, al verme, Zverkov se irguió un poco, se acercó a mí deliberadamente con una ligera y bas-

tante jocosa inclinación de la cintura. Me estrechó la mano de manera amistosa, pero no excesivamente amistosa, con una especie de cortesía circunspecta, como la de un general, como si al darme la mano se estuviera defendiendo de algo. Yo había imaginado, por el contrario, que al entrar en la casa, él soltaría de inmediato su habitual risa fina y estridente y se dedicaría a hacer sus insípidas bromas y ocurrencias. Me había estado preparando para ellos desde el día anterior, pero no había esperado tal condescendencia, tan alta cortesía oficial. Así que se sentía inefablemente superior a mí en todos los aspectos. Si sólo pretendía insultarme con ese tono tan oficial, no importaba, pensé, podría devolvérselo de una forma u otra. Pero, ¿y si, en realidad, sin el menor deseo de ser ofensivo, ese cabeza de chorlito tenía la noción en serio de que era superior a mí y sólo podía mirarme de manera condescendiente? La mera suposición me hizo jadear.

—Me sorprendió saber que deseabas unirte a nosotros —comenzó, ceceando y arrastrando las palabras, lo cual era algo nuevo—. Parece que tú y yo no nos hemos visto nada. Luchas con timidez contra nosotros. No deberíais hacerlo. No somos personas tan terribles como crees. Bueno, de todos modos, me alegro de renovar nuestra amistad.

Y se volvió despreocupadamente para dejar su sombrero en la ventana.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —preguntó Trudolyubov.

—Llegué a las cinco, como usted me dijo ayer —respondí

en voz alta, con una irritabilidad que amenazaba con una explosión.

—¿No le hiciste saber que habíamos cambiado la hora? —dijo Trudolyubov a Simonov.

—No, no lo hice. Se me olvidó —contestó éste, sin ninguna señal de arrepentimiento, y sin siquiera disculparse conmigo se fue a pedir el entremés.

—¿Así que has estado aquí una hora entera? ¡Oh, pobre hombre! —exclamó irónicamente Zverkov, pues para sus ideas esto debía ser sumamente gracioso.

Aquel bribón de Ferfitchkin siguió con su desagradable risita como si fuera un cachorro ladrando. Mi posición le pareció también exquisitamente ridícula y embarazosa.

—¡No tiene ninguna gracia! —le grité a Ferfitchkin, cada vez más irritado—. No ha sido culpa mía, sino de los demás. Se olvidaron de avisarme. Fue… fue… fue simplemente absurdo.

—No sólo es absurdo, sino algo más —murmuró Trudolyubov, tomando ingenuamente mi parte—. No es usted lo suficientemente duro con él. Fue simplemente una grosería, sin intención, por supuesto. Y cómo pudo Simonov… ¡hombre!

—Si a mí me hubieran hecho una jugarreta así —observó Ferfitchkin—, yo debería…

—Pero deberías haber pedido algo para ti —interrumpió Zverkov—, o simplemente pedir la cena sin esperarnos.

—Admitirás que podría haber hecho eso sin tu permiso —espeté—. Si he esperado, ha sido…

—Sentémonos, señores —gritó Simonov, entrando—. Todo está listo; puedo responder por el champán; está capitalmente congelado… Ya ve, no sabía su dirección, ¿dónde iba a buscarle?

Se volvió de repente hacia mí, pero de nuevo pareció evitar mirarme. Evidentemente, tenía algo contra mí. Debía de ser por lo ocurrido ayer.

Todos se sentaron; yo hice lo mismo. Era una mesa redonda. Trudolyubov estaba a mi izquierda, Simonov a mi derecha, Zverkov estaba sentado enfrente, Ferfitchkin al lado, entre él y Trudolyubov. «Dígame, ¿está usted… en una oficina del gobierno?» Zverkov siguió atendiéndome. Viendo que yo estaba avergonzado, pensó seriamente que debía ser amable conmigo y, por así decirlo, animarme.

—¿Quiere que le tire una botella a la cabeza? —pensé, furioso.

En mi novedoso entorno estaba anormalmente dispuesto a irritarme.

—En la N—oficina —respondí espasmódicamente, con los ojos puestos en mi plato.

—¿Y te han dado una litera? Digo, ¿por qué dejaste tu trabajo original?

—Lo que me llevó a dejar mi trabajo original —dije más que él, apenas capaz de controlarme.

Ferfitchkin soltó una carcajada. Simonov me miró con ironía. Trudolyubov dejó de comer y empezó a mirarme con curiosidad.

Zverkov hizo una mueca, pero trató de no notarlo.

—¿Y la remuneración?

—¿Qué remuneración?

—Quiero decir, su sa-a-lario.

—¿Por qué me interroga?

Sin embargo, le dije de inmediato cuál era mi salario. Me puse terriblemente rojo.

—No es muy atractivo —observó Zverkov majestuosamente.

—Sí, con eso no puedes permitirte cenar en los cafés —añadió Ferfitchkin con insolencia.

—Para mí es muy pobre —observó Trudolyubov con gravedad.

—¡Y qué delgado te has puesto! ¡Cómo has cambiado! —añadió Zverkov, con un matiz de veneno en su voz, escudriñándome a mí y a mi atuendo con una especie de compasión insolente.

—Oh, ahórrale el rubor —gritó Ferfitchkin, riéndose.

—Mi querido señor, permítame que le diga que no me estoy sonrojando —dije al fin—; ¿me oye? Estoy cenando aquí, en este café, a mis expensas, no a las de otras personas… fíjese, señor Ferfitchkin.

—¿Qué? ¿No está todo el mundo aquí cenando a sus expensas? Parece que usted es…

Ferfitchkin salió volando hacia mí, poniéndose tan rojo como una langosta, y mirándome a la cara con furia.

—Eso —respondí, sintiendo que había ido demasiado lejos—, y me imagino que sería mejor hablar de algo más inteligente.

—¿Pretendes hacer gala de tu inteligencia, supongo?

—No te molestes, eso estaría muy fuera de lugar aquí.

—¿Por qué está usted chasqueando así, mi buen señor, eh? ¿Se ha vuelto loco en su oficina?

—¡Basta, señores, basta! —gritó Zverkov, autoritariamente.

—¡Qué estupidez! —murmuró Simonov.

—Realmente es una estupidez. Nos hemos reunido aquí, una compañía de amigos, para una cena de despedida a un camarada y usted lleva a cabo un altercado —dijo Trudolyubov, dirigiéndose groseramente a mí solo—. Usted mismo se invitó a unirse a nosotros, así que no perturbe la armonía general.

—¡Basta, basta! —gritó Zverkov—. Déjenlo, señores, está fuera de lugar. Mejor déjenme contarles cómo casi me casé anteayer…

Y a continuación siguió una narración burlesca de cómo este señor había estado a punto de casarse dos días antes. Sin embargo, no hubo ni una palabra sobre el matrimonio,

sino que el relato estuvo adornado con generales, coroneles y kammer-junkers, mientras que Zverkov casi se puso a la cabeza de ellos. Fue recibido con risas de aprobación; Ferfitchkin chilló positivamente.

Nadie me prestó atención, y me senté aplastado y humillado. «¡Cielos, esta no es la gente para mí!» pensé. «¡Y qué ridículo he hecho ante ellos! Sin embargo, dejé que Ferfitchkin fuera demasiado lejos. Los brutos se imaginan que me hacen un honor al permitirme sentarme con ellos. No entienden que es un honor para ellos y no para mí. ¡He adelgazado! ¡Mi ropa! ¡Malditos sean mis pantalones! Zverkov se dio cuenta de la mancha amarilla en la rodilla nada más entrar… ¡Pero de qué sirve! Debo levantarme de inmediato, en este mismo momento, tomar mi sombrero y simplemente irme sin una palabra… ¡con desprecio! Y mañana puedo enviar un desafío. ¡Los sinvergüenzas! Como si me importaran los siete rublos. Pueden pensar… ¡Maldita sea! No me importan los siete rublos. Me iré ahora mismo».

Por supuesto que me quedé. Bebí jerez y Lafitte por copas en mi incomodidad. Al no estar acostumbrado, me afectó rápidamente. Mi fastidio aumentó a medida que el vino se me subía a la cabeza. Deseaba insultarlos a todos de la manera más flagrante y marcharme. Aprovechar el momento y mostrar lo que podía hacer, para que dijeran: «Es inteligente, aunque es absurdo», y… y… de hecho, ¡malditos sean todos!

Los escudriñé a todos insolentemente con mis ojos somnolientos. Pero parecían haberse olvidado de mí por comple-

to. Eran ruidosos, vociferantes, alegres. Zverkov no paraba de hablar. Empecé a escuchar. Zverkov hablaba de una exuberante dama a la que había llevado a declarar su amor (por supuesto, mentía como un caballo), y de cómo había sido ayudado en este asunto por un íntimo amigo suyo, un príncipe Kolya, oficial de los húsares, que tenía tres mil siervos.

—Y, sin embargo, ese Kolya, que tiene tres mil siervos, no se ha presentado aquí esta noche para despedirte —interrumpí de repente.

Durante un minuto todos guardaron silencio.

—Ya estás borracho.

Trudolyubov se dignó por fin a fijarse en mí, mirando despectivamente en mi dirección. Zverkov, sin decir nada, me examinó como si fuera un insecto. Bajé los ojos. Simonov se apresuró a llenar las copas de champán.

Trudolyubov levantó su copa, al igual que todos los demás, excepto yo.

—¡A su salud y buena suerte en el viaje! —gritó a Zverkov—. ¡Por los viejos tiempos, por nuestro futuro, hurra!

Todos tiraron sus copas y se agolparon alrededor de Zverkov para besarlo. Yo no me moví; mi vaso lleno quedó intacto ante mí.

—¿Por qué, no vas a beberlo? —rugió Trudolyubov, perdiendo la paciencia y volviéndose amenazadoramente hacia mí.

—Quiero hacer un discurso por separado, por mi cuenta… y entonces me lo beberé, señor Trudolyubov.

—¡Bruto rencoroso! —murmuró Simonov.

Me incorporé en mi silla y tomé febrilmente mi vaso, preparado para algo extraordinario, aunque ni yo mismo sabía con precisión lo que iba a decir.

—¡Silencio! —gritó Ferfitchkin—. ¡Ahora una muestra de ingenio!

Zverkov esperó muy serio, sabiendo lo que se avecinaba.

—Señor teniente Zverkov —empecé—, permítame decirle que odio las frases, los fraseadores y los hombres con corsé… ese es el primer punto, y hay un segundo que le sigue.

Hubo un revuelo general.

—El segundo punto es: Odio la chabacanería y los habladores chabacanos. Especialmente a los charlatanes. El tercer punto: amo la justicia, la verdad y la honestidad —continué casi mecánicamente, pues yo mismo empezaba a temblar de horror y no tenía idea de cómo había llegado a hablar así—. Amo el pensamiento, Monsieur Zverkov; amo la verdadera camaradería, en igualdad de condiciones y no… H'm… Amo… Pero, sin embargo, ¿por qué no? Yo también beberé a su salud, señor Zverkov. Seduzca a las chicas circasianas, dispare a los enemigos de la patria y… ¡a su salud, señor Zverkov!

Zverkov se levantó de su asiento, se inclinó hacia mí y dijo:

—Le estoy muy agradecido.

Se sintió terriblemente ofendido y se puso pálido.

—¡Maldito sea el tipo! —rugió Trudolyubov, haciendo caer su puño sobre la mesa.

—Bueno, quiere un puñetazo en la cara por eso —chilló Ferfitchkin.

—Deberíamos echarlo —murmuró Simonov.

—¡Ni una palabra, señores, ni un movimiento! —gritó Zverkov solemnemente, frenando la indignación general—. Les agradezco a todos, pero puedo demostrarle por mí mismo el valor que le doy a sus palabras.

—¡Señor Ferfitchkin, mañana me dará usted satisfacción por sus palabras de hace un momento! —dije en voz alta, volviéndome con dignidad hacia Ferfitchkin.

—¿Un duelo, quiere decir? Desde luego —respondió.

Pero probablemente fui tan ridículo al desafiarle y estaba tan fuera de lugar en mi apariencia que todos, incluido Ferfitchkin, se postraron de risa.

—¡Sí, déjenlo en paz, por supuesto! Está bastante borracho —dijo Trudolyubov con disgusto.

—Nunca me perdonaré haberle dejado unirse a nosotros —volvió a murmurar Simonov.

—Ahora es el momento de lanzarles una botella a la cabeza —pensé.

Cogí la botella… y llené mi vaso…

—No, será mejor que me quede hasta el final —seguí pensando—; os complacería, amigos míos, que me fuera. Nada me inducirá a irme. Seguiré sentado y bebiendo hasta el final, a propósito, como señal de que no os considero de la menor importancia. Seguiré sentado y bebiendo, porque esto es una casa pública y he pagado mi entrada. Me sentaré aquí y beberé, porque os considero como otros tantos peones, como peones inanimados. Me sentaré aquí y beberé… y cantaré si quiero, sí, cantaré, porque tengo derecho a… a cantar… ¡Hombre!

Pero no canté. Simplemente traté de no mirar a ninguno de ellos. Adopté la actitud más despreocupada y esperé con impaciencia a que ellos hablaran primero. Pero, por desgracia, ¡no se dirigieron a mí! Y ¡oh, cómo deseaba, cómo deseaba en ese momento reconciliarme con ellos! Dieron las ocho, por fin las nueve. Pasaron de la mesa al sofá. Zverkov se estiró en la tumbona y puso un pie sobre la mesa redonda. Le trajeron vino. De hecho, pidió tres botellas por su cuenta. Yo, por supuesto, no fui invitado a unirme a ellos. Todos se sentaron a su alrededor en el sofá. Le escucharon, casi con reverencia. Era evidente que le tenían cariño. «¿Para qué? ¿Para qué?» me preguntaba. De vez en cuando se dejaban llevar por el entusiasmo y se besaban. Hablaban del Cáucaso, de la naturaleza de la verdadera pasión, de las cómodas literas en el servicio, de los ingresos de un húsar llamado Podharzhevsky, al que ninguno de ellos conocía personalmente, y se regocijaban en la amplitud de los mismos, de la extraordinaria gracia y belleza de una princesa D., a la que ninguno de ellos

había visto jamás; luego se habló de que Shakespeare era inmortal.

Sonreí despectivamente y caminé de un lado a otro de la habitación, frente al sofá, de la mesa a la estufa y viceversa. Me esforcé al máximo para demostrarles que podía prescindir de ellos, y aún así hice ruido a propósito con mis botas, golpeando con los talones. Pero todo fue en vano. No me hicieron caso. Tuve la paciencia de caminar de arriba abajo frente a ellos desde las ocho hasta las once, en el mismo lugar, de la mesa a la estufa y de vuelta. «Subo y bajo para complacerme y nadie puede impedírmelo». El camarero que entraba en la sala se detenía, de vez en cuando, a mirarme. Yo estaba algo mareado de tanto girar; por momentos me parecía que estaba delirando. Durante esas tres horas me empapé tres veces de sudor y me volví a secar. A veces, con una intensa y aguda punzada, se me clavaba en el corazón el pensamiento de que pasarían diez años, veinte años, cuarenta años, y que incluso dentro de cuarenta años recordaría con repugnancia y humillación aquellos momentos más sucios, más ridículos y más horribles de mi vida. Nadie podría haberse desvivido por degradarse más desvergonzadamente, y yo me daba cuenta de ello, plenamente, y sin embargo seguía paseando de arriba abajo desde la mesa hasta la estufa. «¡Oh, si supieras de qué pensamientos y sentimientos soy capaz, qué culto soy!». pensaba por momentos, dirigiéndome mentalmente al sofá en el que estaban sentados mis enemigos. Pero mis enemigos se comportaban como si yo no estuviera en la habitación. Una vez —una vez— se volvieron hacia mí,

justo cuando Zverkov hablaba de Shakespeare, y de repente solté una carcajada despectiva. Me reí de un modo tan afectado y repugnante que todos interrumpieron a la vez su conversación, y en silencio y con gravedad, durante dos minutos, me observaron ir y venir de la mesa a la estufa, sin hacerles caso. Pero no se hizo nada: no dijeron nada, y dos minutos después dejaron de fijarse en mí. Eran las once.

—Amigos —gritó Zverkov levantándose del sofá—, ¡vamos a salir ya todos!

—Por supuesto, por supuesto —asintieron los demás.

Me volví bruscamente hacia Zverkov. Estaba tan acosado, tan agotado, que me habría cortado el cuello para ponerle fin. Tenía fiebre; el pelo, empapado de sudor, se me pegaba a la frente y a las sienes.

—Zverkov, te pido perdón —dije con brusquedad y decisión—. Ferfitchkin, el tuyo también, y el de todos, el de todos: ¡Los he insultado a todos!

—¡Ajá! Un duelo no está en tu línea, viejo —siseó Ferfitchkin venenosamente.

Esto envió una aguda punzada a mi corazón.

—¡No, no es el duelo lo que temo, Ferfitchkin! Estoy dispuesto a batirme contigo mañana, después de que nos hayamos reconciliado. Insisto en ello, de hecho, y no puedes negarte. Quiero demostrarte que no tengo miedo a un duelo. Tú dispararás primero y yo dispararé al aire.

—Se está consolando —dijo Simonov.

—Simplemente está desvariando —dijo Trudolyubov.

—Pero déjenos pasar. ¿Por qué nos impiden el paso? ¿Qué queréis?

Zverkov respondió con desdén. Todos estaban sonrojados, sus ojos brillaban: habían bebido mucho.

—Te pido tu amistad, Zverkov; te he insultado, pero…

—¿Insultado? ¿me has insultado? Comprenda, señor, que usted nunca, bajo ninguna circunstancia, podría insultarme.

—Y eso es suficiente para usted. ¡Fuera del camino! —concluyó Trudolyubov.

—¡Olimpia es mía, amigos, eso está acordado! —gritó Zverkov.

—No discutiremos tu derecho, no discutiremos tu derecho —respondieron los otros, riendo.

Me quedé como si me hubieran escupido. El grupo salió ruidosamente de la sala. Trudolyubov entonó una estúpida canción. Simonov se quedó un momento para dar propina a los camareros. De repente me acerqué a él.

—¡Simonov! ¡Dame seis rublos! —dije, con desesperada resolución.

Me miró con extremo asombro, con los ojos vacíos. También él estaba borracho.

—¿No querrá decir que viene con nosotros?

—Sí.

—No tengo dinero —soltó, y con una risa desdeñosa salió de la habitación.

Me aferré a su abrigo. Era una pesadilla.

—Simonov, he visto que tienes dinero. ¿Por qué me rechazas? ¿Soy un sinvergüenza? Cuidado con negarme: ¡si supieras, si supieras por qué te lo pido! Todo mi futuro, todos mis planes dependen de ello.

Simonov sacó el dinero y casi me lo arrojó.

—¡Tómalo, si no tienes sentido de la vergüenza! —pronunció sin piedad, y corrió a alcanzarlos.

Me quedé un momento solo. Desorden, restos de la cena, una copa de vino rota en el suelo, vino derramado, colillas de cigarrillos, vapores de la bebida y delirio en mi cerebro, una miseria agónica en mi corazón y, finalmente, el camarero, que lo había visto y oído todo y me miraba inquisitivamente a la cara.

—¡Voy a ir allí! —grité—. ¡O todos se pondrán de rodillas para suplicar mi amistad, o le daré una bofetada a Zverkov!

V

—Así que esto es, esto es por fin: el contacto con la vida real —murmuré mientras corría de cabeza escaleras abajo—. ¡Esto es muy diferente a que el Papa deje Roma y se vaya a Brasil, muy diferente al baile en el lago Como!

—Eres un canalla —me pasó por la cabeza un pensamiento—, si te ríes de esto ahora.

—¡No importa! —grité, respondiéndome a mí mismo—.

¡Ahora todo está perdido!

No se veía ningún rastro de ellos, pero eso no importaba: sabía adónde habían ido.

En la escalinata había un solitario conductor de trineo nocturno con un tosco abrigo de campesino, empolvado por la nieve que aún caía, húmeda y como si fuera cálida. Hacía calor y vapor. El pequeño y peludo caballo picaflor también estaba cubierto de nieve y tosía, lo recuerdo muy bien. Me apresuré a subir al trineo, pero en cuanto levanté el pie para entrar en él, el recuerdo de cómo Simonov acababa de darme seis rublos pareció doblarme y caí en el trineo como un saco.

—No, debo hacer mucho para compensar todo eso —grité—. Pero lo compensaré o pereceré en el acto esta misma noche. ¡Arranca!

Nos pusimos en marcha. Había un perfecto torbellino en mi cabeza.

—No se arrodillarán para suplicar mi amistad. Eso es un espejismo, un espejismo barato, repugnante, romántico y fantasioso; eso es otra bola en el lago de Como. ¡Y por eso estoy obligado a abofetear la cara de Zverkov! Es mi deber. Y así está decidido; estoy volando para darle una bofetada en la cara. ¡Deprisa!

El conductor tiró de las riendas.

—En cuanto entre le daré. ¿Debo, antes de darle la bofetada, decir unas palabras a modo de preámbulo? No. Simplemente entraré y le daré. Estarán todos sentados en el salón,

y él con Olympia en el sofá. ¡Esa maldita Olympia! Se rió de mis miradas en una ocasión y me rechazó. ¡Le tiraré del pelo a Olimpia y le tiraré de las orejas a Zverkov! No, mejor una oreja, y tirar de él por la habitación. Tal vez todos comiencen a golpearme y me echen. Eso es lo más probable, de hecho. ¡No importa! De todos modos, primero le daré una bofetada; la iniciativa será mía; y por las leyes del honor eso lo es todo: quedará marcado y no podrá borrar la bofetada con ningún golpe, con nada más que un duelo. Se verá obligado a luchar. Y que me golpeen ahora. ¡Que lo hagan, los ingratos infelices! Trudolyubov me pegará más fuerte, es tan fuerte; Ferfitchkin seguro que me agarra de costado y me tira del pelo. ¡Pero no importa, no importa! A eso voy. ¡Los cabezas de chorlito se verán obligados por fin a ver la tragedia de todo esto! Cuando me arrastren a la puerta les gritaré que en realidad no valen mi dedo meñique. Suba, conductor, suba —le grité al conductor.

Él se puso en marcha y agitó su látigo, grité tan salvajemente.

—Lucharemos al amanecer, eso está decidido. He terminado con la oficina. Ferfitchkin acaba de hacer una broma al respecto. Pero, ¿dónde puedo conseguir pistolas? ¡Tonterías! Recibiré mi salario por adelantado y las compraré. ¿Y pólvora, y balas? Eso es cosa del segundo. ¿Y cómo se puede hacer todo al amanecer? ¿Y dónde voy a conseguir un segundo? No tengo amigos. Tonterías —grité, azotándome más y más—. ¡No tiene importancia! La primera persona que encuentre en la calle está obligada a ser mi segundo, igual que estaría obligada a sacar del agua a un

ahogado. Pueden ocurrir las cosas más excéntricas. Incluso si le pidiera al propio director que fuera mi segundo mañana, estaría obligado a consentir, aunque sólo fuera por un sentimiento de caballerosidad, y a guardar el secreto. Anton Antonitch…

El hecho es que en aquel mismo instante la repugnante absurdidad de mi plan y el otro lado de la cuestión eran más claros y vívidos para mi imaginación de lo que podría serlo para nadie en la tierra. Pero…

—¡Suba, conductor, suba, bribón, suba!

—¡Uf, señor! —dijo el hijo del trabajo.

De repente me recorrieron escalofríos. ¿No sería mejor… ir directamente a casa? ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me invité ayer a esta cena? Pero no, es imposible. ¿Y mi caminar arriba y abajo durante tres horas de la mesa a la estufa? ¡No, ellos, ellos y nadie más deben pagar por mi caminar arriba y abajo! ¡Deben acabar con este deshonor! ¡Conduce!

¿Y qué pasa si me entregan en custodia? No se atreverán. Tendrán miedo del escándalo. ¿Y si Zverkov es tan despectivo que se niega a batirse en duelo? Seguro que sí; pero en ese caso les mostraré… Me presentaré en la estación de correos cuando salga mañana, le cogeré por la pierna, le quitaré el abrigo cuando suba al vagón. Le clavaré los dientes en la mano y le morderé. «¡Vean hasta dónde pueden llevar a un hombre desesperado!» Puede que me golpee en la cabeza y que me maltraten por detrás. Gritaré a la multitud reunida: «¡Miren a este joven cachorro que se

va a cautivar a las chicas circasianas después de dejarme escupir en su cara!»

Por supuesto, ¡después todo habrá terminado! La oficina habrá desaparecido de la faz de la tierra. Me arrestarán, me juzgarán, me despedirán del servicio, me meterán en la cárcel, me enviarán a Siberia. ¡No importa! Dentro de quince años, cuando me dejen salir de la cárcel, iré caminando hacia él, como un mendigo, en harapos. Lo encontraré en alguna ciudad de provincias. Estará casado y será feliz. Tendrá una hija adulta… Le diré: «¡Mira, monstruo, mis mejillas hundidas y mis harapos! Lo he perdido todo: mi carrera, mi felicidad, el arte, la ciencia, la mujer que amaba, y todo por ti. Aquí hay pistolas. He venido a descargar mi pistola y… y yo… te perdono. Entonces dispararé al aire y no oirá nada más de mí…»

En realidad, estuve a punto de llorar, aunque en aquel momento sabía perfectamente que todo aquello estaba sacado del Silvio de Pushkin y de la Mascarada de Lermontov. Y de repente me sentí terriblemente avergonzado, tanto que detuve el caballo, bajé del trineo y me quedé quieto en la nieve, en medio de la calle. El conductor me miró, suspirando y asombrado.

¿Qué iba a hacer? No podía seguir allí, era evidentemente una estupidez, y no podía dejar las cosas como estaban, porque parecería que… Cielos, ¡cómo iba a dejar las cosas! ¡Y después de tales insultos! «¡No!» grité, arrojándome de nuevo al trineo. «¡Está ordenado! ¡Es el destino! Sigue, sigue».

Y en mi impaciencia golpeé al conductor del trineo en la nuca. «¿Qué pretendes? ¿Por qué me pegas?», gritó el campesino, pero azotó su jamelgo para que empezara a patalear.

La nieve húmeda caía en grandes copos; me desabroché, sin importarme. Me olvidé de todo lo demás, pues por fin me había decidido por la bofetada, y sentí con horror que iba a ocurrir ahora, de inmediato, y que ninguna fuerza podría detenerla. Las desiertas farolas de la calle brillaban hoscamente en la nevada oscuridad como antorchas en un funeral. La nieve se deslizaba bajo mi abrigo, bajo mi abrigo, bajo mi corbata, y se derretía allí. No me abrigué; de todos modos, todo estaba perdido.

Por fin llegamos. Salí de un salto, casi inconsciente, subí corriendo los escalones y comencé a golpear y patear la puerta. Me sentía terriblemente débil, sobre todo en las piernas y las rodillas. La puerta se abrió rápidamente, como si supieran que yo venía. De hecho, Simonov les había advertido que tal vez llegaría otro caballero, y éste era un lugar en el que había que avisar y observar ciertas precauciones. Era uno de esos «establecimientos de sombrerería» que la policía abolió hace tiempo. De día era realmente una tienda; pero de noche, si uno tenía una presentación, podía visitarla con otros fines.

Atravesé rápidamente la oscura tienda y entré en el familiar salón, donde sólo había una vela encendida, y me quedé inmóvil de asombro: no había nadie. «¿Dónde están?» pregunté a alguien. Pero ahora, por supuesto, se habían separado. Ante mí estaba una persona con una sonrisa es-

túpida, la propia «madame», que me había visto antes. Un minuto después se abrió una puerta y entró otra persona.

Sin hacer caso de nada, me paseé por la habitación y, creo, hablé solo. Me sentí como si me hubieran salvado de la muerte y fui consciente de ello, alegremente, por todas partes: ¡Tendría que haber dado esa bofetada, ciertamente, ciertamente la habría dado! Pero ahora no estaban aquí y… ¡todo había desaparecido y cambiado! Miré a mi alrededor. Todavía no podía darme cuenta de mi estado. Miré mecánicamente a la muchacha que había entrado: y tuve una visión de un rostro fresco, joven, más bien pálido, con cejas rectas y oscuras, y con ojos graves, como maravillados, que me atrajeron de inmediato; la habría odiado si hubiera estado sonriendo. Empecé a mirarla con más atención y, por así decirlo, con esfuerzo. No había ordenado del todo mis pensamientos. Había algo sencillo y bondadoso en su rostro, pero algo extrañamente grave. Estoy seguro de que esto se interponía en su camino, y que ninguno de aquellos tontos se había fijado en ella. Sin embargo, no se podía decir que fuera una belleza, aunque era alta, de aspecto fuerte y de buena constitución. Iba vestida de forma muy sencilla. Algo repugnante se agitó en mi interior. Me acerqué a ella.

Por casualidad, la miré por el cristal. Mi rostro acosado me pareció extremadamente repugnante, pálido, enfadado, abyecto, con el pelo revuelto. «No importa, me alegro de ello», pensé; «me alegro de parecerle repulsivo; eso me gusta».

VI

… En algún lugar, detrás de un biombo, un reloj comenzó a resollar, como si estuviera oprimido por algo, como si alguien lo estuviera estrangulando. Después de un silbido anormalmente prolongado, siguió un tañido estridente, desagradable y como si fuera inesperadamente rápido, como si alguien saltara de repente hacia delante. El sonido fue el segundo. Me desperté, aunque en realidad no había estado dormido, sino tumbado medio inconsciente.

Estaba casi completamente a oscuras en la estrecha y estrecha habitación, llena de un enorme armario y montones de cajas de cartón y todo tipo de cachivaches y basura. La vela que había estado encendida sobre la mesa se apagaba y daba un débil parpadeo de vez en cuando. En pocos minutos habría una oscuridad total.

No tardé en volver en mí; todo volvió a mi mente de inmediato, sin esfuerzo, como si hubiera estado emboscado para abalanzarse de nuevo sobre mí. Y, en efecto, incluso mientras estaba inconsciente, un punto parecía permanecer continuamente en mi memoria sin ser olvidado, y en torno a él mis sueños se movían lúgubremente. Pero, por extraño que parezca, todo lo que me había sucedido en aquel día me parecía ahora, al despertar, que estaba en un pasado muy, muy lejano, como si hubiera vivido todo aquello hace mucho, mucho tiempo.

Mi cabeza estaba llena de humos. Algo parecía rondar sobre mí, despertándome, excitándome e inquietándome. La miseria y el rencor parecían surgir de nuevo en mí y buscar una salida. De repente vi a mi lado dos ojos muy abiertos que me escudriñaban con curiosidad y persistencia. La mi-

rada de esos ojos era fríamente distante, hosca, como si fuera totalmente remota; me pesaba.

Una idea sombría llegó a mi cerebro y recorrió todo mi cuerpo, como una sensación horrible, como la que uno siente cuando entra en un sótano húmedo y mohoso. Había algo antinatural en aquellos dos ojos, que empezaban a mirarme sólo ahora. Recordé, además, que durante esas dos horas no había dicho ni una sola palabra a esa criatura, y que, de hecho, lo había considerado totalmente superfluo; de hecho, el silencio me había gratificado por alguna razón. Ahora, de repente, me di cuenta vívidamente de la horrible idea —asquerosa como una araña— del vicio, que, sin amor, comienza burda y descaradamente con aquello en lo que el verdadero amor encuentra su consumación. Durante mucho tiempo nos miramos así, pero ella no bajó los ojos ante los míos y su expresión no cambió, por lo que al final me sentí incómodo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté bruscamente, para poner fin a la situación.

—Liza —respondió casi en un susurro, pero de alguna manera lejos de la gracia, y desvió la mirada.

Me quedé en silencio.

—¡Qué tiempo! La nieve… ¡es asquerosa! —dije, casi para mis adentros, pasando el brazo por debajo de la cabeza con desánimo y mirando al techo.

Ella no respondió. Esto era horrible.

—¿Siempre has vivido en Petersburgo? —pregunté un mi-

nuto después, casi con rabia, girando ligeramente la cabeza hacia ella.

—No.

—¿De dónde vienes?

—De Riga —respondió de mala gana.

—¿Eres alemana?

—No, rusa.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—¿Dónde?

—¿En esta casa?

—Una quincena.

Hablaba cada vez con más dificultad. La vela se apagó; ya no pude distinguir su rostro.

—¿Tienes padre y madre?

—Sí… no… Tengo.

—¿Dónde están?

—Allí… en Riga.

—¿Qué son?

—Oh, nada.

—¿Nada? ¿Por qué, qué clase son?

—Comerciantes.

—¿Siempre has vivido con ellos?

—Sí.

—¿Qué edad tienes?

—Veinte.

—¿Por qué los dejaste?

—Oh, por ninguna razón.

Esa respuesta significaba «Déjenme solo; me siento mal, triste».

Nos quedamos en silencio.

Dios sabe por qué no me fui. Me sentía cada vez más enferma y triste. Las imágenes del día anterior empezaron por sí mismas, al margen de mi voluntad, a revolotear por mi memoria de forma confusa. De pronto recordé algo que había visto esa mañana cuando, lleno de pensamientos ansiosos, me apresuraba a ir a la oficina.

—Ayer les vi sacar un ataúd y casi se les cae —dije de repente en voz alta, no es que quisiera abrir la conversación, sino como por casualidad.

—¿Un ataúd?

—Sí, en el Haymarket; lo sacaban de un sótano.

—¿De un sótano?

—No de una bodega, sino de un sótano. Oh, ya sabes… abajo… de una casa de mala fama. Estaba todo sucio… Cáscaras de huevo, basura… un hedor. Era repugnante.

Silencio.

—Un día desagradable para ser enterrado —comencé, simplemente para evitar el silencio.

—¿Desagradable, en qué sentido?

—La nieve, la humedad.

(Bostezo.)

—Da igual —dijo de repente, tras un breve silencio.

—No, es horrible.

(Volví a bostezar).

—Los sepultureros deben haber jurado empaparse con la nieve. Y debió de haber agua en la tumba.

—¿Por qué agua en la tumba? —preguntó ella, con una especie de curiosidad, pero hablando aún más dura y bruscamente que antes.

De repente empecé a sentirme provocado.

—Porque, debe haber habido agua en el fondo a un pie de profundidad. No se puede cavar una tumba seca en el cementerio de Volkovo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque el lugar está anegado. Es un pantano normal. Así que los entierran en el agua. Yo mismo lo he visto… muchas veces.

(Yo no lo había visto ni una sola vez, de hecho nunca había estado en Volkovo, y sólo había oído historias al respecto).

—¿Quieres decir que no te importa cómo mueres?

—Pero, ¿por qué habría de morir? —respondió ella, como si se defendiera.

—Porque algún día morirás, y morirás igual que esa mujer muerta. Ella era… una chica como tú. Murió de tisis.

—Una moza habría muerto en el hospital…

(Ella ya lo sabe: ha dicho

—moza —no—, chica).

—Estaba endeudada con su señora —repliqué, cada vez más provocado por la discusión—; y siguió ganando dinero para ella hasta el final, aunque estaba tísica. Algunos conductores de trineos que estaban allí hablaban de ella a algunos soldados y se lo decían. Sin duda la conocían. Se reían. Iban a reunirse en un bar para brindar por su memoria.

Gran parte de esto fue una invención mía. Siguió el silencio, un profundo silencio. Ella no se movió.

—¿Y es mejor morir en un hospital?

—¿No es lo mismo? Además, ¿por qué debería morir? —añadió irritada.

—Si no es ahora, un poco más tarde.

—¿Por qué un poco más tarde?

—¿Por qué, en efecto? Ahora eres joven, bonita, fresca, alcanzas un alto precio. Pero después de otro año de esta vida serás muy diferente; te irás.

—¿Dentro de un año?

—De todos modos, dentro de un año valdrás menos —continué con malicia—. Pasarás de aquí a algo más bajo, a otra casa; un año después, a una tercera, cada vez más baja, y en siete años llegarás a un sótano en el Haymarket. Eso será si tienes suerte. Pero sería mucho peor si contrajeras alguna enfermedad, tisis, digamos… y cogieras un resfriado, o algo así. No es fácil superar una enfermedad en tu forma de vida. Si coges algo no te puedes librar de ello. Y así morirías.

—Oh, bueno, entonces me moriré —contestó ella, bastante vengativa, e hizo un rápido movimiento.

—Pero uno lo siente.

—¿Perdón por quién?

—Lo siento por la vida.

Silencio.

—¿Te has comprometido a casarte? ¿Eh?

—¿Qué es eso para ti?

—Oh, no te estoy repreguntando. No es nada para mí. ¿Por qué estás tan enfadado? Por supuesto que puedes haber tenido tus propios problemas. ¿Qué es para mí? Es simplemente que lo siento.

—¿Lo sientes por quién?

—Lo siento por ti.

—No hace falta —susurró apenas audible, y volvió a hacer un débil movimiento.

Eso me indignó de inmediato. ¿Qué? Yo era tan gentil con ella, y ella…

—¿Por qué, crees que estás en el camino correcto?

—No creo nada.

—Eso es lo malo, que no piensas. Date cuenta mientras aún hay tiempo. Todavía hay tiempo. Todavía eres joven, guapa; podrías amar, casarte, ser feliz…

—No todas las mujeres casadas son felices —le espetó en el tono brusco y grosero que había utilizado al principio.

—No todas, por supuesto, pero de todos modos es mucho mejor que la vida aquí. Infinitamente mejor. Además, con amor se puede vivir incluso sin felicidad. Incluso en el dolor la vida es dulce; la vida es dulce, se viva como se viva. Pero aquí, ¿qué hay más que…? ¡Uf!

Me aparté con disgusto; ya no razonaba fríamente. Empecé a sentir yo mismo lo que estaba diciendo y me calenté con el tema. Ya tenía ganas de exponer las ideas acariciadas que había rumiado en mi rincón. De repente, algo se encendió en mí. Un objeto había aparecido ante mí.

—No importa que esté aquí, no soy un ejemplo para ti. Soy, tal vez, peor que tú. Pero estaba borracho cuando llegué aquí —me apresuré a decir en defensa propia—. Además, un hombre no es un ejemplo para una mujer. Es una cosa diferente. Puedo degradarme y mancillarme, pero no soy esclava de nadie. Voy y vengo, y se acabó. Me sacudo y soy un hombre diferente. Pero tú eres un esclavo desde el principio. Sí, un esclavo. Renuncias a todo, a toda tu li-

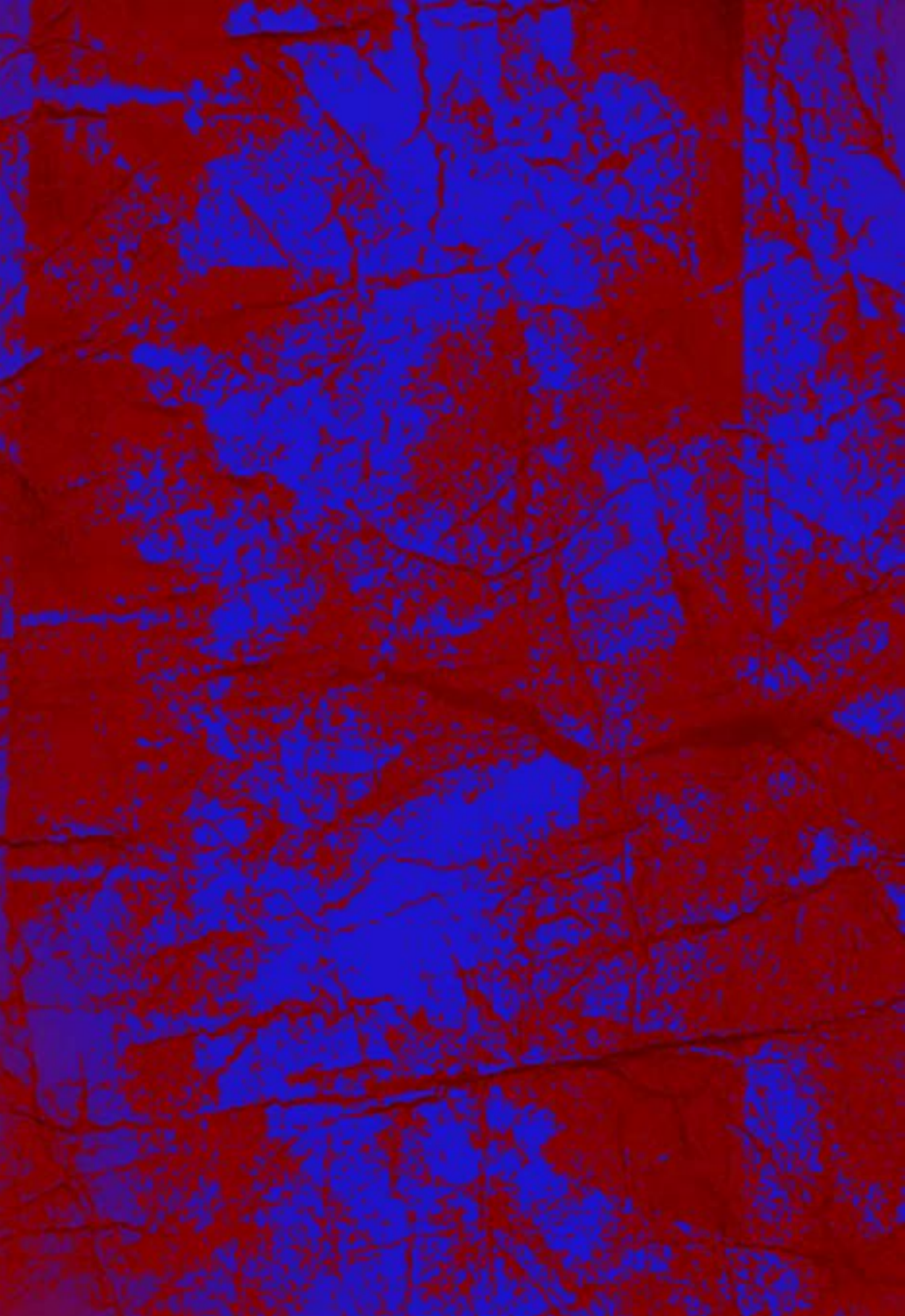
bertad. Si después quieres romper tus cadenas, no podrás; estarás cada vez más aprisionado en las trampas. Es una esclavitud maldita. Lo sé. No hablaré de nada más, tal vez no lo entiendas, pero dime: ¿sin duda estás en deuda con tu señora? Ya ves —añadí, aunque ella no respondió, sino que se limitó a escuchar en silencio, completamente absorta—, ¡eso es una esclavitud para ti! Nunca comprarás tu libertad. Ellos se encargarán de ello. Es como vender tu alma al diablo… Y además… tal vez, yo también soy igual de desafortunado —¿cómo lo sabes?— y me revuelco en el barro a propósito, por miseria. Ya sabes, los hombres toman para beber de la pena; bueno, tal vez estoy aquí de la pena. Vamos, dime, ¿qué hay de bueno aquí? Aquí tú y yo… nos hemos juntado hace un momento y no nos hemos dicho ni una palabra en todo el tiempo, y sólo después has empezado a mirarme como una criatura salvaje, y yo a ti. ¿Es eso amoroso? ¿Es así como un ser humano debe conocer a otro? Es horrible, eso es lo que es.

—¡Sí! —asintió ella brusca y apresuradamente.

Me quedé positivamente asombrado por la prontitud de este «Sí». Así que el mismo pensamiento puede haber pasado por su mente cuando me estaba mirando justo antes. ¿Así que ella también era capaz de tener ciertos pensamientos? «¡Maldita sea, esto era interesante, esto era un punto de semejanza!» pensé, casi frotándome las manos. Y es que, efectivamente, ¡es fácil convertir un alma joven en algo así!

Fue el ejercicio de mi poder lo que más me atrajo.





Volvió la cabeza más cerca de mí, y me pareció en la oscuridad que se apoyaba en su brazo. Tal vez me estaba escudriñando. Cómo lamenté no poder ver sus ojos. Oí su profunda respiración.

—¿Por qué has venido aquí? —le pregunté, con una nota de autoridad ya en mi voz.

—Oh, no lo sé.

—¡Pero qué bonito sería vivir en la casa de tu padre! Es cálida y libre; tienes un hogar propio.

—Pero, ¿y si es peor que esto?

—Debo adoptar el tono adecuado —pasó por mi mente—. Puede que no llegue lejos con el sentimentalismo.

Pero fue sólo un pensamiento momentáneo. Juro que ella realmente me interesaba. Además, estaba agotado y de mal humor. Y la astucia va tan fácilmente de la mano del sentimiento.

—¡Quien lo niega!

Me apresuré a responder.

—Puede ocurrir cualquier cosa. Estoy convencida de que alguien te ha perjudicado, y de que estás más pecador que pecadora. Por supuesto, no sé nada de tu historia, pero no es probable que una chica como tú haya venido aquí por su propia inclinación…

—¿Una chica como yo? —susurró ella, apenas audible; pero yo la oí.

Maldita sea, la estaba halagando. Eso era horrible. Pero

quizás era algo bueno… Se quedó callada.

—Mira, Liza, te hablaré de mí. Si hubiera tenido un hogar desde la infancia, no sería lo que soy ahora. A menudo pienso eso. Por muy malo que sea en casa, de todas formas son tu padre y tu madre, y no enemigos, extraños. Una vez al año, al menos, te demostrarán su amor. De todos modos, sabes que estás en casa. Yo crecí sin hogar; y tal vez por eso me he vuelto tan… insensible.

Esperé de nuevo. «Quizá no lo entienda», pensé, «y, de hecho, es absurdo: es una moralina».

—Si yo fuera padre y tuviera una hija, creo que querría a mi hija más que a mis hijos, de verdad —empecé indirectamente, como si hablara de otra cosa, para distraer su atención.

Debo confesar que me sonrojé.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Ah, así que estaba escuchando.

—No lo sé, Liza. Conocí a un padre que era un hombre severo y austero, pero que se arrodillaba ante su hija, le besaba las manos, los pies. Cuando ella bailaba en las fiestas, se quedaba cinco horas seguidas mirándola. Estaba loco por ella: ¡Lo entiendo! Ella se dormía cansada por la noche, y él se despertaba para besarla mientras dormía y hacer la señal de la cruz sobre ella. Iba con un abrigo viejo y sucio, era tacaño con todos los demás, pero se gastaba hasta el último céntimo por ella, haciéndole regalos caros, y era su mayor alegría cuando ella se alegraba de lo que le

daba. Los padres siempre quieren a sus hijas más que las madres. Algunas chicas viven felices en casa. Y creo que nunca debería dejar que mis hijas se casaran.

—¿Y ahora qué? —dijo ella, con una leve sonrisa.

—Debería estar celosa, realmente debería. Pensar que debería besar a cualquier otro. Que ame a un extraño más que a su padre. Es doloroso imaginarlo. Por supuesto, todo eso es una tontería, por supuesto que todo padre sería razonable al fin. Pero creo que antes de dejarla casarse, debería preocuparme hasta la muerte; debería encontrar faltas en todos sus pretendientes. Pero debería terminar dejándola casarse con quien ella misma amara. El que la hija ama siempre le parece lo peor al padre, sabes. Siempre es así. Tantos problemas familiares vienen de eso.

—Algunos se alegran de vender a sus hijas, antes que casarlas honorablemente.

¡Ah, así que era eso!

—Una cosa así, Liza, ocurre en esas familias malditas en las que no hay amor ni Dios —repliqué calurosamente—, y donde no hay amor, tampoco hay sentido común. Hay familias así, es cierto, pero no hablo de ellas. Debes haber visto la maldad en tu propia familia, si hablas así. En verdad, debes haber tenido mala suerte. ¡Madre mía! …ese tipo de cosas se producen sobre todo por la pobreza.

—¿Y es mejor con la alta burguesía? ¿Incluso entre la gente pobre y honesta que vive felizmente?

—H’m… sí. Tal vez. Otra cosa, Liza, el hombre es aficio-

nado a contar sus problemas, pero no cuenta sus alegrías. Si las contara como debiera, vería que cada parcela tiene suficiente felicidad provista. Y si todo va bien en la familia, si la bendición de Dios está sobre ella, si el marido es bueno, te ama, te cuida y nunca te abandona. Hay felicidad en una familia así. Incluso a veces hay felicidad en medio del dolor; y, en efecto, el dolor está en todas partes. Si te casas lo descubrirás por ti misma. Pero piensa en los primeros años de la vida matrimonial con la persona que amas: ¡qué felicidad, qué felicidad hay a veces en ella! Y, en efecto, es lo normal. En esos primeros tiempos incluso las peleas con el marido terminan felizmente. Algunas mujeres se pelean con sus maridos sólo porque los quieren. De hecho, conocí a una mujer así: parecía decir que, porque lo amaba, lo atormentaba y se lo hacía sentir. Sabes que puedes atormentar a un hombre a propósito por amor. Las mujeres son particularmente dadas a eso, pensando para sí mismas «lo amaré tanto, lo haré tanto después, que no es pecado atormentarlo un poco ahora». Y todos en la casa se regocijan a su vista, y son felices y alegres y pacíficos y honorables… Entonces hay algunas mujeres que son celosas. Si él se va a alguna parte conocí a una mujer así, que no podía contenerse, sino que se levantaba por la noche y corría a escondidas para averiguar dónde estaba, si estaba con alguna otra mujer. Es una pena. Y la mujer sabe por sí misma que está mal, y su corazón le falla y sufre, pero ama; todo es por amor. Y qué dulce es hacer las paces después de las peleas, reconocer que se equivocó o perdonarlo. Y los dos son tan felices a la vez, como si se hubieran encontrado de nuevo, como si se hubieran casado

de nuevo, como si su amor hubiera comenzado de nuevo. Y nadie, nadie debe saber lo que pasa entre marido y mujer si se aman. Y por muchas peleas que haya entre ellos, no deben llamar a su propia madre para que los juzgue y cuente historias del otro. Ellos son sus propios jueces. El amor es un misterio sagrado y debe ocultarse a todos los demás ojos, pase lo que pase. Eso lo hace más santo y mejor. Se respetan más unos a otros, y mucho se construye sobre el respeto. Y si una vez ha habido amor, si se han casado por amor, ¿por qué habría de desaparecer el amor? Seguro que se puede mantener. Es raro que no se pueda mantener. Y si el marido es amable y recto, ¿por qué no va a durar el amor? La primera fase del amor conyugal pasará, es cierto, pero luego vendrá un amor aún mejor. Entonces se producirá la unión de las almas, tendrán todo en común, no habrá secretos entre ellos. Y una vez que tengan hijos, los momentos más difíciles les parecerán felices, siempre que haya amor y valor. Incluso el trabajo será una alegría, puedes negarte el pan por tus hijos y hasta eso será una alegría, ellos te amarán por ello después; así que estás preparando tu futuro. A medida que los niños crecen sientes que eres un ejemplo, un apoyo para ellos; que incluso después de que mueras tus hijos siempre conservarán tus pensamientos y sentimientos, porque los han recibido de ti, tomarán tu semblanza y semejanza. Ya ves que es un gran deber. ¿Cómo no va a acercar al padre y a la madre? La gente dice que es una prueba tener hijos. ¿Quién dice eso? Es una felicidad celestial. ¿Te gustan los niños pequeños, Liza? Me gustan mucho. Ya sabes, un pequeño bebé sonrosado en tu pecho, y ¡qué corazón de marido no se conmueve al ver a

su mujer amamantando a su hijo! Un pequeño bebé sonrosado y regordete, que se arrastra y se acurruca, con manitas y pies regordetes, uñas limpias y pequeñas, tan pequeñas que da risa mirarlas; ojos que parecen entenderlo todo. Y mientras mama se agarra a tu pecho con su manita, juega. Cuando su padre se acerca, el niño se separa del pecho, se echa hacia atrás, mira a su padre, se ríe, como si fuera terriblemente divertido, y vuelve a chupar. O morderá el pecho de su madre cuando le salgan los dientecitos, mientras la mira de reojo con sus ojitos como diciendo: «¡Mira, estoy mordiendo!». ¿No es todo eso felicidad cuando están los tres juntos, marido, mujer e hijo? Uno puede perdonar mucho por esos momentos. Sí, Liza, ¡uno debe aprender primero a vivir uno mismo antes de culpar a los demás!

—Es por medio de imágenes, imágenes como ésa que uno debe llegar a ti —pensé para mí, aunque hablé con verdadero sentimiento, y de inmediato me sonrojé de color carmesí—. ¿Y si de repente se echara a reír, qué debería hacer entonces?

Esa idea me llevó a la furia. Hacia el final de mi discurso estaba realmente excitado, y ahora mi vanidad estaba de alguna manera herida. El silencio continuó. Casi la empujé.

—¿Por qué estás…? —comenzó y se detuvo.

Pero comprendí: había un temblor de algo diferente en su voz, no abrupto, duro e inflexible como antes, sino algo suave y vergonzoso, tan vergonzoso que de repente me sentí avergonzado y culpable.

—¿Qué? —pregunté, con tierna curiosidad.

—Pues, tú…

—¿Qué?

—Por qué, tú… hablas como un libro —dijo, y de nuevo hubo una nota de ironía en su voz.

Ese comentario me hizo sentir una punzada en el corazón. No era lo que yo esperaba.

No comprendí que ella ocultaba sus sentimientos bajo la ironía, que éste suele ser el último refugio de las personas modestas y de alma casta cuando la intimidad de su alma es invadida de forma grosera e intrusiva, y que su orgullo les hace negarse a rendirse hasta el último momento y rehusar dar expresión a sus sentimientos ante usted. Debí haber adivinado la verdad por la timidez con la que se había acercado repetidamente a su sarcasmo, llevándose al fin a pronunciarlo con un esfuerzo. Pero no lo adiviné, y un sentimiento maligno se apoderó de mí.

—¡Espera un poco! —pensé.

VII

—¡Oh, silencio, Liza! ¿Cómo puedes hablar de ser como un libro, cuando hace que incluso yo, un extraño, me sienta mal? Aunque no lo miro como un extraño, porque, en efecto, me llega al corazón… ¿Es posible, es posible que

usted mismo no se sienta enfermo por estar aquí? Evidentemente, la costumbre hace maravillas. Dios sabe lo que la costumbre puede hacer con cualquiera. ¿Puedes pensar seriamente que nunca envejecerás, que siempre serás guapo, y que te mantendrán aquí por los siglos de los siglos? No digo nada de lo repugnante de la vida aquí… Pero permíteme que te diga esto: sobre tu vida actual, quiero decir; aunque ahora eres joven, atractiva, simpática, con alma y sentimiento, ¡sabes que tan pronto como he vuelto en mí me he sentido inmediatamente enferma de estar aquí contigo! Uno sólo puede venir aquí cuando está borracho. Pero si estuvieras en cualquier otro lugar, viviendo como vive la gente buena, tal vez me sentiría más que atraído por ti, me enamoraría de ti, me alegraría de una mirada tuya, por no hablar de una palabra; me colgaría de tu puerta, me arrodillaría ante ti, te consideraría mi prometida y pensaría que es un honor que me lo permitas. No me atrevería a tener un pensamiento impuro sobre ti. Pero aquí, como ves, sé que sólo tengo que silbar y tú tienes que venir conmigo, te guste o no. Yo no consulto tus deseos, sino tú los míos. El jornalero más bajo se contrata a sí mismo como obrero, pero no se convierte en esclavo del todo; además, sabe que volverá a ser libre dentro de poco. Pero, ¿cuándo serás tú libre? Piensa sólo en lo que estás dejando aquí. ¿Qué es lo que estás esclavizando? Es tu alma, junto con tu cuerpo; ¡vendes tu alma de la que no tienes derecho a disponer! ¡Entregas tu amor para que lo ultraje cualquier borracho! ¡El amor! Pero eso lo es todo, lo sabes, es un diamante sin precio, es el tesoro de una doncella, el amor; por qué, un hombre estaría dispuesto a dar su alma, a enfrentar la muer-

te para ganar ese amor. ¿Pero cuánto vale tu amor ahora? Estás vendida, toda tú, en cuerpo y alma, y no hay necesidad de luchar por el amor cuando puedes tenerlo todo sin amor. Y sabes que no hay mayor insulto para una chica que ese, ¿entiendes? Por cierto, he oído que os consuelan, pobres tontos, que os dejan tener amantes propios aquí. Pero tú sabes que eso es simplemente una farsa, que es simplemente una farsa, que se está riendo de ti, ¡y que te has dejado engañar! ¿Por qué, crees que realmente te ama, ese amante tuyo? No lo creo. ¿Cómo puede amarte cuando sabe que puedes ser llamada en cualquier momento? ¡Sería un tipo bajo si lo hiciera! ¿Tendrá una pizca de respeto por ti? ¿Qué tienes en común con él? Se ríe de ti y te roba; eso es todo lo que significa su amor. Tienes suerte si no te pega. Es muy probable que también te pegue. Pregúntale, si tienes uno, si se casará contigo. Se reirá en tu cara, si no te escupe en ella o te da un golpe; aunque tal vez él mismo no valga ni medio penique. ¿Y por qué has arruinado tu vida, si lo piensas? ¿Por el café que te dan a beber y las abundantes comidas? ¿Pero con qué objeto te alimentan? Una chica honesta no podría tragarse la comida, pues sabría para qué la alimentan. Estás endeudada aquí, y, por supuesto, siempre lo estarás, y seguirás endeudada hasta el final, hasta que los visitantes de aquí empiecen a despreciarte. Y eso ocurrirá pronto, no confíes en tu juventud; todo eso vuela en tren expreso aquí, ya lo sabes. Te echarán. Y no sólo te echarán; mucho antes empezará a regañarte, a increparte, a maltratarte, como si no hubieras sacrificado tu salud por ella, como si no hubieras tirado tu juventud y tu alma en su beneficio, sino como si la hubieras arruinado, mendigado,

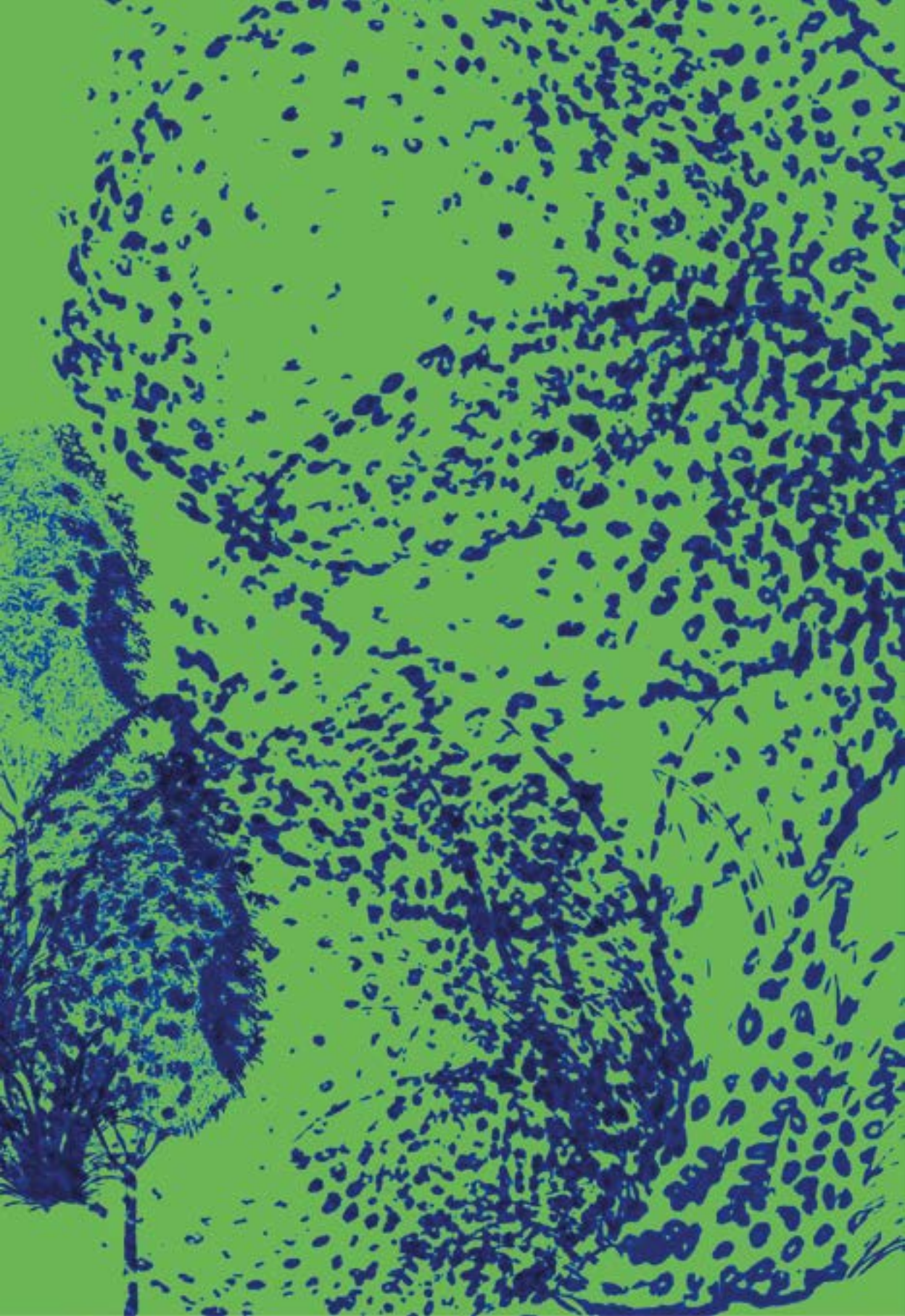
robado. Y no esperes que nadie se ponga de tu parte: los demás, tus compañeros, te atacarán también a ti, para ganarte su favor, pues todos están aquí esclavizados y han perdido hace tiempo toda conciencia y piedad. Se han vuelto completamente viles, y nada en la tierra es más vil, más repugnante y más insultante que sus abusos. Y tú lo estás dejando todo aquí, incondicionalmente, la juventud y la salud y la belleza y la esperanza, y a los veintidós años parecerás una mujer de cinco y treinta, y tendrás suerte si no estás enferma, ¡reza a Dios por ello! Sin duda, ahora estarás pensando que tienes un tiempo alegre y ningún trabajo que hacer. Sin embargo, no hay trabajo más duro o más terrible en el mundo, ni lo ha habido nunca. Uno pensaría que sólo el corazón se desgastaría con las lágrimas. Y no te atreverás a decir una palabra, ni media, cuando te echen de aquí; te irás como si tuvieras la culpa. Te cambiarás a otra casa, luego a una tercera, luego a otro lugar, hasta que bajes por fin al Haymarket. Allí te golpearán a cada paso; eso son los buenos modales allí, los visitantes no saben ser amables sin golpearte. ¿No crees que es tan odioso allí? Ve y mira por ti mismo alguna vez, puedes verlo con tus propios ojos. Una vez, un día de Año Nuevo, vi a una mujer en una puerta. La habían echado como una broma, para que probara la escarcha porque había estado llorando mucho, y cerraron la puerta tras ella. A las nueve de la mañana ya estaba bastante borracha, desaliñada, semidesnuda, cubierta de moratones, con la cara empolvada, pero con un ojo morado, la sangre le chorreaba por la nariz y los dientes; algún taxista acababa de darle una paliza. Estaba sentada en los escalones de piedra, con una especie de pez

salado en la mano; lloraba, se lamentaba de su suerte y se golpeaba con el pez en los escalones, y los taxistas y los soldados borrachos se agolpaban en la puerta burlándose de ella. ¿No crees que alguna vez serás así? A mí también me daría pena creerlo, pero cómo saberlo; tal vez hace diez años, ocho años, esa misma mujer con el pescado salado llegó aquí fresca como un querubín, inocente, pura, sin conocer el mal, sonrojándose a cada palabra. Tal vez era como tú, orgullosa, dispuesta a ofenderse, no como las demás; tal vez parecía una reina, y sabía la felicidad que le esperaba al hombre que debía amarla y al que ella debía amar. ¿Ves cómo terminó? Y si en ese mismo instante en que se golpeaba en los sucios escalones con ese pez, borracha y desaliñada; y si en ese mismo instante recordaba los puros primeros días en la casa de su padre, cuando iba a la escuela y el hijo del vecino la vigilaba en el camino, declarando que la amaría mientras viviera, que le dedicaría su vida, y cuando juraron amarse para siempre y casarse tan pronto como fueran mayores. No, Liza, sería feliz para ti si murieras pronto de tisis en algún rincón, en algún sótano como esa mujer de ahora. ¿En el hospital, dices? Tendrás suerte si te llevan, pero ¿y si todavía le sirves a la señora de aquí? El consumo es una enfermedad extraña, no es como la fiebre. El paciente sigue esperando hasta el último momento y dice que está bien. Se engaña a sí mismo y eso le conviene a su señora. No lo dudes, así es; has vendido tu alma, y además debes dinero, así que no te atreves a decir nada. Pero cuando te estés muriendo, todos te abandonarán, todos se apartarán de ti, porque entonces no habrá nada que obtener de ti. Es más, te reprocharán que te hayas

acumulado en el lugar, que hayas tardado tanto en morir. Por mucho que ruegues no conseguirás un trago de agua sin que te maltraten: «Cuando te vas, asquerosa, no nos dejas dormir con tus gemidos, haces enfermar a los caballeros». Es cierto, yo mismo he oído decir esas cosas. Te empujarán a morir en el rincón más sucio del sótano, en la humedad y la oscuridad. Cuando mueras, manos extrañas te depositarán, con gruñidos e impaciencia; nadie te bendecirá, nadie suspirará por ti, sólo quieren deshacerse de ti cuanto antes; comprarán un ataúd, te llevarán a la tumba como hicieron hoy con esa pobre mujer, y celebrarán tu memoria en la taberna. En la tumba, el aguanieve, la suciedad, la nieve húmeda, no hay necesidad de ponerse por ti: «Bájala, Vanuha; es como su suerte; incluso aquí, está de cabeza, la muy pícara. Acorta la cuerda, bribón». «Está bien como está». «Está bien, ¿verdad? ¡Por qué, ella está de su lado! Después de todo, era una criatura más. Pero, no importa, tiren la tierra sobre ella». Y no les importará perder mucho tiempo discutiendo por ti. Esparcirán el húmedo barro azul tan rápido como puedan y se irán a la taberna… y allí terminará tu recuerdo en la tierra; otras mujeres tienen hijos que ir a la tumba, padres, maridos. Mientras que para ti ni una lágrima, ni un suspiro, ni un recuerdo; nadie en todo el mundo se acercará a ti, tu nombre se desvanecerá de la faz de la tierra, como si nunca hubieras existido, como si nunca hubieras nacido. Nada más que suciedad y barro, por más que golpees la tapa de tu ataúd por la noche, cuando los muertos se levanten, por más que grites: ‘¡Dejadme salir, amables personas, para vivir a la luz del día! Mi vida no era vida en absoluto; mi vida ha sido des-

EL PEQUEÑO HÉROE





En ese entonces tenía casi once años, me habían enviado en julio a pasar las vacaciones en un pueblo cerca de Moscú con un pariente mío llamado T., cuya casa estaba llena de invitados, cincuenta, o tal vez más… No recuerdo, no conté. La casa estaba llena de ruido y alegría. Parecía como si fuera una fiesta continua, que nunca terminaría. Parecía que nuestro anfitrión había hecho el voto de dilapidar toda su vasta fortuna lo más rápidamente posible, y de hecho, no hace mucho, logró justificar esta suposición, es decir, barrió con todo hasta el último palito.

Nuevos visitantes llegaban en cada momento. Moscú estaba cerca, a la vista, de modo que aquellos que se marchaban solo hacían espacio para otros, y la eterna fiesta seguía su curso. Las festividades se sucedían unas a otras, y no se veía el fin de los entretenimientos. Había paseos a caballo por los alrededores; excursiones al bosque o al río; picnics, cenas al aire libre; cenas en la gran terraza de la casa, bordeada con tres filas de flores magníficas que inundaban con su fragancia el aire fresco de la noche, e iluminadas por brillantes luces que hacían que nuestras damas, que casi todas eran bonitas en todo momento, parecieran aún más encantadoras, con sus rostros emocionados por las impresiones del día, con sus ojos chispeantes, con su intercambio de conversaciones animadas, sus carcajadas

sonoras; baile, música, canto; si el cielo estaba nublado se organizaban tableaux vivants, charadas, proverbios, se montaban representaciones teatrales privadas. Había buenos conversadores, cuentistas, ingeniosos.

Ciertas personas destacaban en primer plano. Por supuesto, la maledicencia y la difamación seguían su curso, ya que sin ellas el mundo no podría funcionar, y millones de personas perecerían de aburrimiento, como moscas. Pero como en ese momento tenía once años, estaba absorto por intereses muy diferentes, y o no observaba a estas personas, o si notaba algo, no lo veía todo. Fue solo después que algunas cosas volvieron a mi mente. Mis ojos infantiles solo podían ver el lado brillante del cuadro, y la animación general, el esplendor, y el bullicio, todo eso, visto y escuchado por primera vez, causó tal impresión en mí que durante los primeros días, estaba completamente desconcertado y mi pequeña cabeza daba vueltas.

Sigo hablando de mi edad, y por supuesto, era un niño, nada más que un niño. Muchas de estas encantadoras damas me mimaban sin siquiera pensar en considerar mi edad. Pero curiosamente, una sensación que yo mismo no entendía ya se había apoderado de mí; algo ya susurraba en mi corazón, de lo cual hasta entonces no había tenido conocimiento ni concepción, y por alguna razón comenzó de repente a arder y latir, y a menudo mi rostro se enrojecía con un rubor repentino. A veces me sentía como avergonzado, e incluso resentido por los diversos privilegios de mis años infantiles. Otras veces, una especie de asombro me abrumaba, y me iba a algún rincón donde pudiera sen-

tarme sin ser visto, como para tomar aire y recordar algo, algo que me parecía haber recordado perfectamente hasta entonces, y que ahora había olvidado de repente, algo sin lo cual no podía mostrarme en ninguna parte, y no podía existir en absoluto.

Finalmente, me parecía como si estuviera escondiendo algo de todos. Pero nada me habría inducido a hablar de ello con alguien, porque, siendo el niño pequeño que era, estaba listo para llorar de vergüenza. Pronto, en medio del torbellino a mi alrededor, fui consciente de una cierta soledad. Había otros niños, pero todos eran mucho mayores o menores que yo; además, no estaba de ánimo para ellos. Por supuesto, nada me habría sucedido si no hubiera estado en una posición excepcional. A los ojos de esas encantadoras damas, todavía era la pequeña criatura sin formar a la que les gustaba acariciar y con la que podían jugar como si fuera una pequeña muñeca. Una de ellas, en particular, una mujer fascinante y rubia, con un cabello muy espeso y lujurioso, como nunca había visto antes y probablemente nunca volveré a ver, parecía haber hecho el voto de nunca dejarme en paz. Yo estaba confundido, mientras ella se divertía con la risa que continuamente provocaba en todos nosotros por sus travesuras locas y alocadas conmigo, y esto aparentemente le daba un inmenso disfrute. En la escuela, entre sus compañeros de clase, probablemente la apodaban la Bromista. Era maravillosamente guapa, y había algo en su belleza que atraía la mirada desde el primer momento. Y ciertamente no tenía nada en común con las típicas modestas muchachitas rubias, blancas como la pe-

lusa y suaves como ratones blancos, o hijas de pastores. No era muy alta y estaba un poco rellenita, pero tenía rasgos suaves, delicados y exquisitamente cortados. Había algo rápido como un rayo en su rostro, y de hecho era como fuego por todas partes, ligera, rápida, viva. Sus grandes ojos abiertos parecían lanzar chispas; brillaban como diamantes, y yo nunca cambiaría esos ojos azules chispeantes por ningún otro negro, por muy negro que fuera cualquier orbe andaluz. Y, de hecho, mi rubia era completamente equiparable a la famosa morena cuyas alabanzas fueron cantadas por un gran y conocido poeta, quien, en un magnífico poema, juró por toda Castilla que estaba listo para romperse los huesos solo por tocar el manto de su divinidad con la punta de su dedo. Añade a eso, que mi encantadora era la más alegre del mundo, la risueña más salvaje, juguetona como un niño, aunque había estado casada durante los últimos cinco años. Había una risa continua en sus labios, fresca como la rosa matutina que, con el primer rayo de sol, abre su fragante capullo carmesí con las gotas de rocío aún pesadas sobre él.

Recuerdo que el día después de mi llegada se estaban organizando teatros privados. El salón estaba, como se dice, abarrotado hasta los topes; no quedaba un asiento vacío, y como de alguna manera llegué tarde, tuve que disfrutar de la actuación de pie. Pero la obra divertida me atrajo a moverme cada vez más hacia adelante, e inconscientemente me abrí camino hasta la primera fila, donde finalmente me encontré apoyando mis codos en el respaldo de un sillón, en el que estaba sentada una dama. Era mi divinidad rubia,

pero aún no nos habíamos conocido. Y miré, como sucedió, sus maravillosos y fascinantes hombros, regordetes y blancos como la leche, aunque no me importaba en lo más mínimo si miraba los exquisitos hombros de una mujer o el gorro con cintas llameantes que cubría las canas de una venerable señora en la primera fila. Cerca de mi divinidad rubia se sentaba una solterona no en su primera juventud, una de esas que, como tuve la oportunidad de observar más tarde, siempre buscan refugio en las inmediaciones de mujeres jóvenes y bonitas, seleccionando aquellas que no son aficionadas a dar de lado a los jóvenes. Pero eso no es lo importante, solo que esta señora, notando mi mirada fija, se inclinó hacia su vecina y con una sonrisa le susurró algo en el oído. La dama rubia se volvió de inmediato, y recuerdo que sus ojos ardientes me miraron de tal manera en la penumbra, que, sin estar preparado para encontrarme con ellos, me sobresalté como si me hubieran escaldado. La belleza sonrió.

—¿Te gusta lo que están actuando? —preguntó, mirándome a la cara con una expresión tímida y burlona.

—Sí —respondí, todavía mirándola con una especie de asombro que evidentemente le agradó.

—Pero, ¿por qué estás de pie? Te cansarás. ¿No puedes encontrar un asiento?

—Eso es justamente lo que pasa, no puedo —respondí, más ocupado con mi agravio que con los ojos chispeantes de la belleza, y alegrándome de corazón por haber encontrado un corazón bondadoso a quien poder confiar mis

problemas—. He buscado por todas partes, pero todas las sillas están ocupadas —añadí, como quejándome a ella de que todas las sillas estuvieran ocupadas.

—Ven aquí —dijo ella con brío, rápida para actuar en cada decisión, y, de hecho, en cada idea loca que cruzaba por su alocado cerebro—, ven aquí y siéntate en mi rodilla.

—¿En su rodilla? —repetí, desconcertado.

Ya he mencionado que había comenzado a resentir los privilegios de la infancia y a avergonzarme de ellos en serio. Esta dama, como en burla, había ido mucho más allá que las demás. Además, siempre había sido un chico tímido y vergonzoso, y últimamente había comenzado a ser particularmente tímido con las mujeres.

—Pues sí, en mi rodilla. ¿Por qué no quieres sentarte en mi rodilla? —insistió, comenzando a reír cada vez más, hasta que finalmente se limitó a reírse, Dios sabe de qué, quizás de su travesura, o quizás de mi confusión.

Pero eso era justo lo que ella quería.

Me sonrojé, y en mi confusión miré a mi alrededor tratando de encontrar dónde escapar; pero al ver mi intención, logró agarrar mi mano para evitar que me fuera, y tirando de ella hacia ella, de repente, completamente inesperadamente, para mi intensa sorpresa, la apretó con sus traviesos y cálidos dedos, y comenzó a pellizcar mis dedos hasta que dolieron tanto que tuve que esforzarme al máximo para no gritar, y en mi esfuerzo por controlarme hice las muecas más absurdas. Además, estaba conmovido por el mayor asombro, perplejidad e incluso horror, al descubrir que ha-

bía damas tan absurdas y maliciosas como para hablar tonterías a los niños, e incluso pellizcar sus dedos, sin ninguna razón terrenal y delante de todos. Probablemente mi infeliz rostro reflejaba mi desconcierto, pues la traviesa criatura se reía en mi cara, como si estuviera loca, y mientras tanto me pellizcaba los dedos con más y más vigor. Estaba muy contenta de jugar una travesura tan maliciosa y de desconcertar y avergonzar completamente a un pobre niño. Mi posición era desesperada. En primer lugar, me moría de vergüenza, porque casi todos los que estaban cerca se habían vuelto a mirarnos, algunos con asombro, otros riendo, comprendiendo de inmediato que la belleza tramaba alguna travesura. Además, quería gritar desesperadamente, porque me retorcía los dedos con verdadera furia solo porque no gritaba; mientras que yo, como un espartano, me decidí a soportar la agonía, temiendo al gritar causar un alboroto general, algo que no podía enfrentar. En total desesperación, finalmente comencé a forcejear con ella, tratando con todas mis fuerzas de soltar mi mano, pero mi perseguidora era mucho más fuerte que yo. Al final no pude soportarlo más y solté un grito, ¡eso era todo lo que ella estaba esperando! Al instante me soltó y se volvió como si nada hubiera pasado, como si no fuera ella quien había hecho la travesura sino otra persona, exactamente como algún escolar que, en cuanto el maestro se da la vuelta, hace alguna travesura a alguien cercano, pellizca a algún niño pequeño y débil, le da un golpecito, una patada o un codazo, y al instante vuelve a girarse, se sumerge en su libro y comienza a repetir su lección, y así hace el ridículo al enfurecido maestro que se lanza como un halcón al oír el ruido.

Por suerte para mí, la atención general se distrajo en ese momento por la actuación magistral de nuestro anfitrión, quien estaba interpretando el papel principal en la obra, alguna comedia de Scribe. Todos comenzaron a aplaudir; aprovechando el ruido, me escabullí y me apresuré hacia el extremo más alejado de la habitación, desde donde, oculto detrás de una columna, miraba con horror hacia el lugar donde estaba sentada la belleza traicionera. Ella todavía se reía, llevándose el pañuelo a los labios. Y durante mucho tiempo se estuvo girando continuamente, buscándome en todas direcciones, probablemente lamentando que nuestra absurda lucha hubiera terminado tan pronto, y tramando alguna otra travesura para hacerme.

Ese fue el comienzo de nuestra relación, y desde esa noche nunca me dejó en paz. Me persiguió sin consideración ni conciencia, se convirtió en mi tirana y atormentadora. Toda la absurdidad de sus bromas conmigo radicaba en el hecho de que fingía estar locamente enamorada de mí, y me molestaba delante de todos. Por supuesto, para una criatura salvaje como yo, todo esto era tan tedioso y molesto que casi me reducía a lágrimas, y a veces me ponía en una situación tan difícil que estaba a punto de pelearme con mi traicionera admiradora. Mi confusión ingenua, mi desesperación, parecían incitarla a perseguirme más; no conocía la misericordia, mientras que yo no sabía cómo alejarme de ella. La risa que siempre nos acompañaba, y que ella sabía tan bien cómo excitar, la impulsaba a nuevas travesuras. Pero al final la gente comenzó a pensar que se excedía un poco en sus bromas. Y, de hecho, como recuer-

do ahora, tomó libertades escandalosas con un niño como yo.

Pero ese era su carácter; era una niña mimada en todos los aspectos. Supe después que su esposo, un hombre muy bajito, muy gordo y de rostro muy rojo, muy rico y aparentemente muy ocupado con los negocios, la mimaba más que nadie. Siempre ocupado y volando de un lado para otro, no podía quedarse dos horas en un mismo lugar. Todos los días conducía hasta Moscú, a veces dos veces al día, y siempre, como él mismo declaraba, por negocios. Sería difícil encontrar un rostro más vivaz y bonachón que su semblante jocoso pero siempre bien educado. No solo amaba a su esposa hasta el punto de la debilidad, la blandura: simplemente la adoraba como a un ídolo.

No se restringía en nada. Tenía un montón de amigos, tanto hombres como mujeres. En primer lugar, casi todo el mundo la quería; y en segundo lugar, la criatura ligera de cabeza no era en sí misma muy particular en la elección de sus amigos, aunque había una base mucho más seria en su carácter de lo que se podría suponer por lo que acabo de decir sobre ella. Pero de todos sus amigos, a quien más quería era a una joven dama, una pariente lejana, que también formaba parte de nuestro grupo en ese momento. Existía entre ellas un afecto tierno y sutil, uno de esos vínculos que a veces surgen al encontrarse dos disposiciones a menudo muy opuestas entre sí, una de las cuales es más profunda, pura y austera, mientras que la otra, con humildad elevada y autocrítica generosa, cede amorosamente a la otra, consciente de la superioridad de la amiga y atesorando la

amistad como una felicidad. Entonces comienza esa sutileza tierna y noble en las relaciones de tales caracteres, amor e indulgencia infinita por un lado, por el otro amor y respeto, un respeto que se acerca al temor, a la ansiedad por la impresión causada en la amiga tan valorada, y un deseo ansioso y celoso de acercarse cada vez más al corazón de esa amiga en cada paso de la vida.

Estas dos amigas tenían la misma edad, pero había una inmensa diferencia entre ellas en todo, empezando por su apariencia. Madame M. también era muy hermosa, pero había algo especial en su belleza que la distinguía notablemente de la multitud de mujeres bonitas; había algo en su rostro que de inmediato atraía el afecto de todos hacia ella, o más bien, que despertaba un sentimiento generoso y elevado de bondad en todos los que la conocían. Hay rostros tan felices. Al lado de ella, todos se volvían como más buenos, libres y cordiales; y sin embargo, sus grandes ojos melancólicos, llenos de fuego y vigor, tenían una mirada tímida y ansiosa, como si cada minuto temieran algo antagónico y amenazador, y esta extraña timidez a veces arrojaba una sombra tan melancólica sobre sus suaves y gentiles rasgos que recordaban los serenos rostros de las Madonnas italianas, que al mirarla uno pronto se volvía triste, como por algún problema propio. El pálido y delgado rostro, en el que, a través de la belleza irreprochable de las líneas puras y regulares y la severidad melancólica de algún dolor mudo y oculto, a menudo revoloteaban miradas claras de la infancia temprana, hablando de años confiados y quizás de una felicidad sencilla y sincera en el pasado reciente,

la gentil pero tímida y vacilante sonrisa, despertaban una simpatía tan incomprensible que cada corazón se conmovía inconscientemente con una ansiedad dulce y cálida que intercedía poderosamente en su favor incluso a distancia, y hacía que incluso los extraños se sintieran cercanos a ella. Pero la encantadora criatura parecía silenciosa y reservada, aunque nadie podría haber sido más atento y amoroso si alguien necesitaba simpatía. Hay mujeres que son como hermanas de la misericordia en la vida. Nada puede ocultárseles, nada, al menos, que sea una herida o dolor del corazón. Cualquiera que esté sufriendo puede ir a ellas con valentía y esperanza sin temor a ser una carga, pues pocos hombres conocen la infinita paciencia del amor, la compasión y el perdón que se puede encontrar en algunos corazones femeninos. Tesoros perfectos de simpatía, consuelo y esperanza están guardados en estos corazones puros, tan a menudo llenos de sufrimiento propio, pues un corazón que ama mucho sufre mucho, aunque sus heridas se ocultan cuidadosamente de la mirada curiosa, pues la tristeza profunda es más a menudo muda y oculta. No se asustan por la profundidad de la herida, ni por su suciedad y su hedor; cualquiera que venga a ellas merece ayuda; son, por así decirlo, nacidas para el heroísmo… Mme. M. era alta, flexible y elegante, pero algo delgada. Todos sus movimientos parecían de alguna manera irregulares, a veces lentos, suaves e incluso dignos, a veces apresurados y hasta infantiles; y sin embargo, al mismo tiempo, había una especie de timidez humilde en sus gestos, algo tembloroso y desprotegido, aunque ni deseaba ni pedía protección.

Ya he mencionado que las burlas ultrajantes de la dama rubia traicionera me abochornaban, me desconcertaban y me herían profundamente. Pero había otra razón secreta, extraña y absurda para eso, que ocultaba, ante la cual temblaba como ante un esqueleto. Al solo pensamiento de ello, meditando, completamente solo y abrumado, en algún oscuro y misterioso rincón al que el inquisitivo y burlón ojo de la pícara de ojos azules no podía penetrar, casi jadeaba de confusión, vergüenza y miedo; en resumen, estaba enamorado; eso tal vez es una tontería, eso difícilmente podría haber sido. Pero, ¿por qué de todos los rostros que me rodeaban, solo su rostro capturaba mi atención? ¿Por qué era ella la única a quien me importaba seguir con la mirada, aunque ciertamente no tenía inclinación en esos días de observar a las damas y buscar su conocimiento? Esto sucedía con más frecuencia en las noches en que el mal tiempo nos mantenía a todos adentro, y cuando, solo, escondido en algún rincón del gran salón, miraba a mi alrededor sin rumbo, incapaz de encontrar algo que hacer, pues excepto mis damas burlonas, pocas personas me dirigían la palabra, y me aburría insoportablemente en esas tardes. Entonces observaba a la gente a mi alrededor, escuchaba la conversación, de la cual a menudo no entendía ni una palabra, y en ese momento los ojos suaves, la sonrisa gentil y el rostro encantador de Mme. M. (pues ella era el objeto de mi pasión) por alguna razón capturaban mi atención fascinada; y la extraña, vaga, pero inefablemente dulce impresión permanecía conmigo. A menudo durante horas no podía apartarme de ella; estudiaba cada gesto, cada movimiento que hacía, escuchaba cada vibración de su rica

y plateada, pero algo amortiguada voz; pero lo extraño es que, como resultado de todas mis observaciones, sentía, mezclado con una impresión dulce y tímida, un sentimiento de intensa curiosidad. Parecía como si estuviera al borde de algún misterio.

Nada me angustiaba tanto como ser objeto de burlas en presencia de Mme. M. Esta burla y persecución humorística, como yo pensaba, me humillaba. Y cuando había una explosión general de risas a mi costa, en la que Mme. M. a veces no podía evitar unirse, en la desesperación, fuera de mí de miseria, solía arrancarme de mi atormentadora y huir escaleras arriba, donde permanecía en soledad el resto del día, sin atreverme a mostrar mi rostro en el salón. Sin embargo, todavía no entendía mi vergüenza ni mi agitación; todo el proceso ocurría en mí inconscientemente. Apenas había intercambiado dos palabras con Mme. M., y de hecho no me habría atrevido. Pero una noche, después de un día insoportable, regresé de una excursión con el resto de la compañía. Estaba terriblemente cansado y me dirigí a casa a través del jardín. En un banco en una avenida apartada vi a Mme. M. Estaba sentada completamente sola, como si hubiera elegido ese lugar solitario a propósito, con la cabeza inclinada y retorciendo su pañuelo mecánicamente. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no me oyó hasta que llegué a su lado.

Al notarme, se levantó rápidamente del banco, se dio la vuelta y vi que rápidamente se secaba los ojos con su pañuelo. Estaba llorando. Secándose los ojos, me sonrió y caminó de vuelta conmigo a la casa. No recuerdo de qué

hablamos; pero ella me enviaba frecuentemente con un pretexto u otro, a recoger una flor, o a ver quién montaba en la siguiente avenida. Y cuando me alejaba de ella, enseguida se llevaba el pañuelo a los ojos de nuevo y se secaba las lágrimas rebeldes, que insistían en surgir una y otra vez de su corazón y caer de sus pobres ojos. Me di cuenta de que le estorbaba mucho cuando me enviaba tan a menudo, y de hecho, ella misma vio que me daba cuenta de todo, pero aún así no podía controlarse, y eso me hacía sufrir más y más por ella. Me enfurecía conmigo mismo en ese momento y estaba casi desesperado; me maldecía por mi torpeza y falta de recursos, y al mismo tiempo no sabía cómo dejarla con tacto, sin traicionar que había notado su angustia, pero caminaba a su lado en un desconcierto melancólico, casi alarmado, totalmente perdido y sin poder encontrar una sola palabra para mantener nuestra escasa conversación.

Esta reunión me impresionó tanto que durante toda la tarde observé sigilosamente a Mme. M. con curiosidad ansiosa y nunca le quité los ojos de encima. Pero sucedió que ella me sorprendió dos veces observándola, y en la segunda ocasión, al notarme, me regaló una sonrisa. Fue la única vez que sonrió esa tarde. La expresión de tristeza no había abandonado su rostro, que ahora estaba muy pálido. Pasó toda la tarde hablando con una anciana malhumorada y pendenciera, a quien nadie quería debido a sus hábitos de chismosa y difamadora, pero de quien todos tenían miedo, y por lo tanto, todos se sentían obligados a ser corteses con ella…

A las diez llegó el esposo de Mme. M. Hasta ese momento la observé muy atentamente, sin quitarle los ojos de su rostro melancólico; ahora, ante la entrada inesperada de su esposo, la vi sobresaltarse y su rostro pálido se volvió repentinamente tan blanco como un pañuelo. Fue tan notorio que otras personas lo observaron. Escuché una conversación fragmentada de la cual deduje que Mme. M. no era del todo feliz; decían que su esposo era tan celoso como un árabe, no por amor, sino por vanidad. Él era ante todo un europeo, un hombre moderno, que degustaba las ideas más novedosas y se enorgullecía de ellas. En apariencia, era un hombre alto, de cabello oscuro, particularmente corpulento, con patillas europeas, rostro satisfecho y rojo, dientes blancos como el azúcar y un porte irreprochablemente caballeroso. Se le consideraba un hombre inteligente. Tal es el nombre dado en ciertos círculos a una peculiar especie de humanidad que engorda a expensas de los demás, que no hace absolutamente nada y no tiene deseo de hacer nada, y cuyo corazón se ha convertido en un trozo de grasa por la perpetua pereza y ociosidad. Constantemente escuchas de tales hombres que no hay nada que puedan hacer debido a ciertas circunstancias muy complicadas y hostiles, que «frustran su genio», y que es «triste ver el desperdicio de sus talentos». Esta es una frase fina de ellos, su mot d'ordre, su consigna, una frase que estos amigos bien alimentados y gordos sacan a relucir en cada minuto, de modo que hace tiempo que nos ha aburrido como un Tartufismo descarado, una forma vacía de palabras. Sin embargo, algunos de estos divertidos personajes, que no logran encontrar nada que hacer, aunque, de hecho, nun-

ca lo buscan, tratan de hacer creer a todos que no tienen un trozo de grasa por corazón, sino por el contrario, algo muy profundo, aunque qué precisamente el mayor cirujano apenas se atrevería a decidir, por cortesía, por supuesto. Estos caballeros se abren paso en el mundo gracias a que todos sus instintos están orientados hacia la burla grosera, la censura corta de miras y el inmenso autoengaño. Como no tienen nada más que hacer que señalar y enfatizar los errores y debilidades de los demás, y como tienen precisamente tanto buen sentimiento como una ostra, no les resulta difícil con tales poderes de autopreservación llevarse bastante bien con la gente. Se enorgullecen extremadamente de eso. Son, por ejemplo, casi persuadidos de que casi todo el mundo les debe algo; que es suyo, como una ostra que guardan en reserva; que todos son tontos excepto ellos mismos; que todos son como una naranja o una esponja, que exprimirán tan pronto como quieran el jugo; que son los amos en todas partes, y que todo este estado de cosas aceptable se debe únicamente al hecho de que son personas de tanto intelecto y carácter. En su desmedido autoengaño no admiten defectos en sí mismos, son como esa especie de bribones prácticos, Tartufos y Falstaffs innatos, que son tan completos bribones que al final han llegado a creer que así debe ser, es decir, que deben pasar sus vidas en la bribonada; se han asegurado tan a menudo a todos que son hombres honestos, que han llegado a creer que son hombres honestos, y que su bribonada es honestidad. Nunca son capaces de un juicio interior ante su conciencia, de una autocrítica generosa; para algunas cosas son demasiado gordos. Su propia personalidad inestimable, su Baal y

Moloch, su magnífico ego siempre está en su primer plano en todas partes. Toda la naturaleza, el mundo entero para ellos no es más que un espléndido espejo creado para que el pequeño dios se admire continuamente en él y no vea a nadie ni nada detrás de sí mismo; así que no es extraño que vea todo en el mundo en una luz tan horrenda. Tiene una frase lista para todo y, lo más ingenioso de su parte, la frase más de moda. Son precisamente estas personas, de hecho, quienes ayudan a hacer la moda, proclamando en cada cruce de caminos una idea en la que huelen el éxito. Un buen olfato es justo lo que tienen para olfatear una frase de moda y hacerla suya antes de que otros la capten, de modo que parezca haberse originado con ellos. Tienen un arsenal particular de frases para proclamar su profunda simpatía por la humanidad, para definir cuál es la forma más correcta y racional de filantropía, y atacar continuamente el romanticismo, en otras palabras, todo lo fino y verdadero, cada átomo de lo cual es más precioso que toda su tribu de moluscos. Pero son demasiado toscos para reconocer la verdad en una forma indirecta, tortuosa e inacabada, y rechazan todo lo que está inmaduro, todavía fermentando e inestable. El hombre bien alimentado ha pasado toda su vida en jolgorios, con todo provisto, no ha hecho nada por sí mismo y no sabe cuán duro es todo tipo de trabajo, así que ay de ti si hieres sus sentimientos gordos con cualquier tipo de rudeza; nunca te lo perdonará, siempre lo recordará y se alegrará de vengarlo. En resumen, que mi héroe no es más ni menos que una gigantesca bolsa increíblemente hinchada, llena de sentencias, frases de moda y etiquetas de todo tipo y clase.

M. M., sin embargo, tenía una especialidad y era un hombre muy notable; era ingenioso, buen conversador y cuentista, y siempre había un círculo a su alrededor en cada salón. Esa noche tuvo un éxito particular en causar impresión. Se apoderó de la conversación; estaba en su mejor forma, alegre, complacido con algo, y obligó la atención de todos; pero Mme. M. parecía todo el tiempo como si estuviera enferma; su rostro estaba tan triste que cada minuto imaginaba que las lágrimas comenzarían a temblar en sus largas pestañas. Todo esto, como he dicho, me impresionó mucho y me hizo reflexionar. Me fui con un sentimiento de extraña curiosidad, y soñé toda la noche con M. M., aunque hasta entonces raramente había tenido sueños.

Al día siguiente, temprano en la mañana, me convocaron a un ensayo de unos tableaux vivants en los que tenía que participar. Los tableaux vivants, las representaciones teatrales y después un baile estaban todos programados para la misma tarde, cinco días después, en el cumpleaños de la hija menor de nuestro anfitrión. Para este entretenimiento, que se improvisó casi en su totalidad, se invitó a otros cien invitados de Moscú y de villas cercanas, por lo que hubo mucho alboroto, ajetreo y conmoción. El ensayo, o más bien la revisión de los trajes, se fijó tan temprano en la mañana porque nuestro director, un conocido artista y amigo del anfitrión, que había accedido por afecto a él para organizar los tableaux y entrenarnos para ellos, tenía prisa por ir a Moscú a comprar accesorios y hacer los preparativos finales para la fiesta, ya que no había tiempo que perder. Participé en un tableau con Mme. M. Era una escena de

la vida medieval y se llamaba «La dama del castillo y su paje».

Me sentí inefablemente confundido al encontrarme con Mme. M. en el ensayo. No dejaba de pensar que ella leería de inmediato en mis ojos todas las reflexiones, las dudas, las conjeturas, que habían surgido en mi mente desde el día anterior. También me imaginaba que, de alguna manera, era culpable con respecto a ella por haberme encontrado con sus lágrimas el día anterior e impedido que llorara, por lo que difícilmente podría evitar mirarme de reojo, como un testigo desagradable y no perdonado de su secreto. Pero, gracias a Dios, todo transcurrió sin mayores problemas; simplemente no me notaron. Creo que ella no tenía pensamientos para mí ni para el ensayo; estaba distraída, triste y pensativa; era evidente que estaba preocupada por alguna gran ansiedad. Tan pronto como terminó mi parte, corrí a cambiarme de ropa, y diez minutos después salí a la terraza al jardín. Casi al mismo tiempo, Mme. M. salió por otra puerta y, poco después, hacia nosotros se acercó su autocomplacido esposo, que regresaba del jardín, después de haber acompañado allí a un grupo de damas y haberlas entregado a un caballero servente competente. El encuentro del marido y la esposa fue evidentemente inesperado. Mme. M., no sé por qué, se confundió repentinamente, y un leve rastro de irritación se traicionó en su movimiento impaciente. El marido, que había estado silbando despreocupadamente una melodía y acariciando sus patillas con aire de profundidad, ahora, al encontrarse con su esposa, frunció el ceño y la escrutó, como recuerdo ahora, con una

mirada inquisitiva marcada.

—¿Vas al jardín? —preguntó, notando el parasol y el libro en su mano.

—No, al bosquecillo —dijo ella, con un ligero rubor.

—¿Sola?

—Con él —dijo Mme. M., señalándome—. Siempre salgo a caminar sola por las mañanas —añadió, hablando con una voz incierta y vacilante, como hacen las personas cuando dicen su primera mentira.

—Hm… y yo acabo de llevar a todo el grupo allí. Todos se han reunido en el cenador de flores para despedir a N. Se va, ya sabes… Algo ha salido mal en Odessa. Tu prima —se refería a la bella rubia— está riendo y llorando al mismo tiempo; no hay quien la entienda. Dice, sin embargo, que estás enojada con N. por algo y por eso no quisiste ir a despedirlo. ¿Tonterías, por supuesto?

—Está riendo —dijo Mme. M., bajando los escalones de la terraza.

—Así que este es tu caballero servente diario —añadió M. M., con una sonrisa torcida, dirigiendo su lorgnette hacia mí.

—¡Paje! —grité, enojado por el lorgnette y la burla; y riendo directamente en su cara, salté de un salto los tres escalones de la terraza.

—Que disfrutes del paseo —murmuró M. M., y siguió su camino.

Por supuesto, inmediatamente me uní a Mme. M. tan pronto como ella me indicó a su esposo, y actué como si ella me hubiera invitado a hacerlo una hora antes, y como si la hubiera estado acompañando en sus paseos todas las mañanas durante el último mes. Pero no podía entender por qué estaba tan confundida, tan avergonzada, y qué estaba en su mente cuando recurrió a su pequeña mentira. ¿Por qué no había dicho simplemente que iba sola? No sabía cómo mirarla, pero abrumado de asombro empecé poco a poco a observar muy ingenuamente su rostro; pero al igual que una hora antes en el ensayo, ella no notó ni mis miradas ni mi pregunta muda. La misma ansiedad, solo más intensa y más clara, era evidente en su rostro, en su agitación, en su caminar. Tenía prisa, y caminaba cada vez más rápido y miraba inquieta por cada avenida, por cada sendero en el bosque que llevaba en dirección al jardín. Y yo también estaba esperando algo. De repente se oyó el sonido de cascos de caballos detrás de nosotros. Era todo el grupo de damas y caballeros a caballo escoltando a N., el caballero que nos abandonaba tan repentinamente.

Entre las damas estaba mi atormentadora rubia, de quien M. M. nos había dicho que estaba llorando. Pero, característicamente, estaba riendo como una niña y galopaba animadamente en un espléndido caballo bayo. Al alcanzarnos, N. se quitó el sombrero, pero no se detuvo ni dijo una palabra a Mme. M. Pronto toda la cabalgata desapareció de nuestra vista. Miré a Mme. M. y casi grité de asombro; estaba parada tan blanca como un pañuelo y gruesas lágrimas brotaban de sus ojos. Por casualidad nuestras miradas

se encontraron: Mme. M. de repente se sonrojó y se apartó por un instante, y una expresión clara de inquietud y molestia cruzó su rostro. Estaba estorbando, incluso peor que la última vez, eso era más claro que el día, pero ¿cómo iba a alejarme?

Y, como si adivinara mi dificultad, Mme. M. abrió el libro que tenía en su mano, y sonrojándose y evidentemente tratando de no mirarme, dijo como si solo de repente se hubiera dado cuenta—

—¡Ah! Es la segunda parte. Me he equivocado; por favor, tráeme la primera.

No podía sino entender. Mi papel había terminado y no podía haber sido despedido de manera más directa.

Me fui corriendo con su libro y no volví. La primera parte yacía intacta sobre la mesa esa mañana…

Pero yo no era yo mismo; en mi corazón había una especie de terror que me perseguía. Hice todo lo posible por no encontrarme con la señora M. Pero miraba con una curiosidad salvaje a la satisfecha persona del señor M., como si ahora debiera haber algo especial en él. No entiendo el significado de mi absurda curiosidad. Solo recuerdo que estaba extrañamente perplejo por todo lo que había tenido la casualidad de ver esa mañana. Pero el día apenas estaba comenzando y fue fructífero en eventos para mí.

La cena fue muy temprano ese día. Se había organizado una excursión a un caserío vecino para ver un festival del pueblo que tenía lugar allí, y por eso era necesario estar a tiempo para prepararse. Había estado soñando los últimos

tres días con esta excursión, anticipando todo tipo de delicias. Casi toda la compañía se reunió en la veranda para el café. Seguí cautelosamente a los demás y me escondí detrás de la tercera fila de sillas. La curiosidad me atraía, y sin embargo, estaba muy ansioso por no ser visto por la señora M. Pero como la suerte lo quiso, no estaba lejos de mi bella torturadora. Algo milagroso e increíble le estaba sucediendo ese día; se veía el doble de hermosa. No sé cómo ni por qué sucede esto, pero tales milagros no son raros en las mujeres. Con nosotros en este momento había un nuevo invitado, un joven alto, de cara pálida, el admirador oficial de nuestra bella dama, que acababa de llegar de Moscú como si fuera a propósito para reemplazar a N., de quien se decía que estaba desesperadamente enamorado de la misma dama. En cuanto al recién llegado, hacía tiempo que mantenía con ella la misma relación que Benedick con Beatriz, en la obra Mucho ruido y pocas nueces de Shakespeare. En resumen, la bella dama estaba en su mejor forma ese día. Su charla y sus bromas estaban llenas de gracia, tan confiadamente ingenuas, descuidadamente inocentes, estaba convencida del entusiasmo general con tal elegante autoconfianza que realmente era todo el tiempo el centro de una adoración peculiar. Una multitud de oyentes sorprendidos y admirados estaba continuamente a su alrededor, y nunca había sido tan fascinante. Cada palabra que pronunciaba era maravillosa y seductora, era captada y pasaba de mano en mano en el círculo, y ni una palabra, una broma, una salida se perdía. Me imagino que nadie esperaba de ella tal gusto, tal brillantez, tal ingenio. Sus mejores cualidades estaban, por lo general, enterradas bajo

la más descabellada locura, las travesuras más de colegial, casi rozando la bufonada; rara vez se notaban y, cuando se hacían, apenas se creían, de modo que ahora su extraordinaria brillantez venía acompañada de un susurro ansioso de asombro entre todos. Sin embargo, había una circunstancia peculiar y bastante delicada, a juzgar al menos por el papel que desempeñaba el esposo de la señora M., que contribuía a su éxito. La locuela se atrevió —y debo añadir para la satisfacción de casi todos o, al menos, para la satisfacción de todos los jóvenes— a lanzar un feroz ataque contra él, debido a muchas causas, probablemente de gran importancia en sus ojos. Mantuvo con él un fuego cruzado regular de agudezas, de burlas y sarcasmos, de ese tipo más ilusorio y traicionero que, suavemente envuelto en la superficie, acertaba el blanco sin darle a la víctima algo de qué agarrarse, y lo agotaba en esfuerzos inútiles para repeler el ataque, reduciéndolo a la furia y la desesperación cómica.

No sé con certeza, pero me imagino que todo el procedimiento no fue improvisado sino premeditado. Este duelo desesperado había comenzado antes, durante la cena. Lo llamo desesperado porque el señor M. no se dio por vencido fácilmente. Tuvo que convocar toda su presencia de ánimo, todo su agudo ingenio y su rara inventiva para no quedar completamente cubierto de ignominia. El conflicto estuvo acompañado por la risa continua e irreprimible de todos los que lo presenciaron y participaron en él. Ese día fue para él muy diferente al día anterior. Era notable que la señora M. varias veces hizo todo lo posible por detener

a su indiscreta amiga, que ciertamente intentaba retratar al esposo celoso en la guisa más grotesca y absurda, en la guisa de «un barbazul» se debe suponer, juzgando por todas las probabilidades, por lo que ha permanecido en mi memoria y finalmente por el papel que yo mismo estaba destinado a jugar en el asunto.

Fui arrastrado a él de una manera más absurda, totalmente inesperada. Y como la mala suerte quiso que en ese momento estuviera parado donde podía ser visto, sin sospechar ningún mal y de hecho olvidando las precauciones que había practicado durante tanto tiempo. De repente, fui llevado al primer plano como un enemigo jurado y rival natural del señor M., como desesperadamente enamorado de su esposa, de lo cual mi perseguidora juró y prometió que tenía pruebas, diciendo que solo esa mañana la había visto en el bosquecillo…

Pero antes de que tuviera tiempo de terminar, irrumpí en el minuto más desesperado. Ese minuto estaba tan diabólicamente calculado, estaba tan traicioneramente preparado para conducir a su final, su ridículo desenlace, y fue presentado con un humor tan mortífero que una perfecta explosión de risa irreprimible saludó esta última salida. Y aunque incluso en ese momento adiviné que el mío no era el papel más desagradable en la actuación, sin embargo, estaba tan confundido, tan irritado y alarmado que, lleno de miseria y desesperación, jadeando de vergüenza y lágrimas, me abrí paso a través de dos filas de sillas, di un paso adelante y, dirigiéndome a mi tormento, grité, con una voz quebrada por las lágrimas y la indignación:

—¿No te da vergüenza… en voz alta… delante de todas las damas… decir tal maldita… mentira?… Como un niño pequeño… delante de todos estos hombres… ¿Qué dirán?… ¡Una chica grande como tú… y casada!…

Pero no pude continuar, hubo un estruendo ensordecedor de aplausos. Mi arrebato creó un furor perfecto. Mi gesto ingenuo, mis lágrimas, y especialmente el hecho de que parecía estar defendiendo al señor M., todo esto provocó tal risa diabólica, que incluso ahora no puedo evitar reírme solo de recordarlo. Fui vencido por la confusión, aturdido de horror y, ardiendo de vergüenza, ocultando mi rostro entre mis manos, corrí, derribé una bandeja de las manos de un lacayo que entraba por la puerta, y volé escaleras arriba hacia mi habitación. Saqué la llave, que estaba por fuera de la puerta, y me encerré. Hice bien, porque hubo un gran alboroto detrás de mí. Antes de que pasara un minuto, mi puerta estaba asediada por una multitud de las damas más bonitas. Oí sus risas sonoras, su charla incesante, sus voces trinantes; todas ellas cuchicheaban a la vez, como golondrinas. Todas ellas, cada una de ellas, rogaban y suplicaban que abriera la puerta, aunque solo fuera por un momento; juraban que no me harían daño, solo que querían ahogarme en besos. Pero… ¿qué podría ser más horrible que esta nueva amenaza? Simplemente ardía de vergüenza al otro lado de la puerta, ocultando mi rostro en las almohadas y no abrí, ni siquiera respondí. Las damas mantuvieron sus golpes durante mucho tiempo, pero yo estaba sordo y obstinado como solo un niño de once años podría ser.

Pero, ¿qué podía hacer ahora? Todo había sido expues-

to, todo lo que había guardado celosamente y ocultado… ¡Una deshonra y vergüenza eternas habían caído sobre mí! Pero es cierto que yo mismo no podría haber dicho por qué tenía miedo y qué quería ocultar; sin embargo, tenía miedo de algo y había temblado como una hoja ante la idea de que ese algo fuera descubierto. Solo hasta ese minuto no había sabido qué era: ¿si era bueno o malo, espléndido o vergonzoso, loable o reprobable? Ahora, en mi angustia, en la miseria que se me había impuesto, aprendí que era absurdo y vergonzoso. Instintivamente sentí al mismo tiempo que este veredicto era falso, inhumano y grosero; pero estaba aplastado, aniquilado; la conciencia parecía detenida en mí y lanzada a la confusión; no podía resistirme a ese veredicto, ni criticarlo adecuadamente. Estaba aturdido; solo sentía que mi corazón había sido herido de manera inhumana y desvergonzada, y rebosaba de lágrimas impotentes. Estaba irritado; pero hervía de indignación y odio como nunca antes había sentido, pues era la primera vez en mi vida que conocía la verdadera pena, el insulto y la injuria —y verdaderamente era eso, sin ninguna exageración—. El primer sentimiento no probado, no formado había sido tan groseramente manejado en mí, un niño. La primera modestia virginal fragante había sido tan pronto expuesta e insultada, y la primera impresión quizás muy real y estética había sido tan ultrajada. Por supuesto, había mucho que mis perseguidores no sabían y no adivinaban en mis sufrimientos. Una circunstancia, que había logrado analizar hasta entonces, de la que había estado como temeroso, en parte entraba en ello. Seguí acostado en mi cama en desesperación y miseria, ocultando mi rostro en mi almohada,

y alternaba entre la fiebre y el escalofrío. Me atormentaban dos preguntas: primero, ¿qué había visto la desdichada bella dama, y de hecho, qué podría haber visto esa mañana en el bosquecillo entre la señora M. y yo? Y segundo, ¿cómo podría ahora mirar a la señora M. a la cara sin morir en el acto de vergüenza y desesperación?

Un ruido extraordinario en el patio finalmente me despertó del estado de semi-consciencia en el que había caído. Me levanté y fui a la ventana. Todo el patio estaba lleno de carruajes, caballos ensillados y sirvientes atareados. Parecía que todos se estaban marchando; algunos de los caballeros ya habían montado sus caballos, otros estaban tomando sus lugares en los carruajes… Entonces recordé la expedición a la fiesta del pueblo, y poco a poco me invadió una inquietud; empecé a buscar ansiosamente mi pony en el patio; pero no había ningún pony allí, así que debieron haberme olvidado. No pude contenerme y corrí escaleras abajo precipitadamente, sin pensar más en encuentros desagradables o mi reciente ignominia…

Una terrible noticia me esperaba. No había ni un caballo ni un asiento disponible para mí en ninguno de los carruajes; todo había sido arreglado, todos los asientos estaban ocupados, y me vi obligado a ceder mi lugar a otros. Abrumado por este nuevo golpe, me quedé parado en los escalones y miré melancólicamente las largas filas de coches, carruajes y calesas, en los cuales no quedaba el más mínimo rincón para mí, y a las damas elegantemente vestidas, cuyos caballos se encabritaban inquietos.

Uno de los caballeros llegaba tarde. Solo estaban esperan-

do su llegada para partir. Su caballo estaba parado en la puerta, mascando el bocado, golpeando el suelo con sus cascos, y a cada momento se sobresaltaba y se encabritaba. Dos mozos de cuadra lo sostenían cuidadosamente por la brida, y todos los demás permanecían aprensivamente a una distancia respetuosa de él.

Había ocurrido una circunstancia más que vexatoria, que me impedía ir. Además del hecho de que habían llegado nuevos visitantes, ocupando todos los asientos, dos de los caballos se habían enfermado, uno de ellos siendo mi pony. Pero no fui la única persona afectada: resultó que no había caballo para nuestro nuevo visitante, el joven de cara pálida del que ya he hablado. Para superar esta dificultad, nuestro anfitrión se había visto obligado a recurrir al extremo de ofrecer su fogoso semental no domado, añadiendo, para satisfacer su conciencia, que era imposible montarlo, y que desde hace tiempo tenían la intención de vender la bestia por su carácter vicioso, si solo pudiera encontrarse un comprador.

Pero, a pesar de su advertencia, el visitante declaró que era un buen jinete y que, de cualquier manera, estaba dispuesto a montar cualquier cosa con tal de no quedarse. Nuestro anfitrión no dijo más, pero ahora me pareció que una sonrisa astuta y ambigua vagaba por sus labios. Esperó al caballero que había hablado tan bien de su propia habilidad como jinete y se quedó de pie, sin montar su caballo, frotándose las manos impacientemente y echando constantemente un vistazo hacia la puerta; un sentimiento similar parecía ser compartido por los dos mozos de cuadra, que

sostenían al semental, casi sin aliento de orgullo al verse ante toda la compañía a cargo de un caballo que en cualquier momento podría matar a un hombre sin razón alguna. Algo parecido a la sonrisa astuta de su amo también brillaba en sus ojos, redondos por la expectativa, y fijos en la puerta por la que debía aparecer el audaz visitante. El propio caballo también se comportaba como si estuviera confabulado con nuestro anfitrión y los mozos de cuadra. Se portaba orgulloso y altivo, como si sintiera que era observado por varias docenas de ojos curiosos y se regodeara en su mala reputación exactamente como algún pícaro incorregible podría gloriarse de sus hazañas criminales. Parecía estar desafiando al hombre audaz que se atrevería a coartar su independencia.

Ese hombre audaz finalmente hizo su aparición. Afligido por haber hecho esperar a todos, se puso rápidamente los guantes, avanzó sin mirar a nada, bajó corriendo los escalones y solo levantó la vista cuando extendió la mano para agarrar la crin del caballo que lo esperaba. Pero de inmediato se desconcertó por el brusco encabritamiento del caballo y un grito de advertencia de los espectadores asustados. El joven dio un paso atrás y miró con perplejidad al caballo malvado, que temblaba entero, resoplando de ira y revolviendo furiosamente sus ojos inyectados de sangre, continuamente erguiéndose sobre sus patas traseras y lanzando hacia adelante sus patas delanteras como si pretendiera lanzarse al aire y llevarse consigo a los dos mozos de cuadra. Durante un minuto el joven permaneció completamente desconcertado; luego, sonrojándose lige-

ramente de vergüenza, levantó la vista y miró a las damas asustadas.

—¡Un caballo muy fino! —dijo, como hablando consigo mismo—, y en mi opinión, debería ser un gran placer montarlo; pero… pero saben, creo que no iré —concluyó, volviéndose hacia nuestro anfitrión con la amplia y bondadosa sonrisa que tan bien le quedaba a su rostro amable e inteligente.

—Sin embargo, considero que usted es un excelente jinete, se lo aseguro —respondió el dueño del caballo inalcanzable, encantado, y apretó la mano del joven cálida y hasta agradecidamente—. Justamente porque desde el primer momento vio con qué tipo de bruto tenía que lidiar —añadió con dignidad—. ¿Me creerían si les digo que, aunque he servido veintitrés años en los húsares, aún he tenido el placer de ser tirado al suelo tres veces, gracias a esa bestia, es decir, tantas veces como monté al inútil animal? Tancred, muchacho, ¡no hay nadie aquí adecuado para ti! Tu jinete, parece, debe ser algún Ilya Muromets, y debe estar sentado tranquilo ahora en el pueblo de Kapatcharovo, esperando a que se te caigan los dientes. Vamos, llévenselo, ya ha asustado suficiente a la gente. Fue una pérdida de tiempo sacarlo —gritó, frotándose las manos complacido.

Debe observarse que Tancred no era de ninguna utilidad para su amo y simplemente comía maíz por nada; además, el viejo húsar había perdido su reputación por el conocimiento de los caballos al pagar una suma fabulosa por la bestia inútil, que había comprado solo por su belleza… sin embargo, estaba encantado ahora de que Tancred hubiera

mantenido su reputación, deshecho de otro jinete, y así había atraído sobre sí mismo nuevas laureles sin sentido.

—¿Así que no vas? —gritó la belleza rubia, que estaba particularmente ansiosa de que su caballero de compañía estuviera presente en esta ocasión—. ¿De verdad te has asustado?

—Palabra que sí —respondió el joven.

—¿Hablas en serio?

—¿Quieres que me rompa el cuello?

—Entonces apresúrate y monta mi caballo; no tengas miedo, es muy tranquilo. No los retrasaremos, pueden cambiar las sillas en un minuto. Intentaré tomar la tuya. Seguramente Tancred no puede ser siempre tan indomable.

No bien lo dijo que la locuela saltó del sillín y estaba de pie ante nosotros al terminar la última frase.

—No conoces a Tancred, si piensas que permitirá que le pongan tu miserable silla de montar de mujer. Además, no te dejaría romperte el cuello, ¡sería una pena! —dijo nuestro anfitrión, en ese momento de satisfacción interna afectando, como era su costumbre, una aspereza estudiada e incluso grosería en el habla que pensaba que era propio de un buen compañero y un viejo soldado, y que imaginaba ser particularmente atractivo para las damas.

Esta era una de sus fantasías favoritas, su capricho preferido, con el que todos estábamos familiarizados.

—Bueno, llorón, ¿te gustaría intentarlo? Tanto querías ir

—dijo la valiente amazona, notándome y señalando burlonamente a Tancred, porque había sido tan imprudente como para captar su mirada, y ella no me dejaría ir sin una palabra mordaz, para que no hubiera desmontado de su caballo absolutamente por nada.

—Supongo que no eres tan cobarde. Todos sabemos que eres un héroe y te daría vergüenza tener miedo; especialmente cuando serás observado, tú, fino paje —añadió, con una mirada fugaz a la señora M., cuyo carruaje estaba más cerca de la entrada.

Un torrente de odio y venganza había inundado mi corazón, cuando la hermosa amazona se había acercado a nosotros con la intención de montar a Tancred… Pero no puedo describir lo que sentí ante este desafío inesperado de la locuela. Todo estaba oscuro ante mis ojos cuando vi su mirada hacia la señora M. Por un instante, una idea cruzó por mi mente… pero fue solo un momento, menos que un momento, como un destello de pólvora; quizás fue la gota que colmó el vaso, y de repente ahora me movía la ira mientras mi espíritu se elevaba, de modo que anhelaba poner a todos mis enemigos en total confusión, y vengarme de todos ellos y ante todos, mostrando el tipo de persona que era. O si por algún milagro, algún impulso de la historia medieval, de la cual no había sabido nada hasta entonces, enviaba girando a través de mi aturdido cerebro, imágenes de torneos, paladines, héroes, damas hermosas, el choque de espadas, gritos y aplausos de la multitud, y en medio de esos gritos el tímido llanto de un corazón asustado, que mueve el orgulloso alma más dulcemente que la victoria y

la fama. No sé si todo este absurdo romántico estaba en mi cabeza en ese momento, o si, más probablemente, solo el primer amanecer del inevitable absurdo que me esperaba en el futuro, de todos modos, sentí que mi hora había llegado. Mi corazón saltó y tembló, y no recuerdo cómo, de un salto, bajé los escalones y estuve al lado de Tancred.

—¿Crees que tengo miedo? —grité, audaz y orgullosamente, en tal fiebre que apenas podía ver, sin aliento por la emoción, y sonrojándome hasta que las lágrimas me escaldaron las mejillas—. ¡Bien, verás!

Y agarrando la melena de Tancred, puse mi pie en el estribo antes de que tuvieran tiempo de hacer un movimiento para detenerme; pero en ese instante Tancred se encabritó, sacudió la cabeza, y con un poderoso salto hacia adelante se arrancó de las manos de los petrificados mozos de cuadra, y salió disparado como un huracán, mientras todos gritaban horrorizados.

Dios sabe cómo pasé mi otra pierna sobre el caballo mientras este estaba en pleno galope; tampoco puedo imaginar cómo no perdí el control de las riendas. Tancred me llevó más allá de la puerta del enrejado, giró bruscamente a la derecha y voló a lo largo del cerco sin importarle el camino. Solo en ese momento escuché detrás de mí un grito de cincuenta voces, y ese grito se hizo eco en mi corazón desmayado con tal sensación de orgullo y placer que nunca olvidaré ese loco momento de mi niñez. Toda la sangre se me subió a la cabeza, confundiéndome y superando mis miedos. Estaba fuera de mí. Ciertamente había, como lo recuerdo ahora, algo de caballero andante sobre la hazaña.

Sin embargo, mis hazañas caballerescas terminaron en un instante o habría ido mal para el caballero. Y, de hecho, no sé cómo escapé como lo hice. Sabía montar, me habían enseñado. Pero mi pony era más como una oveja que como un caballo de montar. Sin duda habría sido desmontado de Tancred si él hubiera tenido tiempo de lanzarme, pero después de galopar cincuenta pasos de repente se asustó por una enorme piedra que yacía en el camino y se volvió de espaldas. Giró bruscamente, galopando a toda velocidad, de modo que es un misterio para mí incluso ahora que no fui lanzado girando fuera de la silla y volando como una bola por veinte pies, que no me hice pedazos, y que Tancred no se dislocó la pierna por tal giro súbito. Se apresuró de vuelta a la puerta, sacudiendo la cabeza furiosamente, saltando de lado a lado como si estuviera borracho de rabia, lanzando sus patas al azar en el aire, y en cada salto tratando de sacudirme de su espalda como si un tigre hubiera saltado sobre él y estuviera clavando sus dientes y garras en su lomo.

En otro instante habría volado; estaba cayendo; pero varios caballeros volaron a mi rescate. Dos de ellos interceptaron el camino hacia el campo abierto, otros dos galoparon, cerrándose sobre Tancred de tal manera que los lados de sus caballos casi aplastaron mis piernas, y ambos lo agarraron por la brida. Unos segundos más tarde estábamos de vuelta en los escalones.

Me bajaron del caballo, pálido y apenas respirando. Estaba temblando como una hoja de hierba al viento; lo mismo le pasaba a Tancred, que estaba parado, sus cascos como

si estuvieran clavados en la tierra y todo su cuerpo echado hacia atrás, exhalando su aliento ardiente por las fosas nasales rojas y chorreantes, retorciéndose y temblando por completo, pareciendo abrumado por el orgullo herido y la ira de que un niño se hubiera atrevido tanto con impunidad. A mi alrededor oí gritos de desconcierto, sorpresa y alarma.

En ese momento, mis ojos errantes captaron los de la señora M., quien lucía pálida y agitada, y —nunca podré olvidar ese momento— en un instante mi rostro se inundó de color, brilló y ardía como fuego; no sé qué me pasó, pero confundido y asustado por mis propios sentimientos, tímidamente bajé la vista al suelo. Pero mi mirada fue notada, fue captada, me la robaron. Todos los ojos se volvieron hacia la señora M., y encontrándose inesperadamente en el centro de atención, ella también se sonrojó como un niño por algún sentimiento ingenuo e involuntario e hizo un esfuerzo infructuoso por cubrir su confusión riéndose…

Todo esto, por supuesto, parecía muy absurdo desde fuera, pero en ese momento una circunstancia extremadamente ingenua e inesperada me salvó de ser el hazmerreír de todos, y le dio un color especial a toda la aventura. La encantadora perseguidora que fue la instigadora de toda la escapada, y que hasta entonces había sido mi enemiga irreconciliable, de repente se precipitó para abrazarme y besarme. Apenas había podido creer sus ojos cuando me vio atreverme a aceptar su desafío, y recoger el guante que me había lanzado con la mirada hacia la señora M. Casi se muere de terror y auto-reproche cuando me lancé en Tan-

cred; ahora, cuando todo había terminado, y especialmente cuando captó la mirada a la señora M., mi confusión y mi repentino rubor, cuando el rasgo romántico en su frívola cabecita le había dado un nuevo significado secreto, no pronunciado al momento, fue movida a tal entusiasmo por mi «caballerosidad,» que, conmovida, alegre y orgullosa de mí, se precipitó y me apretó contra su pecho. Levantó la carita más ingenua y seria, en la que temblaban y brillaban dos pequeñas lágrimas cristalinas, y mirando a la multitud que se agolpaba a su alrededor dijo con una voz grave y seria, como nunca antes la habían oído usar, señalándome: «Mais c'est très sérieux, messieurs, ne riez pas!» No se dio cuenta de que todos estaban parados, como fascinados, admirando su brillante entusiasmo. Su acción rápida e inesperada, su carita seria, la ingenuidad de corazón, el sentimiento inesperado traicionado por las lágrimas que brotaban en sus ojos siempre risueños, fueron tal sorpresa que todos se quedaron ante ella como electrificados por su expresión, sus palabras y gestos rápidos y ardientes. Parecía como si nadie pudiera apartar los ojos de ella por miedo a perderse ese raro momento en su rostro entusiasta. Incluso nuestro anfitrión se sonrojó como un tulipán, y la gente declaró que lo oyeron confesar después que «para su vergüenza» había estado enamorado durante un minuto entero de su encantadora invitada. Bueno, por supuesto, después de esto yo era un caballero, un héroe.

—¡De Lorge! ¡Toggenburg! —se escuchó en la multitud.

Hubo un sonido de aplausos.

—¡Hurra por la generación ascendente! —añadió el anfi-

trión.

—Pero él viene con nosotros, ciertamente debe venir con nosotros —dijo la belleza—; encontraremos un lugar para él, debemos encontrarle un lugar. Se sentará a mi lado, en mi regazo… ¡pero no, no! ¡Eso es un error!… —se corrigió a sí misma, riendo, incapaz de contener su alegría en nuestro primer encuentro.

Pero mientras se reía, acariciaba mi mano tiernamente, haciendo todo lo posible por apaciguarme, para que no me ofendiera.

—Por supuesto, por supuesto —varios voces se sumaron—; debe ir, se ha ganado su lugar.

El asunto se resolvió en un momento. La misma anciana dama que había propiciado mi conocimiento con la belleza rubia fue de inmediato asediada con ruegos por todos los jóvenes para que se quedara en casa y me dejara su asiento. Se vio obligada a consentir, para su intensa irritación, con una sonrisa y un siseo furtivo de enojo. Su protectora, quien era su refugio habitual, mi antigua enemiga y nueva amiga, le gritó mientras se alejaba al galope en su enérgico caballo, riendo como una niña, que le envidiaba y que estaría encantada de quedarse en casa ella misma, ya que justo iba a llover y todos nos íbamos a mojar.

Y acertó al predecir la lluvia. Una lluvia torrencial comenzó dentro de una hora y la expedición se arruinó. Tuvimos que refugiarnos durante algunas horas en las cabañas del pueblo, y tuvimos que regresar a casa entre las nueve y las diez de la noche en la húmeda neblina que siguió a la llu-

via. Empecé a sentirme un poco febril. En el momento en que estaba partiendo, la señora M. se me acercó y expresó su sorpresa de que mi cuello estuviera descubierto y que no tuviera nada puesto sobre mi chaqueta. Respondí que no había tenido tiempo de conseguir mi abrigo. Sacó un alfiler y sujetó el cuello de mi camisa que estaba doblado hacia abajo, se quitó de su propio cuello un pañuelo de gasa carmesí y me lo puso alrededor del cuello para que no me resfriara. Lo hizo tan apresuradamente que no tuve tiempo ni de agradecerle.

Pero cuando llegamos a casa la encontré en el pequeño salón con la belleza rubia y el joven de cara pálida que ese día había ganado gloria por su habilidad como jinete al negarse a montar a Tancred. Me acerqué para agradecerle y devolver el pañuelo. Pero ahora, después de todas mis aventuras, de alguna manera me sentía avergonzado. Quería apresurarme y subir arriba, allí a mi ocio reflexionar y considerar. Estaba rebosante de impresiones. Al devolver el pañuelo, me sonrojé hasta las orejas, como de costumbre.

—Apuesto a que le gustaría quedarse con el pañuelo —dijo el joven riendo—. Se puede ver que le da pena separarse de tu bufanda.

—¡Eso es, eso es! —intervino la dama—. ¡Qué chico! ¡Oh! —dijo, sacudiendo la cabeza con una irritación obvia, pero se detuvo a tiempo ante una mirada grave de la señora M., que no quería llevar la broma demasiado lejos.

Me apresuré a irme.

—Bueno, tú sí que eres un chico —dijo la locuela, alcanzándome en la siguiente habitación y tomándome cariñosamente de ambas manos—, vamos, deberías simplemente no haber devuelto el pañuelo si tanto querías quedártelo. Deberías haber dicho que lo dejaste en algún lugar, y eso habría sido el final. ¡Qué simplón! ¡Ni siquiera pudo hacer eso! ¡Qué chico tan gracioso!

Y me dio un golpecito en la barbilla con su dedo, riéndose de que me había puesto rojo como una amapola.

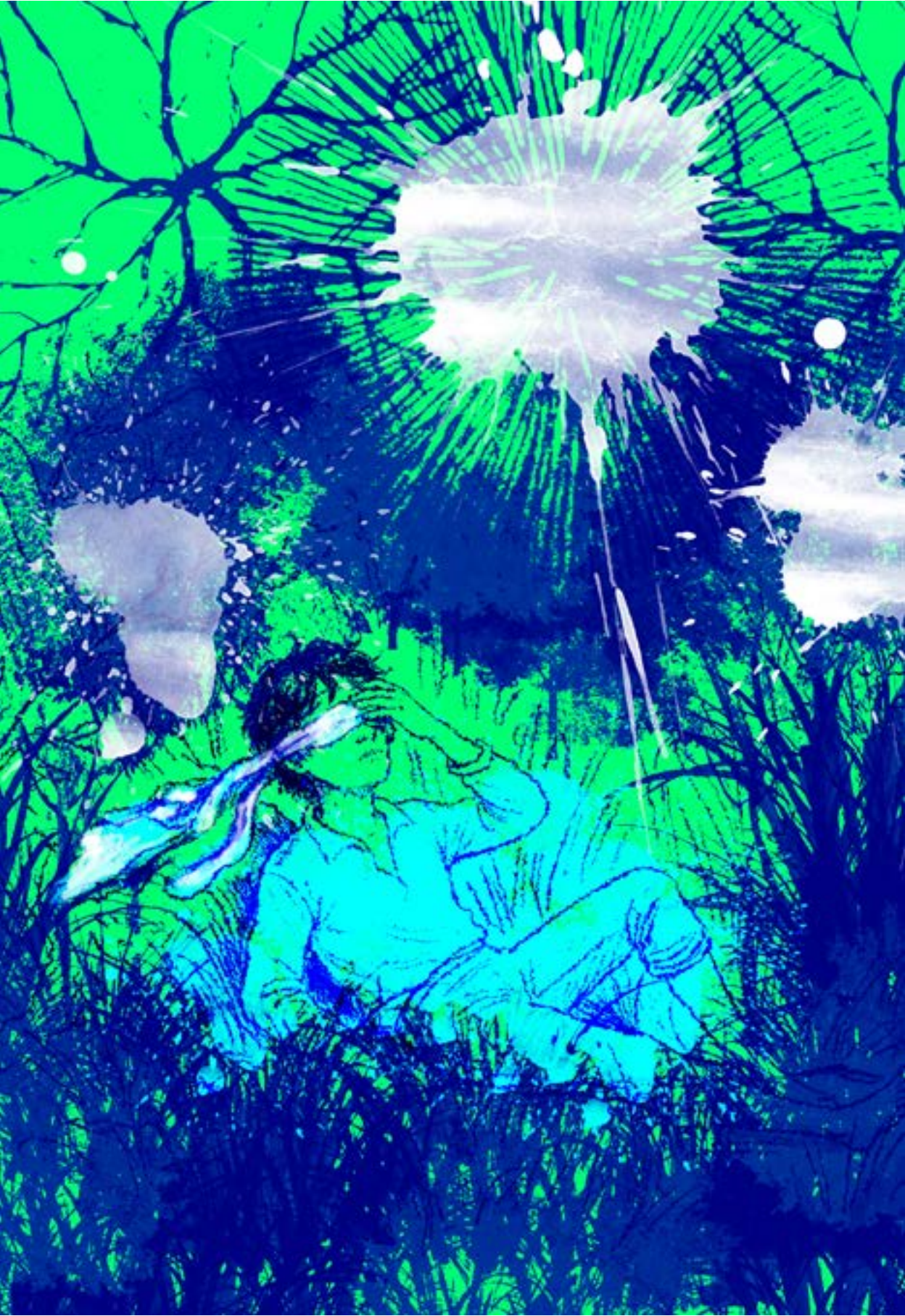
—Ahora soy tu amiga, ¿sabes? ¿No es así? Nuestra enemistad ha terminado, ¿verdad? ¿Sí o no?

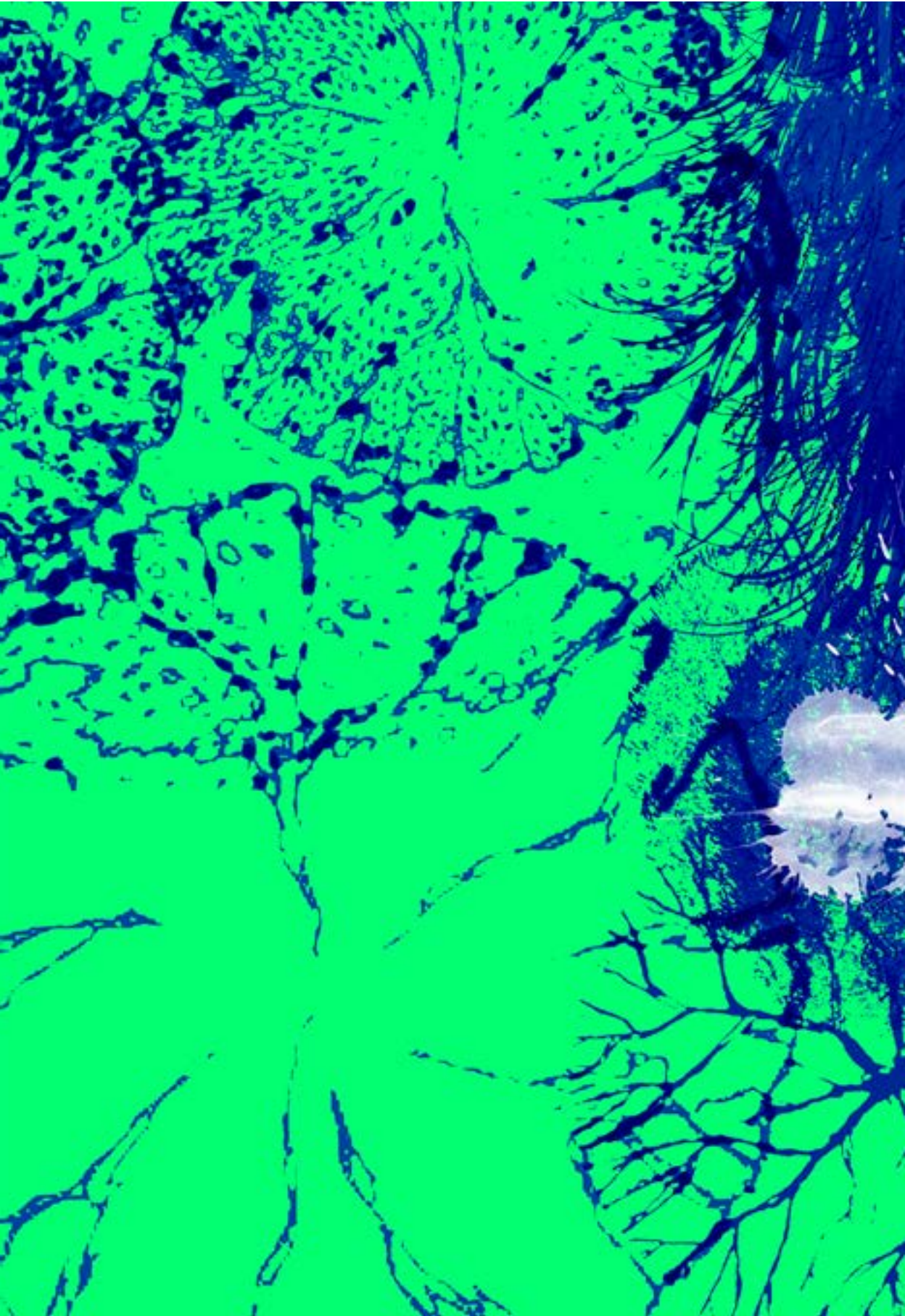
Reí y apreté sus dedos sin decir una palabra.

—Oh, ¿por qué estás así… por qué estás tan pálido y temblando? ¿Te has resfriado?

—Sí, no me siento bien.

—Ah, pobre chico. Eso es el resultado de la sobreexcitación. ¿Sabes qué? Será mejor que te vayas a la cama sin quedarte despierto para la cena, y estarás bien por la mañana. Vamos.





Me llevó escaleras arriba, y no hubo fin para el cuidado que me brindó. Dejándome desvestir, bajó corriendo, consiguió té y lo subió ella misma cuando ya estaba en la cama. También me trajo una manta cálida. Me impresionó y conmovió mucho todo el cuidado y la atención que me prodigaron; o quizás estaba afectado por todo el día, la expedición y la fiebre. Al despedirme de ella la abracé cálidamente, como si fuera mi amiga más querida y cercana, y en mi estado agotado todas las emociones del día volvieron a mí de golpe; casi derramé lágrimas al acurrucarme en su pecho. Ella notó mi estado alterado, y creo que mi locuela misma se sintió un poco conmovida.

—Eres un chico muy bueno —dijo, mirándome con ojos suaves—, por favor no te enojes conmigo. ¿No lo harás?

De hecho, nos convertimos en los amigos más cálidos y verdaderos.

Era bastante temprano cuando me desperté, pero el sol ya inundaba toda la habitación con una luz brillante. Salté de la cama sintiéndome perfectamente bien y fuerte, como si no hubiera tenido fiebre el día anterior; de hecho, ahora me sentía inexplicablemente alegre. Recordé el día anterior y sentí que habría dado cualquier felicidad si en ese minuto pudiera haber abrazado de nuevo a mi nueva amiga, la belleza rubia, como la noche anterior; pero era muy temprano y todos aún dormían. Vistiéndome rápidamente salí al jardín y de ahí al bosquecillo. Me dirigí hacia donde las hojas eran más espesas, donde el aroma de los árboles era más resinoso, y donde el sol se colaba más alegremente, regocijándose de poder penetrar la oscura densidad del follaje.

EL SUEÑO DE UN HOMBRE RIDÍCULO





I

Soy una persona ridícula. Ahora me llaman loco. Eso sería un ascenso si no fuera porque sigo siendo tan ridículo a sus ojos como antes. Pero ahora no me resiento, todos me son queridos ahora, incluso cuando se ríen de mí, y de hecho, es justo entonces cuando son especialmente queridos para mí. Podría unirme a su risa, no exactamente de mí mismo, sino por cariño hacia ellos, si no me sintiera tan triste al mirarlos. Triste porque ellos no conocen la verdad y yo sí la conozco. ¡Oh, cuán difícil es ser el único que conoce la verdad! Pero ellos no lo entenderán. No, no lo entenderán.

En el pasado solía sentirme miserable por parecer ridículo. No parecer, sino ser. Siempre he sido ridículo, y lo he sabido, quizás, desde la hora en que nací. Quizás desde que tenía siete años sabía que era ridículo. Después fui a la escuela, estudié en la universidad y, ¿saben?, cuanto más

aprendía, más comprendía completamente que era ridículo. Así que al final parecía como si todas las ciencias que estudié en la universidad existieran solo para probar y hacer evidente para mí a medida que profundizaba en ellas que era ridículo. Era lo mismo con la vida que con la ciencia. Con cada año, la misma conciencia de la ridícula figura que cortaba en cada relación crecía y se fortalecía. Todos siempre se reían de mí. Pero ninguno de ellos sabía o sospechaba que si había un hombre en la tierra que mejor que nadie sabía que yo era absurdo, era yo mismo, y lo que más me resentía era que ellos no lo supieran. Pero eso fue mi propia culpa; era tan orgulloso que nada habría inducido jamás a contárselo a nadie. Este orgullo creció en mí con los años; y si hubiera ocurrido que me permitiera confesarle a alguien que era ridículo, creo que esa misma noche me habría volado los sesos. ¡Oh, cómo sufrí en mi juventud temprana por el miedo de que pudiera ceder y confesarlo a mis compañeros de escuela! Pero desde que llegué a la edad adulta, por alguna razón desconocida me he calmado, aunque me di cuenta de mi terrible característica más completamente cada año. Digo «desconocida», porque hasta el día de hoy no puedo decir por qué fue. Quizás se debió a la terrible miseria que estaba creciendo en mi alma por algo que era de más consecuencia que cualquier otra cosa sobre mí: esa algo era la convicción que se había apoderado de mí de que nada en el mundo importaba. Ya había tenido una idea de ello, pero la plena realización llegó el año pasado casi de repente. De repente sentí que me daba igual que el mundo existiera o que nunca hubiera habido nada en absoluto: empecé a sentir con todo mi ser que no existía

nada. Al principio pensé que muchas cosas habían existido en el pasado, pero luego adiviné que tampoco había habido nada en el pasado, sino que solo había parecido así por alguna razón. Poco a poco adiviné que tampoco habría nada en el futuro. Entonces dejé de enojarme con la gente y casi dejé de notarlos. De hecho, esto se mostró incluso en las más pequeñas nimiedades: solía, por ejemplo, chocar contra la gente en la calle. Y no tanto por estar perdido en mis pensamientos: ¿qué tenía que pensar? Ya casi había dejado de pensar en ese momento; nada me importaba. Si al menos hubiera resuelto mis problemas. ¡Oh, no había resuelto ninguno, y cuántos había! Pero dejé de preocuparme por cualquier cosa, y todos los problemas desaparecieron.

Y fue después de eso que descubrí la verdad. Aprendí la verdad el pasado noviembre, el tres de noviembre, para ser precisos, y recuerdo cada instante desde entonces. Fue una tarde sombría, una de las más sombrías posibles. Volvía a casa alrededor de las once, y recuerdo que pensé que la tarde no podía ser más sombría. Incluso físicamente. Había estado lloviendo todo el día, y había sido una lluvia fría, sombría, casi amenazante, con, recuerdo, un rencor inconfundible contra la humanidad. De repente, entre las diez y las once, había parado y había sido seguida por una humedad horrible, más fría y húmeda que la lluvia, y una especie de vapor se elevaba de todo, de cada piedra en la calle y de cada callejón si uno miraba por él hasta donde se podía. De repente se me ocurrió que si todas las luces de la calle se hubieran apagado, habría sido menos triste, que el gas entristecía más el corazón porque lo iluminaba todo.

Ese día apenas había cenado y había pasado la tarde con un ingeniero, y otros dos amigos también habían estado allí. Me senté en silencio, creo que los aburrí. Hablaron de algo emocionante y de repente se emocionaron por ello. Pero en realidad no les importaba, podía verlo, y solo fingían estar emocionados. De repente se lo dije. «Amigos», les dije, «realmente no les importa de una manera u otra». No se ofendieron, pero se rieron de mí. Eso fue porque hablé sin ningún tono de reproche, simplemente porque no me importaba. Vieron que no lo hacía y les divirtió.

Mientras pensaba en las lámparas de gas en la calle, levanté la vista hacia el cielo. El cielo estaba horriblemente oscuro, pero se podían ver claramente nubes desgarradas y entre ellas parches negros insondables. De repente noté en uno de estos parches una estrella y comencé a observarla intensamente. Eso fue porque esa estrella me había dado una idea: decidí matarme esa noche. Lo había decidido firmemente dos meses antes, y aunque era pobre, ese mismo día compré un espléndido revólver y lo cargué. Pero habían pasado dos meses y todavía estaba en mi cajón; estaba tan indiferente que quería aprovechar un momento en el que no lo estuviera, ¿por qué? No lo sé. Y así, durante dos meses, cada noche que llegaba a casa pensaba en dispararme. Estaba esperando el momento adecuado. Y ahora esta estrella me dio un pensamiento. Decidí que ciertamente sería esa noche. Y por qué la estrella me dio la idea, no lo sé.

Y justo cuando estaba mirando el cielo, esta niña me tomó del codo. La calle estaba vacía y apenas se veía a alguien. Un cochero dormía a lo lejos en su carruaje. Era una niña

de ocho años con un pañuelo en la cabeza, vestida solo con un miserable vestidito todo empapado por la lluvia, pero noté sus zapatos rotos y mojados y ahora los recuerdo. Me llamaron la atención en particular. De repente me tiró del codo y me llamó. No estaba llorando, pero gritaba espasmódicamente unas palabras que no podía pronunciar correctamente, porque temblaba y se estremecía toda. Estaba aterrorizada por algo y seguía gritando «¡Mamá, mamá!». Me volví hacia ella, no dije una palabra y seguí adelante, pero ella corrió tirando de mí, y había ese tono en su voz que en los niños asustados significa desesperación. Conozco ese sonido. Aunque no articulaba las palabras, entendí que su madre estaba muriendo, o que algo así les estaba sucediendo, y que había salido corriendo a buscar a alguien, a encontrar algo para ayudar a su madre. No fui con ella; por el contrario, tuve el impulso de alejarla. Primero le dije que fuera a un policía. Pero ella, juntando las manos, corrió a mi lado sollozando y jadeando, y no me dejaba. Entonces golpeé el suelo con el pie y le grité. Ella gritó «¡Señor! ¡señor!…» pero de repente me abandonó y corrió a toda velocidad a través de la calle. Apareció allí otro transeúnte, y ella evidentemente huyó de mí hacia él.

Subí a mi quinto piso. Tengo una habitación en un piso donde hay otros inquilinos. Mi habitación es pequeña y pobre, con una ventana de buhardilla en forma de semicírculo. Tengo un sofá cubierto de cuero americano, una mesa con libros, dos sillas y un cómodo sillón, tan viejo como puede ser, pero de la buena forma antigua. Me senté, encendí la vela y comencé a pensar. En la habitación con-

tigua a la mía, a través de la pared divisoria, se estaba desatando un auténtico manicomio. Había estado ocurriendo durante los últimos tres días. Allí vivía un capitán retirado y tenía media docena de visitantes, caballeros de dudosa reputación, bebiendo vodka y jugando a stoss con cartas viejas. La noche anterior había habido una pelea, y sé que dos de ellos habían estado arrastrándose mutuamente por el cabello durante mucho tiempo. La casera quería quejarse, pero estaba aterrorizada por el capitán. Solo había otro inquilino en el piso, una delgada señora regimental en visita a San Petersburgo, con tres niños pequeños que se habían enfermado desde que llegaron a la vivienda. Tanto ella como sus hijos tenían un miedo mortal al capitán y yacían temblando y persignándose toda la noche, y el niño más pequeño tuvo una especie de ataque por el miedo. Ese capitán, sé de hecho, a veces detiene a la gente en el Prospecto Nevsky y pide limosna. No lo aceptan en el servicio, pero lo extraño es (por eso estoy contando esto) que todo este mes que el capitán ha estado aquí, su comportamiento no me ha causado ninguna molestia. Por supuesto, he intentado evitar su conocimiento desde el principio, y él también se aburrió de mí desde el principio; pero no me importa cuánto griten al otro lado de la partición ni cuántos estén allí: me quedo despierto toda la noche y los olvido tan completamente que ni siquiera los oigo. Me quedo despierto hasta el amanecer y he estado así durante el último año. Me siento toda la noche en mi sillón en la mesa, sin hacer nada. Solo leo de día. Me siento, ni siquiera pienso; las ideas de algún tipo vagan por mi mente y las dejo ir y venir a su antojo. Se quema toda una vela cada noche.

Me senté tranquilamente en la mesa, saqué el revólver y lo puse delante de mí. Cuando lo puse, me pregunté, recuerdo, «¿Es así?» y respondí con total convicción, «Lo es». Es decir, me dispararé. Sabía que me dispararía esa noche con certeza, pero cuánto tiempo más seguiría sentado en la mesa no lo sabía. Y sin duda me habría disparado si no hubiera sido por esa niña.

II

Verás, aunque nada me importaba, podía sentir dolor, por ejemplo. Si alguien me hubiera pinchado, me habría dolido. Era lo mismo moralmente: si hubiera ocurrido algo muy patético, habría sentido lástima, tal como solía hacerlo en los viejos tiempos cuando había cosas en la vida que me importaban. Sentí lástima esa tarde. Ciertamente habría ayudado a un niño. Entonces, ¿por qué no había ayudado a la niña? Por una idea que se me ocurrió en ese momento: cuando ella me llamaba y tiraba de mí, de repente surgió ante mí una pregunta y no pude resolverla. La pregunta era ociosa, pero me molestaba. Me molestaba la reflexión de que si iba a acabar conmigo mismo esa noche, nada en la vida debería haberme importado. ¿Por qué de repente no sentí un extraño pinchazo, completamente incongruente con mi posición? Realmente no sé cómo transmitir mejor mi sensación fugaz en ese momento, pero la sensación

persistió en casa cuando estaba sentado en la mesa, y estaba muy irritado como no lo había estado durante mucho tiempo. Una reflexión siguió a otra. Vi claramente que mientras aún fuera un ser humano y no nada, estaba vivo y, por lo tanto, podía sufrir, enojarme y sentir vergüenza por mis acciones. Así sea. Pero si voy a matarme, digamos, en dos horas, ¿qué me importa la niña y qué tengo que ver yo con la vergüenza o con cualquier otra cosa en el mundo? Me convertiré en nada, absolutamente nada. ¿Y puede ser realmente cierto que la conciencia de que dejaré de existir completamente e inmediatamente y, por lo tanto, todo lo demás dejará de existir, no afecta en lo más mínimo mi sentimiento de lástima por el niño ni el sentimiento de vergüenza después de una acción despreciable? Golpeé y grité a la desdichada niña como para decir: no solo no siento lástima, sino que incluso si me comporto de manera inhumana y despreciable, soy libre de hacerlo, porque en otras dos horas todo se extinguirá. ¿Crees que por eso grité? Ahora estoy casi convencido de ello. Me parecía claro





que la vida y el mundo dependían de alguna manera de mí ahora. Casi puedo decir que el mundo ahora parecía creado solo para mí: si me disparaba, el mundo dejaría de existir al menos para mí. No digo nada de que probablemente nada existirá para nadie cuando me haya ido, y que tan pronto como mi conciencia se extinga, todo el mundo también desaparecerá y se volverá vacío como un fantasma, como un mero apéndice de mi conciencia, porque posiblemente todo este mundo y todas estas personas solo sean yo mismo. Recuerdo que mientras estaba sentado y reflexionaba, giré todas estas nuevas preguntas que se agolpaban una tras otra de manera completamente distinta, y pensé en algo completamente nuevo. Por ejemplo, una extraña reflexión me ocurrió de repente, que si hubiera vivido antes en la luna o en Marte y allí hubiera cometido la acción más vergonzosa y deshonrosa y hubiera sido puesto en tal vergüenza e ignominia como solo se puede concebir y realizar en sueños, en pesadillas, y si, encontrándome después en la tierra, pudiera retener el recuerdo de lo que había hecho en el otro planeta y al mismo tiempo supiera que nunca, bajo ninguna circunstancia, volvería allí, entonces mirando desde la tierra a la luna, ¿me importaría o no? ¿Sentiría vergüenza por esa acción o no? Estas eran preguntas ociosas y superfluas porque el revólver ya estaba ante mí, y sabía en cada fibra de mi ser que iba a suceder con certeza, pero me emocionaron y me enfurecí. No podía morir ahora sin haber resuelto algo primero. En resumen, la niña me había salvado, porque pospuse mi disparo por el bien de estas preguntas. Mientras tanto, el clamor había comenzado a disminuir en la habitación del capitán: habían terminado

su juego, se estaban acomodando para dormir y, mientras tanto, gruñían y terminaban perezosamente sus disputas. En ese momento, de repente me quedé dormido en mi silla en la mesa, algo que nunca me había sucedido antes. Me quedé dormido sin darme cuenta.

Los sueños, como todos sabemos, son cosas muy extrañas: algunas partes se presentan con una vividez aterradora, con detalles elaborados con el acabado minucioso de una joya, mientras que otras se recorren, por así decirlo, sin notarlas en absoluto, como por ejemplo, a través del espacio y el tiempo. Los sueños parecen ser impulsados no por la razón, sino por el deseo, no por la cabeza, sino por el corazón, y sin embargo, ¡qué trucos tan complicados ha jugado a veces mi razón en los sueños, qué cosas completamente incomprensibles le suceden! Por ejemplo, mi hermano murió hace cinco años. A veces sueño con él; participa en mis asuntos, estamos muy interesados, y sin embargo, durante todo mi sueño sé y recuerdo perfectamente que mi hermano está muerto y enterrado. ¿Cómo es que no me sorprende que, aunque esté muerto, esté aquí a mi lado y trabajando conmigo? ¿Por qué mi razón lo acepta completamente? Pero basta. Comenzaré a hablar sobre mi sueño. Sí, tuve un sueño, mi sueño del tres de noviembre. Ahora se burlan de mí, diciéndome que fue solo un sueño. ¿Pero importa si fue un sueño o la realidad, si el sueño me reveló la verdad? Si una vez se ha reconocido la verdad y se la ha visto, sabes que es la verdad y que no hay otra y no puede haberla, estés dormido o despierto. Que sea un sueño, que así sea, pero esa vida real de la que tanto haces, tenía la intención

de extinguirla con el suicidio, y mi sueño, mi sueño, ¡oh, me reveló una vida diferente, renovada, grandiosa y llena de poder!

Escucha.

III

He mencionado que me quedé dormido sin darme cuenta y parecía seguir reflexionando sobre los mismos temas. De repente soñé que tomaba el revólver y lo apuntaba directamente a mi corazón, mi corazón y no mi cabeza; y había decidido de antemano dispararme en la sien derecha. Después de apuntar a mi pecho, esperé uno o dos segundos, y de repente mi vela, mi mesa y la pared frente a mí comenzaron a moverse y a agitarse. Me apresuré a apretar el gatillo.

En los sueños a veces caes desde una altura, te apuñalan o te golpean, pero nunca sientes dolor a menos que, quizás, realmente te golpees contra el cabecero de la cama, entonces sientes dolor y casi siempre te despiertas por ello. Lo mismo sucedió en mi sueño. No sentí ningún dolor, pero parecía como si con mi disparo todo dentro de mí se sacudiera y todo se oscureciera repentinamente, y se volvió horriblemente negro a mi alrededor. Parecía estar cegado y entumecido, y estaba acostado sobre algo duro, estirado boca arriba; no veía nada y no podía hacer el más mínimo movimiento. La gente caminaba y gritaba a mi alrededor, el capitán bramaba, la casera chillaba, y de repente otro

descanso y me llevaban en un ataúd cerrado. Y sentí cómo el ataúd se sacudía y reflexioné sobre ello, y por primera vez me golpeó la idea de que estaba muerto, completamente muerto, lo sabía y no tenía dudas al respecto, no podía ver ni moverme y, sin embargo, sentía y reflexionaba. Pero pronto me reconcilié con la situación, y como uno suele hacer en un sueño, acepté los hechos sin discutirlos.

Y ahora estaba enterrado en la tierra. Todos se fueron, me quedé solo, completamente solo. No me moví. Siempre que antes había imaginado estar enterrado, la única sensación que asociaba con la tumba era la de humedad y frío. Así que ahora sentí que estaba muy frío, especialmente en las puntas de los dedos de los pies, pero no sentí nada más.

Yacía quieto, curiosamente no esperaba nada, aceptando sin disputa que un muerto no tiene nada que esperar. Pero estaba húmedo. No sé cuánto tiempo pasó, si una hora, varios días o muchos días. Pero de repente una gota de agua cayó sobre mi ojo izquierdo cerrado, abriéndose camino a través de la tapa del ataúd; un minuto después le siguió una segunda, luego un minuto después una tercera, y así sucesivamente, regularmente cada minuto. Hubo un repentino destello de profunda indignación en mi corazón, y de repente sentí un dolor físico en él. «Esa es mi herida», pensé; «esa es la bala…» Y gota tras gota, cada minuto, seguía cayendo sobre mi párpado cerrado. Y de repente, no con mi voz, sino con todo mi ser, llamé al poder responsable de todo lo que me estaba sucediendo: «Quienquiera que seas, si existes, y si algo más racional que lo que está sucediendo aquí es posible, permite que sea aquí ahora. Pero si te estás

vengando de mí por mi absurdo suicidio con la fealdad y la absurdidad de esta existencia posterior, entonces déjame decirte que ninguna tortura podría igualar el desprecio que seguiré sintiendo en silencio, aunque mi martirio dure un millón de años».

Hice este llamamiento y guardé silencio. Hubo un minuto completo de silencio ininterrumpido y de nuevo cayó otra gota, pero supe con una certeza infinita e inquebrantable que todo cambiaría inmediatamente. Y he aquí que mi tumba de repente se rasgó, es decir, no sé si fue abierta o excavada, pero fui atrapado por algún ser oscuro y desconocido y nos encontramos en el espacio. De repente recuperé la vista. Era la medianoche, y nunca, nunca había habido tal oscuridad. Volábamos por el espacio, lejos de la tierra. No cuestioné al ser que me llevaba; estaba orgulloso y esperaba. Me aseguré de que no tenía miedo y estaba emocionado con éxtasis ante la idea de que no tenía miedo. No sé cuánto tiempo estuvimos volando, no puedo imaginarlo; sucedió como siempre sucede en los sueños cuando saltas sobre el espacio y el tiempo, y las leyes del pensamiento y la existencia, y solo te detienes en los puntos por los que anhela el corazón. Recuerdo que de repente vi en la oscuridad una estrella. «¿Es esa Sirio?» pregunté impulsivamente, aunque no había tenido la intención de hacer preguntas.

—No, esa es la estrella que viste entre las nubes cuando volvías a casa —respondió el ser que me llevaba.

Sabía que tenía algo parecido a un rostro humano. Curiosamente, no me gustaba ese ser, de hecho sentía una intensa

aversión por él. Yo había esperado la completa inexistencia, y por eso me había disparado en el corazón. Y aquí estaba en manos de una criatura no humana, por supuesto, pero aún viviente, existente. «Y así hay vida más allá de la tumba», pensé con la frivolidad extraña que uno tiene en los sueños. Pero en lo más profundo mi corazón permanecía inalterado. «Y si tengo que existir de nuevo», pensé, «y vivir una vez más bajo el control de algún poder irresistible, no seré vencido ni humillado».

—Sabes que tengo miedo de ti y me desprecio por eso —le dije de repente a mi compañero, incapaz de abstenerme de la humillante pregunta que implicaba una confesión, y sintiendo mi humillación clavarse en mi corazón como con un alfiler.

Él no respondió a mi pregunta, pero de repente sentí que ni siquiera me despreciaba, sino que se reía de mí y no sentía compasión por mí, y que nuestro viaje tenía un objeto desconocido y misterioso que me concernía solo a mí. El miedo crecía en mi corazón. Algo se comunicaba mudamente y dolorosamente conmigo desde mi silencioso compañero y se impregnaba en todo mi ser. Volábamos a través del espacio oscuro y desconocido. Había perdido de vista desde hacía algún tiempo las constelaciones familiares para mis ojos. Sabía que había estrellas en los espacios celestiales cuya luz tardaba miles o millones de años en llegar a la tierra. Quizás ya estábamos volando a través de esos espacios. Esperaba algo con una angustia terrible que torturaba mi corazón. Y de repente me emocionó un sentimiento familiar que me conmovió hasta lo más profundo: ¡de repen-

te vi nuestro sol! Sabía que no podía ser nuestro sol, que daba vida a nuestra tierra, y que estábamos a una distancia infinita de nuestro sol, pero por alguna razón sabía en todo mi ser que era un sol exactamente como el nuestro, una réplica del mismo. Un dulce y emocionante sentimiento resonó con éxtasis en mi corazón: el poder afín de la misma luz que me había dado luz hizo eco en mi corazón y lo despertó, y tuve una sensación de vida, la antigua vida del pasado por primera vez desde que había estado en la tumba.

—Pero si eso es el sol, si es exactamente el mismo que nuestro sol —grité—, ¿dónde está la tierra?

Y mi compañero señaló hacia una estrella que parpadeaba en la distancia con una luz esmeralda. Volábamos directamente hacia ella.

—¿Y son posibles tales repeticiones en el universo? ¿Puede ser esa la ley de la naturaleza?… Y si eso es una tierra allí, ¿puede ser exactamente la misma tierra que la nuestra… exactamente igual, tan pobre, tan infeliz, pero preciosa y amada para siempre, despertando en los hijos más ingratos el mismo amor punzante por ella que sentimos por nuestra tierra? —grité, sacudido por un amor extático e irresistible por la antigua y familiar tierra que había dejado.

La imagen de la pobre niña a la que había rechazado cruzó por mi mente.

—Lo verás todo —respondió mi compañero, y había un tono de tristeza en su voz.

Pero nos acercábamos rápidamente al planeta. Estaba cre-

ciendo ante mis ojos; ya podía distinguir el océano, el contorno de Europa; y de repente un sentimiento de una gran y santa envidia se encendió en mi corazón.

—¿Cómo puede repetirse y para qué? Yo amo y solo puedo amar esa tierra que he dejado, manchada con mi sangre, cuando, en mi ingratitud, apagué mi vida con una bala en mi corazón. Pero nunca, nunca dejé de amar esa tierra, y quizás en la misma noche en que me separé de ella, la amé más que nunca. ¿Hay sufrimiento en esta nueva tierra? En nuestra tierra solo podemos amar con sufrimiento y a través del sufrimiento. No podemos amar de otra manera, y no conocemos otro tipo de amor. Quiero sufrimiento para poder amar. Anhelo, tengo sed, en este mismo instante, de besar con lágrimas la tierra que he dejado, y no quiero, no aceptaré la vida en ninguna otra.

Pero mi compañero ya me había dejado. De repente, sin darme cuenta cómo, me encontré en esta otra tierra, bajo la brillante luz de un día soleado, hermosa como un paraíso. Creo que estaba parado en una de las islas que forman en nuestro globo el archipiélago griego, o en la costa del continente frente a ese archipiélago. Oh, todo era exactamente como con nosotros, solo que todo parecía tener un resplandor festivo, el esplendor de algún gran y santo triunfo alcanzado al fin. El mar cariñoso, verde como esmeralda, salpicaba suavemente la orilla y la besaba con un amor manifiesto, casi consciente. Los altos y hermosos árboles estaban en todo el esplendor de su floración, y sus innumerables hojas me saludaban, estoy seguro, con su suave y cariñoso susurro y parecían articular palabras de amor. La

hierba brillaba con flores brillantes y fragantes. Las aves volaban en bandadas en el aire y se posaban sin miedo en mis hombros y brazos, y me golpeaban alegremente con sus queridas y aleteantes alas. Y finalmente vi y conocí a la gente de esta tierra feliz. Ellos vinieron a mí por sí mismos, me rodearon, me besaron. Los hijos del sol, los hijos de su sol, ¡oh, cuán hermosos eran! Nunca había visto en nuestra propia tierra tanta belleza en la humanidad. Solo quizás en nuestros niños, en sus primeros años, se podría encontrar un reflejo remoto y débil de esta belleza. Los ojos de esta gente feliz brillaban con un brillo claro. Sus rostros estaban radiantes con la luz de la razón y la plenitud de una serenidad que viene del entendimiento perfecto, pero esos rostros eran alegres; en sus palabras y voces había un tono de alegría infantil. Oh, desde el primer momento, desde la primera mirada a ellos, ¡lo entendí todo! Era la tierra sin mancha por la Caída; en ella vivían personas que no habían pecado. Vivían justo en un paraíso como aquel en el que, según todas las leyendas de la humanidad, nuestros primeros padres vivieron antes de pecar; la única diferencia era que toda esta tierra era el mismo paraíso. Esta gente, riendo alegremente, se apiñó a mi alrededor y me acarició; me llevaron a su casa con ellos, y cada uno de ellos trató de tranquilizarme. Oh, no me hicieron preguntas, pero parecían, imaginé, saberlo todo sin preguntar, y querían apresurarse a borrar los signos de sufrimiento de mi rostro.

IV

¿Y sabes qué? Bueno, concediendo que solo fue un sueño, sin embargo, la sensación del amor de esas personas inocentes y hermosas me ha quedado para siempre, y siento como si su amor todavía estuviera fluyendo hacia mí desde allí. Los he visto yo mismo, los he conocido y me he convencido; los amé, sufrí por ellos después. Oh, entendí de inmediato incluso en ese momento que en muchas cosas no podía entenderlos en absoluto; como un ruso progresista y despreciable de San Petersburgo, me pareció inexplicable que, sabiendo tanto, no tuvieran, por ejemplo, una ciencia como la nuestra. Pero pronto me di cuenta de que su conocimiento se obtenía y fomentaba por intuiciones diferentes a las de nosotros en la tierra, y que sus aspiraciones también eran completamente diferentes. No deseaban nada y estaban en paz; no aspiraban a conocer la vida como nosotros aspiramos a entenderla, porque sus vidas estaban llenas. Pero su conocimiento era más alto y profundo que el nuestro; porque nuestra ciencia busca explicar qué es la vida, aspira a entenderla para enseñar a otros cómo amar, mientras que ellos, sin ciencia, sabían cómo vivir; y eso lo entendí, pero no pude entender su conocimiento. Me mostraron sus árboles, y no pude comprender el intenso amor con el que los miraban; era como si estuvieran hablando con criaturas como ellos mismos. Y tal vez no me equivoque si digo que conversaban con ellos. Sí, habían encontrado su lenguaje, y estoy convencido de que los árboles los entendían. Miraban toda la naturaleza de esa manera, a los animales que vivían en paz con ellos y no los atacaban, sino que los amaban, conquistados por su amor. Señalaron las estrellas y me dijeron algo sobre

ellas que no pude entender, pero estoy convencido de que de alguna manera estaban en contacto con las estrellas, no solo en pensamiento, sino por algún canal vivo. Oh, estas personas no insistieron en tratar de hacerme entender, me amaron sin eso, pero yo sabía que nunca me entenderían, así que apenas les hablé de nuestra tierra. Solo besé en su presencia la tierra en la que vivían y adoré mudamente a ellos mismos. Y ellos vieron eso y me dejaron adorarlos sin avergonzarse de mi adoración, porque ellos mismos amaban mucho. No se sentían infelices por mi culpa cuando a veces besaba sus pies con lágrimas, consciente con alegría del amor con el que responderían al mío. A veces me preguntaba con asombro cómo era posible que nunca ofendieran a una criatura como yo, y nunca despertaran en mí un sentimiento de celos o envidia. A menudo me preguntaba cómo podía ser que, fanfarrón y mentiroso como era, nunca les hablaba de lo que sabía, de lo cual, por supuesto, ellos no tenían ni idea, que nunca me sentí tentado a hacerlo por un deseo de asombrarlos o incluso de beneficiarlos.

Eran tan alegres y juguetones como niños. Vagaban por sus hermosos bosques y matorrales, cantaban sus encantadoras canciones; su alimento era ligero: las frutas de sus árboles, la miel de sus bosques y la leche de los animales que los amaban. El trabajo que hacían por la comida y el vestido era breve y no laborioso. Amaban y engendraban hijos, pero nunca noté en ellos el impulso de esa cruel sensualidad que supera a casi todos los hombres en esta tierra, a todos y cada uno, y es la fuente de casi todos los pecados de

la humanidad en la tierra. Se regocijaban por la llegada de los niños como seres nuevos para compartir su felicidad. No había peleas, ni celos entre ellos, y ni siquiera sabían lo que esas palabras significaban. Sus hijos eran los hijos de todos, porque todos formaban una sola familia. Apenas había enfermedades entre ellos, aunque sí había muerte; pero sus ancianos morían en paz, como si se durmieran, dando bendiciones y sonrisas a los que los rodeaban para despedirse por última vez con sonrisas brillantes y encantadoras. Nunca vi dolor ni lágrimas en esas ocasiones, solo amor, que llegaba al punto del éxtasis, pero un éxtasis tranquilo, perfeccionado y contemplativo. Uno podría pensar que todavía estaban en contacto con los difuntos después de la muerte, y que su unión terrenal no se cortaba por la muerte. Apenas me entendían cuando les preguntaba sobre la inmortalidad, pero evidentemente estaban tan convencidos de ella sin razonar que para ellos no era una pregunta en absoluto. No tenían templos, pero tenían un sentido real, vivo e ininterrumpido de unidad con todo el universo; no tenían credo, pero tenían un conocimiento cierto de que cuando su alegría terrenal alcanzara los límites de la naturaleza terrenal, entonces vendría para ellos, para los vivos y para los muertos, una plenitud aún mayor de contacto con todo el universo. Esperaban ese momento con alegría, pero sin prisa, sin anhelarlo, pero pareciendo tener un anticipo de ello en sus corazones, de lo cual hablaban entre sí.

Por la noche, antes de irse a dormir, les gustaba cantar en un coro musical y armonioso. En esas canciones expresaban todas las sensaciones que el día que se iba les había

dado, cantaban sus glorias y se despedían de él. Cantaban las alabanzas de la naturaleza, del mar, de los bosques. Les gustaba hacer canciones sobre sí mismos y elogiarse unos a otros como niños; eran las canciones más simples, pero brotaban de sus corazones e iban al corazón. Y no solo en sus canciones, sino en toda su vida, parecían no hacer otra cosa que admirarse mutuamente. Era como estar enamorados unos de otros, pero con un sentimiento abarcador y universal.

Algunas de sus canciones, solemnes y extáticas, apenas las entendía del todo. Aunque entendía las palabras, nunca pude comprender su significado completo. Permanecía, por así decirlo, más allá del alcance de mi mente, pero mi corazón inconscientemente lo absorbía cada vez más. A menudo les decía que había tenido un presentimiento de ello mucho antes, que esa alegría y esa gloria me habían llegado en nuestra tierra en forma de una melancolía anhelante que a veces se acercaba a un dolor insoportable; que había tenido un conocimiento previo de ellos y de su gloria en los sueños de mi corazón y las visiones de mi mente; que a menudo en nuestra tierra no podía mirar el sol poniente sin lágrimas… que en mi odio hacia los hombres de nuestra tierra siempre había un angustioso anhelo: ¿por qué no podía odiarlos sin amarlos? ¿por qué no podía evitar perdonarlos? y en mi amor por ellos había un dolor anhelante: ¿por qué no podía amarlos sin odiarlos? Me escuchaban, y vi que no podían concebir lo que estaba diciendo, pero no me arrepentí de haberles hablado de ello: sabía que entendían la intensidad de mi angustioso anhelo

por aquellos a quienes había dejado. Pero cuando me miraban con sus dulces ojos llenos de amor, cuando sentía que en su presencia mi corazón también se volvía tan inocente y justo como el de ellos, la sensación de la plenitud de la vida me quitaba el aliento, y los adoraba en silencio.

Oh, todo el mundo se ríe en mi cara ahora y me asegura que uno no puede soñar con detalles como los que estoy contando ahora, que solo soñé o sentí una sensación que surgió en mi corazón en delirio e inventé los detalles yo mismo al despertar. Y cuando les dije que quizás realmente era así, ¡Dios mío, cómo se reían en mi cara y qué alegría causé! Oh, sí, por supuesto que fui vencido por la mera sensación de mi sueño, y eso fue todo lo que se preservó en mi corazón cruelmente herido; pero las formas e imágenes reales de mi sueño, es decir, las mismas que realmente vi en el momento de mi sueño, estaban llenas de tal armonía, eran tan encantadoras y cautivadoras y eran tan reales, que al despertar, por supuesto, fui incapaz de expresarlas en nuestro pobre lenguaje, por lo que estaban destinadas a volverse borrosas en mi mente; y así quizás realmente fui forzado después a inventar los detalles, y por supuesto a distorsionarlos en mi apasionado deseo de transmitir al menos algunos de ellos lo más rápido que pudiera. Pero por otro lado, ¿cómo puedo dejar de creer que todo fue verdad? Quizás fue mil veces más brillante, feliz y alegre de lo que lo describo. Concediendo que lo soñé, sin embargo, debió haber sido real. Sabes, te diré un secreto: ¡quizás no fue un sueño en absoluto! Porque luego sucedió algo tan terrible, algo tan horriblemente verdadero, que no podría

haber sido imaginado en un sueño. Mi corazón podría haber originado el sueño, ¿pero mi corazón solo habría sido capaz de originar el terrible acontecimiento que me sucedió después? ¿Cómo podría haberlo inventado o imaginado yo solo en mi sueño? ¿Podría mi pequeño corazón y mi mente frívola y trivial haber llegado a tal revelación de la verdad? Oh, juzguen por ustedes mismos: hasta ahora lo he ocultado, pero ahora diré la verdad. El hecho es que yo… ¡los corrompí a todos!

V

Sí, sí, ¡terminó en que los corrompí a todos! Cómo sucedió, no lo sé, pero lo recuerdo claramente. El sueño abarcó miles de años y me dejó solo un sentido de lo absoluto. Solo sé que fui la causa de su pecado y su caída. Como una vil trichina, como un germen de la peste que infecta reinos enteros, así contaminé toda esta tierra, tan feliz y sin pecado antes de mi llegada. Aprendieron a mentir, se aficionaron a la mentira y descubrieron el encanto de la falsedad. Oh, al principio quizás comenzó inocentemente, con una broma, coquetería, con juego amoroso, quizás de hecho con un germen, pero ese germen de falsedad se abrió camino en sus corazones y les agradó. Luego la sensualidad fue engendrada pronto, la sensualidad engendró celos, los celos — crueldad… Oh, no sé, no recuerdo; pero pronto, muy pronto se derramó la primera sangre. Se maravillaron y se horrorizaron, y comenzaron a dividirse y separarse. Formaron uniones, pero era una contra otra. Siguieron re-

proches, recriminaciones. Conocieron la vergüenza, y la vergüenza los llevó a la virtud. Surgió la concepción del honor, y cada unión comenzó a ondear sus banderas. Comenzaron a torturar animales, y los animales se retiraron de ellos a los bosques y se volvieron hostiles hacia ellos. Comenzaron a luchar por la separación, por el aislamiento, por la individualidad, por lo mío y lo tuyo. Comenzaron a hablar en diferentes idiomas. Conocieron el dolor y amaron el dolor; ansiaron el sufrimiento y dijeron que la verdad solo podía alcanzarse a través del sufrimiento. Luego apareció la ciencia. A medida que se volvieron malvados, comenzaron a hablar de la hermandad y el humanitarismo, y entendieron esas ideas. A medida que se volvieron criminales, inventaron la justicia y redactaron códigos legales completos para observarla, y para asegurar que se cumplieran, instalaron una guillotina. Apenas recordaban lo que habían perdido, de hecho se negaban a creer que alguna vez habían sido felices e inocentes. Incluso se reían de la posibilidad de esta felicidad en el pasado y la llamaban un sueño. No podían siquiera imaginarla en una forma y figura definidas, pero, extraño y maravilloso de relatar, aunque perdieron toda fe en su felicidad pasada y la llamaron una leyenda, anhelaban tanto ser felices e inocentes una vez más que sucumbieron a este deseo como niños, hicieron un ídolo de él, erigieron templos y adoraron su propia idea, su propio deseo; aunque al mismo tiempo creían plenamente que era inalcanzable y no podía realizarse, sin embargo, se inclinaron ante ella y la adoraron con lágrimas. Sin embargo, si hubiera sucedido que hubieran regresado a la condición inocente y feliz que habían perdido, y si alguien

les hubiera mostrado de nuevo y les hubiera preguntado si querían volver a ella, ciertamente se habrían negado. Me respondieron: «Podemos ser engañosos, malvados e injustos, lo sabemos y lloramos por ello, nos afligimos por ello; nos atormentamos y nos castigamos más quizás que ese Juez misericordioso que nos juzgará y cuyo Nombre no sabemos. Pero tenemos ciencia, y por medio de ella encontraremos la verdad y llegaremos a ella conscientemente. El conocimiento es superior al sentimiento, la conciencia de la vida es superior a la vida. La ciencia nos dará sabiduría, la sabiduría revelará las leyes, y el conocimiento de las leyes de la felicidad es superior a la felicidad».

Eso es lo que dijeron, y después de decir tales cosas, cada uno comenzó a amarse a sí mismo más que a nadie, y de hecho no podían hacer otra cosa. Todos se volvieron tan celosos de los derechos de su propia personalidad que hicieron todo lo posible para restringir y destruirlos en los demás, y convirtieron eso en lo principal de sus vidas. Siguió la esclavitud, incluso la esclavitud voluntaria; los débiles se sometieron ansiosamente a los fuertes, con la condición de que estos últimos los ayudaran a someter a los aún más débiles. Entonces surgieron santos que vinieron a estas personas, llorando, y les hablaron de su orgullo, de su pérdida de armonía y proporción adecuada, de su pérdida de vergüenza. Se les ridiculizaba o se les apedreaba. Se derramó sangre santa en el umbral de los templos. Luego surgieron hombres que comenzaron a pensar cómo reunir a todas las personas nuevamente, de modo que todos, mientras aún se amaran a sí mismos más que a na-

die, no interfirieran con los demás, y todos pudieran vivir juntos en una sociedad algo armoniosa. Surgieron guerras regulares sobre esta idea. Todos los combatientes al mismo tiempo creían firmemente que la ciencia, la sabiduría y el instinto de autopreservación obligarían a los hombres al final a unirse en una sociedad armoniosa y racional; y así, mientras tanto, para acelerar las cosas, «los sabios» se esforzaron por exterminar lo más rápido posible a todos los que «no eran sabios» y no entendían su idea, para que estos últimos no impidieran su triunfo. Pero el instinto de autopreservación se debilitó rápidamente; surgieron hombres altivos y sensuales que exigían todo o nada. Para obtener todo recurrieron al crimen, y si no tenían éxito, al suicidio. Surgieron religiones con un culto de la no existencia y la autodestrucción por el bien de la paz eterna de la aniquilación. Al final, estas personas se cansaron de su trabajo sin sentido, y aparecieron signos de sufrimiento en sus rostros, y luego proclamaron que el sufrimiento era una belleza, porque solo en el sufrimiento había significado. Glorificaron el sufrimiento en sus canciones. Me movía entre ellos, retorciéndome las manos y llorando por ellos, pero los amaba quizás más que en los viejos tiempos cuando no había sufrimiento en sus rostros y cuando eran inocentes y tan encantadores. Amaba la tierra que habían contaminado incluso más que cuando había sido un paraíso, si solo porque había llegado el dolor a ella. ¡Ay! Siempre amé el dolor y la tribulación, pero solo para mí, para mí; pero lloraba por ellos, compadeciéndolos. Extendí mis manos hacia ellos en desesperación, culpándome, maldiciendo y despreciándome. Les dije que todo esto era obra mía, solo mía; que

fui yo quien les trajo corrupción, contaminación y falsedad. Les supliqué que me crucificaran, les enseñé cómo hacer una cruz. No podía matarme, no tenía la fuerza, pero quería sufrir a manos de ellos. Anhelaba el sufrimiento, deseaba que mi sangre se drenara hasta la última gota en estas agonías. Pero solo se rieron de mí y finalmente comenzaron a considerarme loco. Me justificaron, declararon que solo habían conseguido lo que ellos mismos querían, y que todo lo que ahora existía no podría haber sido de otra manera. Al final me declararon que me estaba volviendo peligroso y que me encerrarían en un manicomio si no me callaba. Entonces un dolor tan grande se apoderó de mi alma que mi corazón se retorció y sentí como si me estuviera muriendo; y entonces… entonces desperté.

Era de mañana, es decir, todavía no era de día, pero eran alrededor de las seis en punto. Me desperté en el mismo sillón; mi vela se había consumido; todos dormían en la habitación del capitán, y había un silencio a mi alrededor, raro en nuestro apartamento. Lo primero que hice fue levantarme asombrado: nunca me había pasado algo así antes, ni siquiera en el más mínimo detalle; nunca, por ejemplo, me había quedado dormido así en mi sillón. Mientras estaba de pie y volvía en mí, de repente vi mi revólver cargado, listo, ¡pero al instante lo aparté! Oh, ahora, ¡vida, vida! Levanté mis manos y llamé a la verdad eterna, no con palabras, sino con lágrimas; un éxtasis inmenso inundó mi alma. Sí, vida y difundir las buenas nuevas. Oh, en ese momento decidí difundir las nuevas, y lo resolví, por supuesto, para toda mi vida. Voy a difundir las nuevas, quiero

difundir las nuevas, ¿de qué? De la verdad, porque la he visto, la he visto con mis propios ojos, la he visto en toda su gloria.

Y desde entonces he estado predicando. Además, amo a todos los que se ríen de mí más que a cualquier otro. Por qué es así, no lo sé y no puedo explicarlo, pero así es. Me dicen que soy vago y confuso, y si soy vago y confuso ahora, ¿qué seré más adelante? Es cierto: soy vago y confuso, y quizás a medida que pase el tiempo lo sea más. Y, por supuesto, cometeré muchos errores antes de descubrir cómo predicar, es decir, descubrir qué palabras decir, qué cosas hacer, porque es una tarea muy difícil. Veo todo eso tan claro como la luz del día, pero, escuchen, ¿quién no comete errores? Y sin embargo, todos se dirigen hacia el mismo objetivo, todos se esfuerzan en la misma dirección de todos modos, desde el sabio hasta el ladrón más bajo, solo que por diferentes caminos. Es una vieja verdad, pero esto es lo nuevo: no puedo equivocarme mucho. Porque he visto la verdad; la he visto y sé que las personas pueden ser hermosas y felices sin perder la capacidad de vivir en la tierra. No quiero ni puedo creer que el mal sea la condición normal de la humanidad. Y es justo esta fe mía de la que se ríen. Pero ¿cómo puedo dejar de creerlo? He visto la verdad, no es como si la hubiera inventado con mi mente, la he visto, visto, y la imagen viva de ella ha llenado mi alma para siempre. La he visto en una perfección tan completa que no puedo creer que sea imposible para las personas tenerla. Entonces, ¿cómo puedo equivocarme? Sin duda cometeré algunos errores y quizás hable en un lenguaje de

segunda mano, pero no por mucho tiempo: la imagen viva de lo que vi siempre estará conmigo y siempre me corregirá y guiará. ¡Oh, estoy lleno de coraje y frescura, y seguiré adelante si fuera por mil años! ¿Saben? Al principio pensé ocultar el hecho de que los corrompí, pero eso fue un error, ¡fue mi primer error! Pero la verdad me susurró que estaba mintiendo y me preservó y me corrigió. Pero cómo establecer el paraíso, no lo sé, porque no sé cómo ponerlo en palabras. Después de mi sueño perdí el dominio de las palabras. Todas las palabras principales, de todos modos, las más necesarias. Pero no importa, iré y seguiré hablando, no dejaré de hacerlo, porque de todos modos lo he visto con mis propios ojos, aunque no pueda describir lo que vi. Pero los burlones no entienden eso. Fue un sueño, dicen, delirio, alucinación. ¡Oh! Como si eso significara tanto. ¡Y son tan orgullosos! Un sueño, ¿qué es un sueño? ¿Y no es nuestra vida un sueño? Diré más. Supongan que este paraíso nunca llegue a realizarse (eso lo entiendo), pero seguiré predicándolo. Y sin embargo, es tan simple: en un día, en una hora, todo podría organizarse de una vez. Lo principal es amar a los demás como a uno mismo, eso es lo principal, y eso es todo; no se necesita nada más, lo descubrirán de inmediato cómo organizarlo todo. Y sin embargo, es una verdad antigua que se ha contado y recontado mil millones de veces, pero no ha formado parte de nuestras vidas. La conciencia de la vida es más alta que la vida, el conocimiento de las leyes de la felicidad es más alto que la felicidad, eso es contra lo que uno debe luchar. Y lo haré. Si solo todos lo quieren, se puede organizar de inmediato.

Y rastreé a esa niña… ¡y seguiré y seguiré!

Este libro fue impreso en Pasto, Nariño, en noviembre de 2026. Fue impreso en papel Reprograf Natural de 72 g/m² para el cuerpo de texto y propalcote para las ilustraciones, editado y diseñado en la editorial Entretramas. Esta antología de relatos de Fiódor Dostoievski (Noches blancas, El cocodrilo, Polzunkov, Memorias del subsuelo y El sueño de un hombre ridículo) fue realizada por Jaime Nicolás Vega Botina como proyecto académico del Programa de Diseño Gráfico de la Universidad de Nariño, en Pasto, Colombia, en el año 2026. El diseño editorial, la diagramación, la selección tipográfica y el material gráfico e ilustrativo estuvieron a cargo del autor. Para su composición se emplearon las familias tipográficas Tinos para el cuerpo de texto y Vodka para los títulos y acentos gráficos.

SINOPSIS

Considerado uno de los más grandes exploradores del alma humana, Fiódor Dostoyevski desplegó en su narrativa breve toda la fuerza psicológica, filosófica y satírica que caracterizó a sus grandes novelas. Esta selección reúne cinco relatos esenciales de su trayectoria: Noches blancas, El cocodrilo, Polzunkov, Memorias del subsuelo y El sueño de un hombre ridículo. Ambientadas en las sombras y contrastes de San Petersburgo, estas historias dan voz a soñadores solitarios, funcionarios atrapados en lo absurdo y espíritus atormentados que cuestionan los cimientos mismos de la razón y la moral de su tiempo.

Desde el lirismo melancólico de la juventud hasta la feroz crítica social y el descenso a los abismos de la conciencia individual, cada pieza constituye un retrato implacable de las contradicciones humanas. Una antología imprescindible para adentrarse en el universo inquietante y lúcido del maestro ruso, donde la humillación, el aislamiento y la búsqueda de redención revelan la verdad más íntima de nuestra existencia.

Universidad de Nariño
FUNDADA EN 1904
ai Universidad de Nariño
ACREDITADA DE ALTA CALIDAD
RESOLUCIÓN MEN 000022 - ENERO 11 DE 2023
122 AÑOS
50 AÑOS facartes
Diseño